
PROPIEDAD
DEL DIABLO
Navideño de la
BRATVA
ALEXIS LEE

PROPIEDAD DEL DIABLO NAVIDEÑO DE LA BRATVA

UNA DIFERENCIA DE EDAD BEBÉ SECRETO SEGUNDA OPORTUNIDAD ROMANCE OSCURO



ALEXIS LEE

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Derechos de autor © 2025 Alexis Lee

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

CAPÍTULO UNO



Elena

El mundo se redujo al desliz codicioso de su miembro dentro de mí. Mi cabeza fue forzada hacia atrás contra la almohada, los dedos clavándose en sus hombros duros como piedra. Embestía con un ritmo salvaje, como si quisiera despedazarme.

—¡Joder, Elena, estás tan apretada! —su voz era baja y magnética, con ese leve acento ruso que todavía me removía las entrañas. Me golpeaba con furia; sus testículos chocaban contra mi piel, nuestros cuerpos produciendo golpes húmedos y sórdidos. Incluso el armazón barato de la cama crujía en protesta.

Como si no me hubiese follado ya lo suficiente, de pronto me alzó, me dio la vuelta y se sentó al borde de la cama. Me monté a horcajadas sobre él, las piernas ceñidas a su cintura sólida. Esa posición lo hizo llegar aún más dentro, dándole en mi punto más sensible y haciéndome sentir totalmente a su merced.

Su pecho subía y bajaba, el sudor marcando las líneas del tatuaje del águila bicéfala. Mis yemas siguieron esos trazos oscuros sin pensar. Recordé la primera vez que lo vi: lo busqué a escondidas en Google. Los resultados gritaban Bratva, el símbolo de la mafia rusa. Mi corazón casi se me sale del pecho.

Pero nunca se lo había preguntado directamente. Igual que nunca cuestioné su dinero, su apellido, a los hombres de traje negro que lo llevaban, ni por qué, en casi seis meses juntos, no conocía a

un solo amigo o familiar suyo. Cada vez que intentaba acercarme a esos temas, se alzaba un muro que me dejaba fuera.

Si era lo bastante tonta como para preguntar en medio del sexo, él cambiaba el ritmo, me marcaba con más dureza y profundidad hasta que mis preguntas se disolvían en gemidos.

Era un experto en hacerme olvidar todo salvo él.

Un siseo se me escapó—me ardió el pecho izquierdo cuando me mordió el pezón.

—¿No estás prestando atención? —dijo, y las caderas se quedaron quietas al tiempo que hablaba.

Sentí el repentino cese del movimiento y se me escapó un gemido. Me agarró de la barbilla, obligándome a mirarle a los ojos.

Dios, esa cara. Por mucho que la hubiese visto, su belleza seguía dejándome sin aliento: un conjunto de ángulos perfectos y una belleza curtida, tensada por la concentración. Pómulos altos, una nariz de líneas clásicas, mandíbula marcada y unos ojos verdes que se oscurecían cuando asomaba el peligro.

—Elena. —Me mordisqueó el lóbulo de la oreja, saboreando mi nombre como si fuera algo valioso—. ¿En qué estás pensando?

¿Qué le decía? ¿Que me preguntaba por todas las cosas que nunca contestaba?

—Quizá estoy cansada últimamente, Igor —jadeé—. Se acerca Navidad y en el Winter Palace Hotel los huéspedes se han triplicado...

Sus labios rozaron mi mejilla. —Ya te dije que saldaría esas deudas. Podrías dejar ese trabajo de mierda y matricularte en ese curso de arte que dijiste.

La oferta quedó suspendida entre nosotros, como siempre. Doscientos mil: las facturas médicas de mis padres, una montaña que aplastaba mis veinte años. Para Igor era solo una cifra; aceptar su ayuda se sentía como admitir la derrota.

—No puedo, Igor. Ya hablamos de esto. —Mis dedos se enredaron en sus rizos castaños, tan suaves que parecían fuera de lugar en un hombre peligroso y firme.

—No hay nada que discutir. —Alzó la cabeza; esa cara impresionante a centímetros de la mía—. Eres demasiado cabezota.

—Quizá quiero ganarme un lugar a tu lado. —Lo dije y me mordí la lengua por haber sido tan honesta. Demasiado cruda, dejando al descubierto mis inseguridades.

—¿Ganar tu sitio? —repitió, con el gesto impenetrable.

Lo besé porque no quería oír consuelos. Sabía que la distancia entre nosotros iba más allá de la edad. Él conducía un Bentley de medio millón mientras yo arañaba para pagar la renta. Los restaurantes a los que me llevaba costaban un sueldo en una sola cena. Quería salvar esa distancia por mí misma, estar a su lado como algo más que una obra de caridad, aunque pareciera ridículamente imposible.

—Gracias por recogerme del trabajo esta noche —murmuré en sus labios.

Alzó una ceja —ese maldito gesto tan sexy—. —¿No lo hago casi todas las noches?

—Deberías ver las miradas de mis compañeras. Te desnudarían si pudieran —bromeé—. Ayer Susan preguntó si te había hechizado.

—¿Sí? —sus dedos bajaron por mi espalda y me recorrieron de frío a calor—. ¿Se lo dijiste?

—¿Qué voy a decirle?

—Que tú estás hechizada por mí. —Me mordió la clavícula.

Quise responderle, pero eligió ese instante para empujar con fuerza hacia arriba, bombeando profundo. Toda razón se hizo añicos en gemidos. Mis uñas le arañaron la espalda, marcando sobre cicatrices que no me atrevía a mirar de cerca.

Cuando vino el clímax, grité su nombre. Como siempre, él no dijo nada; solo enterró la cara en mi cuello, su cuerpo tenso como un arco.

Después nos acurrucamos. Su brazo rodeó mi cintura, protector y posesivo. Apoyé la cabeza en su pecho, la oreja pegada a su latido potente y regular. En esos minutos, sus muros invisibles parecían ablandarse un poco y yo podía fingir que éramos una pareja normal, que quizá podría entrar más en su mundo.

—Cuéntame algo de ti —susurré, solo por nosotros—. Cualquier cosa.

Su cuerpo se tensó. La mano que me acariciaba el pelo se detuvo unos segundos. Ese conocido mecanismo de defensa apareció de inmediato. Lo había visto mil veces: cada vez que rozaba su pasado, se cerraba.

—Sabes lo que necesitas saber —dijo al fin, la voz dura como piedra pulida.

—Sé cuál es tu bebida favorita, que odias el jazz y que te empeñas en dormir en el lado izquierdo de la cama. —Le levanté la cara y clavé mis ojos en los suyos—. Pero no sé nada de verdad, Igor. Ni una sola cosa.

La frustración dejó un sabor amargo en la boca.

—Lo único que necesitas saber es que estoy aquí. —Su tono se volvió gélido, esa frialdad que nos separaba—. Me perteneces. Eso basta.

No respondí. La noche fuera parecía cerrarse más, la luna filtrando su luz en un halo azul helado.

—Se acerca Navidad —probé otra vía para abrirme paso—. ¿No te gustaría presentarme a tu familia? ¿O a tus amigos?

El silencio se alargó hasta hacerse insoportable; pensé que no respondería. El aire estaba denso, roto solo por el susurro de las cortinas con la brisa nocturna.

—Mi mundo no está listo para ti —dijo al fin, como dictando una sentencia.

—¿Qué? Entonces, ¿por qué siquiera—?

Su teléfono sonó; el timbre estridente desgarró la noche y puso fin a nuestra conversación inútil. Sus ojos se clavaron en la pantalla con otro brillo. Sin vacilar, me soltó y se incorporó.

—Tengo que contestar esto.

No hubo lugar a réplica. Lo vi caminar descalzo hasta el baño. La puerta se cerró tras él, pero la madera delgada no apagó la voz baja que escuché con claridad.

«...llegaré a tiempo...»

«...dile que no se preocupe...»

El estómago se me atenazó en un nudo doloroso. Era su rutina: llamadas secretas contestadas al instante, lejos de mi vista, seguidas de salidas repentinas. Llevábamos casi seis meses, pero en esta

relación yo siempre era una visitante: invitada a su cama, jamás a su mundo.

Mi mano fue al móvil sobre la mesita. La pantalla se iluminó: mi amiga en línea, M, estaba conectada.

Nos conocimos hace un año en un foro de filosofía y nos convertimos en corresponsales improbables. Ella era cínica hasta rozar la crueldad, brutalmente honesta y a veces hiriente, pero por eso era de las pocas en quien podía confiar con esto.

Yo: [Hipotéticamente, si llevas seis meses con alguien perfecto en todo pero que no habla de su pasado ni de su familia... ¿qué significa?]

Su respuesta apareció casi al instante, como si viviera al otro lado del planeta donde mi noche era su día.

M: [No hipotético —es tu realidad, ¿no? Posibilidades: 1. Espía/asesino/trabaja para alguna agencia turbia, identidad clasificada. 2. Le da vergüenza su familia —quizá viven en un parque de caravanas y son todos drogadictos. 3. Tiene esposa e hijos ocultos y tú eres la otra. 4. Alienígena. Yo voto por la tres.]

Se me cortó la respiración.

Yo: [No te rías.]

M: [Cariño, un hombre misterioso que no te presenta a nadie. ¿No es obvio?]

La puerta del baño se abrió de golpe. Reaccioné por reflejo: apagué la pantalla y fingí remover las sábanas como si nada hubiera pasado.

—¿Qué te pasa? Estás pálida. —Su mirada me barrió, el ceño fruncido. Se había puesto unos pantalones negros y abrochaba la camisa con esos dedos largos. Su figura alta imponía, los músculos tan marcados que parecían esculpidos.

—Nada —mentí, intentando un tono ligero—. Solo cansada.

Asintió, pero sus ojos decían que no se creía ni una palabra. Esa mirada penetrante me dejó desnuda.

—Tengo que salir. Asunto urgente. —Se encaminó hacia el perchero con movimientos precisos.

—¿Salir? —mi corazón se hundió en pozos helados—. Igor, es casi medianoche. ¿Qué puede ser tan importante ahora?

No contestó. En lugar de eso se inclinó sobre la cama y me robó los labios en un beso dominante e implacable. No dio explicaciones: dejó claro que la conversación había terminado.

—No te quedes despierta —dijo mientras se enfundaba la chaqueta negra del traje.

—¿Cuándo vuelves? —mi voz traicionó la súplica.

Se detuvo en la puerta, erguido, pero sin volver la cabeza. —Duerme, Elena.

La puerta se cerró con un clic que resonó en el apartamento silencioso. Me puse un camisón y fui descalza a la ventana. La calle abajo estaba envuelta en la noche neoyorquina de diciembre, solo farolas arrojando destellos amarillos.

Minutos después vi al Bentley negro de Igor salir de su sitio. Observé el coche caro deslizarse hacia la oscuridad en un arco perfecto; las luces traseras eran dos ojos carmesí parpadeando en la noche fría hasta desvanecerse.

Mi móvil vibró otra vez.

M: [¿Estás ahí? Mira, no quiero asustarte. Pero si tiene familia, protégete. Las esposas cuando descubren a las amantes... ¿te imaginas lo que pueden llegar a hacer?]

No contesté. Apagué la pantalla, sin querer leer más.

Respiré hondo para ordenar las ideas. Sabía que un hombre como Igor —treinta y ocho años— probablemente había tenido innumerables amantes. Su pasado ocultaba algo. ¿Pero una esposa? No podía creerlo. La forma en que me miraba, el calor de su tacto... no todo podía ser mentira.

Entonces, ¿por qué salir a medianoche? ¿Por qué guardar silencio sobre su pasado? ¿Por qué, después de casi seis meses, aún no sabía ni dónde vivía?

Volví arrastrando los pies hasta la cama y me hundí en ella. Su aroma seguía en la almohada: una mezcla de cedro y una masculinidad cruda. La abracé, encogida en una bola.

Afuera comenzó a nevar. Los copos danzaban en el viento nocturno y las luces navideñas del edificio enfrente se difuminaban en la niebla —rojo, verde y dorado parpadeando a intervalos.

Se acercaba la Navidad. Debería ser la época más cálida y alegre del invierno, pero nunca me había sentido tan sola ni tan fría.

Me incorporé y saqué del cajón el collar que casi no usaba. Un colgante en forma de cisne brillaba con pequeños diamantes incrustados. Fue un regalo de Igor hace un mes, exquisito y hermoso.

—Porque me recuerdas a un cisne —había dicho con esa voz profunda—. Hermosa, pura.

Sus palabras me habían dejado sin aliento. Lo guardé como un secreto, por miedo a estropearlo.

Ahora mi dedo rozó las alas del cisne. Recordé de pronto un dato de biología: los cisnes son monógamos, se emparejan de por vida.

Pero ¿y si tu pareja ya perteneciera a otra? El pensamiento me golpeó como agua helada, apagando la última chispa de calor en el pecho.

Cerré los ojos intentando expulsar esos pensamientos, pero solo crecieron con más insistencia. ¿Dónde estaría Igor ahora? ¿Con quién? ¿Esa mujer habría recibido regalos igual de exquisitos? ¿Escuchado las mismas palabras dulces? ¿Era todo lo que me hacía sentir especial solo una rutina bien ensayada?

La noche se hizo más densa y la nieve caía con fuerza. Yo me quedé ahí, masticando el amargo sabor de la desesperación.

CAPÍTULO DOS



Igor

Las calles de Nueva York a finales de diciembre me golpearon con su aire helado cuando empujé la puerta del apartamento. El calor del cuerpo de Elena aún se pegaba a mi piel hacía un momento, pero de pronto la noche invernal se lo tragó. Mi Bentley permanecía agazapado junto a la acera, reflejando un brillo apagado bajo la luz de la luna.

Artyom, mi hombre de mayor confianza, ya estaba junto al coche. Al verme abrió la puerta de un tirón.

—Jefe —murmuró.

Me acomodé en el asiento trasero, el cuerpo todavía enfriándose por el calor que Elena había dejado en mí.

—A la finca —dije.

Mi voz sonaba exhausta; cada palabra pesaba como plomo.

—Sí, señor.

El coche se adentró en las arterias nocturnas de Nueva York. Cerré los ojos, apoyé la cabeza en el reposacabezas; esa maldita llamada zumbaba en mi cráneo. No había sido mi padre quien llamó: fue el puto Dmitri, el perro faldero del viejo, en ese tono burocrático que lo caracterizaba, diciéndome: «Igor, el Don quiere que vuelvas a la finca de inmediato. Hay que confirmar los arreglos finales para la ceremonia de compromiso con la familia Ivanov».

Al final añadió, con intención punzante: «El Don espera que siempre recuerdes: la Bratva va primero».

La mandíbula se me apretó al instante; los músculos saltaron bajo la piel. Ese cabrón sabía exactamente cómo clavar las palabras como piquetas heladas hasta los huesos.

Familia. Bratva. Desde que respiré por primera vez, esas dos palabras estaban talladas en mi sangre y en mis huesos. Ser el único hijo del Don de la Bratva no solo significaba poder y estatus: eran cadenas y responsabilidades que nunca podría soltar.

Lo había heredado todo de mi padre —ese hijo de puta de sangre fría, tiránico y hambriento de poder. Tomar las riendas de este vasto imperio subterráneo y elevarlo aún más alto era a la vez mi ambición y mi destino. Para lograrlo tenía que aceptar casarme con la única hija de otra familia rusa que controlaba extensas redes de droga.

Natasha Ivanova. La había visto varias veces: una belleza eslava clásica, alta y seductora. Años de ballet le habían dado una postura perfecta; la columna recta le daba una arrogancia natural. Ella y Elena... joder, eran criaturas de mundos distintos.

Elena encarnaba todas las fantasías que había tenido sobre las mujeres. Su cabello rubio, ligeramente ondulado, atrapaba la luz como seda; sus ojos azules eran claros como el mejor cristal. Y esos labios —carnosos, tentadores— podían volver loco a cualquier hombre.

Era dulce, amable, perfecta en extremo. Le faltaba, sin embargo, una calificación crucial: ser «la hija de una familia que controla redes de droga».

Pero ese maldito título era el factor decisivo.

Abrí los ojos; el hielo había formado mi mirada. Ya habíamos dejado los barrios bajos donde estaba el pobre apartamento de Elena. Ahora la entrada a la lujosa finca de Long Island ocupaba mi vista: setos impecables, jardines cuidados. Un universo distinto.

No importaba. Cuando todo esto se arreglara, cuidaría de Elena. Le compraría el mejor ático del Upper East Side, le montaría un fideicomiso que nunca pudiera agotar. Sería mi secreto más preciado. Sería feliz. Esa chica valoraba incluso el collar de

diamantes que le había regalado con indiferencia; le parecía demasiado precioso para ponérselo. Dale unos cuantos lujos y brillaría durante semanas.

La idea me dio un retorcido consuelo.

Cuando el Bentley se detuvo frente a la casa principal, vi a mi padre, Konstantin Vorontsov, de pie con la familia Ivanov en los escalones de piedra, la luz invernal proyectando largas sombras. Alexander Ivanov fue el primero en notar mi coche —el padre de Natasha, un hombre cuya risa sonora ocultaba una astucia de zorro. Su mirada se posó en mí y los demás lo siguieron.

Respiré hondo y abrí la puerta; el aire helado me llenó los pulmones.

—Llegas tarde —dijo mi padre sin un ápice de calidez.

—Tráfico —respondí sin expresión, mientras mi mirada barría a Natasha, que me observaba con intensidad ardiente. Aquella noche llevaba un vestido rojo ceñido que marcaba cada curva; el maquillaje era impecable y su mirada, provocadora. Al notar que la miraba, alzó los labios carmesí en una sonrisa perfecta.

Entramos en un salón enorme donde las llamas rugían en la chimenea. Bajo candelabros de cristal, la larga mesa exhibía bebidas: whisky, vodka, vino. Busqué un sitio y me recosté, pasando la siguiente hora como un extraño, dejando que sus conversaciones me rozaran.

—Hablando de eso, Natasha no para de destacar —dijo mi padre con una sonrisa particularmente falsa—. He oído que ha conseguido el puesto de primera bailarina en la compañía de ballet de Nueva York. Igor es afortunado de casarse con ella; lo mismo la familia Vorontsov.

Natasha se volvió hacia mi padre como si hubieran ensayado la escena mil veces. —Señor Vorontsov, es usted muy amable. Será un honor estar al lado de Igor.

Su voz era suave, pero sus ojos no se apartaban de mí.

Alexander soltó una carcajada y dio una palmada en el hombro de mi padre. —Konstantin, modestia aparte. Todos en Nueva York conocen los métodos de Igor. No solo ha tomado el negocio, ha

hecho desaparecer a cualquiera que se le opusiera. Puedo dormir tranquilo sabiendo que mi hija se casará con un hombre así.

Ese intercambio de adulaciones entre los viejos zorros me revolvía el estómago. Cogí el whisky y dejé que el líquido ámbar me quemara la garganta, intentando usar aquel fuego para ahogar el asco.

La madre de Natasha, que había permanecido sentada en elegante silencio, eligió ese momento para hablar con gracia. —Dado que es la unión de dos iguales, el espectáculo debe estar a la altura de ambas familias. He confirmado con la dirección del Royal Hotel: cada detalle del banquete de compromiso será de la máxima categoría. Mostraremos a toda Nueva York que esto no es solo una fiesta de compromiso, sino el nacimiento de un nuevo imperio.

Al terminar, Natasha tomó la palabra, clavando otra vez su mirada en mí. —Mi madre tiene toda la razón. Igor, nuestra unión es destino.

Los dos viejos se miraron satisfechos, sonrisas cargadas de anticipación por la alianza.

Alexander volvió a lo práctico. —Los canales de suministro sudamericanos de la familia Ivanov se abrirán por completo a los Vorontsov. Y sus redes de transporte deberán garantizar el paso más seguro para nuestras mercancías.

—Hecho —respondió mi padre, seco y contundente.

—Tengo una condición —dejo el vaso y me encuentro con la mirada de Alexander—. Sus fuentes de suministro son valiosas. Pero el transporte quedará bajo nuestro control absoluto: desde la descarga en puerto hasta la distribución final, cada etapa debe involucrar solo a nuestra gente. No quiero ver personal Ivanov interfiriendo en la seguridad de mi territorio.

Mis palabras sonaron directas y duras; la atmósfera se tensó al instante. La sonrisa de Alexander se congeló un momento, pero él se recompuso pronto.

—¡Por supuesto! Igor, admiro esa precaución. La seguridad ante todo; claro que el transporte debe quedar en manos de los más profesionales.

Asentí, ignorando la mirada de reproche de Natasha.

Siguieron discutiendo divisiones de territorio, la disposición del personal y detalles operativos. Pero mi mente ya había vuelto al apartamentito de Elena. Probablemente estaría dormida, acurrucada en esa cama incómoda. Siempre llevaba un leve olor a limón que calmaba mis nervios por instantes.

—¿Igor? —la voz de mi padre me sacó de mis pensamientos—. Sobre el intercambio de símbolos en la ceremonia, ¿alguna preferencia?

Levanté la vista del vaso girando y miré con frialdad a Natasha, que me observaba expectante.

—Lo que decidan —dije sin emoción.

—Entonces usaremos los anillos ancestrales de ambas familias —decidió mi padre—. Bien. Negocios cerrados. Que los jóvenes se arreglen entre ellos.

Los mayores se retiraron con tacto, dejándonos a Natasha y a mí solos en el vasto comedor.

Natasha se levantó con gracia y se acercó a mí con pasos elegantes.

—Últimamente casi no vienes a la finca —dijo con tono inquisidor.

—Estoy ocupado —respondí, vaciando el whisky y sintiendo el ardor en la garganta.

—¿Ocupado en qué? —rió suave, y apoyó la cadera en el apoyabrazos de mi silla, inclinándose contra mi brazo—. Igor, estamos a punto de comprometernos, incluso de casarnos. ¿No podrías mostrarme un poco más de calor? ¿O es que no te gusto?

Aparté mi brazo del apoyabrazos y la miré. —Más bien tus expectativas son demasiado altas. Que yo recuerde, esto es solo un arreglo de negocios.

Se mordió el labio levemente. —Está bien, no hablaremos de eso. Pareces preocupado.

Sus dedos delgados empezaron a trazar círculos sobre mi pecho, a través de la camisa.

—Quizá podríamos hacer algo... placentero —su tono no dejaba dudas.

La columna se me tensó por repulsión. Agarré su muñeca con fuerza; sus cejas perfectamente dibujadas se arquearon por el dolor.

—Te lo dije, Natasha —me incliné hacia su oído con sorna—. Nuestro matrimonio es puramente transaccional. No necesito que calientes mi cama.

La empujé bruscamente y la hice retroceder. Pero, en vez de enfadarse o retirarse, sonrió con aún más seducción.

—Te dije que no me rendiré.

Al segundo siguiente hizo algo totalmente inesperado: se arrodilló frente a mí. Antes de que pudiera reaccionar, se agenció la cremallera y me bajó los pantalones con destreza. Me miró alzando la vista, esos ojos marrones llenos de desafío, y me complació con la boca.

Su técnica era depurada —no algo que se aprenda en esas elitistas escuelas europeas—. Pero mi cuerpo no reaccionó; mi mente solo tenía la imagen de Elena. Solo ella, solo Elena podía hacerme sentir algo.

Natasha lo notó. Se esforzó más, probó cada truco para excitarme. Fue inútil.

Ya no pude soportarlo. Tiré de su pelo con brusquedad hasta apartarla. Sus labios brillaban aún de humedad; sus ojos mostraban humillación y confusión.

—¿Ves? —me incliné cerca de su oído, burlón—. Por más que lo intentes, sigue blando.

Natasha miró mi miembro aún flácido. La furia estalló en su mirada; su hermoso rostro se torció.

—¡Igor Vorontsov! —gruñó—. ¡No puedes negar que vamos a casarnos! ¡Te haré pagar!

Se limpió la boca, arregló el vestido desordenado y salió del salón dando zancadas.

Miré mi cuerpo indiferente. Desde que conocí a Elena ya no lograba excitarme por otra mujer. Ella era como el veneno más letal, filtrándose hasta la médula, controlando cada nervio, cada deseo.

Me ajusté los pantalones con prisas, me puse el abrigo y me marché.

Cerca del amanecer volví al apartamento de Elena; abrí la puerta en silencio con mi llave. La oscuridad ocupaba casi toda la

habitación; solo una débil luz lunar por la ventana dibujaba el contorno del salón.

Me deslicé de puntillas hasta el dormitorio y me acerqué a la cama. Dormía, respiración profunda y serena. Mis ojos, acostumbrados a la noche, me dejaron verla con nitidez: su rostro inocente, el cabello rubio extendido sobre la almohada como seda, las pestañas proyectando sombras en sus rasgos suaves, dándole un aire casi angelical. Pero sus labios carnosos traicionaban esa pureza: entreabiertos, como invitando.

Tal vez la miré con demasiada intensidad. Sus largas pestañas parpadearon y, lentamente, sus ojos azules se abrieron.

—Has vuelto... —dijo, adormilada y confusa, y la voz le rasgó el pecho con una ternura que me partió.

Asentí en un murmullo y le di un beso en la frente tersa. Entonces frunció un poco la nariz.

—Hueles a perfume. Muy fuerte.

Aunque su voz seguía suave, el recelo se coló en ella. Mi corazón dio un vuelco. El olor de Natasha —intenso y punzante.

Me enderecé, tratando de mostrar una indiferencia casual mientras el pánico me revolvía por dentro. Me quité el abrigo con naturalidad y lo colgué en una silla; di una explicación imprecisa.

—Sí, me reuní con un cliente en un hotel.

Elena se incorporó en la cama; el sueño casi se le había ido. Me miró en la oscuridad con ojos inquisitivos.

—¿Una mujer?

La pregunta me golpeó como un puñetazo.

—No —negé demasiado rápido, la mentira sonó apresurada hasta a mis propios oídos—. Seguramente lo cogí en el vestíbulo o en el ascensor.

Aparté la mirada de inmediato; no pude sostener sus ojos. Su sospecha y su duda eran agujas clavándose en el corazón, extendiendo el dolor. El silencio se alargó entre nosotros; solo se oía mi respiración y algún coche que pasaba de vez en cuando.

—Me daré una ducha, me quitaré ese olor —cambié de tema con rapidez.

Sin esperar respuesta, cogí ropa limpia y me dirigí al baño con pasos mucho más apresurados de los que tuve al llegar. Sentí su mirada siguiéndome, pesada como un millar de kilos.

Por fin cerré la puerta del baño, cortando la mirada de Elena.

CAPÍTULO TRES



Elena

Ver la espalda evasiva de Igor desaparecer hacia el baño me hundió el corazón. Él sabía que confiaba en él, que lo amaba, así que siempre despachaba mis preguntas con explicaciones livianas o cambiando de tema. Apostaba a que yo misma lo racionalizaría, a que fingiría que no había pasado nada. Yo no sabía cómo arreglar ese desequilibrio. La rabia y el dolor me quemaban la garganta como ácido, erosionando la cordura en oleadas.

Una leve vibración del teléfono rompió mis pensamientos caóticos. Vi su americana tirada sobre la silla junto a la cama.

Casi por instinto me levanté. Saqué su móvil de debajo de la chaqueta, las manos un poco temblorosas. La pantalla seguía encendida y un mensaje saltó al instante.

N. Ivanova: [Tengo ganas de que llegue ese día.]

Apreté el teléfono hasta que me dolieron los dedos. Ivanova —pensé—, un apellido típicamente ruso. La intimidad y la expectativa de esas palabras me atravesaron el pecho; me costó respirar.

Con los dedos temblando subí por la conversación para ver el historial. ¿Debería estar jodidamente contenta? Su teléfono ni siquiera tenía contraseña. ¿Confiaba tanto en mí que no se molestaba en ocultar nada? ¿O simplemente no consideraba nada digno de esconder? Cada posibilidad picaba más que la anterior y daba vueltas en mi cabeza.

Abrí la conversación con facilidad, pero ese mensaje colgaba solo, como si lo demás hubiese sido borrado adrede, dejando solo ese fragmento tentador.

—¿Qué haces? —dijo una voz.

La luz del dormitorio se encendió de golpe y entorné los ojos contra el resplandor. Igor estaba en el marco de la puerta, sin camisa; la luz marcaba sus contornos musculosos. Gotitas de agua resbalaban por su pecho y desaparecían en la toalla blanca y suelta anudada a la cintura.

Me sentí como una ladrona sorprendida; el teléfono casi se me cayó. Respiré hondo, tragándome el nudo en la garganta, y levanté la pantalla hacia él.

—¿Quién es ella? —mi voz tembló, pero me obligué a mirar esos ojos verdes insondables—. ¿Quién es N. Ivanova? ¿A qué día se refiere?

Se soltó del marco y vino hacia mí con pasos medidos que irradiaban presión. Ni siquiera miró el teléfono; clavó su mirada en la mía como queriendo atravesarme. Me lo quitó de la mano, miró la pantalla un instante y lo lanzó sobre la cama. Todo fue rápido y sereno. No mostró pánico, como si el mensaje fuera una alucinación mía o algo irrelevante.

—Una socia de negocios —dijo con voz tranquila—. Hemos tenido algunos tratos últimamente. Nada más.

—¿Una socia de negocios cuyo historial borras? —solté una risa cortante, la ironía rezumando—.

Por fin frunció el ceño, como si yo fuera la irracional. Suspiró y, con aire de quien no sabe qué hacer, deslizó el pulgar calloso de mi mejilla a mis labios, frotándolos con suavidad, intentando calmar mi enfado con su ternura habitual. —No le des más vueltas, Elena, ¿vale?

Aparté la cabeza de un tirón, esquivando su tacto.

—¡No me toques! —las palabras salieron a tirones—. Siempre tienes tantos secretos, tantas socias. ¿Qué te crees que soy? ¿Una idiota a la que puedes engañar cuando te dé la gana?

Sus ojos se oscurecieron al instante, el verde convirtiéndose en algo sombrío y amenazante. Esperé que explotara, que me

acorralara con su lógica. Pero no lo hizo. En un segundo su cuerpo se relajó, como si hubiese tomado una decisión.

Pasó junto a mí, cogió la americana de la silla y sacó despacio una caja de terciopelo azul oscuro del bolsillo.

—No quiero que la noche se arruine por tonterías —dijo en voz baja, se giró, abrió la caja y me la tendió—. Un regalo de Navidad adelantado.

Dentro había una pulsera que yo había admirado en revistas mil veces: hojas diminutas de oro blanco, finamente trabajadas y enlazadas, cada una con una esquirla de diamante. Bajo la luz brillaba como una galaxia encerrada en metal, deslumbrante.

Recordé haber soltado una vez delante de él: «Dios, eso es una obra de arte», sin atreverme a mirar la etiqueta de precio.

—Te quedaste embobada mirándola la última vez —murmuró junto a mi oído, con voz grave, tierna y letal.

Mi corazón vaciló, avergonzado, ante aquel resplandor. Ese hombre recordó un comentario mío al pasar y fue y me lo compró. ¿Cómo podía alguien que no me quisiera hacer algo así? Quise creer esa versión con todas mis fuerzas, no la fría realidad de la pantalla.

Era un salvavidas y me aferré a él.

Tomó la pulsera y, con habilidad, cerró el delicado cierre alrededor de mi muñeca. El metal frío me recorrió y me dio un escalofrío.

—Igor... —mi voz se suavizó.

—¿Te gusta? —Me alzó la mano y besó la muñeca donde brillaba la pulsera.

Asentí, mirándola en mi piel, con los ojos ardiendo.

—Lo siento —susurré, la voz cargada de reproche hacia mí misma—. No debería haberte dudado.

—No —dijo, atrayéndome a sus brazos, apoyando la barbilla en mi cabeza—. La culpa es mía, Elena. Es solo que... mi trabajo implica que hay cosas que es mejor que no sepas.

La excusa otra vez, pero no insistí. Sabía que me quería, y eso me bastó.

Me besó el cabello, la frente, la punta de la nariz y por fin los labios. Los besos empezaron suaves y pronto se hicieron urgentes.

Sus manos se deslizaron por debajo del camisón, recorriendo mi piel desnuda.

—Todavía te queda energía para enfadarte —murmuró, mordisqueándome el lóbulo, su aliento caliente rozando mi cuello—. Supongo que no te dejé exhausta antes.

Con eso me alzó y me dejó sobre la cama, su enorme cuerpo presionándome.

Me besó con hambre; su lengua irrumpió en mi boca con una voracidad que me mareó. Me derretí bajo él; las dudas se evaporaron en el fuego de su tacto. Sus labios bajaron por mi cuello, chupando y mordiendo lo justo para dejar marca, reclamando cada centímetro.

Sus manos cubrieron mis pechos por encima del fino camisón y los amasó con firmeza. Jadeé cuando pellizcó mis pezones, girándolos entre los dedos hasta que se pusieron duros. —Joder, Elena, estas tetas me vuelven loco —gruñó, la voz ronca. Hundió la cabeza y su boca se prendió de uno, succionando con fuerza a través de la seda. Sus dientes rozaron la punta, mordisqueando primero, luego clavándose más, haciéndome arquearme con un gemido.

—Oh Dios, Igor... —gemí, enredando los dedos en su pelo aún húmedo para atraerlo.

Pasó al otro lado con la misma atención implacable, la lengua girando y lamiendo la tela. El camisón se empapó de su saliva y de mi excitación, pegándose translúcido a mi piel enrojecida. Continuó, frotando, lamiendo y mordiendo hasta dejar mi pecho hecho un desastre palpitante, cada nervio vivo y gritando.

Entonces tiró del dobladillo del camisón y me lo quitó de un solo movimiento, dejándome desnuda. Apartó la toalla: su polla quedó al descubierto —gruesa y venosa, enorme, larga como esculpida para el pecado—. Venas marcadas latían por su longitud, la cabeza hinchada, ya filtrando pre-semen. Lo habíamos hecho mil veces, pero aún no comprendía cómo algo así podía entrarme, estirarme hasta el límite y hacerme gritar y desmoronarme en éxtasis cada vez.

—¿Te has quedado mirando? —su voz retumbó desde arriba, cargada de diversión y calor.

Parpadeé; nos habíamos movido sin que lo notara. Él estaba recostado contra el cabecero, piernas abiertas; yo de rodillas entre ellas, la cara a centímetros de su polla palpitante. Se me hizo agua la boca.

Me dio un toque en la mejilla, una sonrisa curvando sus labios. —Chúpala, nena. Muéstrame cuánto has aprendido.

En seis meses había perfeccionado mis habilidades. Me incliné, la lengua trazando la parte inferior de su miembro, lamiéndolo como si fuera la piruleta más dulce. Rodeé la punta con los labios, succioné primero suave y luego con más intensidad, pasando la lengua por la hendidura para saborear su esencia salada. Con la mano agarré sus cojones, amasándolos al ritmo mientras lo tomaba más profundo, moviendo la cabeza arriba y abajo.

—Joder, sí, así —gimió, echando la cabeza atrás—. Chupas como una profesional, Elena. Mi putita perfecta.

Su elogio encendió algo salvaje en mí. Relajé la garganta, apreté hasta el fondo, provocando un leve reflejo de arcada. La náusea amenazó, pero aumentó mi excitación: esa plenitud abrumadora, la completa entrega. Succioné con las mejillas hundidas, la mano masajeando la base que mi boca no alcanzaba, coordinándome.

—Mierda, eres increíble —jadeó, las caderas sacudiéndose—. Sigue, nena. Haz que sienta cada pulgada de esa boca talentosa.

Animada, subí el ritmo, tragándolo hasta donde pude, mi saliva dejando surcos brillantes. Se me saltaron las lágrimas por la profundidad, pero lo disfruté: el poder de hacerlo desmoronarse. Sus dedos se enredaron en mi pelo, agarrándome firme mientras embestía, follándome la boca con empujes cortos y controlados. Me ajusté a su ritmo, zumbando alrededor para enviarle vibración.

—Joder, Elena, me vas a hacer venirme fuerte —gruñó, con la respiración entrecortada—. Trágate cada gota, ¿me oíste? Sé mi buena chica.

Con un tirón posesivo del pelo, se precipitó; su polla palpitó y explotó, disparando chorros gruesos y calientes por mi garganta.

Tragué con avidez, exprimiéndolo hasta dejarlo seco, saboreando lo salado hasta que se estremeció y se retiró, exhausto.

Sonrió con satisfacción, me agarró de las caderas y me alzó sin esfuerzo para colocarme a horcajadas sobre su cara. —Ahora te toca a ti. Siéntate en mi cara y móntame con ganas.

Me posé jadeando; su nariz fuerte presionó mi clítoris, frotando en movimientos provocativos que me enviaron descargas. Entonces su lengua —gruesa, potente e insistente— se hundió dentro de mí, lamiendo mis pliegues empapados, buceando profundo para saborear cada rincón. La barba raspó mis muslos internos, una quemazón que rozaba el dolor y amplificaba el placer, obligándome a moverme con más fuerza.

—¡Igor, joder, sí! —grité, apoyándome en el cabecero mientras olas de sensación me atravesaban.

Ronroneó contra mi centro; las vibraciones me empujaron al borde. Su lengua jugueteó sin descanso con mi clítoris, succionándolo entre labios y lengua, devorándome con precisión hasta que estallé, gritando su nombre mientras mi orgasmo me partía y mi descarga inundaba su boca.

Me dio una palmada juguetona en el culo; el golpe me hizo soltar un ¡ay! sorprendido. Supe lo que significaba: posición perrito. Me di la vuelta obediente, poniéndome a cuatro patas, el culo en alto, ofreciéndome.

Se arrodilló detrás de mí, mirando mi coño reluciente, los labios hinchados, goteando necesidad. Incluso mi pequeño ano apretado estaba resbaladizo de excitación, guiñando invitante. Sus dedos trazaron el anillo, frotándolo con tono provocador. —Este agujerito precioso se va a desperdiciar si nunca lo usamos —murmuró, la voz baja y prometedora—. ¿Qué dices, nena? ¿Lista para dejarme entrar?

Un cosquilleo nervioso me recorrió. —Lame mis dedos primero —ordenó, acercándomelos a los labios.

Giré la cabeza, chupé sus dedos, cubriéndolos de saliva, la lengua girando alrededor de cada uno. Los retiró y presionó un dedo resbaladizo en mi culo, introduciéndolo despacio. Jadeé por el

estirón inicial, esa extraña plenitud. Añadió un segundo, bombeando suavemente, en tijera para abrirme.

—Relájate por mí, Elena —cooó, la mano libre deslizándose por mi espalda—. Puedes soportarlo. Piensa en lo bien que va a sentirse cuando mi polla te estire ahí.

La quemazón fue intensa pero mezclada con placer; gemí. Quiso meter un tercer dedo, pero fue demasiado —el dolor cortó todo—. —Igor, por favor, para... me duele —sollozé, el cuerpo tenso.

Sacó los dedos con cuidado y depositó un beso en mi espalda. —Vale, dejaremos eso por hoy. La próxima vez te compraré un buen plug. Lo llevarás puesto, acostumbrarás ese culito a estar lleno. Lo estiraremos despacio.

La idea me recorrió como un escalofrío sucio, a la vez intimidante y excitante.

Centró de nuevo su atención, alineó su polla con mi coño empapado y entró de un solo empujón que me llenó hasta el fondo. Gemí alto, mis paredes se apretaron a su alrededor. Me agarró las caderas y empezó a follarme desde atrás; el golpe de piel contra piel resonó en la habitación. La mano me dio una nalgada que calentó la carne y la hizo abultarse bajo los impactos; el dolor se mezcló con el éxtasis.

—Tómalo como la buena chica que eres —gruñó, dándome más palmadas—. Tu coño está tan jodidamente apretado que me aprieta como si no quisiera soltarme. Te gusta esta polla, ¿no? Dilo.

—Sí, Igor, ¡me encanta tu polla! —jadeé, empujando contra él—. ¡Fóllame más fuerte!

Accedió, follándome como una máquina, caderas a pistón en embestidas implacables —más de cien golpes hondos y brutales que me deshicieron una y otra vez. Perdí la cuenta de los orgasmos, el cuerpo temblando con cada oleada, los gritos desgarrando mi garganta. Finalmente se inclinó, clavó los dientes en la curva de mi culo mientras se hundía hasta el fondo, gruñendo y vaciando su semilla caliente dentro de mí, llenándome con chorros gruesos que me reclamaban desde dentro.

Agotadas y saciadas, nos desplomamos juntas, su cuerpo cubriéndome protectora y posesivamente.

Con su cuerpo, centímetro a centímetro, borró cada resto de duda e inseguridad de mi mente. Me rendí de nuevo, perdida en la tormenta de deseo que él dirigía. Abandoné todo pensamiento, quedándome solo con el instinto y un hambre insaciable por él.

* * *

La víspera de Navidad coincidía también con el sexto mes desde que Igor y yo nos conocimos.

La luz se colaba entre las persianas baratas, dejando sombras moteadas en la habitación. Igor se había ido temprano esa mañana; dijo que estaría hasta arriba de trabajo pero prometió volver para nuestra celebración. Decidí confiar en él.

Me había estado preparando para ese hito semanas. Conseguí una buena piel de vaca en un mercadillo y pasé varios fines de semana cosiéndole a mano una cartera. No soy experta —la aguja me pinchó hasta sangrar los dedos más de una vez—, pero cada puntada llevaba mi cariño. En la esquina inferior derecha marqué sus iniciales con un sello de cobre caliente: I.V.

La metí en una caja envuelta con cuidado y la até con un lazo azul oscuro. Imaginé su cara al abrirla. ¿Le gustaría? Era un hombre acostumbrado a todo lujo.

Aplacé las inseguridades. Incluso rogué al gerente del hotel dos horas libres para poder salir temprano y preparar una cena especial.

Aquella tarde, en el vestuario mientras me cambiaba, mi compañera Susan se me acercó rebosante de secretos.

—Elena, ¿has oído? —susurró, los ojos brillando.

—¿Oído qué? —contesté, mientras mi mente volaba al menú de la noche.

—Mañana el Royal Hotel organiza una fiesta privada enorme. ¡Han reservado todo el piso del salón de baile y todas las suites presidenciales! —Su voz subió emocionada, atrayendo miradas.

—¿En serio? ¿Qué clase de fiesta necesita eso? —pregunté, ajustándome la corbata.

—Es la pedida de mano de una familia rusa —dijo Susan con envidia—. ¡Imagínate! ¡Podría aparecer toda la élite de Nueva York! Mi amiga que trabaja ahí dice que la seguridad es una locura, más estricta que para una visita presidencial.

Familia rusa... Esas palabras me golpearon el pecho como un martillo. Un mal presentimiento me invadió; la cara cincelada de Igor vino a mi mente sin avisar.

—Y —continuó Susan sin notar mi reacción—, el novio es de la familia Vorontsov, el heredero. Está muy implicado. Mi amiga dijo que pidieron quinientas botellas de Ace of Spades. ¡Dios, el derroche!

Vorontsov. El nombre no me sonaba; exhalé y me recriminé por paranoica. Nueva York está llena de magnates rusos; no podía ser casual. Los pensamientos persistentes se calmaron.

Saqué el teléfono para ver si Igor había contestado mi mensaje de la mañana. La pantalla se iluminó con su texto: [Paso a recogerte en el hotel a las 8. Celebramos en el apartamento.]

Mi corazón suspendido volvió a su sitio.

Contesté al momento: [Vale, te esperaré.]

Otra vibración: un WhatsApp. Abrí y apareció un avatar familiar: un campo de girasoles toscanos. Marco Bernardi.

Marco: [Elena, se acerca Navidad. ¿Cómo has estado?]

Marco era el chico con el que crecí, casi un hermano. Unos años mayor, siempre me cuidó en la adolescencia turbulenta. Se fue a Italia a estudiar medicina y apenas hablábamos por internet.

Sonreí y escribí: [Bien, ¿y tú? ¿Todo bien en Italia?]

Marco: [Todo bien. Vuelvo a Nueva York esta Navidad a ver a mi abuela. ¿Cenamos?]

Yo: [Claro, dime cuándo.]

Chatear con Marco me devolvía a esos días despreocupados.

Guardé el teléfono y me puse a trabajar. La idea de celebrarlo con Igor me dio energía.

A las siete llegó su mensaje que rompió la anticipación: una reunión de emergencia; debía volver sola y él acabaría lo antes posible para encontrarse conmigo en el apartamento.

El desánimo me golpeó, pero intenté entender. Su mundo era complejo; tenía obligaciones.

Salí temprano del trabajo, volví al apartamento, me puse el delantal y cociné.

Empecé por los filetes. La mantequilla chisporroteó en la sartén y el aroma llenó el lugar. Cuando estuvieron listos los emplaté con cuidado, imitando vídeos, con guarniciones al estilo italiano y hojas frescas, buscando un toque de restaurante caro. Encendí velas aromáticas y descorché su Borgoña favorito.

Con todo listo me puse el vestido de seda negro que me había regalado, me maquillé impecable y me senté a la mesa, el corazón latiendo por su llegada.

Pero los minutos se alargaron.

Ocho, nueve, diez...

Los filetes se enfriaron, una película grasienta se formó en la superficie. Las velas se consumieron hasta convertirse en tocones. Mis mensajes a Igor se perdieron en el vacío; las llamadas iban al buzón, la voz mecánica repitiendo.

El apartamento estaba inquietantemente silencioso; el tic-tac del reloj parecía burlarse de mi espera.

Justo antes de medianoche sonó el timbre.

Salté de la silla y corrí a abrir. Me invadió una mezcla de alegría y pena; hasta había practicado cómo lanzarme a sus brazos y recriminarle lo tarde que venía.

Pero no era Igor.

Un desconocido con traje negro estaba en el umbral, impasible. Alto, pétreo, claramente uno de los asociados.

—¿Señora Jensen? —preguntó con fuerte acento.

—...Sí, soy yo. —Mi voz sonó ajena—. ¿Dónde está Igor?

—Soy el asistente del jefe. Tiene asuntos urgentes y no puede escaparse —respondió con tono mecánico—. Me pidió que entregara esto como regalo del aniversario.

Me tendió una bolsa de regalo elegante. La cogí en automático, la mano suspendida.

—¿Me dejó algún mensaje? —pregunté, aferrándome a una hebra de esperanza.

—No. —Hizo una ligera reverencia y se dio la vuelta.

Cerré la puerta y, en piloto automático, abrí la bolsa. Dentro había una caja de una marca de lujo. La abrí: unos pendientes con rubíes, recostados sobre terciopelo, relucientes.

Eran preciosos, exorbitantemente caros; valían más que varios años de mi sueldo. Pero yo no tenía las orejas perforadas.

¿Qué era más patético: que mi novio estuviera tan ocupado que no escogiera el regalo y mandara a un asistente, o que hubiese olvidado un detalle tan básico sobre mí?

La cartera con sus iniciales seguía en la mesa. Mirándola no tuve valor de dársela.

Aquella noche tuve una pesadilla.

Soñé que estaba en una gran iglesia gótica; los vitrales proyectaban sombras coloridas y siniestras. Me senté entre invitados sin rostro. Igor estaba en el altar con un traje negro impecable, sus rasgos marcados por la luz. Pero no estaba allí por mí.

A su lado, una novia con vestido blanco inmaculado; el velo le cubría el rostro. No distinguía sus rasgos, solo la forma íntima en que entrelazaba su brazo con el de él, y un dolor agudo me atravesó.

El sacerdote pronunciaba los votos y las palabras sagradas se retorcían en mi oído como maldiciones, mareándome.

—Igor, ¿aceptas a esta mujer por esposa?

Él asintió sin vacilar.

—Sí —dijo—. Su voz era tan grave como en nuestros momentos más íntimos, pero con una resolución que nunca le había oído.

Quise lanzarme, plantarle cara, arrancarle el velo y ver quién me había reemplazado. Pero mis pies estaban clavados, como plomo. Estaba atrapada en la silla, obligada a ver cómo intercambiaban anillos, cómo Igor levantaba el velo lentamente.

Justo cuando se iba a descubrir por completo, me desperté de golpe, incorporándome y jadeando. Un sudor frío empapaba mi camisón, pegándose a la piel.

La habitación estaba a oscuras. Alcancé con la mano el otro lado de la cama. Estaba vacío y frío. Igor no había vuelto.

CAPÍTULO CUATRO



Igor

Para que el banquete de compromiso saliera sin sobresaltos mañana por la noche, había pasado el día desplegando a mis hombres. No podía permitir que nada pusiera en riesgo esa alianza matrimonial; de ello dependía el futuro de la familia.

El aire en la sala de conferencias era denso. Los ceniceros rebosaban colillas y el café llevaba horas frío. Mis nudillos marcaban un ritmo constante sobre la mesa. Al otro lado, mis lugartenientes mostraban el cansancio en la cara.

—Salvatore Calabrese —pronuncié el nombre como un corte—. Los informes dicen que su gente ha estado demasiado activa en Nueva York últimamente. El banquete es mañana. No creo en las coincidencias.

El cuello de Artyom se tensó al asentir.

—Jefe, nuestros hombres lo han confirmado: al menos tres de sus cuadrillas ya han entrado en la ciudad.

—Quiere mover ficha en el banquete —dije como si fuera una sentencia, la voz fría—. Esto no es solo declararnos la guerra. Quiere montar un espectáculo para los Ivanov, probar que aliarse conmigo es ponerse una diana en la espalda.

—Así que...

—Cerrad toda entrada y salida del local. —Lo corté, clavando la mirada en cada uno—. Mandad a los mejores. Mañana por la noche

ni una mosca entra al Royal Hotel sin mi permiso. Quiero que Salvatore entienda: esto es Nueva York, no su maldita Sicilia.

El teléfono vibró sobre la mesa. El nombre de Elena iluminó la pantalla.

Elena: [Hoy cumplimos seis meses.]

No contesté. Tenía asuntos más urgentes.

Di la vuelta al teléfono y alcé la vista. —Quiero saber cada refugio que tenga Salvatore en la ciudad, todos sus puntos de contacto. Desmantelad su red de arriba abajo.

—Sí, jefe.

La reunión terminó por la tarde. Volví a coger el teléfono; el dedo titubeó sobre el nombre de Elena durante un buen rato.

La puerta se abrió sin llamar. Supe quién era.

Natasha entró con un traje blanco de Chanel, tablet en mano y una sonrisa perfectamente pegada al rostro.

—Igor, traje opciones para los trajes del banquete —dejó la tablet delante de mí, inclinándose, las uñas rojas tamborileando sobre la pantalla—. Sé que normalmente no te interesan estas cosas, pero como prometido deberías al menos echarles un vistazo.

Deslicé la pantalla sin ganas: varios modelos de esmoquin. Para mí, todos iguales.

—Están bien. —Empujé la tablet sin mirarla.

—He escogido diseñadores rusos a propósito —siguió, ignorando mi irritación—. Representa la unión de nuestras familias. Un comienzo perfecto, ¿no crees?

—Si tú lo dices. —Me recliné, saqué un cigarro de la cajetilla y lo encendí.

Su mano cayó sobre mi hombro, amasando el músculo con firmeza.

—Has trabajado tanto por este banquete.

Su tacto me encendió la ira. Levanté el brazo y la aparté de un manotazo.

—Natasha —la miré a los ojos—. Creí que habíamos llegado a un entendimiento aquella noche en la finca. Esto es una transacción. Una alianza. Tú obtienes el estatus y el prestigio que buscas, yo obtengo la red de drogas que necesito.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Pero quiero algo más.

Expulsé una anilla de humo y la observé.

—Te quiero a ti, Igor —su voz se volvió seductora—. Quiero un marido de verdad.

Solté una risa fría. —No puedo. Pides demasiado.

—¿Demasiado? —Se acercó, su aliento cálido rozando mi oído—. Comparado con esa amante tuya que escondes en los suburbios, ¿de verdad pido demasiado?

La columna se me puso rígida. Algo helado subió desde el coxis.

Ella vio mi reacción y sonrió satisfecha.

—No estés tan tenso. Solo tengo curiosidad por saber qué clase de mujer puede cautivar tanto a nuestro futuro Don de la Bratva. ¿Una camarera sirviendo en hoteles de lujo? —Hizo una pausa, con un tono de fingido asombro—. Qué... gusto tan inesperado.

Contuve las ganas de partirle el cuello. Di una calada profunda, dejando que la nicotina me calmara. Ella sabía de Elena; ese dato pendía sobre mí como una espada. Podía soltárselo a su padre, al mío, en cualquier momento. Forzarme a la defensiva.

Me costó tragar. Hablé odiando la concesión en mi voz. —¿Qué quieres?

Pareció sorprendida por mi reacción. Se detuvo y después sonrió con más amplitud.

—Lo que quiero es simple, Igor. Que me trates mejor, más íntimamente. Al menos en público, compórtate como un prometido de verdad.

La miré unos segundos. —Vale. Pero prométeme que esto se queda aquí.

—Por supuesto. —Su voz se ablandó—. No te amenazo, Igor. Solo quiero que entiendas: yo soy la esposa que puede ayudarte a consolidar el poder. Esa chica... no te puede ofrecer nada. Ahora, ¿elegimos el traje de mañana?

Asentí, apagué el cigarro en el cenicero y cogí la tablet. Pasé los diseños hasta que me detuve en uno.

—Este sirve. —Señalé un esmoquin negro profundo—. Apropiado para la ocasión.

Sus ojos se iluminaron. —Sabía que te gustaría. Va con tu presencia.

—Muy considerado. —Le devolví la tablet.

Ella la abrazó contra el pecho, mordiendo el labio inferior. —¿Puedo quedarme aquí esta noche?

Su petición dejó claro lo que quería: quedarse significaba sexo. Yo no pensaba ceder tanto. Apreté la mandíbula.

—Natasha —la miré—, la seguridad de mañana es crucial. Tengo que asegurar que nada falle.

—Lo sé. —Me miró, con cierta duda—. Pero Igor, tus hombres no son ineptos. No se vienen abajo sin ti.

—Tendremos tiempo —dije con un tono cálido, para mantenerla controlada—. Confía en mí, Natasha. Después del banquete, todo encajará.

Me examinó unos segundos; la frustración brilló en sus ojos, pero al final cedió. —Está bien.

Recogió la tablet y, al salir, se volvió una vez hacia mí. —Adiós, prometido mío.

La puerta se cerró.

Cerré los ojos. Aquella mujer prometía más problemas de los previstos. Al menos por ahora no había mencionado a Elena. Tenía que manejarla con cuidado.

Un golpe me sacó de mis pensamientos. Abrí los ojos.

—Adelante.

Artyom entró con el rostro más sombrío que antes. —Jefe, tenemos un problema.

—Habla.

—Nuestro contacto en los muelles informa que en los últimos tratos de armas con los Balcanes la información se filtró cada vez. No lograron cerrar, pero está claro que hay espías italianos dentro. —La voz de Artyom sonaba grave, la tensión marcaba su expresión.

Los pómulos se me tensaron; la voz se volvió hielo. —Encontradlos.

—Ya estamos en ello. —Asintió—. Pero...

—Reducid la lista. Menos de diez personas tienen acceso al núcleo de las transacciones. Ponedles vigilancia a todas. —Lo corté

dando órdenes—. Quiero a esa rata fuera antes del banquete. Viva.

—Entendido.

Cuando Artyom se fue, volví a mirar el teléfono y al mensaje solitario de Elena.

[Hoy cumplimos seis meses.]

Respondí por fin: [Paso a recogerte al hotel a las 8. Celebramos en el apartamento.]

Su respuesta llegó al instante. [¡Vale, estaré esperándote!]

Esa noche, mi padre me convocó a la casa principal para cenar con él, con Natasha y con sus padres. Una cena previa al compromiso inevitable. Tuve que inventar una reunión urgente y mandar un mensaje a Elena para que se fuera a casa tras el trabajo.

La larga mesa estaba repleta de platos elegantes, pero nadie prestaba atención a la comida. Estas cenas nunca eran por comer.

—Igor, una vez que nos unamos a los Ivanov, nuestras rutas de distribución en la Costa Este quedarán selladas —mi padre me miró, los ojos profundos y afilados—. Esto es lo que tu abuelo quiso conseguir y no pudo.

Corté el filete, asintiendo con voz medida. —Entiendo la importancia de esta alianza.

—Será pronto —intervino la madre de Natasha—. Pero, además de los negocios, ¿no importa también la vida personal de los jóvenes?

Su mirada se clavó en mí. —Igor, ¿habéis hablado ya sobre dónde viviréis? Sé que la finca Vorontsov es vuestra casa, pero si queréis, puedo redecorar mi villa en Long Island para vosotros.

Miré a Natasha. Sonreía, con la mirada fija en mí, recordándome lo que esperaba.

—Viviremos en la finca Vorontsov. —Dije con calma—. Es la casa de la familia, nuestro futuro hogar.

La sonrisa de Natasha se ensanchó. —Ya tengo ideas para el dormitorio principal, pero antes pediré la opinión de Igor.

Me miró al decirlo.

—Confío en tu gusto. —Respondí, fingiendo ser el prometido perfecto.

—¡Qué alegría! —Aplaudió la madre de Natasha, satisfecha—. Quizá necesitaréis una habitación para cuando lleguen los niños, ¿no?

—¡Por supuesto! —intervino Alexander—. Tengo contactos estupendos con diseñadores.

Mi padre asintió con tono de cerrar trato. —Esto hay que priorizar.

—Aunque podemos tomarnos nuestro tiempo —dije sin prisa—. La seguridad del banquete es lo primero. No podemos relajarnos con los movimientos de Salvatore.

—Tienes toda la razón —aprobó mi padre.

—Perfecta ocasión para mostrar la fuerza de nuestras familias unidas. Quien nos desafíe, pagará —añadió Alexander.

—Tengo plena confianza en las capacidades de Igor —puntualizó Natasha, cubriendo ligeramente mi brazo con la mano—. Con él me siento segura.

Asentí y me llevé a la boca un trozo de filete.

—Mi Natasha ha sido educada para ser una esposa apropiada desde niña —dijo orgullosa la madre—. Sabe asumir responsabilidades, sabe apoyar a un hombre poderoso.

—Natasha es realmente excepcional —le dije a su madre con una sonrisa diplomática.

Todos en la mesa mostraron satisfacción, incluida Natasha. Solo yo sabía lo costoso que me resultó pronunciar esas palabras.

La cena se alargó hasta entrada la noche. Cada plato exquisito se sirvió y retiró casi intacto. Natasha y sus padres se fueron, pero mi padre me retuvo. Dijo que quería ultimar detalles del banquete. Yo sabía que no era únicamente por eso; mi padre era zorro viejo. Quizá sospechaba algo y quería mantenerme atado.

Tuve razón. Tras retenerme, no habló; se fue a su estudio y no salió hasta el amanecer.

Me duché, volví a mi cuarto, me tumbé en esa cama enorme y saqué el teléfono. Varios llamadas perdidas de Elena y decenas de mensajes sin leer.

[¿Aún vas a reunión?]

[Igor, estoy preocupada, ¿puedes llamarme?]

[¿No vienes a casa hoy?]

Podía ver la expresión ansiosa y dolida de su rostro al enviarlos.

Pero, ¿qué coño le decía yo? ¿Que cenaba con mi familia y con mis futuros suegros? ¿Que mañana firmo un compromiso con otra mujer?

Una mezcla de rabia tardía y culpa me revolvió el pecho. No. No podía. No podía perderla ahora.

Mandé un mensaje a Artyom, los dedos volando sobre la pantalla.

[Compra un regalo y envíalo al apartamento de Elena.]

La respuesta llegó en segundos. [Entendido, jefe. ¿Qué tipo?]

[Lo que llena los ojos: joyas, piedras, algo caro.]

Luego volví al chat de Elena y me quedé mirándolo largo rato.

El compromiso era una formalidad, una herramienta para consolidar mi poder. Aunque Natasha supiera de Elena, mientras yo aceptara sus exigencias no lo expondría. Cuando tuviera el control de la familia y asegurara la red de los Ivanov, le daría a Elena todo lo que quisiera.

Lo entendería. Tenía que entenderlo. No contesté sus mensajes. Al menos no hasta después del banquete. Necesitaba concentración y frialdad para lo que pudiera ocurrir mañana, incluida Natasha.

Apagué la pantalla del teléfono y cerré los ojos.

CAPÍTULO CINCO



Elena

Las campanas de Navidad resonaban por todos los rincones de Nueva York; las calles brillaban de luces y el aire olía a dulzor festivo. Los escaparates de la Quinta Avenida deslumbraban con sus montajes y el enorme árbol del Rockefeller Center se recortaba brillante contra el cielo nocturno.

Parejas paseaban de la mano por las avenidas nevadas mientras los niños corrían excitados hacia las tiendas adornadas. Toda la ciudad se ahogaba en alegría navideña. Aquella debería haber sido una noche tibia y llena de cariño, un momento de reencuentros y buenos deseos. Pero mi mundo no era más que frío y silencio absoluto.

Desde ese mensaje de anoche —la reunión inesperada—, Igor había desaparecido de mi vida.

Miraba la pantalla del móvil una y otra vez. Las llamadas sin respuesta y los mensajes ignorados me parecían una burla cruel. No dejaba de reproducir la noche anterior en bucle: la comida fría, el regalo equivocado, esa pesadilla que me había dejado helada.

Me obligué a ahogar esos pensamientos. Igor estaría ocupado, me dije. Su mundo no es el mío. Estaría liado con algo importante. Pero ese consuelo sonaba patético frente a su silencio.

—¿Jensen?

La voz de la jefa Linda me arrancó del remolino. Volví en mí y noté que estaba delante de los casilleros, con el móvil aún en la mano.

—Oh, Linda, perdona. Me distraje —dije, metiendo el teléfono en el bolsillo.

—¿Estás bien, Elena? Estás hecha polvo; parece que no has pegado ojo —sus ojos mostraban preocupación genuina. Era una buena jefa; cuando supo que trabajaba en varios empleos para saldar mis deudas, se había mostrado especialmente comprensiva.

—Estoy bien, de verdad —forcé una sonrisa débil.

Ella asintió sin presionar. —Mira, tengo un encargo urgente. No quería molestarte en Nochebuena, pero pensé que te vendría bien.

—¿Qué tipo de trabajo? —El trabajo sería la distracción perfecta.

—Un cliente importante organiza una fiesta en el Royal Hotel, en Long Island. Necesitan una caja de Dom Pérignon de primera que entregue alguien a última hora —me dio un papel con la dirección—. La quieren directamente en el salón. La propina será generosa. ¿Te apuntas?

—¡Sí, claro! —se me iluminó la cara—. Gracias, Linda. De verdad.

Necesitaba el dinero.

—No lo menciones, pequeña. Arréglate el maquillaje: es un evento importante —me dio unas palmaditas en el hombro.

Cuando la jefa se fue, me retocé el maquillaje frente al espejo con rapidez. Por ser Navidad llevaba puesto el collar con el cisne de diamantes que me había regalado Igor.

Justo entonces entró Susan y chasqueó la lengua al ver el collar.

—¡Hostia, Elena! ¿Por fin te decides a sacarte esa joya? —se acercó en tono de broma—. Pensé que la ibas a tener guardada para siempre.

Toqué el diamante casi sin pensar; se notaba frío. Era demasiado caro; solo lo usaba en ocasiones especiales.

—Bueno, es Navidad —sonreí a medias.

—En serio, Elena —Susan bajó la voz y se acercó un poco—, ¿qué pasa con tu novio secreto? Cada vez que te recoge aparece en un coche distinto de lujo. ¿Y los regalos? Cosas que nosotras ni en sueños podríamos permitirnos. Está forrado, está claro. Igual lo ves

en la fiesta; dicen que esta noche estará toda la élite rusa de Nueva York.

Las palabras de Susan me clavaron como si fueran cuchillas. No podía creer que Igor hubiera desaparecido solo para ir a una fiesta.

—Quizá —evité el tema, con la cabeza hecha un nudo.

—¿Qué te pasa? Estás en las nubes —detectó mi malestar—. ¿Tu novio aún no te ha contactado?

—No —mi voz sonó ronca—. Ni una palabra. Susan, siento que me estoy volviendo loca.

—No te tortures —me rodeó con el brazo, intentando consolarme —. Joder, es Navidad. Un tipo como él igual está en alguna reunión familiar insoportable. Ya sabes cómo son los ricos: mil reglas.

—Pero al menos podría mandarme un mensaje, ¿no? —por fin cedió la herida—. Un simple —estoy ocupado—. ¿Es tan difícil? Han pasado veinticuatro horas. Esto no es normal.

—Vale, eso sí que es una mierda —Susan frunció el ceño—. Pero ahora lo importante es la entrega. Haz el trabajo, mira alrededor, despeja la cabeza.

—Supongo que eso es todo lo que puedo hacer —respiré hondo y me tragué las emociones.

El coche rodó suave hacia Long Island. La escarcha empañaba las ventanillas, difuminando el paisaje nevado que pasaba y aislándonos del ruido de la ciudad. Me apoyé en el cristal helado con la mente hecha un nudo. Volvía a repasar cada instante que habíamos compartido, buscando en esos gestos dulces alguna pista que justificara su desaparición.

No hallé nada. Cada cita, cada beso, cada vez que hicimos el amor… todo se había sentido tan real. Seguía recordando la ternura al rozar mi pelo, la fuerza cuando me poseía.

¿Había sido todo una ilusión? Perdida en mis pensamientos, el coche ya había llegado.

El lujo del Royal Hotel superó cualquier expectativa. El vehículo se detuvo en la alfombra roja y los porteros uniformados me abrieron la puerta. Empujé el carro dorado de champán, siguiendo a una azafata por el vestíbulo opulento.

El salón hervía de vida. Perfumes caros flotaban, arañas de cristal brillaban y la gente iba impecable con sonrisas medidas. Las cuerdas de un cuarteto, el tintinear de copas y las risas se entrelazaban en la sinfonía de la alta sociedad.

Justo cuando atravesaba la multitud con el carro, las luces del salón se atenuaron de pronto. Un foco iluminó el pequeño escenario. Un hombre de mediana edad, de porte distinguido, subió y tomó el micrófono.

—Amigos, familia —su voz retumbó con un marcado acento ruso —, gracias por acompañarnos en esta hermosa noche nevada. Compartir este momento tan importante en la vida de mi hija con todos ustedes es mi mayor honor. Soy Alexander Ivanov.

La sala se silenció; todas las miradas se volvieron hacia el escenario.

—Ahora —dijo Alexander con una sonrisa orgullosa, levantando la copa hacia alguien en la sala—, permítanme ofrecer mi bendición más sincera a mi hermosa hija Natasha y al joven excepcional que pronto será mi hijo: ¡el señor Igor Vorontsov!

Igor… Vorontsov. El nombre me atravesó como una bala. Sentí que la sangre me abandonaba en un instante; el mundo dio vueltas ante mis ojos.

Me giré rígida, siguiendo la mirada colectiva. Allí, en el centro de la multitud a pocos metros, lo vi.

Llevaba un esmoquin carísimo que yo no había visto nunca, el pelo impecablemente peinado, apuesto y sereno como un príncipe. A su lado, una mujer preciosa con un vestido de sirena negro, el brazo enlazado al suyo. Juntos alzaron las copas, sonriendo al hombre del escenario y a los invitados.

El murmullo de la sala me llegó como una ola.

—Son el uno para el otro. Dicen que se prometieron hace seis meses.

—Sí, la alianza Vorontsov-Ivanov —van a monopolizar todo el submundo de la Costa Este.

—Natasha tiene suerte de casarse con un hombre como Igor.

—Igor también tiene suerte; Natasha es preciosa…

Hace seis meses…

Así que cuando nos conocimos, él ya estaba comprometido. Esos seis meses de ternura, esos meses de pasión… todo había sido una farsa. Por fin lo entendí. La pesadilla de anoche se había hecho realidad. Sentí cómo me arrancaban el alma.

Y el carro se me escapó de las manos.

¡CRASH!

Las botellas de champán cayeron rodando y estallaron contra el mármol. Líquido dorado y cristales se esparcieron por todas partes.

El mundo pareció congelarse. Las conversaciones se cortaron. Cien pares de ojos se clavaron en mí, la intrusa torpe. Incluidos los de Igor. Su mirada atravesó la multitud y se posó en mí. Esos ojos que antes me regalaban ternura ahora solo mostraban sorpresa, pánico y un destello de... fastidio.

Las lágrimas, por fin, se desbordaron. Me di la vuelta y salí corriendo.

—¡Elena!

Oí su voz detrás como desde otro mundo. Ya no me importaba nada. Solo quería huir. Huir de esa jaula dorada, de esa mentira cruel.

En el jardín nevado del hotel, Igor me alcanzó.

—¿Qué carajo haces aquí? —me agarró de la muñeca con una fuerza que me dejó sin aliento.

—¿Qué hago? —me zafé y le grité—. ¡Eso debería preguntártelo a ti, Igor! ¿O prefieres que te diga señor Igor Vorontsov? ¿Qué demonios está pasando?

Mi corazón se hacía trizas y él ni siquiera ofrecía una explicación o una disculpa; solo esa interrogación desdeñosa.

—No deberías estar aquí —me miró con el ceño fruncido, como si yo fuera un problema.

—¿No debería estar aquí? —solté una risa amarga, con el pecho ardiendo—. Te llamé mil veces, mandé mensajes hasta quedarme sin aliento. Esperé como una idiota a que contestaras, y tú… ¡tú estás aquí celebrando tu compromiso!

—No es lo que parece —su voz sonó áspera de frustración.

—¿Entonces qué es? El hombre al que amé durante seis meses, al que le di todo, está aquí celebrando su compromiso con otra

mujer y tú me dices que no es lo que parece.

Miró nervioso hacia el salón y bajó la voz. —Es complicado.

—¿Complicado? —escupí, sin poder respirar por el dolor—. No veo nada complicado. Tienes una prometida perfecta de la familia adecuada y yo, ¿qué soy para ti? ¿Tu entretenimiento cuando te aburres? ¿Una amante que mantienes en los suburbios, de la que te avergüenzas?

—No te hables así, Elena —dijo con un deje suplicante.

Me limpié las lágrimas con la mano y lo miré en silencio.

—Escucha, Elena —me agarró por los hombros—. Te lo voy a arreglar. Tengo un piso listo para ti en el Upper East Side y un fondo en fideicomiso. Suficiente para que vivas holgadamente toda la vida. Podemos… seguir viéndonos como antes.

Sus palabras eran veneno. Dejé de llorar por puro estupor. Lo miré incrédula. ¿Dinero? ¿Un piso? ¿Qué creía que hacía, comprarme como a una amante caprichosa?

—¡Eres un imbécil! No quiero esa mierda —mi voz temblaba—. ¿Así arreglas las cosas?

—Es la solución más práctica —me miró como a una niña que no razona.

—Práctica para ti —me reí entre lágrimas—. Te casas con tu princesa rica y vienes a mí cuando te apetezca, ¿no?

—Elena, no me provoques —los ojos de Igor se volvieron fríos.

—Provocarte —lo miré a ese rostro apuesto y ahora completamente desconocido—. No. Ya no te provocaré. Ya no te estorbaré.

Alcé la mano y arranqué el collar de diamantes de mi cuello. Los bordes me rasparon la piel, dejándome una punzada ardiente.

—¡Tómatelo! —se lo lancé al pecho—. Se acabó.

Lo recogió por reflejo.

—El hombre al que yo amaba —lo miré con las pocas fuerzas que me quedaban, pronunciando cada palabra con claridad— murió esta noche.

Me di la vuelta y me fui. Sentí su mirada clavada en mi espalda, pero no miré atrás. Oí pasos tras de mí, voces, el alboroto de los

invitados. Pero ya nada importaba. Mi mundo se había derrumbado por completo en esta noche de Navidad.

CAPÍTULO SEIS



Elena

No sabía adónde iba; corría por instinto. Las lágrimas ya se me habían secado y temblaba de frío.

No sé cuánto tiempo llevo corriendo cuando, de pronto, unos faros cegadores rasgaron la noche delante de mí. Alcé el brazo para protegerme los ojos. Un sedán negro frenó con un chirrido y se detuvo justo frente a mí. La puerta se abrió de golpe y una figura conocida salió disparada.

—¿Elena?

A través de la visión borrosa vi ese rostro lleno de pánico y sorpresa. Era Marco.

—¡Joder, eres tú! —se acercó a toda prisa; la preocupación le hervía en los ojos—. ¿Qué ha pasado?

Al verle, me dejé caer en sus brazos.

—Él… me mintió… —sollozaba, aferrándome a su abrigo como a un salvavidas.

—Tranquila, estoy aquí, Elena —Marco me envió un abrazo firme y cálido—. Está bien. —Me acarició la espalda una y otra vez, torpe para consolar—. Primero vamos al coche. Mierda, hace un frío que pela. Me lo cuentas dentro.

Sin preguntarme, se quitó el abrigo de cachemira y me lo envolvió sobre el delgado uniforme del hotel; luego me subió al coche casi en brazos.

La calefacción iba a tope y el calor me envolvió al instante. Me sentí un poco mejor.

—¿Cómo… por qué estás aquí? —por fin recuperé la voz.

—Llegué hoy y fui primero a ver a mi abuela; pensé que al menos pasaría a verte esta Navidad. Tu teléfono daba siempre con el buzón, así que fui al hotel. Tu compañera Susan me dijo que habías ido a llevar vino al Royal y me dio la dirección. Venía conduciendo cuando te encontré aquí. —Hizo una pausa, y con cuidado preguntó —: ¿Qué demonios pasó? ¿Quién te mintió? ¿Tu novio? ¿Ese ruso?

Asentí. Aún recordaba lo que le había contado por internet seis meses atrás: que tenía novio, un ruso, y que éramos felices. Se quedó en silencio un buen rato antes de contestar:

—Mientras estés feliz.

Le conté todo lo ocurrido esa noche.

Cuando terminé, Marco golpeó el volante con el puño.

—¡Mierda! —gruñó, las venas del cuello marcándose—. Sabía que ese cabrón daba mala espina. ¡Tenía que haberlo visto venir!

—Soy una idiota, Marco —mi voz sonaba áspera—. Seis meses enteros y no sospeché nada. Estuvo conmigo mientras planeaba su boda con otra.

—No es culpa tuya, Elena. —Su voz se suavizó; me tomó la mano —. Ese hijo de puta es un gran actor. Tú eres demasiado buena; confiaste demasiado.

Sí, confié demasiado. Le di mi primer beso, mi virginidad, todo mi amor —a ese fraude.

—Me dijo que quería tener un affaire conmigo y luego compensarme con un apartamento en el Upper East Side y un fondo fiduciario —le conté la última oferta de Igor—. ¿Qué se cree que soy? ¿Una cazafortunas que se aferra a hombres casados?

—¡Ese cabrón! ¿Quién se cree que es? —explotó Marco—. Espera, Elena. Se lo haré pagar.

—¿Cómo, Marco? —lo interrumpí—. Es Igor Vorontsov. Da cenas de compromiso en fincas enormes. Tiene poder y dinero; nosotros no tenemos nada. Solo quiero alejarme de él. Eso basta. Para él, desde el principio fui un juguete que podía comprar.

—No te hables así. —Su voz fue firme—. Te mereces lo mejor, Elena.

—Yo también lo creía —dije—. Pensé que había encontrado a alguien en quien confiar toda la vida. Resultó ser mentira.

Marco calló. Tras una pausa larga habló de nuevo, con una extraña calma en la voz.

—Ven conmigo, Elena.

Me quedé inmóvil y lo miré.

—Sal de Nueva York. Sal de Estados Unidos. —Tenía los ojos clavados en los míos, decididos—. Vete a un sitio donde él no pueda encontrarte.

—¿Qué? —no entendía.

—Dijiste que te ofreció un apartamento y un fondo, que quiere seguir viéndote. —Su expresión era seria—. Los hombres así no sueltan fácil. Si hace ofertas así es porque quiere controlarte. Con el estatus y la fortuna de ese ruso, si se empeña en encontrarte no te esconderás en Nueva York. Y… —hizo una pausa—. Sé cómo actúan estas gentes. Para ellos, si no pueden tener algo, lo destruyen. Lo rechazaste: no es seguro que lo vaya a dejar pasar.

Se me hundió el corazón. Sí, Igor no era un cualquiera. El tatuaje del águila bicéfala en el pecho, su identidad enigmática, su enorme fortuna: todo me recordaba a la Bratva. Nunca pensé en enredarme con un mundo tan peligroso.

—¿A dónde podría ir? —mi mente quedó en blanco. ¿A dónde ir si dejaba Nueva York? No tenía familia. Salvo este amigo de la infancia a mi lado, no tenía nada.

—Italia. —Me miró—. Voy a llevar también a mi abuela. A ella siempre le caiste bien, ¿recuerdas? Decías que querías ver los girasoles de la Toscana.

El corazón me dio un vuelco. Los campos de girasoles de la Toscana —mi sueño infantil imposible.

—¿No será mucho lío para ti…?

—Para nada. —Respondió con calma—. Estuve unos años en la Cosa Nostra y pagué todas las deudas de mi padre. Ahora estoy fuera y he ahorrado lo suficiente para que empecemos de nuevo.

Lo miré atónita. Cosa Nostra. Mafia italiana. Sabía que el pasado de Marco era complicado —su padre, un jugador, lo mataron a golpes; su madre se volvió a casar y su abuela lo crió—, pero nunca imaginé que él hubiese estado metido en eso.

—Eso fue muy peligroso…

—Sí, por eso me aparté para seguir con vida. Pero como antiguo médico del Don, hice contactos en la Cosa Nostra con los años. Puedo protegerte. —Esos ojos marrones, cálidos, tenían una profundidad que no supe leer—. Elena, ven conmigo. Puedo conseguirte una nueva identidad, asegurarme de que jamás te encuentren. Italia es territorio de la Cosa Nostra; la Bratva no tiene tanto alcance allí.

Su oferta me tentó. Marcharme. Tenía que hacerlo. No podía pasar ni un segundo más en esta ciudad donde cada esquina me recordaba a Igor y su traición. Y sabiendo cómo era él, si aún no había terminado de jugar conmigo, quizá no me dejaría escapar así como así.

—Iré. Me voy a Italia contigo. —Me aferré a esa tabla de salvación—. Tu abuela está mayor; puedo ayudar a cuidarla.

Necesitaba una excusa para convencerme de aceptar su ayuda. No quería sentirme una carga.

La comisura de la boca de Marco se curvó en una sonrisa amarga mientras apretaba mi mano con suavidad.

—Bien. Mi abuela se alegrará.

Con eso decidido, le pedí que me llevara de vuelta al apartamento.

—Voy a subir a hacer las maletas —le dije.

—Voy contigo.

—No —negué—. Quiero estar sola un rato.

Marco me miró, dudó, y al final asintió. —Está bien. Esperaré abajo. No tengas miedo, Elena. Todo va a estar bien.

Salí del coche y entré en el edificio. Las luces del pasillo titilaban. Abrí la puerta con la llave; la habitación estaba a oscuras. A la tenue luz de la ventana miré ese espacio minúsculo lleno de recuerdos de Igor y míos.

Encendí la luz. Bajo el fluorescente, todo ligado a él resultaba dolorosamente claro: las llaves de su coche sobre el sofá, el regalo de aniversario en la mesa —esa cartera de cuero que cosí a mano con sus iniciales bordadas.

El pecho me dolió otra vez.

Saqué la maleta vieja de debajo de la cama y empecé a guardar. No había mucho: un par de cambios de ropa, mis libros de diseño y la única foto que tenía de mis padres.

No toqué nada de lo que me había dado Igor. Los vestidos caros los doblé con cuidado y los dejé en un rincón del armario. La pulsera y los pendientes que su asistente trajo los coloqué juntos sobre el tocador.

Al final mi mirada se posó en la cartera. Fui a por ella y pasé los dedos por las I.V. que bordé puntada a puntada. Me había imaginado mil veces su gesto sorprendido al recibirla. Qué ridículo se veía ahora.

Abrí la maleta para tirarla dentro, pero la mano se me quedó en el aire. No tenía sentido llevármela. La dejé en la mesita, junto a las joyas.

Cuando terminé, arrastré la maleta hasta la puerta y eché un último vistazo a ese lugar que guardaba seis meses con Igor; luego salí sin mirar atrás.

Bajando, vi a Marco apoyado en su coche, fumando. Al verme, apagó el cigarro y vino a coger mi maleta.

—¿Todo listo?

—Sí.

Metió la maleta en el maletero y me abrió la puerta del pasajero.

Arrancó. Primero recogimos a su abuela y luego nos dirigimos al aeropuerto Kennedy. En el trayecto Marco no dejó de intentar distraerme: me habló de la cultura italiana, de la cocina toscana, de anécdotas de la infancia y de lo increíble que era la lasaña de su abuela.

—Cuando lleguemos te llevo a Florencia. Elena, ¿siempre has querido ver el David de Miguel Ángel? También podemos ir a Roma y a Venecia.

—Gracias, Marco.

Me miró y sonrió. —¿Por qué me tratas tan formal?

—No, hablo en serio. —Miré su perfil—. Si no fuera por ti, no sé qué habría pasado esta noche.

—No lo pienses. —Su voz fue suave—. A partir de ahora tienes que mirar hacia adelante.

Asentí.

Saqué el teléfono: nada, ni llamadas ni mensajes de Igor. Solté una risa amarga. Ni siquiera pensaría en buscarme; no se imaginaría que me iría de verdad. Estaba demasiado ocupado celebrando su compromiso con su prometida para acordarse de mí.

Apagué el teléfono sin expresión.

En el aeropuerto Marco movió hilos que yo no conocía. No pasamos por los mostradores normales: nos metió por un pasillo de empleados y nos presentó a un hombre que parecía el jefe de tierra. Intercambiaron unas palabras en italiano, el hombre asintió y en seguida me consiguieron una tarjeta de embarque a Roma con el nombre —Sofia Rossi—.

—Una identidad falsa para sacarte de aquí segura. —Marco me entregó la tarjeta y un pasaporte nuevo—. Tranquila, está hecho. Un amigo de la organización ayudó; son profesionales en esto.

Tomé el pasaporte que no era mío y miré ese nombre extraño; el corazón se me llenó de incertidumbre por el futuro.

Pasados los controles, nos sentamos en la sala de embarque: Marco, su abuela y yo. Seguía sintiendo que estaba en un sueño. Hace apenas unas horas me había enfrentado a Igor en la nieve —no, había sido un monólogo frente a él—. Y ahora, en esta noche de Navidad, iba a volar a otro país para empezar una vida nueva y desconocida.

—¿Nerviosa? —Marco se sentó junto a mí y tomó mi mano helada.

Negué, luego asentí.

Sonrió y apretó mi mano con más fuerza. —No te pongas nerviosa ni te preocupes. Todo irá bien. Te espera una vida nueva. Cuando llegues a la Toscana te vas a enamorar. Hay viñedos milenarios y los atardeceres más bonitos del mundo.

—Suena bonito. —Forcé una sonrisa.

—No es solo que suene —dijo en serio—. Cuando lo veas con tus propios ojos será aún más hermoso de lo que imaginas. Y el ritmo de vida allí es lento, nada frenético como Nueva York. Podrás dormir hasta tarde, tomar cappuccino en cafeterías pequeñas, comprar productos frescos en el mercado…

Su mano era cálida y fuerte; me daba cierta sensación de seguridad.

—¿Siempre estarás ahí? —pregunté de pronto.

—Por supuesto. —Respondió sin dudar—. Ya tengo trabajo allí, en una clínica comunitaria que paga bien.

El anuncio de embarque resonó por la terminal. Nos levantamos y caminamos hacia la puerta. Cuando el avión despegó me pegué a la ventanilla, viendo las luces de Nueva York extendirse bajo nosotros como un mar brillante de estrellas, encogiéndose hasta perderse entre las nubes.

Adiós, Nueva York.

Adiós, Igor Vorontsov.

CAPÍTULO SIETE



Igor

Solo pude ver a Elena marcharse, sin poder hacer nada para detenerla. En mi mano tenía el collar que me había lanzado —el que antes atesoraba, demasiado preciado para ponérselo—. Siempre abría el cajón de la mesita de noche para comprobar que seguía ahí; se le iluminaban los ojos al contarme lo que significaba para ella. Y ahora me lo había arrojado con una determinación que parecía anunciar el fin de todo.

Un viento nocturno y frío barría el jardín. Antes de que pudiera recomponerme, unos pasos conocidos se acercaron por detrás.

—Igor.

La voz de Natasha rompió el silencio. Me giré y la vi en la entrada del jardín, los ojos marrones ardiendo de furia. El cuerpo tenso, el pecho subiendo y bajando como si contuviera el enfado a duras penas.

—Vamos adentro —dije, manteniendo la voz serena, como si no hubiera pasado nada.

—¿Y ya está? —dio un paso más, con la voz baja y helada—. ¿Perseguir a otra mujer delante de todo el mundo en nuestra fiesta de compromiso? ¿Qué coño te pasa, Igor? ¡Me dejaste allí hecha una idiota!

Respiré hondo y dejé que el aire frío llenara mis pulmones. Tenía razón: la había humillado en el peor momento posible, cuando

todavía necesitaba su cooperación. Solo era mi prometida de nombre, y mi conducta había mancillado la dignidad de ambas familias.

—Lo siento —la miré a los ojos—. Perdí el control. Es culpa mía.

—¿Te imaginas cuánta gente estaba susurrando atrás? —su voz mezclaba ira y dolor—. Están especulando sobre tu relación con esa camarera, dudando incluso de si nuestro compromiso es real.

Me acerqué, intentando mostrar sinceridad.

—Lo sé. Mira, fue un accidente. Volvamos y demos a entender que todo está bien.

El fuego en su mirada empezó a atenuarse.

—¿Entiendes realmente lo que significa esta alianza para ti? —preguntó, ya con la voz más calmada.

—Lo entiendo —no era mentira—. Confía en mí, Natasha. Te prometo que esta noche no se repetirá.

La mandíbula se me tensó, cerré los puños. Por el futuro de la familia, por la herencia, por todo el entramado de poder de Europa del Este, tenía que aprender a renunciar a ciertas cosas. Forcé a mi mente a no pensar en Elena.

Ella me examinó unos segundos y, por fin, suspiró.

—Más te vale que lo digas en serio, Igor. Me dijeron que me casaría contigo desde los dieciséis. He pasado diez años preparándome para este papel. No permitiré que nadie lo destruya, y eso incluye a ti.

—No volverá a pasar —prometí secamente.

Volvimos al salón juntos. Natasha se colocó del brazo, sus movimientos seguían siendo elegantes, la sonrisa perfectamente intacta —la máscara social que había pulido durante años—. Si no fuera porque sus dedos se clavaban con demasiada fuerza y las uñas casi atravesaban mi americana, nadie habría sospechado lo que acababa de ocurrir.

El salón brillaba de luces y la música continuaba con elegancia. Busqué entre la gente la mirada fría de mi padre. Su rostro era una tormenta contenida. Los padres de Natasha mostraban idéntica desaprobación.

—¿Todo bien? —la voz de mi padre sonaba aterradoramente serena; tras esa calma había una ira deliberadamente contenida.

—Por supuesto —intervino Natasha con voz ligera y natural—. Fue una camarera que tiró unas botellas. Igor se preocupó por si estaba herida y fue a ver. ¿Verdad, cariño?

Se volvió hacia mí con los ojos disparando una advertencia y recordatorio. Me estaba cubriendo, protegiendo la dignidad de ambos.

—Sí —asentí, intentando sonar natural—. Ya está arreglado. La chica estaba solo conmocionada.

La expresión de Alexander se suavizó un poco, pero la desconfianza no desapareció del todo.

—La compasión está bien en los jóvenes, pero vosotros sois las estrellas de la noche. No os distraigáis con los invitados importantes que nos observan.

—Tienes razón —dije—. Seremos más cuidadosos.

La madre de Natasha se acercó, tomó la mano de su hija y nos sacó del momento incómodo.

—Vamos, que aún hay muchos invitados que quieren felicitaros.

Las dos horas siguientes fueron una tortura interminable. Natasha y yo permanecimos entre los invitados, aceptando oleadas de felicitaciones. Mujeres preguntaban por fechas y lugares para la boda; los hombres hablaban de los acuerdos comerciales entre nuestras familias. Natasha mantuvo el brazo enlazado al mío, sonrisa dulce y correcta, rozando mi hombro de vez en cuando. Para los demás, parecíamos prometidos enamorados, llenos de expectativas y ternura.

—Igor, Natasha, vamos a brindar —mi padre alzó la copa de champán con gravedad ceremonial. Toda conversación cesó; todas las miradas se posaron en nosotros.

Nos acercamos a la mesa principal como si estuviéramos bajo focos. Alcé la copa, esforzándome por que mi voz sonara sincera y feliz.

—Gracias a todos por estar esta noche y atestiguar la unión de las familias Vorontsov e Ivanov. Este compromiso lleva las

esperanzas y bendiciones de ambas familias; representa nuestras brillantes expectativas de futuro.

Aplausos estallaron; las copas tintinearon en sucesión, como una sinfonía calculada. Bebí de un trago; el alcohol me quemó la garganta con un dolor agudo. Pero eso no se comparaba con la agonía en el pecho: una sensación de desgarramiento por cada elección que estaba tomando en ese momento.

Elena, ¿dónde estarás ahora? ¿Estás bien?

Al fin, tras las campanadas de medianoche, los invitados empezaron a marcharse. Natasha y sus padres se fueron también. Me preparé para salir, desesperado por salir corriendo y encontrar a Elena.

—Igor —la voz de mi padre me detuvo en seco.

Me detuve y me giré.

—Padre.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —su tono parecía casual, pero esa casualidad era lo más peligroso de todo.

—A ocuparme de unos asuntos. Negocios de la familia —contesté, intentando sonar firme.

—¿Qué asuntos? —su voz se volvió gélida—. ¿No puede ocuparse Artyom?

—Salvatore podría estar moviéndose. Artyom necesita que lo confirme —lo miré fijamente a los ojos.

Me observó varios segundos, la mirada afilada como cuchillas.

Finalmente habló:

—Pasado mañana cenamos con los Ivanov en la finca para hablar de fechas y preparativos. Vas a estar allí. Nada de escenas como la de esta noche.

—Entendido.

—Esta noche humillaste a ambas familias. Si Natasha no hubiera sido lo bastante lista para cubrirte… la próxima vez piensa en lo que importa.

—Lo entiendo, padre.

—Más te vale entenderlo de verdad —se acercó, los ojos fríos como los de un desconocido—. Porque si saboteas este compromiso,

no solo pondrás en riesgo nuestro imperio familiar: te costará la herencia.

Una amenaza clara. Mi padre tenía muchos hijos legítimos en edad, todos con la mirada puesta en ese puesto. Podía reemplazarme por un heredero más obediente en cualquier momento.

—No pasará —dije con voz firme—. No decepcionaré a la familia. Sé cuáles son mis deberes.

Me estudió unos segundos más y finalmente asintió.

—Vete. Pero recuerda: pasado mañana.

—Sí.

Por fin pude escapar. Corrí al garaje, me metí en mi Ferrari negro y, con las manos apretando el volante y el motor rugiendo, me lancé a la noche.

La nieve empezaba a caer con fuerza; el parabrisas se cubría de hielo que los limpiaparabrisas no lograban quitar a pesar de su frenética labor. No me importaba. Solo quería llegar a Elena, oír su voz.

Conduje temerariamente, saltándome semáforos en rojo, sin importarme las sirenas de la policía detrás. De Long Island a Brooklyn en menos de treinta minutos. El coche derrapó y se detuvo frente al edificio de su apartamento; las ruedas chillaron en la nieve.

Salté fuera, corrí por el portal desvencijado y, con mi llave, abrí su puerta. La sala estaba a oscuras. Elena no había vuelto.

Encendí la luz y recorrí aquel espacio pequeño y conocido. Nada parecía faltar; eso me dio un alivio fugaz. Pero al acercarme al dormitorio, el mundo se me detuvo. La habitación estaba vacía. Su ropa habitual había desaparecido; sus libros se habían ido; hasta la foto de ella con sus padres había sido retirada.

En la mesita estaban todos los regalos que yo le había hecho, ordenados con cuidado.

Mis ojos se quedaron en un par de pendientes con rubíes. Yo nunca le había regalado pendientes. No, esto tenía que ser lo que le pedí a Artyom que comprara ayer —el regalo idiota que mostraba lo poco que la conocía. Elena ni siquiera tenía las orejas perforadas.

—Maldita sea —murmuré—, maldita sea. —El pánico me barrió como un tsunami.

Las manos me temblaban al coger una cartera negra desconocida que había junto a ellos. Era exquisita, claramente hecha a mano, con mis iniciales —I.V.— grabadas. Recorrí cada centímetro: cada puntada hablaba de paciencia y cariño. ¿Cuánto tiempo y entrega habría puesto en aquello?

Abrí la cartera. Dentro había una pequeña nota con la letra de Elena. Decía:

«Para Igor, en conmemoración de nuestros seis meses juntos. Espero que cada vez que abras esta cartera pienses en mí. Con amor siempre, Elena.»

Un dolor insoportable me atravesó. Sentí como si alguien me clavara un cuchillo en el pecho y lo retorciera. Traté de respirar, pero la agonía me había robado el aire.

Elena había preparado ese regalo, esperando nuestro aniversario. Se imaginaba abrazándonos en algún lugar, celebrando seis meses. Había vertido horas y esperanzas en esa cartera, esperando que la cuidara.

¿Y qué demonios estaba haciendo yo? Con otra mujer. Traicionando nuestro amor por intereses familiares.

Metí la cartera en el bolsillo de la americana, junto al corazón. Saqué el teléfono y marqué su número.

Una voz fría y mecánica informó de que su teléfono estaba apagado. Llamé una y otra vez. Mismo resultado, misma desesperación. Esa voz grabada, gélida, me estaba volviendo loco.

Le envié un mensaje: «Elena, respóndeme. Necesito saber de ti.»

«Por favor, deja que te explique.»

«Yo solucionaré todo. Dame tiempo.»

«Te quiero, Elena.»

Todos los mensajes se perdieron en el silencio. Elena se había ido, completamente ausente. Intenté calmarme y marqué otro número.

—¿Jefe? —sonó la voz de Artyom.

—Búscala ahora. Elena Jensen. ¿A dónde se fue? Revisa sus tarjetas, registros telefónicos, cámaras de vigilancia, todo.

—¡Sí! ¿Cuántos hombres necesitas? —captó la urgencia al instante.

—¡A todos! Usa todos los recursos que tengamos. —Colgué, apretando el teléfono con más fuerza de la cuenta.

¿A dónde podría haber ido Elena? ¿Volvería? ¿O me había dado por perdido y decidido desaparecer para siempre? Esas preguntas gritaban en mi cabeza mientras mi cordura se deshacía por fragmentos.

El informe de Artyom destruyó mi última esperanza. Habían recogido imágenes de vigilancia por toda la ciudad —aeropuertos, estaciones de tren, terminales de autobús—, investigando cada movimiento de Elena. Revisaron sus registros bancarios, rastrearon la última señal de su teléfono. Pero todos los esfuerzos apuntaban a la misma conclusión: Elena había desaparecido. Su rastro había sido borrado deliberadamente.

—¡Joder! —rugí, lanzando el teléfono contra la pared. La pantalla estalló en mil piezas que salpicaron el suelo.

El apartamento quedó en un silencio absoluto; solo mi respiración entrecortada resonaba en el aire.

CAPÍTULO OCHO



Elena

Las noches en la Toscana siempre eran así de serenas.

Estaba en la pequeña cocina de mi apartamento, viendo cómo el cielo se ennegrecía mientras removía la salsa de tomate en la olla. El aire olía a albahaca y ajo—la sencilla receta de pasta de Marco, la que decía venir de su abuela.

Un mes. Hacía un mes que había huido de Nueva York. Huyendo de aquella noche nevada, de ese maldito banquete de compromiso, de Igor y de esos ojos verdes profundos que una vez creí llenos de amor. Incluso había cambiado mi número de teléfono para intentar empezar de nuevo.

Sonó el timbre.

—¡Entra, está abierto! —grité hacia la puerta y bajé el fuego para que la salsa no se pegara.

La puerta se abrió y Marco entró con una bolsa en la mano.

El atardecer naranja entraba por detrás de él, recortando su figura delgada. Llevaba una camisa blanca sencilla y vaqueros oscuros, las mangas remangadas hasta los codos, dejando al descubierto unos antebrazos lisos. El pelo castaño le caía despeinado sobre la frente; se le notaba cansado por el trabajo, pero no perdía esa calidez que tenía.

Era totalmente distinto a la belleza afilada y agresiva de Igor. Marco tenía rasgos más suaves, a los que uno se entrega con más

facilidad. Medía como un metro ochenta, unos centímetros menos que Igor, pero esa estatura resultaba acogedora—no había sensación de intimidación.

—Traje pan y vino —colgó la chaqueta detrás de la puerta—. Huele increíble. ¿Qué estás haciendo?

—Pasta —volví a la cocina—. La receta de tu abuela. Espero no haberla estropeado.

—Imposible —se acercó y asomó la olla—. Elena, tienes manos mágicas. Todo lo que haces sale perfecto. Mi abuela hablaba de ti esta mañana—dijo que eres más considerada que yo, su propio nieto.

Que mencionara a su abuela me dio calor en el pecho. La señora Bernardi era una mujer encantadora, de más de ochenta años y todavía lúcida. Este mes, cuando Marco estaba atrapado con turnos en el hospital, yo iba a cuidarla y a hacerle compañía, como le había prometido.

—Siéntate —lo empujé con el codo—. Al chef no le gusta que lo vigilen.

Se rió, esa sonrisa suave y tranquilizadora.

—Sí, jefa.

Quince minutos después estábamos sentados en la mesita del comedor. Marco había encontrado esa mesa, igual que el resto del mobiliario. Decía que pertenecían a un amigo que no los usaba; alquiler barato. Pero sabía que mentía—el alquiler en este barrio no podía ser tan bajo, y los muebles parecían nuevos, con lavadora y horno.

—Marco —dejé el tenedor y lo miré en serio—. Gracias. De verdad.

—Otra vez con eso —negó con la cabeza—. Elena, ya me has dado las gracias como cien veces este mes.

—Porque te debo demasiado —insistí—. Compraste mi billete, usaste documentos falsos para que subiera al avión, me trajiste a Italia, me buscaste un lugar y me ayudaste a instalarme.

—No me debes nada —su voz cortó mis pensamientos—. Elena, nos conocemos desde que teníamos ocho años. Cuando tus padres murieron, te vi cargar con sus deudas sola. Trabajaste en tres

empleos para pagarlas y dormías cinco horas por noche. Juré entonces que, si alguna vez tuviera medios, te ayudaría.

Su mirada se volvió demasiado seria; me incomodó.

—Además —continuó, con la voz más ligera—. ¿No has estado cuidando a mi abuela todo este mes? Cuando estoy a tope en el hospital la visitas, le llevas sus galletas de limón favoritas. Así que nos ayudamos mutuamente, ¿no?

—Eso es distinto—

—Es exactamente lo mismo —me cortó, alzando su vaso—. Venga, brindemos por los nuevos comienzos. Por nuestra nueva vida.

Chocamos los vasos.

—Por la nueva vida.

La dulzura del zumo se extendió por mi lengua, pero de pronto el estómago me dio un vuelco violento. El malestar llegó sin aviso, como un puño apretando mis entrañas. Dejé el vaso y respiré hondo, intentando contener las náuseas.

—¿Elena? —Marco notó enseguida que algo iba mal—. Estás pálida. ¿Qué te pasa?

—Nada, es que yo—

Antes de poder terminar, la náusea me golpeó como una ola. Salté y corrí al baño, arrodillándome junto al váter y vomitando en seco.

Pero no salió nada.

Marco se arrodilló detrás de mí y me dio palmaditas suaves en la espalda.

—¿Mejor? ¿Intoxicación alimentaria? ¿Estaba sucio ese restaurante donde comimos?

—No —jadeé—. No es una intoxicación. Yo... no sé.

Entonces un pensamiento atravesó mi cabeza y la sangre se me heló. ¿Cuándo fue mi última regla? Intenté recordar. El banquete de compromiso fue el día de Navidad. ¿Una semana después? ¿Dos? No lograba acordarme. Este mes había sido un caos, demasiado doloroso. No me había fijado en nada.

Pero ahora...

—Marco —mi voz temblaba—. Tengo que comprar algo.

Se puso en alerta al instante.

—¿Qué? ¿Medicina? ¿Estás mal? Te llevo al hospital ahora mismo.

—No al hospital —me puse de pie y fui a enjuagarme la boca—. A la farmacia. Necesito una prueba de embarazo.

El aire se congeló.

Me vi en el espejo: Marco se quedó rígido como si le hubiera alcanzado un rayo, los ojos muy abiertos, la boca entreabierta, sin creer lo que había oído.

—Prueba de embarazo —repitió—. Elena, ¿estás diciendo que podrías estar...?

—Se me ha retrasado la regla —le miré, intentando mantener la calma—. Dos semanas, quizá tres. No lo sé—este mes ha sido un torbellino y no presté atención. Pero con las náuseas... necesito saber.

Vi cómo se le movía la nuez de Adán. Apretó y soltó los puños, y en sus ojos pasaron emociones complejas: sorpresa, rabia y otra cosa más.

—Ese ruso —dijo al fin. No preguntó; lo afirmó.

Asentí, mordiéndome el labio.

—Mierda —maldijo entre dientes, dándose la vuelta y agarrándose la cabeza—. Mierda, mierda, mierda.

—Marco—

—¡Ese cabrón! —se volvió de nuevo, con los ojos enrojecidos—. Te traicionó, te humilló, te hizo verlo con otra mujer en su propio banquete de compromiso y luego... ¡te dejó embarazada!

Su voz subió hasta rozar el grito.

—Para. Por favor, Marco, para. Necesito saber el resultado. Tengo que estar segura.

Me miró largo rato, el pecho subiéndole y bajándole. Respiró hondo, cerró los ojos como reprimiendo algo.

—Está bien —dijo con la voz áspera—. Vamos ahora.

Las noches en la Toscana eran tranquilas: algún coche de vez en cuando y perros ladrando a lo lejos. Iba en el coche de Marco, viendo pasar las calles por la ventanilla. Me abrazaba a mí misma como si eso calmara la ansiedad.

—Hay una farmacia 24 horas más arriba —rompió Marco el silencio—. Cinco minutos.

Asentí sin hablar.

—Elena —dijo otra vez, con la voz más suave—. Pase lo que pase, estaré aquí. ¿Lo sabes, no?

—Lo sé —respondí en voz baja—. Gracias.

—Deja de darme las gracias —había dolor en su voz—. Significas mucho para mí, Elena. Desde hace tiempo.

Sus palabras me apretaron el corazón, pero no indagué más.

Las luces fluorescentes de la farmacia eran duras.

Entramos. Detrás del mostrador el dependiente bostezaba. Cuando pregunté en italiano torpe dónde estaban las pruebas, ella nos miró con complicidad y señaló una estantería.

—Las cojo yo —dijo Marco y fue al pasillo.

Volvió con tres marcas distintas de pruebas de embarazo.

—Las distintas marcas tienen sensibilidades diferentes —explicó —. Hacer varias pruebas da resultados más fiables.

Asentí y cogí las cajas.

En la caja, la dependienta nos miró con una sonrisa y ojos cómplices.

—Enhorabuena —dijo.

Sentí el impulso de corregirla—no somos lo que imaginas—pero Marco ya había pagado y tiraba de mí fuera de la tienda.

—Vamos a casa —murmuró—. Vuélvete a hacer la prueba.

Regresamos. Pasó media hora más. Me quedé en el baño mirando las tres pruebas sobre el borde del inodoro, las manos temblando. Si era positivo, si realmente estaba embarazada, si era hijo de Igor...

Tres minutos. Respiré hondo y miré los test. Dos rayas. Las tres mostraban dos líneas rojas, bien marcadas. Las piernas me flaquearon y casi me doblé; me agarré al lavabo para no caer.

—¿Elena? —la voz de Marco estaba tensa—. ¿Cuál es el resultado?

Abrí la puerta. Él estaba fuera, con la ansiedad pintada en el rostro.

—Positivo —me oí decir, la voz vacía—. Las tres son positivas. Marco, yo... estoy embarazada.

—Es el hijo de ese cabrón —dijo en voz baja, apretando los puños.

—Marco, tengo la cabeza hecha un lío. No sé qué hacer, yo—

Antes de poder acabar, me derrumbé. Todas las emociones que había contenido durante el mes—dolor, rabia, miedo—estallaron como una presa que se rompe. Me cubrí la cara y los hombros me temblaron violentamente.

Entonces sentí brazos cálidos alrededor. Marco me abrazó, su mano dándome palmaditas en la espalda.

—No llores, Elena. Pase lo que pase, estaré aquí. Te juro que siempre estaré.

Lloré en sus brazos largo rato, hasta que las lágrimas se secaron y el silencio me dejó sin fuerzas para gritar. Me calmé y me aparté de su abrazo.

—Perdón —me limpié las lágrimas—. No debería haberme venido abajo así delante de ti.

—No te disculpes —dijo—. Tienes todo el derecho a llorar, a venirte abajo, a hacer lo que necesites.

Respiró hondo, como si tomara una decisión importante.

—Te ayudaré —dijo con la mirada decidida—. Lo que quieras hacer, te ayudaré. Si no quieres a este bebé, puedo arreglarlo. La ley italiana es estricta, pero conozco gente, puedo—

—No —lo interrumpí, con la voz más firme de lo que esperaba.

Mi mano fue instintiva al estómago. Seguía plano, pero sabía que allí, en silencio, algo pequeño crecía. El hijo de Igor. El hijo del hombre que me traicionó y me destrozó. Pero también mi hijo.

—Me quedo con este bebé —me oí decir.

Los ojos de Marco se abrieron.

—¡Elena!

—Sé que suena loco —seguí, y las ideas iban aclarándose—. Sé que ser madre soltera será duro. Sé que criar a un hijo cuesta mucho dinero. Sé que será difícil. Pero no puedo... no puedo deshacerme de él.

Lo miré a los ojos. —Este bebé es inocente, Marco. No eligió a su padre, no eligió venir a este mundo de esta manera. No puedo hacerle daño por odiar a Igor.

Marco me miró largo rato, con emociones encontradas. Luego su expresión, poco a poco, se suavizó.

—Está bien —dijo en voz baja—. Si esa es tu decisión, te ayudaré.

—Marco.

—Hablo en serio —se acercó un paso—. Elena, te ayudaré a criar a este niño.

Me quedé sin aliento.

—¿Qué?

—Te daré una casa para las dos, Elena. Te cuidaré, te protegeré.

Sus palabras aceleraron mi corazón, pero no de forma reconfortante—de pronto me sentí intranquila.

—Marco, no tienes que hacer esto —di un paso atrás—. Ya me has ayudado demasiado.

—No es una obligación —había emoción contenida en su voz—. Elena, todos estos años yo he estado... maldita sea, no debería decir esto ahora.

Se dio la vuelta como si luchara con algo.

—Olvídalo —terminó diciendo—. Ahora no es el momento. Necesitas descansar, necesitas asimilar esto. Hablamos después, ¿vale?

Asentí, exhausta. —Vale.

Marco se marchó.

Me quedé en el apartamento vacío, la mano sobre el vientre.

—Stella —dije en voz alta de pronto—. Si eres niña, te llamaré Stella.

Fuera, el cielo de la Toscana estaba lleno de estrellas.

Las observé pensando en Igor: en su rostro, su voz, su tacto. En aquella noche de nieve, en las cosas que dijo, en cómo mi corazón se partió en ese instante.

Pensé también en las palabras de Marco de hacía un rato, en esa mirada ardiente y en la manera en que dejó la frase colgando: «todos estos años he estado...».

No. Eso no podía ser.

Marco era solo mi amigo, mi familia. Me cuidaba porque crecimos juntos, porque era bueno, porque...

¿Por qué?

Negué con la cabeza para no seguir por ese camino. Ahora no era el momento. Tenía que pensar en este bebé, en mi futuro, en cómo iba a sobrevivir en este país extranjero.

CAPÍTULO NUEVE



Elena

¡Bang!

El primer disparo resonó, y creí que era solo el corcho de una botella de champán estallando. Pero luego llegó el segundo, el tercero, y los gritos. Las puertas del hotel se abrieron de golpe con un estruendo, y cinco o seis tipos con equipo táctico negro y pasamontañas irrumpieron, armas en ristre.

—¡Todos al suelo!— rugió uno en inglés con un marcado acento italiano. —¡Muévanse y les vuelo los sesos!—

El pánico se propagó como un incendio descontrolado: los invitados huían despavoridos en todas direcciones. Mi bandeja se estrelló contra el suelo, las copas de champán explotando en una lluvia de cristales y espuma.

—¡Al suelo! ¡Ahora!—

Mis piernas pesaban como plomo, ancladas al piso. Contemplaba a esos bastardos enmascarados, con los negros cañones de sus armas clavados en mí. Mi mente se quedó en blanco absoluto.

—¿Estás sorda o qué?— Uno se acercó pisando fuerte y me estampó el cañón de su pistola contra la frente. —¡Dije que al suelo! —

Fue entonces cuando un brazo me ciñó la cintura desde atrás, tirando de mí con fuerza hacia un lado. El disparo zumbó junto a mi

oreja, tan cerca que chamuscó unos cuantos cabellos, y se incrustó en la pared a mis espaldas.

—No te muevas—, murmuró una voz grave y ronca en mi oído, con un leve matiz ruso. —Quédate conmigo—.

Antes de que pudiera asimilarlo, ese brazo me apretó como una tenaza, arrastrándome hacia la puerta lateral.

—¡Eh! ¡Ustedes dos!— gruñó el tipo. —¡Deténganse!—

Disparó, y el estruendo me ensordeció. Grité, mis instintos clamando que me tirara al suelo y me acurrucara, pero su agarre no me lo permitió. Me presionó la cabeza contra su pecho: sentía su latido, constante como un metrónomo endiablado.

Entonces resonó otro disparo. El suyo. Dos de los matones se desplomaron, muertos antes de tocar la alfombra.

—Muévete—, ordenó, medio arrastrándome. Por fin logré girarme lo suficiente para verlo.

Alto. Altísimo. Fácilmente un metro noventa. Cabello castaño oscuro peinado hacia atrás, mandíbula afilada que cortaba la penumbra. Ojos como profundos estanques verdes en un bosque olvidado.

Llevaba un traje negro a medida que exudaba dinero, con un anillo reluciendo en su meñique. ¿Y en su mano derecha? Una elegante pistola plateada, aún humeante.

—¡Alto!— Otro matón giró su arma hacia nosotros.

Ni siquiera alcancé a jadear. El extraño disparó una vez: directo al pecho del tipo. La sangre brotó como de un hidrante reventado, y él se dobló como cartón empapado. Seguimos avanzando hacia la puerta. Casi allí. Entonces uno saltó desde un costado, con el cañón fijo en nosotros.

—¡Muere, hijo de puta!—

El tiempo se dilató, lento y viscoso. Juraría que vi su dedo apretar el gatillo, el fogonazo del cañón expandiéndose. El extraño me empujó detrás de él, alzando el brazo en un borrón...

¡Crac! ¡Crac! Dos disparos seguidos. El matón cayó, con un agujero rojo y limpio en la frente. ¿Y mi salvador? Su manga izquierda se tiñó de oscuro, la sangre empapando la tela.

—Mierda—, masculló, pero ni un músculo de su rostro se inmutó.

—¡Te han herido!— exclamé, con el pánico disparándose.

—No es nada. Solo un roce—. Me rodeó de nuevo con el brazo. —Vamos. Ya—.

Pateó la puerta lateral para abrirla y me sacó al callejón. Oscuridad absoluta allí, solo un tenue resplandor de farola filtrándose desde el final.

—Espera... tu brazo...—

—Ya te dije, está bien—. Por fin se detuvo y se volvió hacia mí en las sombras.

Ahí lo vi de verdad. Guapo de forma irreal: pómulos altos, nariz recta, labios carnosos que parecían pecaminosos incluso en ese momento. Esos ojos verdes... calmados como un lago helado, como si el tiroteo fuera un martes cualquiera.

—¿Estás bien?— preguntó, con una voz lo bastante firme como para anclarme.

—Yo... sí. Estoy bien—. Las palabras tropezaron al salir, con todo mi cuerpo temblando como una hoja. —Pero estás sangrando—.

—Como dije, no te preocupes—. De repente, su pulgar me rozó la mejilla: suave, casi tierno. —Tienes hollín en la cara—.

Ese roce me encendió, chispas bajo la piel. Nos quedamos allí, clavados en los ojos del otro, el aire cargado de una electricidad palpable. Hacía minutos, este hombre dejaba caer cuerpos como si nada. Ahora, me trataba como si fuera de cristal.

—¿Quién eres?— logré susurrar.

—Tu ángel guardián—. Una sonrisa torcida curvó sus labios, peligrosa y tentadora. —¿Y tú? ¿Cómo te llamas?—

—Elena—. Salió con facilidad. —Elena Jensen—.

—Elena—, repitió, saboreándolo con ese leve acento ruso. —Te queda perfecto. Hermosa—.

Sirenas aullaron a lo lejos, acercándose velozmente.

—Maldita sea—. Masculló entre dientes y me tomó la mano. —Vamos. Tenemos que irnos—.

—Pero la policía...—

—Si llegan los polis, será un caos de interrogatorios—. Sus ojos se endurecieron. —Créeme, Elena. No quieres verte envuelta en eso. Esos bastardos... mafia italiana. Si descubren que hay un testigo...—

No terminó, pero su mirada lo dijo todo: estarías muerta.

—Vamos—, insistió, tirando de mí más adentro del callejón. —El auto está adelante—.

Llegamos al final, y allí estaba: un Bentley negro, elegante como el pecado. Abrió la puerta del pasajero para mí. Me deslicé dentro, hundiéndome en el cuero suave como mantequilla. Él se sentó al volante, encendió el motor. Rugió bajo y nos lanzamos a la noche como una sombra.

—Tu brazo—, repetí, mirando la mancha que se extendía. —Necesitas un médico—.

—Nah—. Una mano en el volante, la otra —la herida— en la palanca de cambios. —Solo un roce. No se alojó. He lidiado con cosas peores durante años. Lo tengo bajo control—.

Ese comentario casual me revolvió el estómago. —¿Haces esto a menudo?—

—Depende de qué signifique 'esto'—. Esa sonrisa de nuevo. —¿Disparar? Sí. ¿Salvar vidas? De vez en cuando. ¿Salvar a una belleza como tú? Hay una primera vez para todo—.

El calor me invadió las mejillas: miedo, adrenalina, o tal vez solo él. Difícil saberlo.

—Bien, en serio... ¿quién eres?—

—Un hombre de negocios—. Vago como el demonio. —Importación y exportación—.

—¿Con una pistola?—

—En mi rubro, es equipo estándar—. Luego me devolvió la pelota. —¿Dónde vives? Te dejo—.

Le di mi dirección y me quedé mirando la ciudad que pasaba borrosa. Mi corazón aún latía como loco. Acababa de sobrevivir a un tiroteo en toda regla, gracias a este tipo que era una bandera roja con patas y me había rescatado.

Demencial. Sacado de una pesadilla... o de un sueño increíble.

El auto se detuvo con un ronroneo frente a mi edificio destartalado. El Bentley parecía ridículo allí, como un diamante en un vertedero. Resaltaba lo fuera de mi alcance que estaba este hombre.

—Gracias—, dije, con la mano en la puerta. —Por sacarme de allí. Te debo una—.

—Espera—. Sacó una tarjeta del bolsillo interior y me la tendió.

Solo un nombre y un número. Sin apellido, sin empresa, sin título.

—Igor—, leí en voz alta.

—Si necesitas algo —lo que sea— llámame—.

La contemplé, luego lo miré a él. La luz de la luna lo esculpía como a un antiguo dios de la guerra. Mortal. Magnético. Imposible apartar la vista.

—Podrías subir—, oí que decía mi propia voz. —Tengo un botiquín. Al menos déjame curarte ese brazo—.

Sus ojos se oscurecieron, un fuego prendiendo en ese verde como una cerilla.

—¿Estás segura?— Su voz bajó una octava. —Elena, si subo... tal vez no me porte tan bien—.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, directo a lugares prohibidos. Sabía que era una mala idea. Este tipo era problemas envueltos en Armani: armado y probablemente letal. Debería agradecerle, cerrar la puerta y echar el cerrojo.

Pero al clavar la mirada en esos ojos, en esa mandíbula, en esa manga ensangrentada... no había forma de rechazarlo.

—Sí—, susurré. —Estoy segura—.

Su mirada se volvió depredadora. —De acuerdo, entonces—.

Subimos, con mis manos temblando tanto que fallé dos veces con la llave. Él se erguía atrás, lo bastante cerca para sentir su calor, para captar la mezcla de colonia de cedro, tabaco y ese tenue olor cobrizo a sangre.

La puerta se abrió. Entramos. Ni siquiera encendí la luz antes de que él la cerrara de una patada y me inmovilizara contra ella.

—Igor...—

Me besó. Duro. Voraz. Su lengua conquistó mi boca como un territorio, sin dejar espacio para dudas. Una mano acunó la nuca, manteniéndome justo donde quería. Su cuerpo se apretó contra el mío: músculo sólido, puro calor y poder.

Quise apartarlo. Lo juro. Pero mis manos me traicionaron, escalando sus hombros. Mis labios se abrieron más, invitándolo a profundizar. Me arqueé contra él, absorbiendo cada centímetro.

—Joder—, gruñó contra mi boca, con la voz quebrada. —Elena, me estás volviendo loco—.

Sus manos exploraron: bajando por mis costados, aferrando mis caderas, mi trasero... luego me alzó como si no pesara nada. Mis piernas se enredaron instintivamente alrededor de su cintura, y me llevó al sofá.

—Espera—, jadeé entre besos. —Tu brazo...—

—Al diablo el brazo—. Me dejó caer sobre los cojines y se cernió sobre mí, enjaulándome. —Ahora mismo, solo te quiero a ti—.

Comenzó a arrancarme la ropa, áspero y urgente.

Sus dedos batallaron con los botones de mi uniforme del hotel, abriéndolos uno a uno. La tela cedió bajo sus manos insistentes, exponiendo mi piel al aire fresco del apartamento. Jadeé cuando me quitó la blusa de los hombros, y su boca se estrelló de nuevo contra la mía en un beso que dejaba moretones. Su brazo herido no lo detenía; al contrario, lo intensificaba, como si el dolor avivara su hambre.

Luego me quitó el sostén, lanzándolo sin mirarlo siquiera. Sus ojos se ensombrecieron al ver mis pechos desnudos, que subían y bajaban con cada respiración entrecortada. —Joder, Elena—, gruñó, con la voz cargada de lujuria. Bajó la cabeza y capturó un pezón entre los dientes, mordiendo justo lo suficiente para hacerme arquear del sofá.

Gemí, aferrándome a sus anchos hombros a través de la tela cara del traje. Su lengua rodeó el sensible pico, calmando el ardor antes de succionar con fuerza, atrayéndolo profundo en su boca. Su mano libre amasó el otro pecho, rodando el pezón entre los dedos, pellizcando hasta que solté un gemido. La mezcla de placer y dolor me golpeó directo en el centro, mojándome más que nunca.

Cambió de lado, prodigando la misma atención ruda al otro pecho, con su barba incipiente raspando mi piel. Me retorcí bajo él, mis caderas empujando involuntariamente en busca de fricción. —Igor... por favor—, supliqué, sin saber siquiera qué pedía.

Se apartó, con sus ojos verdes ardiendo de calor. —Paciencia, preciosa—. Sus manos descendieron, subiendo mi falda hasta la cintura. Enganchó los dedos en mis bragas y las arrancó por mis piernas de un tirón, dejándome completamente desnuda bajo él.

Se incorporó sobre los talones, devorando con la mirada mi cuerpo extendido en el sofá, expuesto y tembloroso. —Dios, eres hermosa—, murmuró, con voz ronca de admiración. —Tan jodidamente perfecta—.

Mis mejillas ardieron, pero la forma en que me miraba —como si fuera algo precioso y salvaje— hacía palpitar mi cuerpo de necesidad. Él seguía completamente vestido en ese traje negro impecable, con la manga manchada de sangre como un recordatorio crudo del caos que habíamos dejado atrás. Solo lo hacía parecer más peligroso, más adictivo.

—Ahora te toca—, dijo, con una sonrisa maliciosa curvando sus labios. —Desnúdame, Elena. Quiero sentir tus manos sobre mí—.

Dudé, con dedos temblorosos al alcanzar su corbata. Me observó intensamente, sin ayudar, permitiéndome tomar el control por un instante. Aflojé el nudo y deslicé la seda, luego ataqué los botones de su camisa. Su pecho subía y bajaba bajo mi toque, el calor de su piel filtrándose a través de la tela. Al abrirla, revelé los duros planos de su torso musculoso; no pude resistir trazar los dedos sobre las crestas de sus abdominales, sintiéndolos contraerse.

—Sigue—, me instó, con voz baja y dominante.

Tiré de su cinturón, desabrochándolo con manos torpes. Levantó un poco las caderas mientras le bajaba la cremallera y empujaba los pantalones junto con los bóxers. Su miembro saltó libre, grueso y duro, venoso y palpitante de deseo. Lo miré, con la boca seca: era enorme, intimidante en su tamaño.

Se despojó del resto de la ropa, cuidadoso con el brazo herido, hasta que ambos quedamos desnudos, piel contra piel. Su cuerpo era una obra maestra de poder y cicatrices, hombros anchos que se estrechaban en una cintura fina, cada centímetro irradiando fuerza.

Se inclinó de nuevo, capturando mi boca en un beso profundo mientras su mano descendía por mi cuerpo, abriéndome los muslos. —Déjame saborearte—, susurró contra mis labios.

Antes de que pudiera responder, se deslizó hacia abajo, colocándose entre mis piernas. Su aliento caliente rozó mi zona más íntima, haciéndome estremecer. Nunca había hecho esto antes: nunca había dejado a nadie tan cerca. Pero con Igor, se sentía correcto, inevitable.

Me abrió con los dedos, exponiendo mis pliegues húmedos. —Tan mojada por mí ya—, murmuró, y luego se inclinó, su lengua trazando mi clítoris.

Grité, con las caderas sacudiéndose ante la sensación eléctrica. No se contuvo: su boca me devoró, lamiendo y succionando con precisión experta. Su lengua se hundió en mi entrada, empujando adentro y afuera, anticipando lo que vendría. Estaba tan sensible que cada roce se amplificaba, construyendo una presión dentro de mí como una tormenta inminente.

—Oh, Dios, Igor... no puedo...—, jadeé, enredando las manos en su cabello.

Zumbó contra mí, la vibración enviando ondas de choque por todo mi cuerpo. Se concentró en mi clítoris, rodeándolo con la lengua mientras sus dedos se colaban dentro, curvándose para golpear ese punto que hacía estallar estrellas tras mis ojos. Era demasiado: mi inexperiencia me hacía hipersensible, y el orgasmo me arrolló rápido y violento. Grité su nombre, mi cuerpo convulsionando mientras olas de placer me desgarraban, dejándome floja y jadeante.

Besó su camino de regreso por mi cuerpo, con los labios brillando de mi humedad. —Buena chica—, elogió, posicionándose en mi entrada. Su miembro presionó contra mi sexo empapado, la punta empujando despacio.

Me tensé, el estiramiento quemando mientras avanzaba. Era tan grande: a mitad de camino, el dolor me hizo gemir, un grito agudo escapando de mis labios.

Se quedó inmóvil, con los ojos dilatándose al comprender. —Joder, Elena... ¿eres virgen?—

Asentí, mordiéndome el labio, con lágrimas picando en mis ojos por la mezcla de dolor y sensación abrumadora.

Gruñó, pero su toque se volvió tierno, acariciando mi cabello. —Shh, tranquila. Vamos despacio—. Esperó, besándome suavemente hasta que me relajé, mi cuerpo adaptándose a su grosor. Luego, centímetro a centímetro, se hundió más profundo, llenándome por completo hasta la base.

—Eres mía ahora—, gruñó, con voz posesiva y cruda. —Toda mía —.

Comenzó a moverse, embestidas lentas al principio, permitiéndome habituarme al ritmo. Pero pronto el dolor se transformó en pura dicha, cada golpe más profundo, más intenso. Aceleró, embistiéndome sin piedad, con el sofá crujiendo bajo nosotros. Perdí la cuenta después de las primeras docenas: sus caderas chasqueaban adelante una y otra vez, penetrándome con fuerza bruta. El sudor nos cubría, su brazo herido apoyado a mi lado, la herida ignorada aún sangrando.

—Joder, te sientes increíble—, gruñó, con un ritmo brutal ahora, entrando y saliendo con ferocidad. Enredé las piernas alrededor de él, saliendo al encuentro de sus embestidas, la fricción construyendo otro clímax.

Después de lo que parecieron cientos de golpes profundos y castigadores, se enterró hondo y se corrió con un rugido, derramándose caliente y espeso dentro de mí, llenándome por completo.

Ambos jadeamos, con su peso presionándome contra los cojines. Alzó la cabeza y apartó un mechón de mi rostro. —¿Te gustó, Elena? —

—Sí—, susurré, aún temblando de las réplicas. —Muchísimo—.

Sonrió, con ese brillo peligroso de vuelta en sus ojos. —Puedo mejorarlo aún más—. Con un movimiento fluido, nos repositionó: él sentado en el sofá, yo a horcajadas sobre su regazo. Su miembro, aún duro y resbaladizo con nuestros fluidos, palpitó contra mi muslo.

—Cabálgame—, ordenó, guiando mis caderas. —Toma lo que quieres—.

Aferré su eje, mi mano apenas rodeando su impresionante grosor: era tan grande, tan resbaladizo por mi humedad. Lo

posicioné en mi entrada e intenté descender, pero se deslizó, rozando mi clítoris en su lugar, enviando descargas de placer.

—Inténtalo de nuevo—, urgió, con voz ronca.

Lo hice, pero volvió a pasar: la cabeza se deslizó por mis pliegues, provocando mi sensible botón, haciéndome jadear y gotear más. La frustración creció, intensificando el anhelo. Lo intenté una tercera vez, la resbalosidad haciéndolo enloquecedoramente evasivo, cada fracaso frotando justo en el punto exacto y extrayendo más humedad de mí.

—Igor, por favor... te necesito dentro—, supliqué, con voz desesperada.

Rio con oscuridad, luego aferró mis caderas y empujó desde abajo, empalándome en un solo movimiento fluido. Gemí ante la plenitud repentina, pero él no se movió. —Ahora hazlo tú. Fóllate con mi polla—.

Apoyé las manos en su pecho, sintiendo los músculos duros bajo mis palmas, y empecé a moverme. Lenta al principio, subiendo y bajando, acostumbrándome al ángulo. Así llegaba aún más profundo, estirándome a la perfección. Al adaptarme, aceleré, rebotando con más fuerza, mis pechos balanceándose frente a su rostro.

Los atrapó, apretando y amasando con rudeza, pulgares rozando mis pezones. —Eso es, cabálgame en serio—, gruñó.

Mis muslos ardían, pero el placer lo eclipsaba todo. Lo monté más rápido, moliendo hacia abajo, persiguiendo el éxtasis. Cuando el cansancio me invadió, él tomó las riendas: sus manos fuertes se clavaron en mi trasero, estampándome abajo mientras empujaba arriba, hundiéndose hasta el fondo en cada embestida. Mi vientre plano se abultaba ligeramente por lo profundo que llegaba.

—¿Sientes eso?—, dijo, tomando mi mano y presionándola contra mi abdomen. —¿Sientes lo profundo que te estoy follando?—

Asentí, gimiendo al percibir el bulto rítmico, su polla moldeándome desde dentro. La sensación me empujó al límite una y otra vez: orgasmos desgarrándome en rápida sucesión, mis paredes contrayéndose alrededor de él, ordeñándolo.

—Espera por mí—, gruñó, con embestidas erráticas. —Córrete conmigo—.

Un último embiste brutal, y nos deshicimos juntos, su liberación inundándome mientras gritaba, nuestros cuerpos fundidos en éxtasis.

Me rompí bajo él, el mundo estallando en una luz blanca cegadora.

Cuando mi visión se aclaró, ya no estaba en ese apartamento ruinoso. Estaba en una iglesia, con la luz del sol filtrándose a través de las vidrieras, el órgano tocando una marcha nupcial.

Me hallaba entre la multitud, contemplando esa imponente figura familiar en el altar.

Igor, en un esmoquin negro impecable, lucía devastadoramente atractivo, con sus ojos verdes profundos fijos en la mujer a su lado, vestida de blanco.

Natasha. Alta, hermosa, impecable: como una princesa. Su cabello oscuro relucía bajo el velo, su sonrisa triunfante y altanera.

—Puedes besar a la novia—, dijo el sacerdote.

No. Grité en silencio.

Igor se inclinó, acunando su rostro justo como había acunado el mío. Luego la besó.

Los invitados aplaudieron y vitorearon. Yo permanecía allí, con el corazón hecha trizas.

—¡No!— Encontré mi voz y grité. —¡Igor! ¡No!—

Pero no me oyó. Nadie lo hizo. Siguieron besándose, riendo, mientras yo me desmoronaba.

—¡No!—

Me incorporé de golpe, jadeando, empapada en sudor frío. La oscuridad me rodeaba. No estaba en una iglesia. Estaba en mi nuevo apartamento en la Toscana, en mi cama. Solo un sueño, pero las lágrimas surcaban mi rostro.

Miré por la ventana: el amanecer despuntaba, con una luz suave colándose por las rendijas de las cortinas, dibujando finas rayas en el suelo. Las mañanas toscanas eran serenas, interrumpidas solo por el canto distante de pájaros y el tañido de campanas.

Inspiré hondo, obligando a mi corazón a serenarse. Ese maldito sueño.

La primera parte era real. El tiroteo, el encuentro, llevar a Igor a casa, entregarle mi virginidad. Todo cierto. Siete meses atrás, en el Hotel Winter Palace, la noche que cambió mi vida.

Después, nos sumergimos en una relación. Me compraba vestidos hermosos, me llevaba a restaurantes elegantes. Noches tardías, corríamos por las montañas, besándonos bajo las estrellas. Todo tan dulce.

¿Pero la boda? No era real. Al menos, no la había presenciado. Tal vez mi subconsciente me torturaba, reviviendo una y otra vez a Igor y Natasha casándose.

—Basta—, me dije. —Basta, Elena. Deja de pensar en él—.

Aparté las sábanas y caminé descalza al baño. El espejo reflejaba un desastre: ojos rojos e hinchados, rostro pálido, cabello revuelto. Me salpiqué agua fría en la cara, el frío despertándome de golpe.

—Buenos días, pequeña Stella—, le dije al bebé en mi vientre.

Me sequé y me puse ropa limpia. El cansancio persistía, pero no podía quedarme en cama eternamente.

Necesitaba hacer algo. Por Stella.

En la diminuta cocina, me serví un vaso de agua y me paré junto a la ventana, observando cómo la Toscana despertaba. El sol ascendía, tiñendo el cielo en tonos dorados y rosados. Los viñedos relucían verdes bajo la luz matinal, los techos de teja roja orlados de oro.

Era hermoso aquí. Tan diferente de Nueva York. Tal vez esto pudiera ser nuestro verdadero hogar. Pero debía proveer para nosotras. Marco había ayudado demasiado: alquilando el apartamento, comprando comida, llevándome al médico, ocupándose de todo. No podía seguir dependiendo de él así.

Me senté a la mesita y tomé papel y lápiz.

—Bien—, murmuré para mí misma. —Elena, ¿qué puedes hacer? —

No más mesera, al menos no por mucho tiempo. El embarazo me absorbía la energía, y una vez que la barriga creciera, cargar

bandejas sería imposible. Ninguna habilidad profesional: abandoné la universidad por problemas económicos.

Pero tenía algo: talento artístico. Desde niña amaba dibujar y crear artesanías. Mis profesores siempre decían que mi trabajo tenía alma, un estilo único.

¿Joyas? Garabateé —diseño de joyas—, luego —artesanías—.

Bajo costo: los materiales básicos no eran caros. Si salían bien, podría venderlas en mercados o tiendas. La Toscana era un paraíso turístico; los visitantes adoraban los souvenirs hechos a mano. Si mis diseños eran únicos y atractivos, se venderían.

—Esto podría funcionar—, susurré, con una excitación burbujeando por primera vez en mucho tiempo.

Caminé por la sala, con las ideas cristalizándose.

Empezar simple: pulseras, collares, aretes. Solo alambre de plata y cuentas; no se necesitaban herramientas sofisticadas. Hacer muestras, acercarme a tiendas de artesanías en el pueblo y ver si las aceptaban en consignación.

Si se vendían, tendría ingresos. Ingresos significaban pañales, ropa, juguetes para Stella. Un futuro decente para ella.

Un golpe en la puerta.

El reloj marcaba las siete de la mañana. Abrí, y Marco entró con una bolsa en la mano, aún con cara de sueño.

—Buenos días—, dijo, bostezando. —Traje pan fresco... tus ojos —.

Los toqué: aún hinchados.

—Estoy bien—, respondí, tratando de sonar normal. —Solo una pesadilla—.

Dejó la bolsa en la mesa y me escudriñó. —¿Sobre él?—

Asentí, sin querer profundizar.

Su mandíbula se tensó.

—No vale tus lágrimas—, dijo en voz baja. —Elena, ese desgraciado no se merece nada de ti—.

—Lo sé—. Inspiré hondo y cambié de tema. —Marco, tengo una idea—.

—¿Qué idea?—

—Joyas—. Señalé el papel. —Hechas a mano. Alambre de plata y cuentas; diseños simples para vender—.

Sus ojos se iluminaron. —¿Diseño de joyas?—

—Sí—. Mi voz cobró energía. —No tengo formación formal, pero... creo que puedo. ¿Recuerdas esas tarjetas artesanales que hice en la secundaria? Se vendieron todas. Creo que tengo talento para esto—.

Marco me miró, con una suavidad en los ojos que no supe interpretar. —Por supuesto que sí. Elena, tu sentido del estilo siempre ha sido único—.

Mis mejillas se sonrojaron: era un gran cumplido.

—Necesitarás herramientas y materiales—, dijo, ya planeando. —Hay una tienda de artesanías en el pueblo. Podemos ir. Y una vez que tengas muestras, conozco a algunos dueños de tiendas; puedo ayudar a promocionarlas—.

—¿En serio?— No sabía de sus contactos.

—Absolutamente—. Extendió la mano y tocó mi cabello con gentileza.

El gesto se sintió natural, pero era más íntimo de lo que cabría entre hermanos. Su mano se demoró un poco, su mirada demasiado cálida.

—Gracias—, murmuré, apartando la vista.

Retiró la mano lentamente. —Primero desayunemos. Luego, esta tarde, vamos por los materiales—.

A las tres de la tarde, estábamos en la tienda de artesanías del pueblo toscano, comprando alicates, tijeras, cuchillos de grabado, rollos de alambre de plata en distintos calibres y un surtido de cuentas coloridas.

Marco recibió una llamada de emergencia del hospital, así que regresé al apartamento sola y extendí todo sobre la mesita. El alambre relucía suave bajo el sol de la tarde; las cuentas parecían golosinas tentadoras.

Me senté, enrollando los dedos alrededor de un hilo fino de plata. Era suave, maleable: esperando ser transformado. Cerré los ojos, inspiré profundo. Luego empecé a tejer. Sin plan; solo seguí el

instinto, algo profundo en mi alma. El alambre se retorció, se enlazó, se entrelazó entre mis dedos. Poco a poco, una forma emergió.

Una pulserita pequeña y delicada.

El tiempo se detuvo; éramos solo yo y el alambre. La pulsera cobró forma: un patrón intrincado y simétrico, como runas antiguas. Incrusté una diminuta cuenta azul en el centro.

Dejé las herramientas y la examiné de cerca. Era hermosa: mucho mejor de lo esperado.

—Le falta algo—, pensé.

Tomé el cuchillo de grabado y tallé con cuidado letras en el interior: Stella.

Contemplé la pulserita, con el nombre de Stella brillando en la superficie plateada. Una sonrisa se dibujó en mis labios. Tomé otro hilo de alambre, con los dedos ya en movimiento, la mente volando hacia la siguiente pieza. ¿Un collar? ¿Un par de aretes?

No importaba. Ahora tenía algo que hacer. Podía crear con esta habilidad, ganar dinero y forjar un futuro para mí y Stella. Con la ayuda de Dios, sería una buena persona... y una madre jodidamente increíble.

CAPÍTULO DIEZ



Igor

—Igor Vorontsov, ¿qué coño estás diciendo?—

Alexander se incorporó de un salto desde el sofá, las venas del cuello marcadas, el vaso de whisky a punto de caérsele de la mano.

La luz de la tarde de marzo entraba por los ventanales del salón de la finca y dibujaba sombras sobre la alfombra persa. Aquello debía ser una tarde de té apacible: dos familias repasando los últimos detalles de la boda, probando los pasteles rusos del chef. Pero mis palabras congelaron la calidez de la estancia.

—Lo he dejado claro. —Me recosté en el sofá—. Este compromiso se termina. A partir de ahora, mi compromiso con Natasha Ivanova queda oficialmente anulado.

—¡Estás loco! —chilló Natasha—. ¡Nos casamos en un mes! ¡El lugar ya está reservado! ¿Y ahora quieres cancelarlo?

—La boda se cancela. Yo cubriré todos los depósitos. —Mi voz era tan fría como si hablara del tiempo.

—¿Crees que necesito tu dinero? —La voz de Natasha cortaba como cristal—. ¡Quiero ser la esposa del Don de la Bratva! ¡Quiero estar a tu lado!

La madre de Natasha dejó la taza con elegancia. Su voz permaneció serena, pero sus ojos eran puñales.

—Igor, deberías pensar en lo que estás diciendo. ¿Sabes cuánto han preparado nuestras familias esta boda? —Se puso en pie y fue a

los hombros temblorosos de su hija como quien asienta una estatua —. Natasha lo supo desde los dieciséis. Rechazó a todos los pretendientes, estudió en las mejores escuelas suizas: etiqueta, artes, gestión… todo lo necesario para ser la esposa de un Don. ¿Y ahora nos dices que todo eso era una broma?

—Las alianzas matrimoniales ya no son necesarias. —Mi voz no titubeó; tenía otra opción.

—¡Basta! —por fin habló Padre—. Se sentó en el sillón que había pasado de generación en generación en los Vorontsov. Su rostro se nubló como tormenta; sus ojos ardían con una furia helada que nunca había visto—. Igor, ¿eres consciente de lo que dices? ¿Entiendes lo que significa este matrimonio?

—Sólo sirve a vuestra ambición. —Me giré hacia él, firme—. Queréis esa alianza para controlar la red de drogas de los Ivanov. ¿Habéis pensado que el FBI ya los tiene en la mira?

—¡Maldito ingrato! —Alexander me señaló, rugiendo—. Nuestras familias han planeado esto durante años y ahora quieres tirarlo por unas palabras. ¿Qué te crees que somos?

—Socios comerciales —dije con calma—. Si no llegamos a un acuerdo en los negocios, nos separamos.

—¡Bien, muy bien! —se rió con frialdad—. Si la Bratva no quiere este matrimonio, encontraremos socios más dispuestos. El hijo mayor de Salvatore siempre se interesó por Natasha. ¡Los italianos son mucho más sinceros que vosotros, los rusos de fachada!

—Que os vaya bien con esa cooperación. Ahora, fuera de mi casa. —Les señalé la puerta.

—¡Eres un pedazo de mierda! —Natasha cogió el jarrón de cristal de la mesa de café y me lo lanzó.

Me aparté sin esfuerzo. El jarrón se estrelló contra la pared detrás de mí; los fragmentos y los tulipanes quedaron esparcidos por el suelo.

—¡Te arrepentirás, Igor Vorontsov! —sus labios temblaban de rabia—. ¡Juro por Dios que te arrepentirás!

La madre de Natasha respiró hondo y le acarició la mano para calmarla. Luego me miró, los ojos helados.

—La familia Vorontsov pagará por lo de hoy. —Ajustó el chal con elegancia y volvió la mirada a su esposo.

Alexander se dirigió a mi padre antes de marcharse.

—Vorontsov, lamento que nuestra cooperación termine así. Pero créeme: la familia Ivanov no olvidará la humillación de hoy.

Dijeron sus amenazas y se marcharon. Solo quedamos Padre y yo en el salón. No hablamos. Observé su figura erguida, impecable, como si todo aquello hubiera sido una farsa insignificante. Yo sabía otra cosa: por el apretón de sus puños sentía la rabia que contenía.

Tras un largo silencio, Padre habló.

—Que salgan todos.

El mayordomo y los criados abandonaron la sala al instante, cerrando la puerta con suavidad. Nos quedamos solos.

—¿Sabes lo que acabas de hacer? —me miró, y su reproche cayó como un martillo—. Has destruido años de planificación. Has hecho que los Vorontsov pierdan a su aliado más valioso. Has empujado a los Ivanov hacia Salvatore, nuestro mayor enemigo.

Se acercó a mí.

—¿Has roto el compromiso por una mujer? —perdió la compostura—. ¿Por la maldita camarera de un hotel?

No me sorprendió que lo supiera.

—Ella lo es todo para mí —dije.

—¿Todo? —se burló—. ¿Qué crees que es el amor? Tu madre fue mi todo y mira qué pasó: murió a manos de nuestros enemigos y yo no pude hacer nada. ¡La Bratva no debe convertir el amor en su todo!

—No menciones a mi madre. —Lo corté, la voz teñida de peligro —. Fallaste en protegerla; no tienes derecho a nombrarla.

—¿No tengo derecho? —se rió con sorna—. Igor, ¿crees que puedes proteger a esa Elena? ¡Ni siquiera sabes dónde está!

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo.

Tres meses. Desde aquella maldita noche de Navidad, Elena había desaparecido. Movilicé a todo el mundo, registré Nueva York obsesivamente y no encontré nada. Se había esfumado como si nunca hubiera existido.

—¿Crees que destrozar esta alianza te ayudará a encontrarla? —continuó Padre—. No. Solo os pondrás más en peligro a ti y a ella. Salvatore tendrá ahora el apoyo de los Ivanov y será más temerario. Y cuando den con tu mujer, será el arma perfecta contra ti. ¿Piensas declarar la guerra?

—Perfecto. Estoy harto de esperar. —contesté—. Como futuro Don de la Bratva no debo casarme con una mujer que no amo. Y la Bratva no debe temer la guerra.

Saqué un documento de la chaqueta y lo arrojé sobre la mesa de café. El pergamino pesado se deslizó hasta él.

—Este es un acuerdo de abdicación. Fírmalo y te retirarás con dignidad. Tu propiedad, seguridad, tus ingresos —todo quedará igual. Si no lo firmas...

No terminé la frase.

Padre miró el documento durante un tiempo que pareció detener el reloj.

—Lo planeaste todo desde el principio —dijo por fin.

—Sí. Llevo tres meses preparándolo.

En esos tres meses había reclutado en secreto a hombres dispuestos a seguirme. Mi poder ya bastaba para forzar la abdicación voluntaria de Padre. Era la salida más digna; él no querría ver una guerra civil dentro de la Bratva.

—¿Por una mujer? —musitó incrédulo.

—Por mi todo. —lo corregí.

Padre tomó la pluma con la mano ligeramente temblorosa y firmó.

—¿Crees que has ganado? —lanzó la pluma sobre la mesa—. Igor, no entiendes lo que significa ocupar este puesto.

—Entonces déjame aprender —respondí.

Suspiró y salió por la puerta, que volvió a cerrarse.

Quedé solo en el salón, mirando el documento sobre la mesa. Ahora nadie podría impedírmelo: encontraría a Elena.

* * *

Pasó otro mes y entendí que ni siquiera ser Don me facilitaría enseguida dar con Elena.

—Italia.

Estaba en mi despacho cuando Artyom me dio la noticia que menos quería escuchar.

—¿Italia? —pregunté con un mal presentimiento.

—Nuestra última pista apunta al aeropuerto Kennedy. No salió con su nombre. Al rastrearla descubrimos que finalmente viajó a Italia —respondió Artyom.

—¡Joder! —golpeé la mesa—. ¿Está en Sicilia?

—Creemos que sí. —Artyom dio un paso atrás, mesurado—. Don, no podemos ir así de improviso.

Entendí lo que quería decir. Eso era territorio de Salvatore. Si mandábamos hombres armados allí, empezaríamos una guerra.

Lo miré; el pecho me latía con fuerza. Mi poder aún no estaba consolidado: algunos miembros de la familia no me seguían del todo. Si iniciaba una guerra ahora, podía no salir indemne y los que me seguían podrían morir.

Cerré los ojos, sintiendo el mareo familiar de la impotencia. Era Don, lo tenía todo, y sin embargo me sentía más desarmado que nunca.

—De acuerdo. —Abrí los ojos, mi furia templada en determinación helada—. Consolidaremos el poder. Extiendan la red por toda Europa hasta que nadie se atreva a retarnos. Logística, tecnología: no importa el método, todo lo que amplíe nuestra influencia. Quiero duplicar nuestro territorio en un año.

—Don, eso es... demasiado rápido.

—Entonces hacedlo más rápido. —lo corté—. No tengo tiempo. ¡Fuera!

Artyom hizo una reverencia y se fue. Me quedé solo. Fui al mueble bar y me serví vodka. El líquido frío me quemó la garganta y no apaciguó el fuego interior. Elena estaba en Italia, en el territorio intocable de Salvatore.

Arrojé el vaso contra la pared; el cristal estalló por todas partes. Tenía que traerla de vuelta. Hasta entonces, debía convertirme en un Don invencible.

Convertirme en Don me dejó hecho trizas. Dormía cuatro horas, atendía los asuntos de la familia de día y, por la noche, trazaba frenético en los mapas posibles entradas a Europa.

Solo una lámpara de escritorio iluminaba la oficina. Sobre la mesa estaba la cartera que había sacado del apartamento de Elena. Con la yema del dedo repasé las iniciales I.V.: era la única calidez que todavía podía tocar de ella.

A las tres de la madrugada llamaron.

—Pasa —dije sin levantar la vista.

Entró el mayordomo.

—Don, la señorita Natasha Ivanova solicita verle.

Dejé todo. ¿Natasha a estas horas?

—Déjela entrar —ordené—, pero registradla antes.

Minutos después la puerta se abrió. Natasha Ivanova estaba en el umbral como un espectro, con un abrigo marrón y un bolso negro. El mayordomo asintió tras ella.

—Registrada. Sin armas.

Hice un gesto para que el mayordomo se retirara.

Al entrar, me golpeó un perfume pesado. No era el sutil aroma cítrico de Elena; era dulce, artificial y empalagoso.

—Pareces cansado, Igor —dijo con voz extrañamente suave.

La miré: demacrada, ojerosa, pero esos ojos marrones ardían con un brillo peligroso.

—Tu padre va a la cárcel —dije reclinándome—. ¿Qué haces aquí? Esto no es una comisaría; esto es la Bratva.

Natasha soltó una risa aguda, como vidrio quebrándose.

—No esperaba que el FBI se moviera tan rápido. En días, mi familia ha caído tanto...

Se acercó al escritorio y dejó el bolso encima. Se apoyó con las manos y se inclinó, dejando ver su pecho pálido.

—He venido a rogarte, Igor. Solo tú puedes ayudarme ahora. Cásate conmigo como acordamos y mi familia recuperará su lugar.

—No puedo ayudarte.

—Puedes. —Se puso en pie y, con un movimiento calculado, el abrigo se deslizó y quedó a sus pies.

No llevaba nada debajo. Un cuerpo perfecto, largo y tenso como el de una bailarina. Cualquier hombre enloquecería. A mí me dio náuseas. Mi cuerpo no respondió; estaba muerto por dentro.

—Ella te ha dejado, Igor. Esa mujer te abandonó. Te sientas en este trono frío con el corazón vacío. —Natasha rodeó el escritorio, desnuda, taconeando—. Pero yo no te abandonaré. Soy la que realmente te ama. —Extendió la mano fría y rozó mi mejilla, trazando la línea de mi mandíbula.

Le agarré la muñeca.

—Fuera. —Mi voz no tenía deseo; solo cansancio.

Su sonrisa se congeló.

—De verdad, por ella... —Su orgullo calculado empezó a desmoronarse—. ¿Prefieres masturbarte antes que tocarme? ¿En qué soy inferior a esa basura de barrio?

—En todo. —Solté su mano y me puse en pie—. Ahora vete antes de que te mate.

Mis palabras la hirieron. Un odio desquiciado encendió sus ojos.

—Bien... bien, Igor. —Retrocedió dos pasos y, de pronto, sacó algo del bolso caro.

Un frasco de perfume elegante, o al menos eso parecía. La seguridad no se lo había quitado. Al apretar, no salió una fragancia normal: una niebla extraña me alcanzó la cara.

Aguanté la respiración instintivamente, pero fue tarde: la inhalé.

—Tú... —un cansancio como losa me invadió. Las piernas me fallaron y caí en la silla—. ¡Perra, qué me has echado!

Intenté mover los brazos; eran plomizos. No pude.

—Algo para que te portes bien. ¿Te crees tan poderoso, Igor? —Natasha dejó caer el frasco, la cara encendida por una excitación enferma—. Eres solo un hombre. Un hombre que necesita aprender.

Se separó las piernas y se montó sobre mis muslos.

—No... —intenté empujarla, pero mi cuerpo no obedecía. La droga había paralizado los músculos; solo me quedaba la conciencia.

—Shh —se inclinó y susurró junto a mi oído—. Te va a gustar. Recordarás lo que debes.

Se restregó contra mí buscando provocarme. Empezó a desabrochar el cinturón.

La rabia explotó dentro, caliente como lava. Esa mujer enferma.

Justo cuando bajó la cabeza para besarme, mi mano derecha se disparó con una velocidad que desgarraba y agarró su garganta.

Todo se detuvo.

Mi mano temblaba por el efecto del gas, pero toda la fuerza se concentró en cinco dedos.

—¡Te mato! —mi voz se volvió ronca y peligrosa.

La cara de Natasha se volvió púrpura; sus ojos se abrieron desorbitados. Sus manos arañaron mi muñeca hasta arrancarme sangre.

—Igor... —no logró articular más.

Quería aplastarla, hacerla pagar por tocarme. La droga intentaba someter mi mente, pero la voluntad de matar era más fuerte. Aprreté un centímetro más. Oí el crujido nauseabundo de la garganta. Cuando parecía que iba a asfixiarla, un último impulso de supervivencia la empujó hacia atrás con todo lo que le quedaba; cayó al suelo fuera de mis piernas.

Natasha se encogió como un pez moribundo, tosiendo, arañando el aire. Tras unos instantes, se arrastró hacia atrás, tomó el abrigo y me miró con terror, como si viera a un demonio.

Agarré los reposabrazos e intenté incorporarme, pero el cuerpo no me obedecía. Al ver que no lograba levantarse, su miedo dio paso a un odio más profundo.

—¡Eres un maníaco! —gritó con la voz rota—. ¡Casi me matas, hijo de puta!

Se puso el abrigo a trompicones y salió tambaleándose del despacho.

Me desplomé en la silla, jadeando. Miré mi cuerpo —el cinturón a medio desabrochar— y la violencia que aún me latía en el pecho. La droga empezó a perder efecto. Respiré hondo y abroché el cinturón.

La cartera seguía sobre la mesa; las iniciales I.V. brillaban en la luz mortecina. La tomé. En el instante en que mis dedos rozaron el cuero, sentí que volvía a estar vivo.

Miré la cartera en la mano y susurré:

—Espérame, Elena. No importa dónde estés ni cuánto tarde.

Me haría más fuerte, lo bastante para que nadie osara interponerse. Entonces iría a Italia, pisaría el territorio de Salvatore y la traería de vuelta. Esta vez no permitiría que nadie —ni siquiera mis propias debilidades— se interpusiera.

CAPÍTULO ONCE



Elena

Medianoche. Un chorro cálido surgió entre mis muslos, arrancándome del sopor entre el sueño y la vigilia. Me quedé paralizada, contemplando las sábanas empapadas, con el corazón martilleándome en la garganta. «No, no, no... ahora no».

Mis dedos temblorosos tantearon el teléfono en la mesita de noche y marqué el número de Marco.

—¿Elena? —Contestó al primer timbrazo.

—¡Marco! —El pánico quebró mi voz—. Creo... creo que he roto aguas.

—No te muevas. Voy para allá.

La llamada se cortó. En cuestión de minutos, la puerta se abrió de golpe y Marco irrumpió, aún en pijama. Bastó una mirada para que su rostro se endureciera. Corrió al armario, tomó la bolsa del hospital que había preparado semanas antes y se inclinó para alzarme con cuidado.

—Agárrate fuerte —me ordenó en voz baja, firme pese a las venas hinchadas en su cuello.

—¡Marco, solo son ocho meses! —Me castañeteaban los dientes mientras me aferraba a sus hombros—. ¿No es demasiado pronto? ¿Y si la bebé...?

—Estará bien —me interrumpió, bajando las escaleras de dos en dos—. Yo me encargaré de que esté bien. Las dos estaréis bien.

Me acomodó con delicadeza en el asiento trasero, me arropó con una manta y rodeó el coche a toda prisa para sentarse al volante. El motor rugió en protesta mientras nos lanzábamos por las calles silenciosas de la Toscana a medianoche.

El dolor llegó rápido y brutal. La primera contracción fue como un puño gigante aplastándome el útero. Grité, clavándome las uñas en las palmas de las manos.

—Respira, Elena —me dijo Marco desde el asiento delantero. Una mano aferraba el volante; la otra ajustaba el retrovisor para no perderme de vista. Aceleramos aún más, con las farolas convertidas en borrones al pasar.

El sudor me empapaba el cabello, pegándomelo a la frente. «¡Duele tanto!».

—Lo sé, lo sé —dijo, observándome por el espejo. Esos ojos castaños, normalmente tan suaves, ahora rebosaban preocupación —. Estoy aquí. No dejaré que os pase nada. Aguanta. Ya casi llegamos.

Su voz era mi ancla en esa tormenta de dolor. Me aferré a sus ojos en el espejo, tratando de extraer fuerzas de ellos.

Pero entonces llegó otra contracción, aún más feroz. La agonía me arrolló como un tsunami, y en el caos de mi conciencia que se hundía, me agarré al único salvavidas que encontré: esos ojos verde profundo, ese hombre que me había susurrado al oído con esa voz baja y magnética: «Me perteneces».

—Igor... —gemí su nombre.

En el espejo, vi cómo la expresión de Marco se congelaba. Pero no dijo nada, solo pisó el acelerador a fondo.

Las siguientes doce horas en el hospital comunitario fueron un infierno puro. La sala de partos era blanca y helada. Cada contracción parecía un cuchillo oxidado clavándose en mi espina dorsal, una y otra vez. Me aferré a las barras de la cama hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Las enfermeras revoloteaban a mi alrededor.

«¡Empuja!» —gritó la enfermera mayor.

Empujé con todas mis fuerzas, mi garganta emitiendo sonidos que no parecían humanos. Los bordes de mi visión se oscurecían, la

conciencia iba y venía con el dolor. En esa agonía extrema, solo una imagen llenaba mi mente: esos ojos verde profundo. Ese cabrón que me regaló sueños hermosos y luego los destrozó con sus propias manos.

«¡Empuja! ¡La bebé está casi aquí!» —La voz del médico resonó desde algún lugar lejano.

Cerré los ojos, con el rostro de Igor invadiendo mi mente. Canalice toda la traición, todo el desamor, toda la rabia en un último arrebato de fuerza y empujé.

«¡Uaaa!».

Un llanto fuerte y claro llegó a mis oídos. Me derrumbé contra la almohada, completamente exhausta.

La enfermera colocó ese diminuto bultito envuelto en una manta sobre mi pecho. Era tan pequeña, pero tan cálida. La miré, y dejó de llorar. Tenía un cabello rubio fino y suave, y ojos azules curiosos que parpadeaban hacia mí.

Dios mío. Era mi hija.

La puerta de la sala se abrió y Marco entró, con aspecto demacrado. Su mirada se posó en la bebé en mis brazos.

—Es preciosa, Elena —dijo al acercarse a la cama, con la voz ronca.

Acaricié su mejilla suave. De repente, hizo un puchero, esa expresión terca... demasiado parecida a la de Igor. Ese cabrón, incluso a miles de kilómetros, tenía que recordarme que nunca podría escapar de él por completo.

Marco se sentó en la silla junto a la cama. Contempló a la bebé durante un largo rato, con expresión complicada. Luego alzó la vista, como si hubiera tomado una decisión.

—Elena —su voz era baja—. Te quiero.

Se me cortó la respiración.

—Te quiero —repitió, con voz más grave—. Te he querido desde que teníamos ocho años, en ese maldito barrio pobre, cuando te vi peleando con esos chavales mayores.

Mi mente se quedó en blanco. Siempre lo había visto como un hermano, como familia.

Siguió hablando, con un toque de burla hacia sí mismo: —Te vi caer por ese cabrón ruso. Te vi romperte, y yo me rompí contigo. Te he estado esperando, Elena. Esperando a que me miraras aunque fuera una vez.

Alargó la mano para tocarme la mejilla, pero se detuvo a mitad de camino.

—Dame una oportunidad —su tono se volvió suplicante—. Cuidaré de Stella como si fuera mi propia hija. Os daré a ti y a ella la mejor vida. No necesito que me quieras ya. Solo necesito que me des una oportunidad.

Lo miré. Marco Bernardi. Guapo, amable, un médico que se mantenía decente pese a moverse en círculos de la mafia italiana. Cualquier mujer se volvería loca por él. Pero yo no era cualquier mujer.

Stella soltó un gemidito en mis brazos. Bajé la vista: estaba arrugando la carita, obviamente con hambre.

—Marco, mi corazón está muerto —forcé las palabras, pronunciando cada una con cuidado—. Esa noche de Navidad, mi corazón murió con el hombre que amaba. Lo que queda en mi cuerpo ahora es solo un cascarón vacío. No puedo darte el amor que quieres.

Me miró en silencio, el color abandonando poco a poco su rostro. Esos labios que solían sonreír se apretaron en una línea dura. Tras un largo momento, respiró hondo y se levantó despacio.

—Lo entiendo —dijo en voz baja.

No insistió. Solo se inclinó, me dio un beso frío en la frente y se dio la vuelta para salir de la habitación.

Sabía que le había hecho daño. Pero las mentiras son más crueles que la verdad. Igor me lo había enseñado.

Tras salir del hospital, me enfrenté al problema más práctico: el dinero.

Había estado vendiendo mis artesanías hechas a mano en el mercado local, pero los ingresos eran inestables como el demonio. Algunos días vendía varias piezas, otras semanas nada de nada. Esa vida me ponía de los nervios. Necesitaba un ingreso fijo, un trabajo que me permitiera cuidar de Stella.

Marco pareció olvidar la confesión de ese día y volvió a ser el de siempre. Nos visitaba a Stella y a mí cada pocos días, trayendo cosas para el bebé y comida.

Ese día en particular, vino de nuevo.

—Elena —se quedó en la puerta, cargado con varias bolsas de la compra—. Tengo una propuesta.

Sabía de mi búsqueda reciente de trabajo. Sostuve a Stella, mirándolo.

—Quiero contratarte directamente para que cuides de mi abuela, Elena —hizo una pausa, mirándome con ojos sinceros—. Te pagaré... mucho más estable que esas artesanías. Y el horario es flexible. Puedes traer a Stella contigo.

Me quedé atónita.

—Marco, cuidar de tu abuela es mi responsabilidad. No necesitas pagarme.

—Elena, no puedes dividirte en tantas partes —su tono no admitía discusión—. No puedes encontrar un trabajo estable y cuidar a la vez de Stella y de mi abuela.

—Además —añadió, con una sonrisa suave en los labios—, si contrato a otra cuidadora, no me quedaría tranquilo. Ayer mismo vi una noticia sobre una que maltrataba a un anciano... Por favor, considéralo como un favor que me haces.

Lo miré. Esos ojos castaños cálidos rebosaban sinceridad. Me había dado una razón que no podía rechazar.

—Está bien —asentí al fin—. Gracias, Marco.

Sonrió... ese hermano mayor amable y considerado de nuevo. —No tienes que darme las gracias, Elena. Somos familia.

El sueldo de Marco era generoso de verdad. Tras varios meses, había ahorrado una buena suma. Alquilé un local en una zona buena del pueblo y lo llamé con el nombre de Stella.

«Stella's Handmade» abrió pronto, especializado en collares hechos a mano a precios asequibles.

El primer año, apenas salí a flote, pero el boca a boca se extendió entre los turistas locales.

El segundo año, las chicas enloquecieron con las pulseras de cristal. Mi tiendecita cabalgó esa ola hasta la fama, atrayendo

clientes de todas partes. Empecé a generar ganancias y me mudé a un local más cerca del centro del pueblo.

El tercer año, contraté a mi primera asistente y empecé a aceptar pedidos personalizados.

El cuarto año, una compradora de moda de Milán entró por casualidad en mi tienda durante unas vacaciones. Quedó alucinada con mis diseños. Dos meses después, mis piezas aparecieron en una boutique de lujo en Milán.

El quinto año, transformé «Stella's Handmade» en «Stella Studio», alquilando un edificio entero de dos plantas en la calle más concurrida del pueblo. La planta baja era sala de exposición y tienda; arriba, mi taller y oficina.

Bajo el sol toscano, construí mi imperio poco a poco...

«¡Elena! ¡Mira tu correo!» —Mi asistente Anna, una italiana joven y efervescente, irrumpió en mi oficina agitando su tableta.

—¿Qué pasa? —Estaba revisando bocetos de nuevos diseños.

Estos cinco años me habían cambiado por completo. Había aprendido a vestir trajes de negocios, a negociar, a gestionar una marca en crecimiento. Me había vuelto madura, segura de mí misma... ya no era esa chica que luchaba en las cloacas de Nueva York, a la que un hombre podía engañar con unas palabras dulces.

«¡Es Vogue Gioiello! ¡La edición internacional!» —Anna chilló emocionada, empujándome la tableta—. «¡Quieren entrevistarte! ¡Te llaman la estrella ascendente de la Toscana en diseño!».

El corazón me dio un vuelco.

Vogue.

Tomé la tableta. Ese correo en inglés, elegantemente redactado, estaba allí.

[Estimada Srta. Jensen,

Hemos notado el notable crecimiento de su marca «Stella's» en el último año. Su estética de diseño única está redefiniendo el arte de la joyería contemporánea.

Vogue Gioiello Edición Internacional le invita cordialmente a una entrevista exclusiva. El reportaje incluirá su historia personal, filosofía de diseño y planes futuros para la marca.

Esta será una excelente oportunidad para mostrar su talento a lectores de todo el mundo...]

No terminé de leer. Un pensamiento me cruzó la mente. Aceptar una entrevista en una revista internacional de diseño significaba que mi rostro, mi nombre, mi marca aparecerían en quioscos de todo el globo. Incluyendo Nueva York.

—¿Elena? ¿Estás bien? —Anna parecía confundida—. ¡Esto es increíble!

Forcé una sonrisa. —Claro. Es genial. Sigue con lo tuyo. Yo les contestaré.

Anna se fue saltando de alegría.

Una vez que la puerta de la oficina se cerró, mi sonrisa se derrumbó. Me acerqué a la ventana, observando a los niños jugando en la plaza de abajo. Stella había ido al jardín de infancia hoy. Ya tenía cinco años, lista y adorable.

Cinco años. Cinco años enteros sin saber nada de Igor Vorontsov. Como un avestruz, había enterrado la cabeza en la arena italiana, rechazando cualquier noticia de Nueva York.

Seguro que él me había olvidado hace tiempo. Probablemente estuviera casado con esa princesa de la mafia... esa belleza eslava llamada Natasha. Probablemente tuvieran un par de hijos, herederos legítimos de verdad. Y yo no era más que un episodio insignificante en su vida, una amante que ni siquiera se molestó en presentar a su familia.

El pensamiento aún me provocaba un dolor sordo en el pecho. Maldita sea, creía que lo había superado.

Respiré hondo. Ya no era esa Elena Jensen de hace cinco años que no tenía nada. Tenía mi negocio, tenía a mi hija. No podía dejar que un fantasma del pasado me hiciera perder esta oportunidad de llevar «Stella» al mundo.

Volví al escritorio y puse los dedos en el teclado. Necesitaba esta entrevista. Stella también necesitaba un futuro más grande.

Así que empecé a teclear mi respuesta cuidadosa.

CAPÍTULO DOCE



Igor

Malditos cinco años.

Miraba esa revista de diseño con los dedos a punto de rasgar la página. La mujer de la foto llevaba un traje negro impecable, el pelo recogido con elegancia que dejaba al descubierto un cuello largo. Posaba en su estudio, vitrinas de joyas detrás, los ojos llenos de una seguridad madura que yo nunca le había visto.

Pero la reconocí al instante. A pesar de todos los cambios, a pesar de su aire nuevo, a pesar de que cinco años la habían transformado, supe que era Elena en cuanto la vi.

—Dame su dirección —ordené a Artyom, que estaba frente a mí —. Ahora.

Asintió y se apartó.

Releí la entrevista. El periodista le preguntaba por sus inspiraciones y ella sonreía: «Las pruebas de la vida te hacen crecer. Pasé por una traición, pero conocí a alguien que me salvó, me sacó de ese desamor y me dio un nuevo comienzo».

La había salvado. La había sacado de ahí. Cerré el puño y lo estampé contra el escritorio de roble; tiré el portalápices.

¡Joder! ¡Joder, joder, joder!

¿Qué coño había hecho yo en estos cinco años? Ampliar mi imperio hasta poder aplastar a Salvatore de un golpe. La vi

desaparecer hacia Italia y no pude enviar a mis hombres a hurgar en su territorio.

Debería haberla encontrado fácil, pero ahora entendía por qué no. Alguien le borró las huellas, la subió a un avión con una identidad falsa. Y ese hijo de puta la había «salvado», la había «sacado» de ese desamor.

Apreté la mandíbula hasta que me dolió. ¡Durante cinco años llegué a pensar que estaba muerta!

Pero gracias a Dios estaba viva —viva, sana y hermosa—. Con eso bastaba. Sentí una gratitud mal disimulada.

Golpearon la puerta. Artyom entró con una tableta.

—Listo, Don. Sede de —Stella— en la Toscana. Elena Jensen vive en—

Le arrebaté la tableta y leí la dirección. Toscana.

Un lugar donde mis hombres nunca habían entrado a fondo porque era territorio de la Cosa Nostra; el principal bastión de Salvatore. En esos cinco años ese viejo y yo estuvimos a un paso de la guerra. Pero ahora no importaba: la Bratva ya era lo bastante poderosa.

—Preparad el jet —dije, poniéndome el abrigo—. Ahora mismo.

Las doce horas de vuelo fueron tortura. En el asiento de cuero de mi avión privado no pegué ojo. Afuera, la noche infinita se extendía; las nubes arremolinadas bajo las alas como olas negras congeladas. El rostro de Elena no dejaba de surgir en mi cabeza: su sonrisa, la forma en que dormía tranquila en mis brazos. Cinco años... ¿qué coño habría pasado con ella?

Aterrizamos en Florencia con la noche ya caída. El aire toscano, cálido y mediterráneo, olía a pino.

Fui con solo dos de mis hombres de máxima confianza. Condujimos un discreto sedán negro hasta la dirección.

Frente a aquel edificio toscano la noche era profunda y las calles estaban vacías. Un inmueble italiano viejo, paredes beige que se iluminaban cálidas bajo los faroles.

Hice señal a los hombres para que se quedaran abajo. Colarme fue fácil. Forzar la cerradura de Elena, un juego de niños. El clic de la puerta al abrirse me dejó contener el aliento.

El apartamento estaba en silencio, iluminado por una luz tenue en el salón. Mi mirada barría rápido: todo ordenado, arte hecho a mano en las paredes, bocetos de diseño sobre la mesa. El aire traía su olor —esa ligera nota de limón.

Estaba aquí. De verdad estaba aquí.

Vi la chaqueta sobre el sofá. Una chaqueta de hombre. Azul marino, marca italiana, una talla menor que la mía. Se me apretaron los puños.

Avancé y vi unas zapatillas de hombre en el zapatero junto a la puerta. En la cocina, dos tazas de café: una con el logo de —Stella —, la otra lisa.

Vivía con un hombre. La rabia me recorrió como lava. Estaba jodidamente viviendo con otro.

Respira. Respira. Me obligué a calmarme. Quizá eran solo amigos. Quizá—

Entonces la foto en la nevera. Elena abrazando a una niña de quizá cuatro o cinco años, rubia y de ojos azul cielo. La cría sonreía a lo grande; Elena le besaba la mejilla.

Al dorso: Mi pequeña Stella, feliz quinto cumpleaños.

El mundo se me paró. Cinco años. Nos separamos hace cinco. Si hubiera estado embarazada... no. No podía ser. Si fuera mío, ella me lo habría dicho. No lo haría—

Se oyeron pasos en el pasillo. Me deslicé silencioso detrás de las cortinas del balcón justo cuando la llave giró en la cerradura. Los pliegues me ocultaban, pero veía todo por la rendija.

La puerta se abrió y se encendieron las luces. Elena entró. Cinco años después, y allí estaba, a menos de cinco metros. Camiseta blanca simple, vaqueros, el pelo recogido a la ligera, el rostro cansado. Pero aún tan hermosa que me dolía.

Dejó la bolsa en el sofá y fue a la cocina por un vaso de agua. Observé su perfil: el ceño leve, la línea del cuello al beber —antes plagada de mis besos.

Me moría por apartar la cortina. Pero la puerta se abrió otra vez. Entró un hombre, de unos treinta años. Vio a Elena y le dedicó una sonrisa tierna.

—¿Elena, qué tal el trabajo hoy? —su tono era íntimo, como si fuese parte de su rutina.

—Cansador —suspiró ella—. Ese cliente de Milán cambió las especificaciones otra vez.

Se acercó y le posó la mano en el hombro con naturalidad. Su mano se quedó allí; ella no la apartó. La visión se me nubló, la sangre me zumbó en los oídos. Ese cabrón la tocaba. Tocaba a mi mujer. Casi le parto el cuello.

A punto de estallar, sonó un teléfono con un timbrazo seco. Él lo sacó, lo miró y su rostro pasó de tierno a serio.

—Es del hospital —dijo—. Cirugía de urgencia. Tengo que irme ahora mismo.

—Vete —asintió Elena, acompañándolo a la puerta—. Conduce con cuidado.

—Lo haré —se inclinó Marco, los ojos llenos de afecto—. Puede que no vuelva al apartamento esta noche.

Ella asintió con comprensión.

Eran una maldita pareja enamorada.

Cuando Elena volvió a quedarse sola cerró la puerta con llave, dejó escapar un largo suspiro, se frotó el cuello y fue al dormitorio. Pronto se oyó la ducha.

Esperé entre las sombras del balcón; cada segundo era una agonía.

El agua cesó. Minutos después la puerta del baño se abrió. Salió y mi respiración se cortó. Estaba completamente desnuda.

Hace cinco años conocía cada centímetro de su cuerpo. Ahora... había cambiado.

Los pechos, más llenos y redondos que en mi recuerdo; los pezones endurecidos por el aire, irradiando un peligroso atractivo. La cintura seguía esbelta, pero las caderas más anchas, curvas que trazaban una silueta nueva. Cada paso hacía sus pechos balancearse, su trasero ondular como olas. Era un cuerpo de madre, y aun así la volvía aún más deseable, la transformaba de chica a mujer intensa.

Había tenido una hija —esa niña de cinco años, Stella—. Y yo aún no sabía si la niña era mía.

Elena tomó una toalla y se secó el cabello con despreocupación, sin saber que unos ojos hambrientos la devoraban.

Se me secó la garganta; se me puso dura al instante.

¿Salía así cuando ese tipo, ese cabrón Marco, estaba en casa? ¿Se mostraba desnuda ante él, exhibiendo ese cuerpo maduro y provocador? Pensar en que la viera, en que la tocara, me daban ganas de matar.

Deseo y furia se enredaron. El corazón me latía como un martillo.

Estaba justo detrás de la cortina, a metros de distancia, devorando su desnudez con la mirada. Ella se inclinó a recoger el pijama; el culo se elevó, las curvas expuestas, enseñando ese lugar íntimo en el que me enterré noche tras noche. Su coño estaba rosado y húmedo, los labios carnosos, brillando ligeramente. Su ano —ese que siempre quise reclamar— seguía apretado y tentador, los pliegues rosados asomando en la curva, contrayéndose como una invitación.

Aquella visión encendió mi sangre. Ese cuerpo debía ser mío —y sin embargo podía haber sido reclamado por otro.

Me apoyé en la pared, abrí la bragueta y agarré mi polla, dura como una roca, la recorrí con mano áspera y rápida. Me imaginé abalanzándome por detrás, agarrándole las nalgas, separándolas de un tirón y clavándomela en ese coño tierno. Gritaría, forcejearía, pero acabaría rindiéndose a mi rudeza; sus paredes se apretarían a mi alrededor como hace cinco años, succionándome.

Embistiría con fuerza, golpeando sus profundidades hasta dejarla suplicando misericordia mientras gimiera mi nombre. Me vi martillando su agujero, la humedad apretándome, jugos salpicando, su culo rebotando en olas elásticas. Era mía, joder —cada hueco destinado a ser llenado por mí.

Luego la forzaría por detrás, conquistando ese apretón resistente, reclamando territorio intacto. Sentiría su dolor, sus sollozos, pero al final se derritiría bajo mi posesión, admitiendo que nunca podría escapar.

Mi mano fue más veloz, la polla latiéndome en la palma, las venas marcadas. Mordí la mano para no dejar escapar ningún

sonido. Chorros calientes salpicaron la cortina; jadeé, el cuerpo temblando, la vista aún fija en su figura.

Recuperé la respiración y me acomodé la ropa.

Entonces Elena se congeló; en un gesto precipitado se calzó el pijama. Giró la cabeza hacia el balcón. Había sentido algo.

Su expresión se aguzó.

—¿Quién está ahí?

Se acercó a la cortina con cuidado.

Un segundo antes de que la apartara, salté por encima de la barandilla. Me colgué de los dedos como un fantasma, el cuerpo pegado a la pared exterior. Era el tercer piso; caer no me mataría, pero me delataría.

Elena tiró de la cortina y vio el balcón vacío. El viento nocturno le despeinó el pelo.

Frunció el ceño, miró los rincones un par de segundos. No encontró nada. Negó con la cabeza, se frotó las sienes —quizá se creyó paranoica— y volvió a entrar, cerrando con cerrojo la puerta del balcón.

Mis dedos se mantenían firmes en las grietas de la pared, el cuerpo pegado como una salamanquesa, respiración controlada, músculos relajados.

Se apagó la luz del dormitorio. Esperé unos minutos, seguro de que dormía, y me dejé caer de nuevo, silencioso, sobre el balcón.

Miré una última vez al dormitorio y me desvanecí en la noche toscana tal y como había llegado.

Elena. Ahora te tengo. No volverás a escapar de mí.

CAPÍTULO TRECE



Igor

Dalias blancas. Otra vez.

Me quedé mirando el ramo recién cortado de dalias blancas sobre el escritorio del estudio: la tercera vez en una semana. Cada mañana, al abrir la puerta, aparecían como fantasmas, las gotas de rocío aún en los pétalos, tan frescas como si las hubieran arrancado del jardín.

—¡Dios mío, Elena! —entró Anna con el café, exclamando al ver las flores—. ¡Otra vez! ¡Qué romántico ese admirador misterioso!

—No es romántico. Da mal rollo —fruncí el ceño y examiné el ramo—. Aún no hay tarjeta, ni firma, nada. Simplemente está ahí, como una declaración silenciosa.

—¿Mal rollo? Anda, son dalias blancas, ¿no son tus favoritas? —Anna dejó la taza y se acercó a olerlas—. Se ve que se ha tomado la molestia de averiguar lo que te gusta.

Mi ceño se profundizó. Sí, me gustaban las dalias blancas porque eran especiales. Pero rara vez lo decía. En Italia, quizá solo Anna y Marco lo sabían. No era una preferencia corriente —no rosas, no lirios, dalias. ¿Quién lo sabría?

—Mira, cada flor está perfecta —tocó los pétalos con delicadeza —. Quien las manda tiene gusto.

—¿Gusto? —reí con sequedad—. ¿Forzar la entrada en el estudio de alguien es tener gusto?

—¿Quizá tiene una llave? —me guiñó un ojo—. O… ¿quizá es alguien que olvidaste? ¿Alguien a quien una vez le diste esperanzas?

No respondí; no se me ocurría nadie.

—¿Podría ser Marco? —siguió Anna—. Te persiguió tanto tiempo. Quizá ahora prueba con el misterio para llamar tu atención. Ya sabes cómo les va a algunos hombres esto de hacerse los enigmáticos.

—Marco no es así —negé, colocando el ramo en el alféizar—. Si Marco mandara flores, las traería él mismo.

—¡Entonces es un nuevo admirador! —se rió Anna, con esa fantasía romántica propia de los jóvenes—. Elena, eres encantadora. Primero Marco y ahora un hombre misterioso. Tal vez un cliente te vio trabajar tan concentrada y se quedó prendado.

—Anna, ¿no te parece raro? —mi voz salió más tensa de lo que quería—. Alguien entró en mi estudio sin que yo lo supiera y además sabe cuáles son mis flores favoritas.

La emoción de Anna se esfumó de golpe. Miró las flores y luego a mí; su sonrisa se atenuó.

—Si lo pones así… da miedo. ¿Cómo entró? La puerta estaba cerrada con llave.

Respiré hondo intentando calmarme.

Anna se mordió el labio y fue a comprobar la cerradura; su rostro se oscureció.

—No hay señales de forzamiento.

Guardamos silencio unos segundos. El estudio quedó extrañamente quieto; solo se oían coches a lo lejos. Al ver mi expresión, Anna respiró y trató de aligerar el ambiente.

Aclaró la garganta y me dio una palmadita en el hombro.

—Quizá no es mala persona. Solo tímido. Te mandó flores, no algo peligroso. Los malos no suelen tener estas cortesías, ¿no?

—Quién sabe —forcé una sonrisa para no preocuparla.

Me senté y encendí el ordenador intentando concentrarme.

—Quizá tengas razón. Al menos mandó flores.

Pero mis dedos flotaban sobre el teclado sin poder escribir.

—Elena —Anna se agachó junto a mí, mirándome—. El resto del equipo y yo estamos aquí. Si algo te hace sentir mal, llamamos a la policía, ¿de acuerdo? No estás sola. Y además estamos en el

segundo piso, con vistas a la calle principal. Si pasara algo, podrías gritar y en el café de abajo lo oirían.

Al ver su sinceridad, me inundó una calidez inesperada.

—Gracias, Anna.

—Somos socias —se levantó, recobrando energía—. Pero en serio, igual es solo un gesto de admiración. Los italianos son muy románticos. Quizá en unos días aparecerá y resulta ser un buen tipo de verdad.

—Puede ser —contesté sin convicción.

Anna sacó la lengua.

—Vete a trabajar —le dije, intentando sonar normal—. Esos bocetos para los encargos tienen que estar listos hoy. Milán nos está llamando.

—Sí, jefa —Anna se dio la vuelta y salió.

Cuando la puerta se cerró, me recosté en la silla y dejé escapar un suspiro largo.

El estudio volvió al silencio. Miré la pantalla sin poder concentrarme; toda la mañana estuve dispersa. Mis ojos volvían una y otra vez hacia las flores en el alféizar: floreciendo en silencio, los pétalos blancos casi translúcidos bajo el sol, dolorosamente hermosos.

¿Quién sabía que me encantaban las dalias blancas? ¿Quién podría colarse en un estudio cerrado sin dejar rastro?

Al llegar a casa ya era de noche cerrada.

Abrí la puerta del apartamento. Stella ya se había duchado y estaba sentada en el sofá con su pijama rosa favorita, mientras la niñera Mary le ponía dibujos. Al verme entrar, saltó del sofá descalza y se lanzó a mis brazos.

—¡Mamá! ¡Estás en casa!

—Cariño —la levanté y le di un beso fuerte en la mejilla—. El cansancio del día se desvaneció en un instante.

Mary sonrió, recogió sus cosas y se preparó para irse.

—Hoy se ha portado muy bien. Después de cenar recogió sus juguetes ella sola. Me voy ya, Elena.

—Gracias, Mary. Que te vaya bien.

Cuando se fue la niñera, Stella y yo nos acurrucamos en el sofá a charlar. Me contó, entusiasmada, lo que había pasado en el jardín de infancia: la seño Ángela había propuesto juegos nuevos, un niño llamado Luca le dio caramelos. Al oírla hablar, la sombra que llevaba en el pecho pareció aminorarse.

Las flores y esa inquietud inexplicable se fueron empujando hacia atrás, ahogadas por la voz inocente de mi hija.

A las nueve y media por fin dormí a Stella.

Esa noche estaba especialmente excitada; insistió en que le contara tres cuentos antes de dormir. Tumbada en la cama, sus ojos azul claro brillaban, las pestañas largas batiendo como pequeños abanicos. Los rizos dorados se extendían por la almohada como seda. Era, sin duda, mi angelito.

—Mamá, cuéntame uno más —tiró de mi mano con ese tono suplicante imposible de resistir.

—Ni hablar, pequeña mentirosa —le toqué la nariz suavemente—. Ya dijiste —el último— tres veces.

—Pero no quiero dormir todavía —puchereó, aunque los párpados le pesaban.

—¿Ah, sí? —me incliné para besarle la frente—. Entonces, ¿por qué se te cierran los ojos?

—No se me cierran… —masculló, aferrando mi dedo—. Mami, ¿te quedarás conmigo siempre, verdad?

—Por supuesto —dije en voz baja, con un dolor tierno en el pecho—. Mami siempre estará contigo.

—¿No me dejarás, como la mamá de las princesas de los cuentos?

—Nunca —apreté su manita diminuta—. Mami nunca te dejará, Stella. Nunca.

Cerró los ojos tranquila y su respiración se volvió regular. Cerré la puerta sin ruido y arrastré el cuerpo cansado hacia el dormitorio.

Me duché y me puse el pijama. Abrí el portátil. En la app de chat el avatar de M estaba activo, así que empezamos a escribir.

Yo: [Acabo de acostar a la niña. Estoy hecha polvo.]

M: [jaja, ser madre no es fácil. ¿Qué pasa? Se nota por la forma de escribir que te preocupa algo.]

Me detuve. M siempre supo leerme aun a través de la pantalla.

Yo: [Pasa algo raro últimamente.]

M: [Cuéntame. ¿Más raro que aquel cliente problemático?]

Respiré hondo y tecleé.

Yo: [En el estudio han dejado dalias blancas tres días seguidos esta semana. Cada mañana aparece un ramo fresco, como recién cortado. Sin firma, sin saber quién las manda. Puertas y ventanas cerradas; las cámaras del pasillo no muestran a nadie. Y aun así las flores aparecen.]

M guardó silencio unos segundos.

M: [Oh… ¿tienes un acosador? Y además diestro: puede pasar la seguridad del edificio e entrar al estudio sin ser visto.]

Yo: [Sí. Es inquietante. Siento… que me vigilan. Si sigue mandando flores, llamaré a la policía.]

M envió un emoji pensativo y luego un mensaje largo.

M: [¿Podría ser tu ex que te encontró? ¿Ese loco rico que te acosó? Sabes cómo actúan esos psicópatas adinerados: empiezan con flores anónimas para medir tu reacción, observan tu rutina, recaban información. Luego se revelan poco a poco intentando reconquistarte —a su manera romántica—. Madre mía, he visto muchos casos así.]

El corazón me dio un vuelco; me faltó el aire un segundo. Igor sí sabía que me gustaban las dalias blancas.

Pero era imposible.

Yo: [Imposible. Hace cinco años. Se casó, tuvo hijos.]

Al escribirlo, la garganta se me apretó. Sí, cinco años: tiempo suficiente para casarse, tener hijos, formar otra familia. Tiempo suficiente para olvidarme por completo.

M: [¿Estás segura? Igual te ha estado buscando. ¿Y si esa boda nunca existió?]

Yo: [Si me quisiera encontrar, ya lo habría hecho.]

Tecleé rápido, casi golpeando las teclas.

Yo: [Tiene recursos y contactos. Cinco años sin ni rastro suyo son prueba de que nunca me quiso.]

Solo al acabar noté que las manos me temblaban.

M guardó silencio más tiempo de lo habitual.

M: [Perdón, no debería haber reabierto viejas heridas.]

Yo: [Está bien. Estoy siendo demasiado sensible.]

M: [Piensa que quizá es solo un cliente con un enamoramiento. Has diseñado varios colgantes en forma de dalia; alguien pudo deducir tus gustos. Y ya sabes: los italianos son muy románticos. Igual alguien te admira en secreto. ¿Piensa en los clientes hombres de los últimos meses? ¿Alguno mostró interés? ¿Y que sepa de magia?]

Su imaginación desbocada me arrancó una risa. Repasé mentalmente a los clientes masculinos de los últimos meses: algunos charlaron más de la cuenta, pero nada fuera de lo normal. Nadie destacaba.

Yo: [No se me ocurre nadie. Tal vez.]

M: [No te comas la cabeza. Si no tiene mala intención y solo manda flores, considéralo decoración gratis. Si hace algo que te incomode, policía al instante. Y cambia las cerraduras del estudio si hace falta. Seguridad ante todo.]

Yo: [Lo sé. Gracias por escucharme siempre.]

M: [Para eso estamos las amigas. Y tú aguantas mis quejas de trabajo.]

Hizo una pausa y escribió de nuevo. [Duerme pronto. No dejes que esta tontería te quite el sueño.]

Cerré la ventana de chat y me quedé mirando la pantalla en blanco. ¿Podría ser él?

No. Imposible. Si Igor hubiera dado con mi rastro no usaría un método tan tibio. Aparecería de frente y me atraparía con ese dominio sofocante de siempre, como hace cinco años: irrumpiendo en mi vida, rodeándome con su magnetismo hasta que no viera más que a él.

Negué con la cabeza, apagué el ordenador y fui al armario a buscar el camisón. Al abrirlo me quedé paralizada.

¿Dónde estaba ese camisón de seda? Mi favorito, color champán, tan suave que parecía agua. La semana pasada estaba colgado aquí; lo recordaba porque pensaba ponérmelo el fin de semana.

Ahora no estaba.

Empecé a revisar todo el armario, sacando ropa una por una.

Nada.

Y la ropa interior: mis tangas negras de encaje, mi sujetador azul claro, el que más usaba… todo desaparecido.

Las manos me empezaron a temblar. No era despiste. No podía haber perdido tres prendas a la vez. Alguien había entrado en mi habitación. Alguien se había llevado mis cosas. La respiración se me aceleró, el pecho se me apretó.

Corrí a la ventana y comprobé las cerraduras con manos temblorosas. La cerradura de la puerta estaba bien; no había señales de forzamiento en el marco. Rebusqué a lo largo del borde, pasé los dedos en busca de indicios.

Nada. Ni una huella.

¿Y la puerta de la entrada?

Fui a la puerta, encendí todas las luces. La cerradura de seguridad era nueva —la cambié el año pasado por el modelo más seguro—. Miré la bocallave: limpia, sin señales de ganzuado. Revisé el suelo junto a la puerta por si había huellas extrañas.

Nada.

Me apoyé en el marco, las piernas me flaquearon. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía entrar alguien en mi apartamento sin que yo lo notara, llevarse mis cosas y no dejar rastro?

A menos que… tuviera una llave. O que no la necesitara.

Pensé en las flores. En los ramos que aparecían puntuales cada mañana. Nadie veía quién los dejaba; nadie sabía cómo entraban. Esa persona, quienquiera que fuera, tenía una habilidad que yo no comprendía.

Se me apareció la figura alta en la cabeza: ojos verde oscuro, rasgos imposiblemente perfectos.

—No —susurré, como si necesitara convencerme—. No puede ser él.

Me forcé a calmarme. ¿Habré colocado la ropa en otro sitio? Sí, tenía que ser eso. He estado tan ocupada: el trabajo me consume, cuidar de Stella agota… Olvidos eran posibles. Tal vez llevé ese camisón a la tintorería y lo olvidé. La ropa interior quizá esté en algún rincón. Lo buscaría luego.

Tenía que ser así.

Me obligué a seguir y me duché. El agua caliente recorrió mi cuerpo. Cerré los ojos, pero las dalias blancas volvieron a aparecer en mi mente.

Florecían en la oscuridad como incontables ojos que me miraban.

Al día siguiente, a las tres y media en punto, llegué a la puerta del jardín de infancia.

El colegio de Stella era acogedor: un jardín bonito, varios árboles grandes y columpios de colores.

Suelo llegar unos minutos antes para esperar la salida. Pero hoy, antes incluso de que llegara a la entrada, la seño Ángela salió corriendo a buscarme. Era una mujer de mediana edad, dulce y siempre sonriente, pero hoy su rostro mostraba preocupación.

—Señora Jensen, ¿podemos hablar un momento? —su voz era suave pero tensa.

Se me encogió el corazón pensando en lo peor—. ¿Qué le pasó a Stella? ¿Está herida?

—No, no, está bien. Se porta muy bien —Ángela agitó las manos, pero sus ojos recorrían el entorno como buscando algo—. Es solo… hay algo que debo decirle. Por favor, acompáñeme.

Me condujo a la oficina y sacó varios dibujos de una carpeta.

—Son dibujos que Stella ha hecho últimamente. Me tienen confundida y un poco preocupada.

Los tomé y me quedé sin respiración al ver el primero.

En el dibujo se veía a un hombre alto de pie detrás de un gran árbol. Su contorno era difuso, pero se notaba su constitución poderosa, mucho más grande en proporción que las otras figuras: la niña, los columpios, los toboganes… Todo lo demás parecía pequeño.

Ese hombre se alzaba como un gigante, una sombra sobre todo.

—Esto es… —la voz me salió ronca.

—Stella dice que es un hombre que vio en el jardín —me explicó —. Ha dibujado varios iguales esta semana. Al principio pensé que era imaginación; los niños inventan cosas. Pero son demasiados y todos iguales.

Pasé las otras hojas rápido. En cada dibujo aparecía ese hombre.

Apreté los papeles con fuerza.

—¿Me dijo si el hombre hacía algo? ¿Se acercó a ella?

—No —negó—. Dijo que no se acerca, solo la mira desde lejos. Pero, señora Jensen, esto me inquieta mucho. Quería preguntarle: ¿es un familiar suyo? ¿O… alguien que usted conozca?

Abrí la boca y no salió sonido. No podía imaginar que un extraño vigilara a mi hija.

—Yo…

En ese instante llamaron a la puerta; otra profesora asomó la cabeza.

—Ángela, los niños ya deberían ser recogidos.

—Ahora mismo —respondió ella, volviéndose hacia mí—. Señora Jensen, conozca o no a este hombre, vamos a aumentar la seguridad. El jardín tiene la responsabilidad de proteger a los niños. No podemos permitir que personas sospechosas se acerquen.

—Lo entiendo —luché por mantener la voz firme—. Gracias por avisarme. De verdad, gracias.

—Si hace falta, llamaremos a la policía —dijo Ángela con seriedad —. La seguridad de los niños es lo primero. A partir de mañana aumentaremos las rondas alrededor del jardín. Si vemos a alguien sospechoso, avisaremos de inmediato.

Asentí, la garganta demasiado apretada para hablar.

—Además —vaciló un momento—. Le sugiero que extreme precauciones al traer o recoger a su hija. Quizá la acompañe algún familiar, o cambie rutas y horarios de recogida.

—Está bien. Lo haré. Gracias.

Unos minutos después, Stella salió rebotando, con su mochilita y una sonrisa inocente.

—¡Mamá! —se lanzó a mis brazos, su cuerpecito suave golpeando mis piernas.

Me agaché y la abracé con fuerza.

—Cariño —besé su pelo—. ¿Lo pasaste bien hoy?

—¡Sí! ¡Dibujé muchos dibujos! ¡La seño dijo que dibujo muy bien!

—¿De verdad? —sonreí forzada—. ¿La seño dijo que dibujaste a un hombre?

—¡Sí! —sus ojitos azules brillaron, ajenos a la gravedad del asunto—. Dibujé al caballero del jardín. ¡Siempre me mira a mí y a

ti, mamá!

Se me heló la espalda, pero forcé la calma.

—¿Desde dónde te mira?

—En el jardín —giró y señaló el jardín público junto al colegio—. Cuando juego en el patio, él está allí.

Seguí la dirección de su dedo. Era un pequeño parque junto a la entrada lateral del colegio: robles grandes, bancos y arbustos recortados. Ahora estaba vacío.

—¿Cómo es? —intenté que sonara a juego.

Stella inclinó la cabeza, la mano bajo la barbilla como si reflexionara.

—No lo veo bien. Siempre está lejos y es muy alto, como un gigante, más alto que el tío Marco.

Como un gigante, más alto que Marco. Marco medía casi dos metros.

—Vamos a ver a ese caballero —forcé una sonrisa para darle valor—. Mamá quiere conocerlo.

—¡Vale! —tiró de mi mano y corrió hacia el jardín, brincando.

La seguí; cada paso era como caminar sobre algodón, todo a mi alrededor se volvía irreal. Entramos en el jardín. Stella soltó mi mano y corrió hacia el roble más grande.

—¡Aquí! —señaló una hilera de árboles en el borde del jardín.

El sitio estaba bien oculto: árboles densos y un bancal abandonado con maleza hasta la cintura. Si alguien se plantaba allí, podía ver todo el patio. Tomé la mano de Stella y caminé despacio, el corazón a punto de salirse del pecho.

Había marcas en la hierba, como si alguien hubiera permanecido allí largos ratos. La hierba estaba aplastada formando dos huellas vagas. Eran pisadas grandes.

¿Quién se quedaría aquí cada día mirando a mi hija? ¿Quién sabía que me gustaban las dalias blancas? ¿Quién podía colarse en mi estudio y en mi casa sin dejar rastro?

—¿Mamá? —la voz de Stella me devolvió—. ¿Qué miras?

—Nada, cariño —tomé su mano con voz lejana—. Vamos a casa.

De camino no dejé de mirar a nuestro alrededor. Cualquier figura alta hacía que el corazón me diera un vuelco. Cualquier coche negro

aparcado me ponía en alerta. En cada esquina miraba hacia atrás por si alguien nos seguía.

Pero no había nada.

La calle mostraba escenas normales: gente saliendo del trabajo, ancianos paseando perros, jóvenes en bicicleta. Nadie nos prestaba atención. Nadie parecía sospechoso.

Aun así, no lograba quitarme la sensación de estar observada.

A la mañana siguiente llegué al estudio con ojeras enormes.

No había pegado ojo en toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos veía a esa figura alta tras los árboles, vigilando a mi hija.

Cambié las cerraduras del estudio e instalé cámaras. Sería más seguro así. Aunque esa persona pudiera colarse, las cámaras captarían su rostro.

—Elena, pareces un fantasma —entró Anna con el café y exclamó al verme—. ¿No dormiste anoche?

—Insomnio —respondí distraída, encendiendo el ordenador.

—Tienes que descansar —me miró con preocupación.

Esbocé una sonrisa amarga. Sentirse vigilada es aterrador; no consigo dormir con normalidad.

—El cliente programado llega pronto. ¿Puedes con esto en tu estado? —me preguntó Anna, entregándome un café fuerte.

—Sin problema —lo cogí y me lo bebí de un trago, dejando que la cafeína despejara la niebla.

Me arreglé y me obligué a espabilarme. Pase lo que pase, el trabajo debía seguir. No podía permitir que ese acosador misterioso destruyera todo lo que había construido.

Unos minutos después sonó el timbre. Anna abrió y entró un hombre de mediana edad con traje italiano caro. Tendría unos cincuenta; el pelo impecable, los zapatos relucientes, desprendía aire de ejecutivo exitoso.

—¿Señora Jensen? —extendió la mano con una sonrisa cálida y perfecta—. Soy Antonio, director de compras de Aurora Jewels en Milán. He oído hablar mucho de usted.

Me levanté y estreché su mano.

—Hola.

—He visto su última colección —entró en materia—. Excelente trabajo. Queremos colaborar en la línea de alta gama de la próxima temporada. Necesitamos una serie de diseños únicos.

El corazón me dio un vuelco. Aurora Jewels era una de las grandes marcas en Italia. Colaborar con ellos sería un salto enorme para mi carrera.

—Por supuesto, sería un honor —intenté sonar profesional—. Siéntese, hablemos de los detalles.

Durante la hora siguiente discutimos dirección creativa, cantidades y plazos. Antonio elogió mi trabajo sin cesar y cerró un pedido en el acto.

—Adelantaremos el cincuenta por ciento como depósito —se puso en pie y me dio la mano otra vez—. Espero con ganas nuestra colaboración, señora Jensen.

—Yo también —sonreí mientras lo acompañaba hasta la puerta.

Cuando cerró la puerta, Anna gritó:

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! ¡Elena! ¿Sabes lo que significa esto? ¡Aurora Jewels!

—Lo sé —no pude evitar sonreír.

Era un gran avance. Con esa colaboración mi marca daría un salto de nivel.

Podría ofrecerle a Stella una vida mejor, una educación superior, un futuro más seguro.

CAPÍTULO CATORCE



Elena

A las diez de la mañana abrí el correo del trabajo, como siempre. El comprador de Milán acababa de hacer un pedido grande: tenía que confirmar el avance de producción y tres bocetos de diseño esperaban la aprobación final. Mis dedos tamborileaban sobre el ratón mientras repasaba los asuntos de los mensajes.

Entonces vi uno sin asunto. El remitente era un galimatías de caracteres. Estaba a punto de borrarlo —correo basura—, pero mi mano me traicionó y lo abrí.

La primera frase me heló la sangre.

«Te huelo, Elena, incluso a través de la pantalla».

Un sudor frío me recorrió la espalda.

«Te imagino sentada ahí, nena, veo tu cuerpo bajo ese suéter beige... tu cuerpo me pertenece. Sé de ese lunar bajo tu pecho izquierdo, sé la curva de tu espalda cuando te arqueas. Me pregunto si llevas ropa interior ahora».

Alcé la mirada de golpe y peiné el estudio con la vista. No había un sitio evidente para una cámara oculta.

El correo seguía: «Me imagino arrancando esa tela, doblándote sobre el escritorio, follándote por detrás hasta que llores y supliques, hasta que la oficina apeste a ti. Quiero oírte gritar mi nombre».

Me revolvió el estómago; contuve las arcadas.

«Voy a llenarte el útero con mi semen, dejarte embarazada de mis hijos, uno tras otro».

Se me cortó la respiración.

Pero no podía venirme abajo ahora. Tenía trabajo. Milán necesitaba respuesta sobre la nueva línea —hoy, o todo el calendario se venía abajo.

Tenía que ser una broma. Me lo repetí, con las manos temblando, y cerré el mensaje. Respiré hondo, abrí el correo del cliente y empecé a escribir.

Concéntrate en el trabajo, Elena. No pienses en esa mierda enferma.

Mis dedos escribieron una respuesta profesional, pero las palabras del email se enroscaban en mi cabeza como una víbora.

Envié, me recliné y respiré con fuerza. La oficina me parecía extraña, peligrosa; cada sombra podía ocultar ojos que me vigilaban.

Necesitaba ordenar el resto del día. Mecánicamente abrí el cajón del escritorio en busca del bloc; mis dedos toparon con algo que no debía estar ahí: un sobre manila grueso, encima de todo.

Nunca lo había visto.

El corazón me dio un vuelco. Con manos temblorosas lo abrí. Una pila de fotos cayó sobre la mesa. La primera era mi perfil: concentrada en diseñar —composición perfecta, si no fuese por lo siniestro del encuadre. La segunda me revolvió el estómago: tomada desde la cama, yo de lado, el camisón subido hasta la cintura, piernas y bragas a la vista. La tercera, el camisón recogido en el escote, los pechos al desnudo. La cuarta… un primer plano de mi rostro dormido, con una sustancia pálida y pegajosa en la piel. Al tocarla por accidente, mi mano quedó pringada.

Corrí al baño del estudio, abrí el grifo y froté hasta quitarme la sensación pegajosa. Ese enfermo… ¿se había colado en mi habitación mientras dormía? ¿Se había masturbado sobre mis fotos?

Mis manos quedaron enrojecidas de tanto frotar. Al mirarme en el espejo me vi pálida, con los ojos azules abiertos de pánico y repulsión.

Volví al escritorio y me obligué a seguir mirando. Las manos me temblaban, pero tenía que saber hasta dónde había llegado ese tipo.

En el reverso, notas a mano con tinta negra.

En la foto de los pechos: «Mi juguete exclusivo».

En la de las bragas: «Pronto esto estará lleno de mí».

En el primer plano con la sustancia: «Tu merienda de medianoche de mi parte. ¿Te gusta?»

¿Me pertenecía él? ¿Ese cobarde que no mostraba la cara? Metí las fotos en el sobre como si pudieran morderme.

Cada rincón del despacho me parecía sospechoso. ¿Cómo había metido el sobre en mi cajón? ¿Tenía llave? El miedo y la rabia se enredaron en mi pecho y apreté el papel con fuerza hasta arrugarlo.

—¿Elena? —Anna empujó la puerta con muestras de telas en los brazos—. Milán ha escrito otra vez, quiere añadir… —se detuvo—. Dios, ¿estás bien? Estás fatal.

—Sí —mentí—. El desayuno no me sentó bien, me ha dado el estómago —esbocé una sonrisa forzada—. Encárgate tú de Milán. Tengo algo urgente.

Me miró con recelo, pero no insistió. —Vale.

Cuando se fue me desplomé en la silla, clavando la vista en el cajón. Ese sobre parecía una bomba de relojería.

El teléfono. Tenía que llamar a Marco. Marqué su número a trompicones. Cada segundo del timbre fue una eternidad.

—¿Elena? —su voz, cálida y preocupada—. ¿Qué pasa?

—Marco, ¿puedes…? —la voz me tembló—. ¿Puedes venir al estudio ahora?

—¿Qué ha pasado? —su tono se agudizó—. ¿Por qué tiembla tu voz?

—Por favor, ven.

—Voy ya. Diez minutos.

Colgar fue esperar una eternidad. Me planté junto a la ventana con la mirada en la calle. Cada peatón podía ser una amenaza; cada coche aparcado, un escondite.

Al final, el sedán azul oscuro de Marco apareció. Salió del coche como un resorte y cruzó la puerta, preocupado.

—¡Elena!

Se acercó a toda prisa, sus ojos marrones buscándome lesiones.

—Estoy bien —dije—. Mira esto.

Le di solo la foto del trabajo y el primer plano dormida. Marco las examinó; su expresión pasó de la confusión al horror y luego a una rabia contenida. La mandíbula se le tensó.

—¡Este pervertido! —gruñó—. ¿Cuándo las tomó? Joder, entró en tu habitación.

—Y además un email esta mañana, explícito. Sabía lo que llevaba puesto.

Marco alzó la vista, los ojos encendidos. —Enséñame.

Abrí el portátil y le mostré el correo. Lo leyó y cerró la pantalla de golpe.

—Ese cabrón —respiró hondo, conteniéndose—. Te está acosando, te vigila, incluso…

Miró las manchas de las fotos con el ceño fruncido. —Puede que haya cámaras aquí.

Sus ojos se volvieron letales. Puso las fotos sobre la mesa y comenzó a inspeccionar el estudio: estanterías, cortinas, cada rincón del techo. Sabía qué buscar mejor que yo. Cinco minutos después encontró la primera, escondida detrás de un jarrón en la balda superior —pequeña, del tamaño de un botón, bien camuflada.

—Mierda —la sacó con cuidado y la mostró en la palma—. No es fácil conseguir equipo así.

Siguió buscando: otra en el extremo del riel de la cortina, una tercera en el detector de humo de una esquina.

—Tres —las alineó sobre la mesa, la voz fría como el hielo.

El estómago se me revolvió. Había estado vigilada todo el tiempo. No hacía frío, pero temblé. Marco se acercó y me envolvió en un abrazo.

—Te voy a proteger —dijo, firme en mi oído—. Llamaré a unos conocidos; saben rastrear a esta escoria. Si quiere hacerte daño, tendrá que pasar por encima de mí primero.

Asentí y me dejé sostener un rato, calmándome.

—Tengo que avisar de lo de Stella —me vino a la cabeza—. La niñera está libre hoy, debería llamar.

—Lo hago yo —Marco sacó el móvil—. Dame su número.

Se lo dicté. Llamó y le dijo que fuera a recoger a Stella al colegio a la hora, que no dejara acercarse a desconocidos a la niña, que

volvieran directamente a casa, cerraran con llave y avisaran a la policía si notaban algo raro.

Sus instrucciones claras me dieron algo de alivio. Al menos Stella estaría a salvo.

Al colgar, Marco me tomó de la mano. —Es casi mediodía. Tienes que comer, estás pálida.

Asentí y bajamos.

Las luces cálidas del restaurante y el olor de la comida me ayudaron a relajarme un poco. Marco pidió mi pasta de siempre y una sopa; para él, un entrecot.

—Come —me instó, empujándome el plato—. Tienes que recuperar fuerzas.

Forcé unos bocados; sabía a cartón. Pero con su mirada encima comí más.

—Todo irá bien —me dije en voz baja—. Solo es un acosador. La policía lo arreglará.

—No confío en la policía —negó Marco—. La suelen cagar en casos así. Pero la gente que yo conozco… ellos saben qué hacer.

Sabía a qué se refería. La gente de Marco arreglaba las cosas a su manera, sin burocracias.

—Marco.

—Tranquila —su mano rozó mi cabello—. Solo quiero que rastreen quién es y dónde está. Tu seguridad y la de Stella es lo primero. Mientras yo esté, nadie te toca.

Me miró con esos ojos marrones llenos de preocupación y ternura. Marco había estado allí siempre que lo necesité.

Terminamos despacio; la comida llenó un poco el vacío en el estómago. Marco insistió en un tiramisú; dijo que los dulces levantan el ánimo.

—De pequeños, cuando estabas triste, yo te daba chuches a escondidas —sonrió—. ¿Te acuerdas? No teníamos mucho, pero guardaba algo para ti.

—Me acuerdo —sonreí de verdad por primera vez en todo el día —. Siempre me dabas tu parte.

—Tu sonrisa valía más que lo que podía comprar —su mirada se ablandó.

Por un instante, entre las luces cálidas, la sonrisa de Marco y el tiramisú, casi olvidé las fotos y el correo.

Acabamos el postre y miró la hora. —En una hora te llevo a casa.

No discutí. No sabía si ese enfermo me seguía.

Condujo hasta mi edificio y quiso acompañarme hasta la puerta.

—Marco, de verdad, no hace falta. Es de día y estamos en la puerta —le dije—. Tú tienes trabajo en el hospital.

Vaciló, finalmente asintió. Nos despedimos abajo. Vi cómo su coche se alejaba y doblaba la esquina.

Miré el móvil: la 13:00, hora de la comida; la calle estaba tranquila.

Aceleré el paso—

De repente, una mano me tapó la boca por detrás. Un brazo se enroscó a mi cintura y tiró con fuerza hacia un coche negro de lujo aparcado en la acera. La fuerza fue abrumadora; no pude zafarme ni girar para ver quién era.

—No te muevas —susurró una voz en mi oído, distorsionada por un modulador, fría y mecánica—. Ven tranquila o no te va a gustar lo que te haga.

Sentí algo duro y frío presionando mi costado. ¿Una pistola? Quise luchar, gritar, pero no lo hice: tenía miedo de que disparara.

Me empujaron dentro y cerraron la puerta. Antes de reaccionar me vendaron los ojos, me metieron una bola de silicona en la boca y me ataron las manos con cuerdas; intenté hablar, pero la mordaza me ahogó: solo salían gemidos apagados y saliva.

—La mordaza te queda bien —dijo la voz mecánica—. Qué mona.

Intenté hacer ruido, preguntar quién era, qué quería. No pude.

Su mano apretó la mordaza contra mi boca; me lastimó la mandíbula.

—¿Quieres saber quién soy? —preguntó.

Asentí, con la garganta cerrada.

—Lo sabrás —dijo—, pero ahora te voy a castigar.

Su cuerpo cayó sobre el mío y empezó a arrancarme la ropa con violencia.

¡No! —grité en mi cabeza, forcejeando con todo lo que pude, pero en ese espacio reducido no servía de nada. Me aplastó con su

peso.

La tela se rasgó en el coche cerrado.

Me desnudó con brutalidad. Me sentí expuesta y diminuta, inmovilizada por la venda y la mordaza. Mis protestas se convirtieron en gemidos lastimeros. Se rió por el modulador, con ese chillido mecánico que me heló.

—Dios, qué cuerpo tan jodidamente precioso —gruñó, su aliento caliente en la piel—. Maduro, perfecto para esto.

Me tocó con violencia, sin respeto, y me humilló hasta romperme. Me obligó a someterme, me redujo a una cosa para su placer. La humillación ardía, pero mi cuerpo respondió en contra de mi voluntad: mezcla de terror y pulsión.

Me arrancó la mordaza y exigió respuestas. Grité, pedí ayuda.

—¡Déjame! —supliqué—. ¡Socorro!

—Inútil —dijo—. El coche está insonorizado.

Siguió golpeándome, empujando con furia, causando dolor que se mezclaba con la atrocidad de la violación. Me arrojó, me cambió de postura, me ató más fuerte y volvió a penetrarme por detrás con violencia que me dejó sin aliento.

Una mano me abofeteó el culo, dejándome la piel ardiendo. —Niña mala —masculló, mientras seguía.

Sus embestidas se hicieron más rápidas, más desesperadas. Me exigió que le diera hijos, que tuviera más descendencia; habló de la niña rubia de ojos azules —Stella— como si la hubiese estado observando.

Un terror helado me recorrió: él había estado vigilando el colegio, a Stella.

Aullé, grité, pedí auxilio hasta quedarme sin voz. Sus embestidas eran tan brutales que me rompieron por dentro; me vi desvanecer entre el dolor, el agotamiento y el shock.

Cuando terminó, caliente y satisfecho, me dejó temblando. No se detuvo: siguió humillándome con golpes que aumentaban mi dolor y mi confusión. Otro episodio de violencia me sacudió; vi puntos negros detrás de la venda.

El mundo se desdibujó. La oscuridad me envolvió y perdí el conocimiento.

CAPÍTULO QUINCE



Elena

Me desperté en la cama con el cuerpo hecho trizas, como si me hubieran atropellado. La habitación estaba a oscuras—¿ya era de noche?

Los recuerdos de la tarde me asaltaron como una ola: el coche de lujo, el paño negro en los ojos, el hombre con la voz distorsionada arrancándome la ropa, sus dedos clavándose en los muslos por dentro, esa posesiva casi maníaca cuando exigía saber de quién era el niño.

Apreté la mandíbula. Me obligué a respirar hondo—¡Stella!

Corrí descalza hasta la habitación de Stella y el corazón se me tranquilizó al verla. Estaba sentada en su mesita, dibujando, su pelo rubio brillando bajo la lámpara. Al oír la puerta, se volvió, con los ojos azules relucientes.

—¡Mamá!— Dejó caer las ceras y vino a abrazarme las piernas. —¡Por fin estás despierta! ¡Te hice muchos dibujos!—

Me agaché y la abracé con todas mis fuerzas, hundiendo la cara en su pelo suave. Estaba aquí. A salvo. Ilesa.

—Mamá.— Mi voz salió ronca. —¿Mamá durmió mucho?—

—¡Sí!— Alzó su carita. —Tía Mary dijo que estabas muy cansada y que no te despertáramos. Me porté bien—solo estuve dibujando.—

De la cocina llegaban ruidos de cacerolas y olores deliciosos. Me incorporé, tomé la mano de Stella y salimos. Mary estaba delante de

la estufa, el delantal manchado de salsa de tomate. Me vio y me dedicó una sonrisa cálida.

—Señora Elena, está despierta. La cena estará lista en diez minutos.—

—Mary.— Me detuve en el marco de la cocina, esforzando la voz para que no temblara. —¿Cómo llegué a casa esta tarde?—

Ella se giró, con una chispa de confusión en la mirada. —¿No lo recuerda? Un hombre alto la trajo sobre las cuatro. Dijo que era cliente suyo. Parecía borracha, así que la dejó aquí.—

—¿Pudo verle la cara?—

Mary negó con la cabeza. —No, llevaba gorra y gafas de sol.—

El estómago se me revolvió. No sabía nada de ese acosador, pero él parecía saberlo todo de mí.

Mary notó mi expresión y, preocupada, preguntó: —Señora Elena, ¿está bien? ¿Ese hombre le hizo algo?—

—No, no es nada.— Forcé una sonrisa. —Es que... no recuerdo mucho. Gracias, Mary.—

—Mamá, estás muypálida.— Stella estiró el cuello para mirarme. —¿Estás enferma?—

Me arrodillé y le acerqué la mano a la mejilla. —Mamá está bien, solo un poco cansada. Termina tu dibujo—cenamos en un rato.—

Ella volvió a su cuarto dando saltitos. Respiré hondo y me volví hacia Mary. —Gracias por todo hoy. Puedes irte a casa. No vengas mañana—me quedo yo con Stella.—

—Pero, señora Elena——

—Insisto.— Saqué la cartera y le di unos billetes. —Aquí tiene su paga de la semana y un extra. Ha hecho un gran trabajo.—

Mary pareció querer decir algo más, pero aceptó el dinero y se quitó el delantal. —Te llamo mañana. Si necesitas algo, avísame.—

—Lo haré. Gracias.—

Cuando se fue, cerré la puerta con cerrojo y revisé todas las ventanas. Luego corrí al baño y cerré la puerta con llave. El botiquín estaba bajo el lavabo. Saqué las pruebas rápidas para ETS, con las manos temblando tanto que apenas pude sostenerlas.

Quince minutos después, los resultados fueron negativos. Me apoyé en la pared, las piernas flojas. Al menos ese pervertido no me

había dejado ninguna enfermedad.

El teléfono vibró en la encimera. Era Marco llamando. Miré su nombre unos segundos antes de contestar.

—¿Elena?— Sonaba agotado. —¿Todo bien esta tarde? Tuvimos un paciente de emergencia—estuve en cirugía seis horas.—

—Marco.— Mi voz sonó áspera y quebrada. —¿Puedes venir a quedarte unos días? Yo... necesito a alguien aquí.—

—¿Qué pasa? ¿Te pasó algo?— Su tono se endureció por la preocupación.

Cerré los ojos, sin saber cómo explicar el terror de haber estado con los ojos vendados, arrastrada a un coche y violada.

—Por favor.— La voz me tembló. —No quiero estar sola.—

Hubo un silencio breve. —Estoy haciendo la maleta. Llegaré enseguida.—

Colgué, agarrándome al lavabo y mirándome la cara pálida en el espejo. ¿Por qué, coño, tenía que pasarme esto a mí?

Marco llegó una hora después con una maleta y una bolsa grande con los chocolates y los aperitivos favoritos de Stella.

—¡Tío Marco!— Stella se lanzó a sus brazos.

Él la alzó y la giró en el aire, pero los ojos marrones no dejaban de mirarme. —Princesita, te traje pinturas nuevas y libros de cuentos. ¿Por qué no los miras en tu cuarto?—

—¡Genial!— Cogió la bolsa y salió corriendo.

En cuanto desapareció, Marco se acercó y me agarró por los hombros. —Cuéntame qué pasó.—

Abrí la boca, pero la garganta se me cerró. ¿Cómo poner en palabras ese miedo y esa humillación?

—Elena.— Su voz se hizo más suave. —Estás temblando.—

—Esta tarde vi al acosador.— Mentí—todavía no podía decirle que me habían agredido.

El rostro de Marco se endureció y apretó los hombros.

—¿Cómo era?—

Las lágrimas me rodaron por las mejillas. —No lo sé. No lo vi bien.—

—Está bien.— Me abrazó. —Ya estoy aquí.—

Su calor me reconfortó; su abrazo fue firme.

—Ya hablé con mis chicos,— murmuró Marco. —Averiguarán quién es ese psicópata pronto.—

Asentí.

—¡Mamá! ¡Tío Marco!— Stella apareció con un libro de cuentos. —¿Me leen los dos?—

Marco me soltó y le sonrió con ternura. —Claro, princesita. ¿Cuál quieres?—

—¡La Bella Durmiente!—

—Cenamos primero y luego cuento, ¿vale?—

—¡Vale!—

Al día siguiente la vida pareció casi normal. Marco se quedó en la habitación de invitados, pasando el día dibujando y jugando con Stella, y las noches leyendo en el sofá. Intenté concentrarme en el trabajo, en los pedidos pendientes, pero no dejaba de mirar por las ventanas, paranoica, esperando que el monstruo reapareciera.

A las diez de la noche llegó un correo nuevo: Le Bon Marché, el lujoso gran almacén parisino. El corazón me dio un vuelco. Tres meses atrás había enviado una propuesta de diseño al comprador con la esperanza de que Stella entrara en su sección de joyería y complementos. No había tenido respuesta—pensé que se había perdido.

Lo abrí. Era una invitación para aparecer en la presentación de la colección de primavera. ¡Le Bon Marché! Uno de los grandes de París. ¡Esto significaba que Stella estaba abriéndose camino en el mercado internacional!

—¡Lo logré!— susurré, llevándome la mano a la boca para no despertar a Stella.

Corrí al salón donde Marco estaba en el sofá con una revista médica.

—¡Marco!— Me lancé hacia él como una niña. —¡No te vas a creer esto!—

Alzó la vista, los ojos abiertos de sorpresa. —¿Qué pasa?—

—¡Le Bon Marché! El de París—quieren mis diseños. ¡Incluyen a Stella en la presentación de primavera!—

Marco se puso en pie con una sonrisa enorme. —¡Elena, eso es increíble! ¡Sabía que lo conseguirías!—

Me reí, una risa pura, llena de alegría. Por un instante apartó los pensamientos del acosador y el horror de la tarde.

—Tengo que dormir un poco,— dije como si lo recordara de golpe. —Mañana hay que estar al cien—habrá muchos detalles que hablar con París.—

Marco asintió y nos despedimos por la noche.

Me metí en la cama y miré el techo, la cabeza llena de planes para Stella: más bocetos, inventarios, llamar a los artesanos en Italia para acelerar la producción... Poco a poco la excitación se fue apagando y el cansancio me venció. Lo de la tarde me había dejado sin fuerzas. Mis párpados se hicieron pesados.

Afuera, el canto familiar de los insectos toscanos me arrulló como una melodía hipnótica.

En la somnolencia sentí cómo el colchón se hundía: alguien se había subido a la cama. Mi conciencia luchó en el borde del sueño. ¿Sería Stella? A veces venía buscando consuelo tras una pesadilla. Pero el peso era distinto—demasiado pesado.

Una mano áspera y ardiente me rozó la mejilla con posesividad. Esa caricia me recorrió la piel como una descarga eléctrica. No era Stella: el olor masculino me envolvía, sofocante. El corazón me dio un vuelco. Intenté abrir los ojos, pero el sueño se aferraba.

Esas manos desconocidas siguieron sin pudor, bajando por mi cuello y tirando bruscamente de mi camisón. En un instante estaba desnuda, los pezones endurecidos por el aire frío.

¿Sería un sueño? Dos manos grandes amasaron mis pechos con avidez, apretándolos y separándolos como si fueran juguetes. Pulgares y dedos pellizcaban mis pezones con crueldad, cada giro trayendo un dolor que se mezclaba con un extraño e indeseado placer y hacía que mi cuerpo se arquease contra mi voluntad.

¿Era un sueño? Se sentía tan real, tan degradante. Las manos se deslizaron entre mis muslos, frotando con insistencia sobre la tela fina de mi braga. De pronto me levantaron las caderas y me arrancaron la ropa interior. Allí estaba, totalmente expuesta bajo su mirada encendida. Sus dedos se hundieron en mi centro, moviéndose con fuerza, disfrutando de la humedad que se acumulaba.

La respiración se me volvió entrecortada. La conciencia atravesó la niebla. ¡Esto no era un sueño!

Abrí los ojos de golpe. A la luz tenue de la lámpara reconocí al dueño de esas manos: la cara familiar de Igor, retorcida, inclinada sobre mí con una sonrisa maligna.

—¡Igor!—

—¿Igor? ¿Tú? ¿Qué coño haces aquí?— grité, empujando su pecho, intentando escapar. Pero fue más rápido: una mano me tapó la boca mientras la otra seguía su asalto, los dedos deslizándose con destreza dentro de mí.

—Por fin despertaste, Elena.— Su voz grave raspó en mi oído, cargada de excitación. —No gimas tan de puta. Sé que tu coño ya está empapado por mí. Si gritas mucho, ese cabrón de Marco oirá.—

Sus palabras se clavaron como veneno, encendiendo furia y una vergüenza perversa. Torcí el cuerpo con todas mis fuerzas, luchando.

—¡Suéltame! ¡Igor, maldito!— Mis protestas quedaban ahogadas bajo su palma.

Igor apretó, clavando su cuerpo para inmovilizarme. Sus dedos se hundieron más y más en mí, empujando con rapidez, golpeando cada punto sensible, haciendo que mis paredes se cerraran alrededor de ellos contra mi voluntad.

—Baby, tu rabia es tan jodidamente sexy. Cuanto más luchas, más se aprieta esa puta—chupando mis dedos como si los fuera a derretir.—

Pataleé desesperada; mi brazo golpeó la lámpara de noche y ésta cayó al suelo con estruendo.

Igor soltó una risa baja. Con lentitud se bajó los pantalones, liberando su enorme erección, hinchada al máximo. La presionó contra mi entrada y embistió sin piedad; la plenitud me hizo apretar los dientes.

Entonces, pasos apresurados resonaron en el pasillo.

—¿Elena? ¿Todo bien?—

Era Marco—debía haberse despertado por el ruido.

Igor mantuvo la mano firme sobre mi boca; no pude responder, solo emitir gemidos ahogados. Su polla bombeaba dentro de mí, cada embestida hacía temblar mi cuerpo.

Marco esperó un momento sin respuesta y empujó la puerta—¡me había olvidado cerrar con llave! Se encendieron las luces. Se quedó en el umbral, los ojos abiertos, mirándonos enredados en la cama.

Lejos de detenerse, Igor me embistió con más fuerza. Quitó la mano de mi boca y mis gemidos se soltaron sin control.

—Ah... Igor, por favor... ¡No hagas esto!— Mis súplicas se deshilachaban bajo sus embestidas implacables.

Marco quedó paralizado en la puerta.

Igor finalmente se detuvo, se volvió hacia él con una sonrisa socarrona y provocadora. Yo me quedé en blanco, inundada por una vergüenza y una confusión infinitas.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Igor

—¡Maldito cabrón!— Marco salió al fin de su estupor, rugiendo con una furia que lo devoraba. —¡Ya le rompiste el corazón a Elena! ¿Cómo te atreves a aparecer de nuevo? ¿Qué demonios te da derecho a tratarla así?—

El tiempo apremiaba; aún no había terminado. Retiré mi polla de Elena, y su coño se aferró a mí, ansioso y empapado. Me aparté de ella, y Elena tiró instintivamente de la manta para cubrirse, tratando de ocultar su cuerpo sonrojado y desnudo.

—¿Derecho?— Me bajé de la cama, volviéndome hacia Marco mientras me subía despacio la cremallera del pantalón. —¿Quién coño eres tú para cuestionarme? Elena es mi mujer.—

El rostro de Marco enrojeció como un tomate, con las venas abultadas en la frente. —¡Hijo de puta!—

Apenas las palabras salieron de su boca, se abalanzó sobre mí, lanzando un puñetazo salvaje hacia mi cara.

Patético. ¿Este médico escuálido creía que podía hacerme daño? Yo me había abierto paso en la Bratva a fuerza de garras durante años, había matado a más gente de la que él jamás salvó.

Esquivé su golpe flojo con facilidad y contraataqué con un gancho brutal a su estómago. Escuché el aire escapar de sus pulmones en un gruñido ahogado de dolor. Cuando se dobló, lo

agarré por el cuello y lo estampé contra el suelo. La madera dura retumbó bajo el impacto; eso debía doler como el infierno.

—¡Igor, detente!— La voz aterrorizada de Elena llegó desde la cama, impregnada de lágrimas.

La ignoré. Me senté a horcajadas sobre Marco, descargando puñetazos en su rostro, cada golpe aterrizando con un impacto sordo y brutal. Puse todo mi ser en esos golpes; quería que el dolor se grabara en su memoria. Este maldito cabrón la había visto cada día durante cinco años, la había tocado, mientras yo vagaba como un perro rabioso por el mundo buscándola, atormentado por el remordimiento cada jodida noche.

El rostro de Marco se hinchó, un moretón profundo se formaba alrededor de su ojo izquierdo, el labio partido dejaba gotear sangre por su barbilla. Lo arrastré hasta la esquina de la habitación, saqué unos pañuelos del armario de Elena y lo até a una silla con rudeza. Aseguré los nudos bien prietos, lo suficiente para que no pudiera ni moverse.

—¿Qué coño estás haciendo?— jadeó Marco, con la voz temblorosa por el dolor.

Me agaché frente a él, dedicándole una sonrisa cruel. —Ya que tanto amas a mi mujer, quédate ahí quietecito y observa a quién pertenece en realidad.—

Vi sus pupilas contraerse al captar la idea. Enrollé el último pañuelo y se lo embutí en la boca, convirtiendo sus protestas en murmullos ahogados. Luego, regresé a la cama.

—¡No!— La voz de Elena se volvió aguda, sus ojos dilatados por el horror al comprender lo que se avecinaba. —Igor, por favor, no lo hagas.—

—No me hagas enojar, Elena. Me ocultaste durante cinco años; este es tu castigo—, le dije. —Me obligaste a buscarte todo ese tiempo, y mientras tanto, estabas con este cabrón.—

Le arranqué la manta de un tirón, exponiendo de nuevo su cuerpo perfecto y desnudo a la luz implacable. Sus pezones se erguían duros como cerezas, su coño relucía con excitación resbaladiza. Sus labios se entreabrieron ligeramente, suplicando más. Le abrí las piernas de par en par, apuntando directamente

hacia Marco, ofreciéndole una vista completa. Escuché al cabrón tragar con dificultad, sus ojos clavados en ella, la respiración agitada.

La inmovilicé otra vez, sus manos empujando débilmente contra mi pecho.

—Por favor, no con Marco aquí...— sollozó, con lágrimas rodando por sus mejillas.

—Sé que nos está mirando—, le mordí el lóbulo de la oreja, jugueteando con los dientes. —Ese es el punto. Quiero que vea cómo tu cuerpo tiembla por mí, se humedece por mí, se corre por mí.—

Mis manos recorrieron su piel sedosa, provocándola en los puntos que la hacían estremecerse. Pellizqué y retorcí su pezón, mientras la otra mano descendía a su coño, hundiendo los dedos en él, produciendo sonidos obscenos y húmedos. Intentó resistirse, pero su cuerpo la traicionó: sus caderas se arquearon por voluntad propia.

—No... ah... no...— Sus gemidos surgieron desde lo profundo de su garganta, dulces y reticentes. Sus mejillas se sonrojaron, los ojos entrecerrados, la respiración entrecortada.

Eché un vistazo a Marco. Sus ojos nos devoraban, una mezcla retorcida de dolor, ira y excitación reprimida en su rostro. Su pantalón se abultaba de manera evidente, la respiración acelerada.

Me quité los pantalones que acababa de ponerme y los lancé al suelo con despreocupación. Quedé completamente desnudo, mi polla palpitando dura y lista. Los ojos de Elena se agrandaron, una nueva oleada de lágrimas al percatarse de que no había escapatoria. La volteé con brusquedad, poniéndola de rodillas con el culo en alto, su apretado ano expuesto directamente hacia Marco. Se debatió con desesperación, suplicando que parara, pero mis manos la sujetaron por las caderas como tenazas de hierro; no podía moverse ni un ápice.

—¡Igor, no! ¡Por favor, no de esta forma, no con él mirando!— lloró, su voz quebrantada por la vergüenza, el rostro hundido en la almohada para ocultar su humillación.

Pero lo sentí: su coño se mojó aún más, con jugos resbalando por las sábanas. —Mírate, Elena. Tu cuerpo es tan sincero. Empapada de esta manera... Te encanta, ¿verdad? Te excita que te folle delante de otro hombre, putita.—

Sacudió la cabeza con furia, negándolo entre sollozos. —No... no lo hago... detente...—

Ignoré sus súplicas, amasando sus nalgas con fuerza, observando cómo su ano se contraía y relajaba bajo mi agarre. La vista me enloquecía. —Voy a tomar ese culo virgen tuyo justo aquí, delante de este cabrón de Marco. Te voy a desvirgar mientras él observa.—

Todo su cuerpo se tensó, lágrimas frescas empapando las sábanas. —¡No, Igor! ¡No eso, no con él aquí! ¡Es demasiado humillante!—

—Ese es precisamente el encanto—, gruñí, inclinándome. Mi lengua salió disparada, lamiendo su ano antes de empujar dentro. No estaba tan húmedo como su coño, pero igual de apretado, aferrándose a mi lengua mientras la movía en círculos, explorando cada rincón. Ella gimió, una mezcla de shock y placer no deseado, su vergüenza intensificando los temblores.

Me aparté, deslicé los dedos por sus pliegues empapados para lubricarlos y introduje uno. Jadeó, apretando alrededor de él. —Relájate, nena. ¿Sientes eso? Alguien te está viendo mientras te meten el dedo en el culo como a una zorra ansiosa.—

—Te odio... Por favor, detente...— susurró, pero su cuerpo se arqueó ligeramente hacia atrás, traicionando sus palabras.

Agregué un segundo dedo, luego un tercero, estirándola con lentitud, sintiendo cómo se adaptaba a pesar de las lágrimas. —Díselo a él, dile cuánto me deseas, cuántas veces en estos cinco años has fantaseado con mi cuerpo oprimiéndote, mi polla penetrándote.—

Se mordió el labio, negando con la cabeza, pero un gemido se le escapó. Su primer orgasmo la arrolló entonces, su culo apretando mis dedos mientras se corría con intensidad, lágrimas cayendo, el cuerpo temblando en una dicha humillada.

—Pero tu cuerpo me ama, me ama con locura—, la provoqué, hundiendo los dedos más profundo.

—Te odio... Te odio tanto...— Apretó los dientes, su voz cargada de odio, pero entremezclada con jadeos incontrolables.

Me reí con un tono oscuro. —Ódiame cuanto quieras, pero estás chorreando por ello. Admítelo: te excita que te observen, ser mi sucio secretito delante de él.—

—No... ahh... ¡deja de decir eso!— Otra oleada se acumulaba, su coño apretando en vacío mientras yo trabajaba su culo.

Una vez que se relajó lo suficiente, alcancé el bolsillo de mi traje en el suelo y saqué un tapón anal rosa. Lo presioné contra su entrada, empujándolo centímetro a centímetro. Gritó, la intrusión estirándola, pero su excitación facilitó el deslizamiento. —Ahí va, perfecto. Ahora estás rellena para mí, con el culo lleno mientras él observa.—

Sollozó con más fuerza, la vergüenza tiñendo sus mejillas de rojo intenso. —¡Igor, sácalo! ¡Esto es demasiado, no de esta manera!—

La alcé en brazos, su cuerpo emitiendo un gritito de sorpresa. Me senté al borde de la cama, girándola para que enfrentara a Marco, con las piernas abiertas de par en par sobre mi regazo. Volteó la cabeza hacia mí con desesperación, negándose a mirarlo. —¡No! ¡Por favor, no de cara a él, al menos no en esta posición!—

—Está bien—, cedí, girándola para que me enfrentara a mí. Mi polla rozó su entrada, y embestí hacia arriba, enterrándome profundo en su coño. —Ahora muévete para mí, Elena. Cabálgame, o creeré que prefieres enfrentar a Marco y su mirada patética.—

Vaciló, con lágrimas cayendo, pero comenzó a moverse, arriba y abajo, las manos aferradas a mi cuello, el rostro hundido en mi pecho para esconderse. Su ritmo aumentó, lento al principio, luego frenético, sus paredes apretándome con fuerza. Olvidé la habitación, olvidé a él; solo existíamos ella y yo. Sus respiraciones se convirtieron en gemidos, otro orgasmo estrellándose contra ella mientras se frotaba con dureza, lágrimas mezcladas con sudor.

—Joder, sí—, gemí, con las manos en sus caderas, guiándola más rápido. —Eres mía, Elena. Toda mía.—

Se corrió de nuevo, sollozando contra mi piel, el cuerpo temblando. Aceleré el ritmo, embistiendo con fuerza hasta que exploté dentro de ella, llenándola con chorros calientes.

Pero no había terminado. Retiré el tapón, lo arrojé a un lado y me posicioné en su culo. Se quejó de dolor mientras empujaba adentro, la estrechez casi abrumadora. —Duele... Igor, por favor...—

Capturé su boca en un beso profundo y voraz, distrayéndola mientras mis dedos hallaban su clítoris, frotando en círculos hasta que se relajó, la excitación creciendo de nuevo. Pronto, gimió en mi beso, el dolor transformándose en placer, su culo apretándome mientras otro clímax la invadía, lágrimas fluyendo sin control.

No pude contenerme más. Embistí rápido y profundo, reclamándola por completo, hasta que me corrí con fuerza, eyaculando en su culo.

Después de correrme dentro de Elena, por fin noté a la rata observando desde un lado.

Entonces vi su estado patético: una gran mancha oscura y húmeda en sus pantalones, el rostro retorcido por la ira y el dolor. El pervertido se había corrido solo con verme follarla.

—Mírate, pobre imbécil—, le espeté, con la voz destilando satisfacción cruel. —Solo sirves para mirar. Ni siquiera mereces tocarla; te corres en los pantalones mientras yo la hago venirse una y otra vez.—

Los ojos de Marco se quebraron, inundados de desesperación. Lágrimas rodaron por su rostro, pero no podía articular palabra.

Tomé uno de los camisones de Elena del armario y la vestí con gentileza. Se derrumbó en la cama, inerte y con la mirada perdida.

—Lo siento, Elena.— Besé su frente, mi voz teñida de un leve remordimiento, pero sobre todo de satisfacción. —Tenía que hacerle entender: eres mía, y nadie puede arrebatarte de mí.—

No respondió, solo giró el rostro con dolor, su cuerpo aún estremeciéndose por las réplicas del placer.

Me recompuse, me puse en pie y caminé hacia Marco, aún atado a la silla. Una oleada de instinto asesino me invadió como una marea oscura. Este cabrón había visto a Elena follando, la había visto correrse; tenía que morir.

Saqué un cuchillo plegable del bolsillo, lo abrí con un chasquido seco, la hoja reluciendo fría bajo la luz.

Elena pareció notarlo. Su voz débil llegó desde la cama. —Igor, ¿qué estás haciendo?—

No miré atrás, solo jugué con el cuchillo con aire casual mientras le respondía a Elena. —Voy a matarlo.—

—No, por favor, no puedes...— La súplica de Elena resonó desde atrás, pero no me detendría.

—¿Por qué no?— Presioné la punta contra la garganta de Marco, sintiendo su pulso acelerado por el miedo. —Vio cosas que no debía, Elena.—

Marco cerró los ojos, como si esperara la muerte, el rostro crispado de terror.

—¡Igor, por favor!— Elena descendió de la cama, pero no se atrevió a acercarse más.

Miré sus ojos suplicantes, con la garganta apretada. Un pensamiento repulsivo se deslizó en mi mente como una serpiente venenosa, mordiendo mi corazón.

—¿Por qué lo proteges tanto?— Me volví hacia ella, con voz gélida. —Dime, Elena. ¿La niña es suya, verdad?—

Los ojos de Elena se dilataron.

—¡Respóndeme!— Rugí, el cuchillo temblando en mi mano por la rabia. —¿Stella es hija de este cabrón? ¿Tuviste un hijo con él?—

Lágrimas brotaron de nuevo, deslizándose por sus mejillas pálidas. En ese silencio eterno y agonizante, sentí como si alguien me arrancara el corazón y lo asara en llamas.

—Sí...— susurró al fin. —Stella es hija de Marco.—

En ese instante, mi mundo entero se desmoronó. La rabia amenazaba con desgarrarme desde dentro. La busqué durante cinco años, pensé en ella cada día, y ella le dio un hijo a otro hombre. Esa niñita rubia de ojos azules... hasta me había preguntado si era mía, pero era la sangre de este cabrón.

—Entonces, definitivamente debería matarlo.— Mi voz se tornó inquietantemente calmada.

Me volví hacia Marco, viendo el miedo agrandar sus ojos. El cuchillo se acercó a su cuello...

—¡Detente!— Elena se interpuso entre nosotros sin vacilar.

Mi cuchillo se detuvo justo antes de rebanar la garganta de Marco, solo para no herirla. Lo retiré, pero el ansia de matar aún bullía en mis venas.

—Igor, ¡no puedes matar aquí!—

—Dame una razón, una jodida razón por la que no debería acabar con este cabrón—, gruñí entre dientes. —Vio lo que no debía, tocó lo que no debía, y tú tuviste un hijo con él. Y tú y Marco no están casados, ¿verdad? Él no es el marido que anhelas en tu corazón. He estado contigo estos días; lo he visto todo: solo tú te ocupas de Stella, así que Marco ni siquiera es un padre decente. Eso lo hace merecerlo aún más.—

—¡Pero le debo tanto!— gritó Elena, con lágrimas emborronando su rostro. —¡Cuando estuve en el fondo del pozo, desesperada, Marco me rescató! Hace cinco años, en esa noche de Navidad, tú ibas del brazo de otra mujer, celebrando un compromiso con ella, mientras yo me derrumbaba sola en la nieve. Marco me encontró, me sacó de allí. Durante cinco años, ha velado por mí y por Stella, ¡así que no te permitiré matarlo! Por favor... por favor, déjalo vivir.—

Sus palabras me golpearon como un latigazo, quemando como fuego. Le debía. Y todo era por mi culpa. Si no hubiera sido un cobarde hace cinco años, si no hubiera elegido esa maldita alianza por encima de ella, no se habría desesperado, no se habría marchado, no le debería nada a nadie. Yo era la raíz de todo aquello.

Pero eso no aplacaba mi impulso de matar a Marco.

—Sal de la habitación, Elena.— Mi voz permaneció inalterable. —Si no quieres verme matarlo, vete ahora.—

—No...—

Intenté apartar a Elena, pero justo en ese momento, la puerta se abrió con un crujido suave.

—Mami...—

Una vocecita resonó, congelándome en el sitio.

Stella estaba en el umbral, frotándose los ojos con sus manitas. Llevaba un camisón rosa, su cabello rubio revuelto sobre los hombros, como un angelito.

—Tuve una pesadilla.— Sus ojos azules recorrieron la habitación, con confusión nublando su carita. —Mami, ¿qué están haciendo ustedes?—

CAPÍTULO DIECISIETE



Elena

—Mamá, he tenido una pesadilla.

—Mamá, ¿qué haces?

La voz de Stella, tan suave e inocente, atravesó el pánico que me oprimía el pecho como una aguja. Estaba en el umbral, frotándose los ojos, con su pijama de osito favorito. Corrí hacia ella, me agaché y la abracé con fuerza.

—Tranquila, cariño. Mamá está aquí —dije, intentando sonar serena, como si no hubiera pasado nada—. Solo estaban jugando. Vamos a tu cuarto y duermes, ¿vale?

Stella bostezó y alzó la carita para mirar a Igor y a Marco. Su mirada recorrió el rostro magullado de Marco; las palabras se formaron en su boca, pero no salieron.

Miré a Igor suplicante, esperando que se detuviera. El tiempo pareció congelarse. Ese hombre que hacía un momento había usado la violencia y el deseo para dominarme—su expresión cambió bajo mi mirada.

—Mamá… ¿estaban peleando? ¿El tío Marco perdió? —preguntó, curiosa.

—No. Tu mamá tiene razón —dijo Igor con voz baja; aquella arista salvaje se había atenuado—. Solo estábamos jugando. —Con la cuchilla cortó los pañuelos de seda que sujetaban a Marco.

Luego susurró algo al oído de Marco. Pude leer sus labios:

—Fuera.

Esas dos palabras resonaron con fuerza en la habitación.

El cuerpo de Marco se tensó un segundo. Me miró con la mandíbula apretada.

—Elena —dijo, la voz ronca.

—Marco, vete —interrumpí, en voz baja.

Un torbellino de emociones pasó por sus ojos: rabia, rencor, dolor. Me miró con profundidad, miró a Stella, y se levantó lentamente, tambaleándose hacia la puerta.

No seguí su retirada con la mirada. Tomé la mano de Stella y me coloqué entre ella y la puerta para que no viera nada.

—Vamos, cariño —le dije.

La llevé de vuelta a su cuarto. Tenía que conseguir que durmiera y, después… luego tendría que enfrentar a ese hombre.

Cuando Stella se tumbó, la arropé. Sus párpados se hicieron pesados otra vez.

—Mamá, ese era el que me miraba en el jardín de la guardería. Parecía un gigante. Tú lo conoces, ¿verdad? —preguntó con esa inocencia absoluta que sólo tienen los niños.

Gigante. Se me apretó la garganta.

—Sí, es un viejo amigo de mamá —respondí casi en automático, acariciándole la frente—. Ahora cierra los ojos y duerme. Mamá está aquí mismo.

No preguntó más. Así son los niños: por muy extrañas que sean las cosas alrededor, mientras su madre esté a su lado, el mundo parece seguro.

Me quedé junto a ella diez minutos, hasta que su respiración se volvió profunda y regular, y salí en silencio. Al volver al dormitorio principal, Igor seguía allí, recogiendo el desastre del suelo: la lámpara hecha añicos, los pañuelos de seda rotos.

—¿Qué demonios quieres? —pregunté. Mi voz no estaba tan firme como esperaba; sonó como cristal roto: cortante y frágil.

—¿Qué quieres saber? —se volvió hacia mí, los ojos brillantes, con un tono extrañamente tranquilo, como si nada hubiera pasado —. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué te seguí? ¿Por qué no puedo dejarte marchar? ¿Por qué te hice esto?

—Cinco años. Ni una sola vez intentaste buscarme, y ahora apareces en mi vida como un psicópata, me violas y le pegas a Marco —me oí decir—. Quiero respuestas. A todas las preguntas.

Se acercó a mí con pasos lentos, deliberados, como un depredador que acorta la distancia con su presa. Esta vez no huí. Ésta era mi casa. Ya no tenía adónde ir.

—Después de aquel banquete de compromiso —empezó— te busqué, Elena. Desapareciste sin dejar rastro.

Algo se quebró en su voz; había una fisura que nunca había oído antes.

—No me casé con Natasha. En cuanto te fuiste, cancelé el compromiso entre los Vorontsov y los Ivanov. Rasgué el contrato delante de ambas familias. Durante cinco años usé todos los recursos para encontrarte; busqué por toda Europa.

Crucé los brazos y guardé silencio. No podía creer que una organización criminal tan poderosa tuviera tantas dificultades para localizar a una sola persona.

—¿No me crees? —dijo, esbozando una amarga sonrisa al ver mi actitud a la defensiva—. Alguien borró tus rastros, y esto es territorio de la mafia italiana. Yo—

—Basta —lo corté, con la voz fría—. Aunque todo eso fuera cierto, ¿y qué?

La verdad no cambiaba mi postura hacia Igor. No quedaba posibilidad entre nosotros.

—¿Qué? —masculló.

—He dicho que ya no me importa —dije—. No me importa si me buscaste o no. —Oí mi voz calmada, aunque notaba que mi resolución vacilaba. Estaba enfadada, dolida. Y algo más, que no quería reconocer, se agitaba en mi pecho.

—¿Por qué?

—Porque tú… —mi voz empezó a temblar— me abandonaste. Me traicionaste. Ya no te amo.

—¿No me amas? ¿Entonces a quién amas? ¿A ese cabrón de Marco? —rugió Igor, con un dolor incrédulo—. Me dijiste que solo tendrías hijos con un hombre al que amaras profundamente. ¿Así que ya estabas enamorada de él hace cinco años, Elena?

—¿Te atreves a hablar de hace cinco años, Igor? —reí con frialdad—. ¿No es todo esto culpa tuya? A quién ame no es asunto tuyo. De quién sea la niña no es asunto tuyo.

Sentí los pulmones como un globo a punto de estallar. ¿Cómo se atrevía a sermonearme desde esa posición?

Igor retrocedió dos pasos, aturdido por mis palabras.

—No puedes hacerme esto, Elena.

—¿Por qué no? ¿Solo tú puedes pisotear los sentimientos de los demás sin consecuencias? —respondí burlona.

—No fue así —dijo, culpable—. Yo… no me di cuenta de que eras lo más importante para mí. ¡Siempre te he amado, Elena!

—¿Me amabas? ¿Dónde estabas cuando más te necesitaba? —levanté la voz.

—¡Te estaba buscando! —su voz se quebró—. ¡Revisé todos los aeropuertos, todos los lugares a los que podrías haber ido!

—¡Y no me encontraste! —respondí, con la voz temblando también—. ¡Porque no lo intentaste lo suficiente! ¡Porque en tu corazón el poder siempre fue más importante que yo!

—¡No! —me agarró los hombros con brusquedad—. ¡No fue así, Elena!

—¡Suéltame! —le empujé con fuerza—. ¿Qué derecho tienes a cuestionar mi relación con Marco? ¿Qué derecho tienes a poner en duda de quién es Stella? ¿Qué derecho tienes?

—¡Porque tú dijiste que me amabas! —gritó.

—¡Eso fue antes de que me traicionaras! —chillé—. ¡Antes de elegir a otra mujer! ¡Antes de destruir todo lo que teníamos!

—¡Nunca la elegí! —su voz se llenó de desesperación—. El banquete de compromiso fue un error, ¡el mayor error de mi vida!

—No sigas. No te odio, Igor —cerré los ojos, sin querer prolongar esa discusión inútil—. Pero por favor, no perturbes más mi vida.

—No… —de pronto su voz se hizo muy baja—. No lo permitiré. No aceptaré eso.

Algo se rompió en su voz.

Abrí los ojos y lo vi: ese hombre frío y despiadado estaba llorando.

Las lágrimas bajaban silenciosas por sus pómulos marcados, brillando a la luz. Sus ojos, de un verde profundo, estaban llenos de un dolor tan crudo, tan desnudo, que me faltó el aire.

Parecía no darse cuenta de que lloraba, y aun así seguía hablando:

—No lo aceptaré, Elena. No puedes hacerme esto. Te he buscado durante cinco años. Pienso en ti todos los días. Yo—

Su voz se quebró. Al llevarse la mano al rostro y tocar las lágrimas, se quedó paralizado.

Yo también me quedé atónita, sin creer lo que veía. Quise irme. No quería ablandarme. Pero mis piernas parecían tener voluntad propia y me clavaron en el sitio, viéndolo desmoronarse.

—Maldita sea… —tembló, mientras intentaba secarse las lágrimas con el dorso de la mano, sin éxito—. Maldita sea…

El corazón me dolía como si alguien lo apretara con un puño. Aquel hombre nunca mostraba debilidad, nunca dejaba ver vulnerabilidad, y sin embargo ahora se rompía frente a mí.

No pude evitarlo. Tiré de su corbata, obligándolo a inclinarse. Me puse de puntillas y mis labios encontraron las lágrimas en sus mejillas. Besé las lágrimas, besé aquello que se estaba haciendo añicos dentro de él.

Su cuerpo se tensó bajo el beso; luego me besó en los labios con una hambre desesperada, tomando el control. Todo lo que había reprimido durante cinco años estalló en ese instante. La intensidad de su beso me dejó sin aliento.

—No me importa si me besaste por lástima o por lo que sea —dijo en voz baja cuando nos separamos—. Voy a fingir que aún me amas.

Quise negarlo. La razón gritaba que era una locura, peligroso; justo aquello de lo que me había protegido durante cinco años. Pero mi cuerpo me traicionaba. El corazón se me aceleraba. La piel pedía más contacto. Los pulmones me decían que su presencia me hacía sentir viva. Y, aun así, sus actos violentos de esos días eran imperdonables: me había acosado, enviado correos y fotos repugnantes, me había empujado a su coche y me había violado, ignorando mi miedo y mi pánico.

—Quizá —me oí admitir—. Pero entre nosotros no queda ninguna posibilidad.

Se rió, un sonido bajo, casi gozoso.

—¿Ninguna posibilidad? —alzando mi barbilla con un dedo, obligándome a mirarlo—. Pronto descubrirás si hay posibilidad o no.

—Igor—

—A partir de esta noche me quedo aquí.

—¿Qué? —me quedé rígida—. ¿Qué derecho tienes? ¡Esta es mi casa!

—Tú y la niña necesitan protección —dijo, con la determinación de quien ya ha decidido por los dos—. La seguridad aquí es patética. Tú duermes en la habitación. Yo me quedaré en el sofá.

—No. De ninguna manera —quise dar un paso atrás, pero su mano seguía aferrada a mi cintura—. Estoy perfectamente segura aquí. No hay peligro. ¡La única fuente de peligro posible eres tú!

—Menos mal que sabes que soy un hombre peligroso. Por eso no puedes negarte —dijo, dejando que sus palabras calaran—. No pienses en huir, Elena. No puedes escapar de mí.

Dicho esto, me soltó y se fue al salón. Lo vi sentarse en el sofá; el cuero crujió suavemente.

Me quedé allí un buen rato. Quise entrar al salón y echarlo, pero al final solo cerré la puerta con llave. Apagué las luces y me metí en la cama. Había pasado demasiado aquel día; no me quedaban fuerzas.

Me acosté en la oscuridad, mirando el techo, intentando procesar todo. Oía movimiento en el sofá. Él estaba allí, al otro lado de la pared. Supe que tampoco dormía.

Mi cabeza me recordaba lo absurdo de todo: un hombre que cinco años atrás me convirtió en la otra, que me traicionó, que esta noche me agredió frente a mi amigo de la infancia, y ahora yacía en mi salón impidiendo que me escapara. Más loco aún: resultaba ser el padre biológico de Stella...

Era una locura. No pude apagar la mente hasta que dejé de oír el movimiento en el sofá. Su respiración se hizo profunda y rítmica. No supe si dormía. Pero yo estaba agotada, y en ese momento me permití cerrar los ojos y caer en el sueño.

No mucho después, la luz de la mañana se filtró por las rendijas de las cortinas.

Al salir del dormitorio lo encontré ya despierto. Esos ojos verde oscuro me clavaron en cuanto aparecí. Incluso tras cinco años separados, seguía sintiendo aquella atracción magnética.

—Buenos días —dijo incorporándose en el sofá. El cabello alborotado, el torso descubierto, el tatuaje del águila bicéfala dominando su pecho.

Sentí que se me calentaba la cara.

—Buenos días —asentí con frialdad, fingiendo que todo seguía bajo control.

En ese instante se abrió la puerta de la habitación de Stella. Ella apareció en el salón, frotándose los ojos. Al ver a Igor, se escondió tímida detrás de mí, asomando solo la cabecita para mirarlo.

Igor se agachó, gesto que lo hizo parecer menos amenazante.

—Buenos días, Stella —dijo—. Me llamo Igor.

Stella lo miró con esa honestidad directa que solo tienen los niños.

—Es la primera vez que veo bien tu cara —dijo, seriamente.

—Sí —asintió él—. Pero no doy miedo, ¿verdad?

Un apretón en el corazón me sorprendió; tenía curiosidad por su respuesta.

Stella salió de detrás de mí sin dudar y señaló con su dedito el tatuaje en su pecho.

—Igor, ¿eso es un pájaro?

Lo vi tensarse. Era el símbolo de la Bratva, la marca de su identidad y poder. Y mi hija de cinco años lo señalaba con pura curiosidad.

—Es un águila bicéfala —respondió con voz suave y paciente—. Pero es como un pájaro.

Stella estiró la manita y tocó el tatuaje con la yema del dedo.

En ese instante sentí algo con absoluta claridad: el poder de la sangre. Era lo que había negado durante cinco años, pero verla acercarse a ese hombre con tanta naturalidad me dejó sin excusas. Aquella era su hija. La conexión existía. Aunque él nunca lo supiera, aunque en la vida de ella nunca se hubiera reconocido, estaba ahí —

en sus ojos azules, en sus gestos tercos, en su confianza inexplicable hacia ese hombre extraño.

Mientras mis pensamientos giraban, Igor se incorporó.

—Os preparo el desayuno —oí, con ese tono insoportablemente seguro de sí mismo.

Aquello prometía ser un desastre. Aquel hombre de trajes a medida debía saber de cocina lo que había visto en las películas.

Tenía razón. Intentó hacer tortitas rusas y el sizzle de la sartén sonaba a desastre. Cuando no pude resistir y entré en la cocina, me encontré una escena ridícula.

Aquel hombre alto y tatuado llevaba un delantal rosa; la cara y el cabello estaban salpicados de harina. En la sartén, lo que quizá había sido una tortita se había convertido en carbón.

—¿Estás intentando quemar mi cocina? —dije, quitándole la espátula de las manos.

Ver su enorme cuerpo moverse torpe entre los cacharros, verlo esconder una sonrisa tímida… pese a mi enfado, algo dentro de mí se ablandó.

No era bueno. Nada bueno. Pero no pude evitarlo.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Elena

—Muévete —ordené, empujándolo con el hombro—. Yo lo hago.

No discutió. Dio un paso atrás, pero no salió de la cocina. Se apoyó en la encimera, con los brazos cruzados, y me observó. Sentí su mirada como un calor en la nuca. Me obligué a concentrarme en los gestos: romper los huevos, batir la masa, cuidar la sartén —movimientos que había repetido mil veces; bajo su mirada incluso lo más simple se volvía torpe.

—¿Siempre has sido tan buena cuidando a los demás? —preguntó de pronto, la voz baja y todavía ronca por el sueño.

Mi mano vaciló un segundo y siguió vertiendo la mezcla en la sartén.

—Solo estoy haciendo el desayuno —dije, modulando la voz a propósito.

—Hace cinco años me hacías blinis los fines de semana —dijo, como recordando—. Siempre les echabas miel y preparabas té negro.

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo. Recordé aquellas mañanas perezosas: él abrazándome por detrás, la barbilla apoyada en mi hombro mientras yo cocinaba.

—Eso fue hace mucho —contesté, volteando la tortita sin mirarlo.

—Para mí fue ayer.

Cerré los ojos e inspiré, negándome a seguir ese hilo peligroso. Igor no iba a dejar el lazo entre nosotros tan fácilmente, pero yo había pasado cinco años enterrando el pasado. No permitiría que me arrastrara de vuelta así, tan fácil.

La sartén siseó. Los bordes de la tortita empezaron a humear. Apagué el fuego y la pasé a un plato.

—Ve a buscar a Stella para el desayuno —dije, sin darle la espalda, manteniendo la voz firme—. Las tortitas se están enfriando.

Unos segundos de silencio; luego sus pasos pesados y lentos se alejaron de la cocina.

Apoyé las palmas en la encimera y cerré los ojos, obligando a mi respiración a calmarse. Era peligroso. Su presencia, sus palabras, los recuerdos que había removido —todo carcomía las defensas que había levantado en cinco años. Y lo peor: sentía cómo esas defensas se ablandaban, poco a poco.

El desayuno fue extrañamente callado. Stella picoteó su tortita desde la trona y no dejaba de mirar a Igor a hurtadillas. Él comía con esa calma natural, como si estar allí fuera lo más normal del mundo.

—¡Mamá hace las mejores tortitas! —anunció Stella, dulce como el azúcar.

—Sí —asintió Igor, mirándome—. Tu mamá tiene mucho talento.

El calor subió a mis mejillas y bajé la vista al plato.

Después del desayuno empecé a recoger la mesa, preparándome para llevar a Stella al jardín. Igor se levantó.

—Yo la llevo —dijo, seco, sin dar opción.

—No—

—Escúchame, Elena —intervino—. La llevo y después te llevo a tu taller.

Quise protestar, pero al ver la cara emocionada de Stella suspiré y me callé.

—Vale.

Media hora después dejamos a Stella. Ella entró corriendo, dio brincos, se volvió y nos saludó como si fuéramos unos padres normales. Un nudo feo me apretó el pecho.

—Vete a tu taller ahora —dijo Igor, ya abriendo la puerta del coche.

Entró en el estudio como si fuera suyo. Anna, mi asistente, se quedó paralizada cuando lo vio; por poco dejó caer la tela que sostenía.

El móvil de Igor vibró. Miró la pantalla y frunció el ceño.

—Tengo que atender una llamada —dijo y se apartó a un rincón.

Anna se inclinó hacia mí al instante y susurró:

—Elena, ¿quién es ese tío? Dios, me da escalofríos. No pude articular una palabra.

Me froté la frente y dije en voz baja:

—Un viejo amigo.

Los ojos de Anna se posaron en mí y sonrió, con un deje pícaro.

—¿El chico misterioso que te mandó flores era él?

Asentí.

—Sí. Al final era él.

Me dio unas palmaditas en el brazo. —Bueno, al menos es alguien que conoces. Con eso ya te puedes relajar un poco.

Le devolví la sonrisa, pero ella no sabía que Igor era un diablo con traje. No era alguien con quien relajarse.

Me obligué a trabajar, hundiendo la atención en bocetos y muestras mientras él se sentaba en el sofá como un halcón, sin apartar la vista. Luego Anna trajo malas noticias.

—Elena, Milan nos ha escrito otra vez.

—¿Sobre qué?

—Han rechazado los nuevos diseños. Otra vez. Amenazan con cortar la relación. Ya sabes lo exigentes que son: si los perdemos, sería un golpe serio para la reputación de la marca.

La cabeza me empezó a latir. Milan había sido nuestro primer gran cliente de ropa, pero era imposible. Había retocado diseños hasta poder dibujarlos con los ojos cerrados y aun así los rechazaban.

—Déjame ver sus comentarios —dije, agotada.

Me encerré en los dibujos durante horas. Los ojos se me nublaban, los colores se mezclaban. Me froté las sienes para mitigar la presión.

—Tómate un descanso.

La voz de Igor detrás de mí me sobresaltó; no había notado que se había movido.

—Estoy trabajando —contesté sin mirar.

—Llevas quince minutos mirando esa página y no pasa nada —dijo—. Esto no te ayuda; te tortura.

Tenía razón. Estaba dando vueltas sobre lo mismo.

—Tengo que arreglarlo —insistí.

—Puedo ayudar —ofreció, extendiendo la mano hacia su teléfono.

—No —la palabra salió como un chasquido—. No ahora. Quiero intentarlo sola.

No insistió. Volvió al sofá, pero sentía sus ojos sobre cada línea que trazaba.

El día transcurrió en revisiones hasta que la tarde, por fin, ofreció una pequeña misericordia.

—Es la hora de buscar a Stella —dije, recogiendo los bocetos esparcidos.

Igor se puso, se abrochó el abrigo. Venía conmigo.

Recogimos a Stella y volvimos al apartamento. Ella no dejó de hablar en todo el camino sobre la escuela y yo me reía en las partes divertidas; Igor preguntaba como si fuera de la familia. En cuanto entramos sonó el timbre.

Igor abrió. Uno de sus hombres estaba en la puerta con una gran maleta.

—Jefe, su equipaje —dijo, respetuoso.

Igor tomó la maleta y la dejó junto al recibidor. Stella me agarró de la mano y me arrastró al salón.

—¡Vamos a construir el castillo! —gritó emocionada.

Corrió a su cuarto, volvió con una caja de bloques y nos sentamos en la alfombra a levantarlo. Igor se unió, observando, la expresión inescrutable. Cuando el castillo estaba a medias me levanté para recoger un par de zapatitos en el pasillo y choqué con la maleta.

Se volcó. La ropa se desparramó.

Me agaché a recogerla y mi mano se quedó paralizada. Allí, entre camisas de hombre y una chaqueta, había un camisón de seda color champán que yo había dado por perdido. Me temblaron los dedos al cogerlo. Debajo, estaban mis bragas.

El calor me subió a la cara. Me di la vuelta y lo encontré a Igor detrás de mí.

—¡Igor! —dije, la voz temblando entre sorpresa y vergüenza—. ¿Me robaste la ropa? ¡Eres un enfermo!

Se acercó mirándome el camisón, sin vergüenza ni rubor. Su mirada se encendió.

—Déjalo —dijo, en voz baja—. Ahora son míos.

—¿Por qué ibas a robar lo que yo usé? —exigí, con las mejillas ardiendo.

Acortó la distancia hasta que tuve que alzar el mentón para verlo.

—Sabes por qué —dijo, su voz con una honestidad peligrosa—. Cuando te seguía, lo usé para masturbarme, y luego me corrí sobre tus fotos.

El aire salió de mis pulmones tan deprisa que me dolió el pecho. La vergüenza y la exposición me atropellaron. Si lo hubiera hecho un desconocido, me habría sentido asqueada y furiosa, dispuesta a llamar a la policía. Pero era Igor. Con él no era solo repulsión: había un calor complicado y peligroso que nada tenía que ver con la legalidad.

—Tú... —intenté hablar, pero las palabras se me atragantaron.

—Pensaba en ti debajo de mí —continuó, la voz haciéndose más oscura—. Olía tu aroma en la tela para venirme más rápido.

Se acercó más, su calor empujándome.

—Elena —pronunció mi nombre en voz baja, doblándolo en la habitación de un modo que me dejó las rodillas flojas—, dime: en estos cinco años, ¿alguna vez te has quedado despierta pensando en mí y te has tocado imaginándote conmigo?

Abrí la boca para negarlo. Para mentir.

—¡Mamá! —la voz de Stella atravesó el momento como un cuchillo.

Me aparté como si me hubieran quemado. Stella estaba en la alfombra, abrazando su osito.

—Mamá, se cayó el castillo —dijo, pequeña y apenada.

—Ahora voy —respondí, obligándome a sonar serena—. Mamá se va a dar un baño rápido y luego lo volvemos a construir, ¿vale?

—¡Vale! —contestó ella y volvió a sentarse.

No pude mirar a Igor. Cogí el camisón y las bragas casi corriendo y me encerré en el baño. Cerré la puerta de golpe y me apoyé contra ella, intentando calmar la respiración. En el espejo mi rostro estaba sonrojado, los ojos brillantes por algo que no quería admitir.

Maldito Igor.

Porque tenía razón. En esas largas noches de los últimos cinco años había pensado en él: en la forma en que estuvo encima de mí, en sus manos y su boca, en cómo me dejó hecha polvo. Había intentado enterrarlo, pero los recuerdos seguían ahí.

Y ahora estaba al otro lado de la puerta del baño con esos recuerdos en los bolsillos y una especie de atracción peligrosa que no lograba combatir.

Abrí el grifo y me eché agua fría en la cara, intentando despejarme. Pero sabía —por mucho que lo intentara— que no podía fingir que lo del recibidor no había ocurrido. No podía dejar de oír lo que había dicho. No podía hacer como si esa mezcla enferma y compleja de vergüenza y otra cosa no se hubiera removido dentro de mí.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Igor

El sonido del agua del baño se filtraba por la rendija de la puerta. Estaba sentado en la alfombra del salón, mirando a la niña que tenía delante.

Stella estaba totalmente absorbida en sus bloques. Intentó equilibrar una pieza roja sobre una azul y se vino abajo. Arrugó la nariz —la misma expresión que hacía Elena— y se me apretó el pecho.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté.

Alzó la vista con esos ojos azules, dudó un segundo y luego asintió. Alcancé y sujeté la base. Ella colocó la pieza roja encima y aplaudió. —¡Lo logramos!

—Buen trabajo —dije, y la voz me salió más suave de lo habitual.

Nunca me había imaginado sentado en el suelo, jugando con una niña de cinco años. En la Bratva, mi tiempo se consumía en negociaciones, interrogatorios y en acabar con los traidores. Pero verla concentrada no me resultaba desagradable.

—Igor —me preguntó de pronto—, ¿por qué siempre frunces el ceño?

Parpadeé. —¿De veras?

—Sí —dijo con absoluta seguridad—. Así. —Frunció el ceño pequeño en un mohín ridículo, imitando mi gesto.

No pude evitar reírme. —Es que estoy pensando.

—¿En qué?

—En… cómo hacer la torre más alta.

—Eso es fácil —respondió en serio—. Pones las piezas grandes abajo y las pequeñas arriba para que no se caiga.

—Eres lista.

—¡Mamá también lo dice! —se hinchó de orgullo y me pasó un bloque verde—. Tú pon este.

Lo tomé y lo coloqué con cuidado donde ella indicó. Construimos, bloque a bloque: ella daba las instrucciones y yo las estabilizaba.

—¡Igor! —exhaló, emocionada—. ¡Ya casi está!

Miré nuestro castillo de colores a medio hacer y, sin pensarlo, me incliné un poco para acercarme. —Buen trabajo. Ya casi terminamos.

—Cuando pongamos todos los bloques, seremos amigos. ¿Vale? —inclinó la cabeza.

—Amigos—. Decirlo así una niña de cinco años me apretó la garganta.

—Podríamos ser amigos —contesté con sinceridad, mirándola a los ojos.

—Entonces, Igor —sonrió, con los ojos brillantes—, ¿me traes el bloque amarillo? Lo necesito.

Se lo pasé y la vi ponerlo con una seriedad casi solemne. Me invadió una sensación extraña: protección, responsabilidad. No sabía cómo llamarla; solo sabía que si alguien dañara a esa niña, desearía no haber nacido. Aunque no fuera mía.

Que se joda Marco.

—¡Igor, mira! —Stella señaló la torre—. ¡Hemos construido un castillo!

Examiné esa explosión de colores y asentí. —Está precioso.

—Se lo enseñaré a mamá cuando salga.

En ese instante la puerta del baño se abrió. Elena apareció, el pelo húmedo y suelto sobre los hombros, con ese camisón color champán. Pareció sorprendida de encontrarnos en la alfombra.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Stella se levantó de un salto y le agarró la mano—. ¡Mira el castillo que hemos hecho mi amigo y yo!

—¿Amigo? —Elena me miró, con una chispa de sorpresa en los ojos.

—Ya somos amigos —expliqué.

Elena se agachó y contempló la torre, sonriendo. —Impresionante, cariño. Pero ahora toca el baño y luego a la cama —mañana tienes guardería.

—Pero no tengo sueño —refunfuñó Stella.

—Después del baño, mamá te leerá un cuento. Uno de princesas. —La voz de Elena fue suave y paciente.

—Yo le leo yo el cuento. Tú has trabajado mucho hoy —ofrecí, aunque sabía que no se me daba bien leer en voz alta.

Elena alzó la vista hacia mí —escéptica, sorprendida—. —¿Seguro?

El camisón se abrió un poco en el escote, dejando ver la curva de la clavícula. Desvié la mirada.

—Claro —dije—. Lo intentaré.

Todas las historias que conocía hablaban de traición, venganza y sangre. Pero al ver la cara expectante de Stella, no quería defraudarla.

—¡Genial! —aplaudió Stella—. ¡Quiero La Bella Durmiente!

Elena la recogió en brazos y se dirigió a su habitación; yo la seguí. La escena me resultaba ajena: un apartamento cálido, una mujer recién duchada y una niña esperando el cuento de buenas noches. No era mi mundo, pero deseaba que lo fuera.

La habitación de Stella era pequeña: dibujos pegados en las paredes, peluches apoyados en la cabecera, una estantería llena de cuentos. Elena la dejó en la cama y me entregó un libro rosa.

—Tú lee primero, para coger el tono —dijo, mientras recogía el pijama y la llevaba hacia el baño.

Abrí el libro. La primera página era La Bella Durmiente: princesa, príncipe, beso del verdadero amor. Fruncí el ceño. Esas cosas pertenecían a otra vida. Mi mundo no tenía cuentos de hadas, solo tratos y deudas. Aun así me senté en la cama e intenté aprender la historia: la princesa estaba maldita, durmió cien años y un beso la despertó. Me imaginé a Stella escuchando, con los ojos brillando.

El tiempo pasó mientras leía. La puerta se abrió de nuevo y Elena entró con Stella ya puesta en pijama rosa. El agua caliente había

dejado las mejillas de la niña sonrojadas. Elena la arropó y alisó las mantas.

—Igor contará la historia, pero tienes que quedarte quieta y no montar jaleo —dijo Elena, besándole la frente.

—¡Me portaré bien! —prometió Stella.

Elena me lanzó una mirada —suave, complicada— y salió de la habitación.

—¡Igor! —dijo Stella con esos ojos expectantes—. ¡Empieza, por favor!

—Vale. —Me aclaré la garganta y abrí la primera página—. Había una vez una princesa. Era muy hermosa.

—¿Qué tan hermosa? —preguntó.

—El libro dice que era muy hermosa.

—¿Más hermosa que mamá?

Me detuve. —Nadie es más hermosa que tu madre.

Stella soltó una risita. Seguí leyendo. —La princesa vivía en un castillo.

—¿El castillo era grande? —preguntó ella.

—Muy grande.

—¿Más grande que el que hicimos nosotros?

—Mucho más grande.

Su curiosidad no tenía fin. Cada frase traía otra pregunta: ¿qué comía la princesa? ¿Tenía mascotas? ¿Sabía construir con bloques? Responderla me ablandaba. Iba deshaciendo algo que llevaba apretado años.

Cuando llegué a la parte en que el príncipe encuentra a la princesa, Stella empezó a bostezar.

—Hora de dormir, pequeña —murmuré—. Tienes que levantarte temprano mañana.

—Pero no has terminado —protestó.

—Lo terminaremos mañana.

—Tienes que prometer que estarás aquí.

—Lo prometo.

Abrazó a su osito y cerró los ojos. Pronto su respiración se hizo regular. Me levanté, apagué la lámpara de la mesita y salí a oscuras. Elena llevaba rato en el pasillo, no supe desde cuándo.

—Lo hiciste bien —dijo en voz baja.

—Solo leí las palabras —contesté.

—Pero le gustaste. Se notaba —dijo Elena.

—A mí también me gustó. Es una niña dulce.

Nos miramos en el pasillo y guardamos silencio. El —buenas noches— suave de Elena rompió la quietud cuando entró en el dormitorio.

Me duché y dormí como un tronco en el sofá.

Me desperté antes del amanecer y me moví lo más silencioso que pude. Tenía pensado preparar un desayuno decente, para demostrar que no era totalmente inútil en la cocina.

Huevos, pan, leche. Simple: huevos pasados por agua y tostadas. Llené una olla, metí los huevos, encendí la cocina y metí el pan en el horno. Perfecto.

Diez minutos después olí a quemado.

—Mierda. —Abrí el horno. Los bordes de las tostadas estaban negros. Las saqué e intenté raspar el carbón con un cuchillo, lo que solo lo empeoró.

¿Los huevos? Apagué el fuego e intenté pelar uno. Las claras estaban gomosas y la yema tenía ese feo anillo grisáceo.

—Joder —murmuré.

—¿Igor? —Stella asomó por el quicio de la cocina, frotándose los ojos; el pelo hecho un desastre.

—Buenos días —dije, intentando disimular el desastre.

—¿Estabas haciendo desayuno? —Se acercó de puntillas y miró el estropicio—. ¡Guau, huele a humo!

—Yo… lo intentaba.

Miró las tostadas quemadas y se echó a reír. —¡Igor, tu pan negro parece el carbón que usa mamá para dibujar!

Me reí también. —Bastante parecido.

—¡Déjame ayudar! —insistió, agarrándome la mano—. Yo sé cómo, mamá me enseñó.

—Tienes cinco años.

—¡Pero soy lista! —declaró—. No puedes dejar la tostada mucho tiempo. Los huevos no pueden hervir demasiado.

La voz de Elena llegó desde el salón. —Stella, ¿por qué te has levantado tan pronto?

—¡Igor estaba haciendo desayuno! —contestó Stella—. ¡Pero lo ha estropeado!

Oí la risa de Elena y luego apareció en la cocina. Miró el desastre y negó con la cabeza.

—Apartaos, los dos —dijo remangándose—. Yo lo arreglo.

—Pero— —empecé a protestar.

—Igor —interrumpió con una sonrisa—, puedes tener confianza en muchas cosas, pero cocinar no es una de ellas. Acepta la realidad.

—Me estabas sonriendo —dije, mirándola.

—No —negó de inmediato, volviéndose para limpiar y empezar de nuevo.

Stella iba pasando utensilios como una pequeña ayudante. Las dos se movían con una naturalidad que llenó la cocina de un olor cotidiano y cálido. Yo, que podía mover piezas de la Bratva a través de continentes, me quedé haciendo tareas pequeñas.

Curiosamente, no me molestó. No dejaba de repasar la curva de la sonrisa de Elena.

Veinte minutos después estábamos sentados en la mesa. El desayuno de Elena era sencillo y perfecto: huevos pasados por agua, tostadas doradas, leche caliente.

—¡Mamá lo hace mejor! —dijo Stella, con la boca llena de pan.

—Sí —admití—. Tengo que aprender.

—Tendrás que aprender durante muchísimo tiempo —declaró Stella con gravedad—. ¡Quizá cien años!

—No tanto —rió Elena, mirándome—. Pero llevará tiempo.

—Tengo tiempo —dije, observándola.

Algo en el aire había cambiado. Las mejillas de Elena estaban ligeramente sonrojadas; miraba su taza de leche.

Después del desayuno llevé a Stella al colegio. Elena y ella iban detrás; Stella tarareaba desafinada. La miré por el espejo retrovisor y sentí una calma que nunca había conocido.

—Igor —dijo Stella de pronto.

—¿Sí?

—¿Vivirás siempre con nosotras?

Apreté más el volante. Miré a Elena en el espejo; ella sostuvo mi mirada, tensa, esperando.

—Si las dos estáis de acuerdo —dije. Me sorprendió lo que había salido de mi boca. Incluso si Elena no hubiera dado su visto bueno, me habría quedado.

—¡Yo estoy de acuerdo! —gritó Stella—. ¡Eres alto —puedes levantarme muy, muy alto!

—Stella —susurró Elena, con diversión—, no puedes decidir eso tú sola.

—¿Por qué no? —preguntó la niña, confusa—. Yo también vivo aquí.

—Porque… es complicado, cariño.

—Los adultos siempre dicen —complicado— —refunfuñó Stella—. Pero yo no lo veo complicado. Igor es bueno con nosotras. Nos gusta Igor. Así que debería vivir aquí.

Sonreí. —Tu lógica es bastante sólida.

—¿Te quedarás entonces? —insistió.

Miré a Elena. Ella se mordió el labio, insegura.

—Me quedaré —dije al fin—. Haré que tanto tú como tu madre queráis que me quede. Especialmente tu madre: lo que ella pida, lo haré.

—¡Yo quiero eso! —exclamó Stella.

Me giré hacia Elena y esperé.

Ella inspiró despacio y dijo en voz baja: —No me opongo.

Esas palabras me golpearon. Supe entonces que el corazón de Elena había empezado a moverse.

CAPÍTULO VEINTE



Elena

No me opuse, y esas palabras me persiguieron como un fantasma desde el parvulario hasta mi estudio.

Era básicamente lo mismo que rendirse. Mi mente gritaba, advirtiéndome de lo loco que era aquello: cómo ese hombre había irrumpido en mi vida como un bárbaro hace apenas unos días, obligándome, aterrorizándome. Pero mi cuerpo, mis emociones, estaban todos inclinados hacia el perdón.

Igor aparcó el coche abajo y subió conmigo. Igual que ayer, me sumergí en el trabajo mientras él me observaba con esa mirada intensa y ardiente, ayudando de vez en cuando con pequeñas cosas.

Estaba revisando las nuevas muestras de gemas cuando Marco empujó la puerta del estudio. Se quedó en el umbral, el rostro todavía magullado por la paliza que Igor le había dado días atrás.

—¿Marco? —me levanté—. ¿Cómo...?

No terminé la frase. Igor se incorporó desde detrás del banco de trabajo, donde había estado ordenando mis bocetos. Sus movimientos eran lentos y deliberados; en seguida la habitación se llenó de una tensión peligrosa.

—Tienes la cara dura de presentarte —su voz era baja y ominosa, como la calma antes de la tormenta.

Los ojos de Marco pasaron por encima de Igor y se clavaron en mí. —Elena, necesito hablar contigo. A solas.

—Aquí no la vas a dejar sola contigo en ningún sitio —dijo Igor, colocándose a mi lado, la mano apoyada con naturalidad en mi cintura.

Ese gesto posesivo ensombreció aún más el rostro de Marco.

—¿Quién te da derecho a quedarte en casa de Elena? —estalló—. ¡He sido yo quien la ha cuidado a Elena y a Stella todos estos años! ¡Las saqué de los peores momentos, vi crecer a Stella! ¡Stella es mi hija!

—¿Y eso qué? —replicó Igor, la voz gélida—. ¿Quieres una medalla por participar?

La voz de Marco se endureció. —No quiero agradecimientos, pero hoy me las llevo.

Se volvió hacia mí. —Elena, vente conmigo. Déjate de este hombre. Te abandonó hace cinco años y ahora aparece de la nada a trastornarte la vida.

Cada palabra me atravesó. Porque era verdad. Si no hubiera sido por Igor, no habría sobrevivido a esa traición. Y ahora su regreso removía todo de nuevo.

—Tienes razón —me oí decir—. Todo esto es por culpa de él.

El brazo de Igor se tensó.

Los ojos de Marco se iluminaron. —¡Entonces te vienes!

—Pero eso no es motivo para llevárnoslas —continué—. Marco, te agradezco todo lo que has hecho durante estos años. De verdad. Eres un buen hombre y te mereces algo mejor.

—¡No quiero algo mejor! —se lanzó hacia mí—. ¡Solo te quiero a ti, Elena!

Alargó la mano para tomarme del brazo, pero antes de que me tocara salió volando: Igor le dio una patada, rápida y salvaje. Marco chocó contra la pared con un quejido. Intentó incorporarse, pero Igor ya estaba encima, con el pie presionando su pecho.

—Si la vuelves a tocar, verás lo que pasa —la voz de Igor rezumaba intención asesina.

—¡Para! —corrí y agarré el brazo de Igor.

Se volvió hacia mí, sus ojos verdes oscuros ardiendo de furia. —¿Sigues protegiendo a este cabrón, Elena?

Negué de inmediato. —No, mira, no puedes hacer esto aquí. Este es mi estudio, por favor.

Vi su mandíbula apretarse, las venas marcadas en las sienes; luchaba por controlarse. Al final levantó el pie.

Marco forcejeó para incorporarse, con sangre en la comisura de la boca. Me miró, los ojos llenos de un torbellino de emociones.

—Marco —me agaché a su altura—, gracias por estos años de cuidado. Pero ahora, por favor, vete.

Si decía una palabra más sobre llevármelas, Igor lo mataría; lo veía claramente. Lo único que podía hacer era sacarlo de allí cuanto antes.

—Elena —Marco me tomó la mano—, ¿has vuelto con él, verdad?

No respondí; mi silencio fue respuesta suficiente.

—Te vas a arrepentir —dijo, la voz cargada de dolor y rabia—. Ya te abandonó una vez; lo volverá a hacer mil. Hace cinco años eligió a su familia por encima de ti. ¿Y la próxima vez? ¿Qué te dejará a un lado entonces?

Sus palabras cortaron como cuchillos, tocando el miedo más profundo: que Igor me abandonara otra vez. Ya había sufrido ese dolor; no podría soportarlo de nuevo. Me destrozaría.

—Que se largue —la voz de Igor sonó detrás, fría como el hielo.

Marco se puso en pie tambaleándose y se dirigió hacia la puerta. En el umbral miró atrás por última vez. —Siempre estaré ahí, Elena. Si me necesitas, te esperaré.

Y se fue. El estudio quedó en silencio: solo nosotros dos. Me incorporé despacio, con la espalda contra él. El corazón se me hundía en una oscuridad desconocida.

—Elena —dijo Igor desde atrás, con una vulnerabilidad que nunca le había oído—. ¿Qué estás pensando? ¿De verdad te crees a ese hijo de puta?

—¿Tiene razón Marco? ¿Me abandonarías otra vez? —pregunté en voz baja.

—No —contestó sin dudar—. Nunca.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —me giré para mirarlo—. Hace cinco años dijiste que me amabas y aun así elegiste ese compromiso. ¿Quién dice que no volverá a pasar?

—No habrá una próxima vez —acortó la distancia en un par de pasos y me sujetó por los hombros—. Elena, escúchame. Hace cinco años fui un cabrón, te mentí. Pero ahora sé el coste de perderte. Es como morir.

Las lágrimas me nublaron la vista. Quería creerle de verdad. Pero el miedo se enroscaba en mi pecho como enredaderas.

—Necesito tiempo a solas —lo aparté—. Igor, necesito trabajar.

—Está bien —dijo—. Entonces trabajaré contigo.

—Quiero estar sola.

—No te molestaré —rogó—. Me sentaré allí y no diré nada. Pero no me voy.

Lo miré y vi la determinación en sus ojos. Estaba demasiado agotada para discutir. Asentí y volví al banco de trabajo.

Intenté concentrarme en los diseños, pero mi mente era un caos: las palabras de Marco, las promesas de Igor, la traición de hace cinco años, todo enredado como nudos. De pronto escuché el clic de la cerradura. Alcé la vista y vi a Igor asegurando la puerta.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunté.

No respondió; caminó directo hacia mí. Sus ojos habían cambiado: ya no eran suplicantes, sino llenos de un deseo crudo, depredador.

—¿Igor?

Me cogió en brazos y me dejó sobre la mesa. Bocetos, muestras y reglas cayeron al suelo.

—Dijiste que necesitabas tiempo a solas —su voz era baja y ronca, con una atracción peligrosa—. Pero sé lo que realmente necesitas.

Su mano sostuvo la nuca, obligándome a mirarle. Esos ojos verde profundo ardían de deseo.

—Necesitas que te lo demuestre —sus besos rozaron mi cuello—. Que pruebe que mi hambre por ti es real, que signifiques algo para mí.

—¡Vete! ¡No aquí! —me apoyé contra su pecho, pero mi voz ya no sonó tan firme—. Anna puede volver en cualquier momento. ¡Esto es la oficina!

—Salió a hacer entregas; tardará al menos una hora —sus labios rozaron mi clavícula—. Tiempo más que suficiente para que olvides todas las dudas.

Su mano se deslizó bajo mi falda, los dedos rozando el interior de mis muslos. Mi cuerpo se prendió fuego, derritiéndose bajo su tacto.

Maldita sea, ¿por qué mi cuerpo siempre era tan brutalmente honesto?

—Igor —jadeé—. No podemos aquí—¡ah!

Sus dedos presionaron mi vulva a través de las bragas, enviando descargas eléctricas incluso con la tela por medio.

—Tu boca dice que no —susurró en mi oído, la voz pecaminosa —. Pero tu cuerpo dice la verdad, preciosa. Ya estás empapada.

La vergüenza me quemó y quise protestar, pero sus dedos empezaron a frotar, circulando sobre mi clítoris a través de la tela empapada. Mi réplica se disolvió en un gemido ahogado.

—Mírate —se apartó un poco, bebiendo mis reacciones—. Tan sensible. Ni siquiera he hecho nada y ya estás así.

—Es culpa tuya —me mordí el labio para no gemir—. Siempre, siempre…

—¿Siempre qué? —alzó una ceja con malicia—. ¿Siempre te pongo así?

De pronto arrancó mis bragas en un movimiento brusco y posesivo. El aire frío rozó mi centro ardiendo y un escalofrío me recorrió.

—Abre las piernas —ordenó.

—Igor.

—Ábrelas —su tono no admitía réplica, puro mando—. Déjame ver cuánto me deseas.

Me sonrojé, pero obedecí, separando las piernas al borde de la mesa, completamente expuesta.

Dejó escapar un gemido satisfecho. —Perfecto.

Se arrodilló.

—Espera, vas a… —el pánico me subió y traté de cerrar las piernas, pero él las sujetó con firmeza.

—Voy a saborearte entera —levantó la mirada, los ojos llenos de lujuria pura.

Su lengua rozó mi punto más sensible.

—¡Ah! —grité, mis manos enredándose en su pelo.

Era ágil y provocadora: a veces rozaba rápido el clítoris, otras lamía lento toda mi vulva, a veces se internaba en mi entrada húmeda. Cada movimiento encontraba mis puntos exactos; mi cuerpo se arqueó como un arco tenso.

—¡Igor, Dios! —mi voz salió entrecortada—. Es demasiado... demasiado...

Alzó la cabeza, la barbilla brillante por mi humedad. —¿Demasiado? Cariño, apenas he empezado.

Sus dedos se deslizaron dentro: uno, luego dos. Eran gruesos, estirándome con un leve dolor que traía un placer desbordante. Los movió despacio mientras su boca volvía a succionar ese botón hinchado.

—No, voy a— —sentí el orgasmo subir, olas unas sobre otras.

En ese momento pasos resonaron fuera; alguien llamó a la puerta. El terror me cerró la garganta; no pude responder.

—¿Elena? —era la voz de Anna—. ¿Estás ahí? Creí que habías estado antes.

Los ojos se me abrieron de horror y traté de empujar a Igor, pero él apretó más y aceleró los dedos.

—Shh, quédate quieta —miró hacia la puerta con una sonrisa depredadora—. A menos que quieras que ella sepa exactamente lo que hacemos aquí.

—Igor, por favor —supliqué en un susurro, el placer al borde del abismo.

La picaporte tembló, pero la cerradura aguantó.

—Qué raro —murmuró Anna fuera—. Juraría que la jefa estaba dentro. Bah, igual salió.

Los pasos se alejaron.

Solté un suspiro de alivio, pero en el instante siguiente Igor apretó fuerte, sus dedos golpeando ese punto devastador dentro de mí.

—¡Ahhh! —mordí la mano para amortiguar el grito mientras mi cuerpo se convulsionaba. El orgasmo me arrasó como un tsunami; mis muslos apretaron su cabeza mientras temblaba sobre la mesa.

Él siguió lamiendo, prolongando las olas hasta que me volví demasiado sensible y lo aparté. —No puedo —jadeé—. Es demasiado intenso.

Finalmente se incorporó despacio, los labios hinchados y la barbilla brillante, increíblemente atractivo.

—Casi me arrancas la vida —dijo, lamiéndose los labios—. ¿Sabes lo apretada que te pones cuando llegas? Si mi polla hubiera estado dentro...

—Cállate —me sonrojé, cubriéndome la cara con las manos.

Se rió, apartó mis manos con suavidad y me besó la frente. —¿Sigues dudando de cuánto te deseo, Elena?

Lo miré, viendo esa mezcla de ternura y deseo en sus ojos. El corazón me latía con fuerza.

—Yo... —no supe qué decir.

—Sé que sigues asustada —dijo—. Tienes miedo de que me vaya otra vez. Pero, Elena, te lo prometo.

Me levantó y apoyó mi mano sobre su pecho para que sintiera su corazón.

—Esto es tuyo. Mi corazón, mi cuerpo, mi alma: todo tuyo. No volveré a cometer ese error.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas y él se inclinó para besarlas y borrarlas.

—Confía en mí —susurró—. Dame una oportunidad para demostrar que la merezco.

Lo miré: el hombre que me había herido antes, ahora prácticamente suplicando. La prudencia me gritaba cautela, pero mi corazón ya había elegido.

—Vale —me oí decir—. Pero si me vuelves a hacer daño...

—Puedes matarme —respondió con sinceridad—. Te lo juro.

Me besó otra vez, suave y profundo, muy distinto del hambre salvaje de antes.

Mis labios y mi lengua respondieron con pasión. Cuando el beso se rompió, murmuró junto a mi boca: —¿Seguimos donde lo dejamos?

Contesté deslizando la mano por su entrepierna.

Su aliento se cortó, los ojos oscureciéndose con un hambre renovado. —Joder, Elena. Esa es mi chica.

Se apartó un poco, quitándose la ropa con prisa: camisa arrancada, revelando ese pecho esculpido con un lecho de vello oscuro; pantalones bajados, zapatos y calcetines fuera. Quedó completamente desnudo ante mí. Su cuerpo era pura potencia: músculos ondulando bajo la piel, y su polla —gorda, venosa, ya dura y palpitante— reclamando atención. Dios, era enorme, cada centímetro irradiaba dominio.

—Necesito más de tu tacto, preciosa —gruñó, la voz gruesa—. Toma mi cara.

Puse mi mano en su mejilla; la barba áspera raspó la palma.

Accedí, mis dedos recorriendo su mandíbula, bajando por el cuello. Se dejó llevar, como si lo alimentara. Mis manos siguieron por su pecho, los pulgares rozando los pezones que se erizaron. Él soltó un gemido, el pecho subiendo y bajando.

—Joder, se siente increíble —murmuró—. No pares. Tócame todo.

Animada, deslicé las palmas por sus abdominales, sintiendo las líneas tensarse bajo mis dedos. Era como mármol vivo, cálido y firme.

Por fin llegué a su polla. Mi mano rodeó la base; antes, tomé sus testículos, sintiendo su peso. —Qué grandes —susurré, apretando—. Seguro que están llenos.

Sonrió, sosteniendo mi mirada. —¿Por qué no lo averiguas? Pruébalos, cariño. Hazme venir por ti.

Empecé a mover la mano, subiendo y bajando por su grueso eje, sintiendo cómo se pulsaba y se hinchaba. La piel era tersa sobre acero, las venas marcadas al ritmo. El líquido preseminal perló la punta, lubricando mis movimientos. Pero al rato mi mano empezó a cansarse y él no llegaba; solo gemía profundamente, la cadera temblando un poco.

—¿No curras lo suficiente, eh? —bromeó, la respiración entrecortada—. Vamos, Elena, estás flojeando. Haz que me explote: trabaja.

Frustrada y excitada, lo empujé hacia la silla de oficina. —Siéntate —mandé, sorprendida por la firmeza en mi voz.

Sonrió y se dejó caer, las piernas abiertas, su polla erguida y desafiante. Me arrodillé entre sus muslos; la posición supo a pecado delicioso y me dio un poder que encendió cada fibra.

—Joder, mírate de rodillas —dijo, la voz rasposa—. ¿Me vas a chupar como la mala que eres?

No respondí con palabras. Me incliné, la lengua recorriendo la cabeza hinchada, probando su sabor salado. Él siseó y enredó la mano en mi pelo. Lamí todo el largo, siguiendo las venas, y luego chupé sus testículos, haciéndolos rodar en mi boca mientras mi mano trabajaba el tronco.

—Joder, sí —gemía, la cabeza echada hacia atrás—. Chúpelos más fuerte, cariño. Haz que me duela la necesidad.

Lo hice, tomando uno entero en la boca, girando la lengua, luego el otro, mientras mi mano daba vueltas firmes más arriba. Después subí, cubriendo la punta con los labios, succionando profundo y moviendo la cabeza con mejillas huecas. Era tan grueso que me estiraba la boca al límite, pero relajé la garganta y lo acepté hasta el fondo.

—Joder, Elena —jadeó—. Hacerme una mamada así me destroza. Sigue y me vuelvo loco dentro de tu garganta.

Zumbé alrededor de él, la vibración sacando una maldición de sus labios. Mis manos trabajaban la base que mi boca no alcanzaba, retorciendo y masajeando al ritmo. La saliva corría, todo quedó resbaladizo y desordenado, caliente en el mejor sentido. Varié: lamidos largos por la cara inferior, provocando la frenulum, luego succiones rápidas y urgentes, hasta que las lágrimas me llenaron los ojos por la intensidad.

Su respiración se volvió errática, los músculos tensos. —Casi... joder, nena, trágate todo. Que no se escape nada.

Con una última embestida profunda en mi boca, vino con fuerza, chorros calientes llenándome. Tragué con avidez, el sabor salado inundando mis sentidos, mi lengua exprimiéndolo hasta que se relajó, exhausto.

—Joder —roncó, el pecho agitado—. Mi angelita sucia.

Me alzó con facilidad, sentándome en su regazo para que lo montara. Sus manos rasgaron mi top y el sujetador, dejando mis

pechos al descubierto. Se lanzó a ellos, la boca prendida a un pezón, succionando con fuerza mientras los dientes rozaban.

—¡Ah, Igor! —me arqueé, rozando su polla que volvía a endurecerse.

Mordió suavemente y luego calmó con la lengua, pasando al otro. —Estos pechos perfectos son míos —murmuró entre lamidos y mordiscos—. Te voy a follar hasta dejarte sin sentido, hasta que grites mi nombre y no puedas pensar.

Sus manos apartaron la falda y lo demás, dejándome completamente desnuda sobre su regazo. Me colocó, su polla presionando mi entrada, y entró de un empujón poderoso.

—¡Joder! —grité, la plenitud me inundó de golpe.

Me agarró por las caderas y embistió duro y rápido, cada zarpazo enterrándose profundo. El ángulo rozaba mi clítoris, aumentando la presión al instante. —Móntame duro, nena. Siente cuánto te reclamo.

Reboté sobre él, marcando el ritmo; el placer se enrolló y estalló. Llegué de repente: mi cuerpo se deshizo, las paredes contrayéndose a su alrededor como una mordaza, gritando mientras las olas me arrasaban.

Pero no había terminado. Me levantó de un tirón, su polla salió húmeda, y me tumbó sobre la mesa con las piernas colgando. Aún perdida en el posorgasmo, sensible y aturdida, algo frío y rígido se empujó dentro.

—¿Qué demonios...? —jadeé, mirando abajo.

Él sonrió y lo movió despacio. —Tu bolígrafo favorito, preciosa. El que siempre usas.

Me quemó la vergüenza. —¡Igor! Jamás podré mirarlo igual.

Se rió en voz baja, deslizándolo dentro y fuera, el metal frío jugueteando mis paredes internas. Era fino, no me llenaba como él, pero el choque del frío contra mi calor me recorrió. —¿Qué se siente? Frío e implacable, ¿verdad? Pero no es suficiente para ti, ¿no? No como mi polla.

Lo movió despacio, provocando una molestia frustrante y una ansia punzante. Demasiado fino, demasiado frío: nada comparado con el calor palpitante que necesitaba. —Es... demasiado pequeño —

gimí, retorciéndome—. Nada como tú. Por favor, Igor, fóllame. Te necesito dentro.

Sonrió con malicia. —Sácalo primero. Enséñame cuánto me quieres. Usa esos músculos tensos y expúlsalo, luego te doy tu recompensa.

Me mordí el labio y me concentré, contrayendo mis paredes, esforzándome por expulsar el bolígrafo. Fue humillante y a la vez excitante, el cuerpo tenso con el esfuerzo. Al final cayó al suelo con un ruido seco.

—Buena chica —elogió, alineando su polla en mi entrada—. Ahora siente la diferencia: lo de verdad, caliente y listo para ti.

Entró de un empujón; su calor reemplazó al frío del bolígrafo en un instante. El contraste fue alucinante —de la provocación helada a la plenitud ardiente—, intensificando cada sensación. Gemí alto, el cambio hacía todo extrañamente más intenso.

—Joder, estás aún más húmeda por ese jueguecito —gruñó, clavándose profundo—. Esta vagina está adicta a mí, ¿eh? Me aprieta como si no quisiera dejarme.

—¡Sí! Más fuerte —supliqué, rodeando su cintura con las piernas para acercarlo.

Aumentó el ritmo, embestidas brutales e incesantes, las caderas golpeando las mías. —Te voy a llenar, nena. Te voy a bombear hasta que chorrees. Eres mía, toda mía.

La acumulación fue imparable; vine primero, gritando mientras el orgasmo me atravesaba y el cuerpo temblaba. Él vino después, enterrándose y derramándose caliente dentro, gruñendo mi nombre en la liberación.

Jadeamos juntos, cuerpos brillando de sudor y totalmente rendidos. Se retiró despacio, besándome con una ternura sorprendente. —¿Ves? Así te necesito desesperadamente. Sin más dudas.

Asentí débilmente, completamente destrozada y satisfecha.

Después me ayudó a vestirme. Me desplomé en la silla, la mirada inevitablemente atraída a su cuerpo mientras recogía la ropa. Su espalda ancha era como una escultura, cada línea rebosando fuerza.

Los glúteos firmes se tensaron, recordándome sus embestidas salvajes y provocando un calor nuevo en la nuca.

Cuando por fin salí de la bruma, Igor volvía a estar con traje, el hombre contenido de siempre.

—Esta noche, cuando lleguemos a casa, quiero cocinar una cena de verdad para ti y para Stella —dijo, deteniéndose frente a mí.

No pude evitar reír. —¿Seguro? La última vez casi incendiaste la cocina. Te dije que cocinar no se te da.

—Pues guíame —respondió, con los ojos suavizados—. Quiero aprender a cuidaros a las dos.

Mi corazón latió con fuerza. Quizá esta vez sería distinto. Quizá podríamos tener felicidad de verdad. ¿Podríamos?

CAPÍTULO VEINTIUNO



Igor

La oficina todavía olía a sexo —cálido y enredado—, ese aroma denso que flotaba en el aire. La luz de la tarde se colaba por las persianas en barras doradas sobre la moqueta. El estudio se sentía lánguido y peligroso.

Elena se reclinó en la silla, las mejillas todavía sonrojadas por el calor reciente. La luz la perfilaba con un dorado suave, como si hubiera salido de un cuadro.

Sus ojos se ablandaron cuando dije: —Quería aprender a cuidaros a ambas. —Un destello de esperanza iluminó esos ojos azules. Quizá, quizá por fin me perdonaría. No... no podía permitírmelo. No me lo había ganado.

—Elena. —La garganta se me apretó—. Tengo que contarte algo sobre ese compromiso de hace cinco años.

Su sonrisa se congeló. Quiso cerrarlo todo, negarlo —pero yo tenía que decirlo. Tenía que saber la verdad.

—No tienes por qué— —Intentó levantarse, pero las piernas le flaquearon. Las sacudidas posteriores al sexo seguían ahí, y en mí brotó una satisfacción oscura y sucia. Mi marca seguía en su piel, mi olor impregnándola.

—Tengo que hacerlo. —Me agaché frente a ella, las manos sobre sus rodillas—. Tienes que saber la verdad, Elena. No una excusa: lo que realmente pasó.

Mordió el labio —Dios, ese maldito gesto que siempre me hacía querer besarla— y finalmente asintió.

—Ese compromiso lo arregló mi padre, —empecé, mirándola a los ojos—. Desde el principio me dijeron que me casaría con la hija de Ivanov. Era un matrimonio político para consolidar las familias.

—Lo sabía. —Su voz fue baja—. Miré ese tatuaje, Igor. Supe que eras de la Bratva. Supe lo que eso significaba.

Se me encogió el pecho. Lo supo desde el principio. Sabía lo que era… y aun así me quiso.

—Antes de conocerte no lo cuestioné —dije, cada palabra como arrancada de una herida—. Para mí era un deber. Me casaría con Natasha, le daría el respeto debido y seguiría con mi vida. Pero después de verte en el Palacio de Invierno, todo cambió.

Recordé esa noche con precisión brutal: el ataque en el hotel, la gente en pánico. Yo estaba allí por trabajo; vi a una chica rubia en la multitud, aterrada y pequeña como un conejo. Mi mano se movió antes que mi pensamiento y la saqué del peligro.

—Me llevaste a tu apartamento. —El recuerdo me ablandó—. Te miré y supe que nunca había vivido de verdad.

Ella tragó; la duda le cruzó el rostro.

—Me dije que sería solo una noche, —dije, soltando una risa amarga—. Satisfacer la curiosidad y volver a mi vida. Pero a la mañana siguiente, vi cómo dormías con la luz del sol en la cara y supe que para mí se había terminado.

—¡Pero aun así seguiste con el compromiso! ¡Me lo ocultaste! —Tragó saliva; sus acusaciones venían con lágrimas.

—¡No! —Me incorporé de un salto, intentando explicarme—. Pensé en cancelarlo. De verdad lo hice. Tres meses antes de Navidad estuve luchando con cómo salir de eso.

—Pero no lo hiciste. —Se puso en pie; la mezcla de ira y dolor le incendiaba la mirada—. Me dejaste plantada la noche antes de nuestro medio aniversario y me diste unos pendientes que ni siquiera podía ponerme. Rompiste tu promesa, así que tiré la cena que había preparado. En Navidad te fuiste todo el día: si no hubiera ido a aquella fiesta y no lo hubiera visto todo, seguiría siendo una tonta por ti.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. Tenía razón.

—Porque mi padre me amenazó. Porque puse a la familia por encima de mi propia vida. —Rugí; mis palabras resonaron en el estudio—. Me dijo que si lo rompía, los Ivanov se unirían a nuestros enemigos —a Salvatore— y nos triturarían.

Ella me miró, los ojos azules desorbitados.

—Así que cedí. Actué como un cobarde. —Mi voz no tenía más que desprecio hacia mí mismo—. Fui a aquel banquete de compromiso, me puse el anillo, juré delante de todos casarme con una mujer a la que no amaba, como un hombre débil.

Bajé la vista. Si veía desprecio en los suyos, me habría roto.

—Luego pasé tres meses planeando. Contacté con todos los que resentían a mi padre y los utilicé. —La miré de nuevo—. Tres meses después de esa Navidad, delante de todos, rompí el compromiso.

Hice una pausa y respiré hondo. —Y le quité el poder a mi padre.

—Tú… ¿qué? —Sus ojos se abrieron.

—Lo obligué a retirarse. —Lo dije con frialdad—. Le di dos opciones: una jubilación digna o la muerte.

Ella jadeó; continué. —Eligió la jubilación. Me convertí en el Don. Lo primero que hice al tomar el mando fue enviar hombres a buscarte.

—Pero no me encontraste, —susurró.

—Conseguí pistas. Supe que alguien te había llevado a Italia. Lo rastreé hasta lazos con la mafia italiana, pero más allá de eso… —apreté los dientes—. Era territorio de la Cosa Nostra. Acababa de tomar el poder. No podía mandar hombres a Italia sin que se interpretara como una provocación. Empezaría una guerra.

—¿Así que te rendiste? —Su voz se quebró.

—No. —Le agarré el hombro; mis dedos se clavaron hasta dejar marca—. Nunca me rendí. Pero, Elena, si hubiera iniciado una guerra para encontrarte, ¿cuántos hombres habrían muerto? ¿Sus mujeres, sus hijos…?

La solté, sin querer hacerle daño. —No podía ser tan egoísta. Así que elegí otra vía. Pasé cinco años forjando poder, haciendo a la Bratva tan fuerte que nadie se atreviera a tocarnos.

—Cinco años. —Lo repitió; las lágrimas le marcaron surcos—. Cinco años, Igor.

Sus palabras dolieron. Nos miramos: dolor y arrepentimiento suspendidos entre nosotros. Veía su conflicto —mis explicaciones de un lado, su herida del otro.

—Tres noches después de tomar el poder, Natasha me encontró. Intentó seducirme. —No sentí nada por ella. Cuando la seducción fracasó, sacó una droga: algo que dejaba el cuerpo flojo.

El shock le cambió la cara.

Miré mi mano. —Sentí cómo mis músculos fallaban, pero usé las últimas fuerzas para estrangularla.

—¿Por qué me cuentas esto? —Su voz temblaba.

—Porque necesitabas la verdad. Tenías que saber que no te traicioné después de que te fuiste. Nunca sentí nada por otra mujer. Este cuerpo fue tuyo, Elena. Desde la primera vez que estuvimos juntos, te perteneció.

Ella cerró los ojos; las lágrimas cayeron. Se las quité con el pulgar. Su piel estaba caliente y suave.

—Pero eso no cambió nada. —Abrió los ojos; su voz era hielo—. Elegiste a tu familia, Igor. En ese banquete de compromiso, en aquella noche nevada, elegiste el poder por encima de mí.

—Sí. —No intenté suavizarlo. Merecía honestidad—. Tomé esa decisión, y la lamentaré el resto de mi vida. Pero, Elena, no la volvería a tomar.

—¿Cómo puedes prometer eso? —exigió—. ¿Y si la próxima vez la familia te amenaza para que me abandones?

—Entonces los mato primero. —Lo dije seco, buscando que cada palabra calara—. Soy el Don ahora. Yo tomo las decisiones. Nadie puede obligarme.

—No eres invulnerable, Igor. —Su voz tembló—. ¿Y si la elección vuelve a ser entre yo y el poder?

—Te elegiría. Siempre. —Mi mano temblaba al sostenerle el rostro—. El poder, el dinero, el territorio son herramientas. Tú eres mi vida. Sin ti no significan nada.

—No lo entiendes. —Negó con la cabeza—. Es fácil decirlo. Pero cuando llegue el momento…

—Escucha. —Sostuve su cara, sentí su calor—. Hace cinco años fui un cabrón, un cobarde. Puse a la familia por encima de ti porque creí que podía tenerlo todo. Me equivoqué. Pagué caro: te perdí durante cinco años.

La atraje a mis brazos y la estreché. Intentó soltarse, pero no aflojé. Nunca más.

—Perdón. —Murmuré en su cabello, una y otra vez. La palabra sonaba inútil, pero era lo único que tenía.

Se escondió contra mi pecho y sollozó. Sus lágrimas empaparon mi camisa; cada gota quemaba en mi corazón. No supe cuánto la sostuve —minutos, una eternidad. Me quedé allí y la dejé llorar.

Cuando por fin se serenó, el frontal de mi camisa estaba empapado.

—No sé qué hacer. —Habló con sinceridad—. Quiero creerte, Igor. Dios sabe que quiero. Pero tengo miedo.

—Lo sé. —Le besé la frente, la punta de la nariz, la mejilla—. Lo sé, cariño. Te lo demostraré. Cueste lo que cueste.

Mi teléfono vibró entonces —no el tono habitual, sino el de alerta de emergencia—. El cuerpo se me tensó; la adrenalina me recorrió como un latigazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Elena.

Cogí el móvil y leí el mensaje. La rabia me golpeó como una ola. Habían atacado un almacén en Nueva York: tres hombres muertos, cinco millones de dólares en armas destruidas.

—Salvatore. —Pronuncié el nombre entre dientes. La ira estalló —. Ese maldito italiano por fin se movió.

La mente se puso en modo combate: pérdidas que contabilizar, contraataques que planear, despliegues que ordenar.

—¿Te vas? —La voz de Elena me detuvo.

La miré y vi miedo y decepción. Maldición —acababa de prometer no alejarme—, pero si me quedaba, morirían más. Salvatore vería debilidad y golpearía con más fuerza.

—Sí. Tengo asuntos que atender. —Mi voz sonó seca—. Escucha, cariño, te juro que no quiero dejarte ahora, pero esto es por la vida de hombres.

—Vete. —Me sorprendió con esa firmeza—. Eres el Don. Haz lo que tengas que hacer.

El tiempo apremiaba. La miré unos segundos, me incliné y la besé.

—Volveré. —Susurré sobre sus labios—. Espérame, Elena.

Asintió.

Me separé y salí.

* * *

El avión aterrizó en una pista privada a las afueras de Nueva York antes del anochecer.

Artyom esperaba en la pista, con un corte nuevo en la cara y el brazo izquierdo vendado.

—¿Qué pasó? —pregunté al subir al coche.

—Peor que la alerta. —Me entregó una tablet—. No solo el almacén: volaron dos casinos en Brooklyn. Siete muertos, trece heridos.

Deslicé las fotos con el dedo. Sangre, fuego, cuerpos. Mis hombres tendidos fríos en el suelo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Artyom—. La gente espera tus órdenes.

—¿Cuáles son los núcleos principales de Salvatore en Nueva York? —pregunté.

—Un casino en el Bronx. Un muelle en Staten Island. —Señaló el mapa—. Su punto más grande es una finca en Nueva Jersey: allí está su alijo de armas y centro de mando.

—¿La defensa?

—Dura. —Respondió—. Unos cincuenta hombres armados, patrullas las veinticuatro horas. Terreno abierto alrededor. Difícil colarse.

Estudié el mapa, la cabeza a mil. Un asalto frontal nos costaría demasiadas vidas y probablemente atraería a la policía. Atacar por los bordes y pensaría que somos débiles.

—Nos movemos esta noche. —Tomé la decisión—. Objetivo: el casino del Bronx. Artyom, tú lideras veinte hombres en un empuje frontal para atraer la atención. Dos equipos de diez flanquearán por detrás. Yo llevaré a los francotiradores al edificio de enfrente para neutralizar centinelas.

—Don, es temerario. —Frunció el ceño—. Deberías mandar desde atrás.

—Quiero que Salvatore sepa que estoy vengando a los muertos. —Dije.

—Entendido. —Asintió, aunque la preocupación seguía en su mirada.

Durante las horas siguientes preparamos armas, repasamos rutas y ensayamos el plan. Revisé mi Glock 17, cargué los cargadores, cogí uno de repuesto y el cuchillo de la bota.

Entramos en el Bronx.

El casino ocupaba una manzana concurrida, las luces brillando: una de las gallinas de los huevos de oro de Salvatore.

Me tumbé en la azotea del edificio de enfrente y observé por la mira. Dos guardias en la puerta, tres patrullando la cubierta. El dedo en el gatillo; la respiración controlada.

—Todos los equipos, en posición. —Lo dije por radio.

—Equipo uno listo, —respondió Artyom—. Equipo dos listo.

—Adelante. —La orden llegó y la ejecuté.

Apreté el gatillo. El primer guardia en la azotea cayó sin sonido. Ajustes rápidos: segundo disparo, tercero; la cubierta quedó limpia.

—Frente despejado. —Informé—. Artyom, entra.

Por la mira vi a Artyom y sus hombres derribar la puerta. Casi al mismo tiempo, una carga explosiva hizo detonar el marco.

Entonces el casino estalló.

—¡Contacto! —gritó Artyom—. ¡Al menos quince en la sala principal!

—Equipo dos, id a la parte trasera. —Ordené, barrriendo en busca de nuevos blancos.

Un italiano corrió a una ventana para disparar. Una bala en la sien destrozó el cristal, destrozando el marco.

—¡Dos francotiradores! —alguien gritó por la radio.

Escaneé y vi fogonazos en las ventanas del edificio opuesto. Nos habían tendido una emboscada.

—¡Cúbranse! —grité y giré la mira.

Dos disparos de francotirador silbaron junto a mi hombro, rozándome. Encontré a mi objetivo y lo tumbé; el otro tirador se desplomó.

—¡Don, te han alcanzado! —chilló el francotirador de la azotea al ver la sangre en mi hombro.

—Solo un rozón, —gruñí—. Seguid marcando objetivos.

Los disparos dentro del casino se intensificaron. Hombres cargaban; hombres caían.

—¿Cómo vamos, Artyom? —pregunté.

—¡Resistencia fuerte! —gritó entre el estruendo—. ¡Tienen un nido de ametralladora en la segunda planta; no podemos subir!

—Voy. —Me puse en pie—. Francotiradores, cúbranme.

Guardé el fusil, saqué la Glock y bajé corriendo. La adrenalina agudizó todos los sentidos. Dentro del casino reinaba el caos: mesas volcadas a modo de cobertura, casquillos y sangre por todas partes. Vi a Artyom detrás de una columna, disparando hacia la segunda planta.

—¡Don! ¡No deberías estar aquí abajo! —Me vio y sus ojos se abrieron.

—Cállate y sigue disparando. —Miré la segunda planta—. El ametrallador nos tiene inmovilizados, pero tiene un punto ciego: tres segundos si tomas la escalera adecuada desde el lado correcto.

—Artyom, cúbreme. —Tres segundos era todo lo que necesitaba.

—¡Jefe, eso es suicida!

—¡Ahora! —gruñí.

Artyom y los otros abrieron fuego como una tormenta. Corrí hacia las escaleras —uno, dos, tres peldaños—. El ametrallador me vio y giró el arma; su dedo apretó; una trazadora rozó mi espalda.

Caí al suelo, rodé, me levanté y disparé. Una bala impactó en el pecho del ametrallador, la siguiente en la cabeza. Se desplomó. El arma cayó al suelo con estrépito.

—¡Segunda planta limpia! —rugí—. ¡Todos arriba!

Mis hombres subieron como una ola y siguieron limpiando las habitaciones. Se abrieron puertas a patadas, tronaron disparos y oí a alguien suplicar en italiano.

—¡Encontré la caja fuerte! —dijo Artyom por la radio—. Registros: todas las transacciones anotadas.

—Llevadlo todo. —Ordené—. ¿Prisioneros?

—Uno, en la oficina. Parece el gerente.

Entré en la oficina y encontré a un italiano trajeado arrodillado, las manos atadas a la espalda. El miedo le prendió la mirada cuando me vio.

—¿Sabes quién soy? —Me agaché y le puse la Glock bajo la barbilla.

—Vorontsov, —dijo en inglés con acento—. Don de la Bratva.

—Bien. —Dije—. Sabes lo que pasa si no cooperas.

Asintió frenético.

—¿Dónde está Salvatore ahora?

—¡No... no lo sé! ¡Él nunca nos dice dónde está! —balbuceó.

Le empujé el cañón contra la boca. —Piensa mejor.

—¡Espera! ¡Espera! —balbuceó—. ¡Sé algo! ¡Está planeando un gran movimiento! ¡Necesita mucha mano de obra!

—¿Qué movimiento? —insistí.

—No sé los detalles, ¡solo que está contactando gente!

—¿No tienes nada más que te salve? —apreté el arma.

—¡Por favor, perdóname! ¡De verdad no sé!

No esperé. Apreté el gatillo. Cayó, los ojos abiertos, aterrado.

—No sabía más. —Dije con frialdad—. Coged todo lo que podáis. Quemad el sitio al salir. Retirada.

Salimos con los libros y lo que pudimos cargar, y prendimos fuego al casino detrás de nosotros.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Elena

Mi teléfono sonó a las ocho. Era Marco.

—Elena, mi abuela está herida —dijo, histérico—. Se ha caído en casa de repente. ¿Puedes venir? No dejaba de decir tu nombre. Te necesita.

Se me apretó el pecho. La abuela de Marco llevaba dos años muy frágil. Siempre que estaba mal, yo iba a ayudar.

—Voy ahora mismo —dije, arrojando las sábanas—. Dame veinte minutos.

Me vestí a toda prisa, le pedí a la niñera que cuidara de Stella y salí corriendo.

Cogí un taxi hasta el apartamento de Marco, la cabeza llena de peores escenarios. Había estado en el hospital el mes pasado: los médicos dijeron que su corazón fallaba. No quería imaginar lo peor.

Toqué la puerta con fuerza. Marco la abrió. Llevaba la camisa arrugada, el cuello abierto y la barba de varios días. Los ojos le ardían enrojecidos, rodeados de ojeras. Parecía hecho trizas, como si no hubiera dormido en días.

—¿Marco? ¿Dónde está la abuela? —entré y escudriñé el piso. Las cortinas corridas, el lugar en penumbra, el aire cargado a alcohol. Se me encogió el estómago.

—No está —contestó seco. Cerró la puerta y se apoyó contra ella.

Me quedé paralizada. —¿Qué quieres decir? Dijiste que se había desmayado.

—Mentí. —Su sonrisa fue una cuchillada fría.

Había algo podrido en su mirada que nunca antes había visto: no era preocupación ni pena, era caliente, hambrienta, algo que se arrastraba bajo la piel.

El pánico me recorrió como agua helada. Retrocedí y busqué el teléfono en el bolso.

—Marco, si esto es una broma no tiene ninguna gracia.

—No es una broma. —Se acercó despacio; con cada paso me entraban más ganas de salir corriendo—. Elena, tenemos que hablar. De verdad.

—Podemos hablar otro día —seguí retrocediendo hasta chocar con la pared—. Stella está en casa. Tengo que—

—¡Cinco años! —me cortó, y la voz le subió—. ¡Cinco jodidos años, Elena! ¡Te cuidé! ¡Me quedé contigo! ¡Hice todo por ti!

—Lo sé, Marco. Siempre te estuve agradecida. —Me temblaban las manos.

—¿Agradecida? —gritó. El hombre que conocía, amable y seguro, desapareció—. ¡No quiero tu agradecimiento! ¡Quiero tu amor!

Se abalanzó sobre mí y me agarró la muñeca.

—¡Ah! —grité. Su agarre era una prensa; sentí hueso bajo sus dedos.

—¡Marco, me estás haciendo daño! ¡Suelta! —empujé con el brazo libre, pero no aflojó.

—Cinco años fui dulce contigo, te traté como un tesoro. —se aproximó más; su aliento olía a alcohol—. ¿Y tú? Me miras como a un amigo. Como a un hermano. Y entonces vuelve ese ruso de mierda —el que te dejó— y corres a sus brazos.

—¡Suéltame! —pateé y grité—. Estás borracho. No sabes lo que haces.

—¡Estoy más despierto que nunca! —rugió, con los ojos desencajados—. ¡Nunca estuve tan despierto! ¿No es esto lo que te gusta? Todos estos años fui bueno y tú me mirabas por encima del hombro. Aquella noche, cuando ese ruso se te echó encima, te

encantó. Gritabas y temblabas debajo de él, con la cara hecha un asco.

Un frío me recorrió la sangre.

—Te clavó a la cama y te violó duro —dijo—. Gritabas tan fuerte. Temblabas. Tenías una pinta tan puta. Nunca te había visto así.

—¡Para! —grité.

Su voz se volvió ronca. —Ahí supe que mi amor estaba podrido. Cinco años de dulzura, cinco años esperando —qué broma. ¿Te gustó que te forzaran? Bien. Yo también puedo hacer eso.

—¡No! —negé con la cabeza—. Eso no fue así. Igor y yo… lo amo.

—¿Lo amas? —se rió Marco, un sonido que me erizó—. Te abandonó. Te dejó embarazada y sola en otro país. Yo te cuidé a ti y a tu hija durante cinco años. ¡Merezco tu amor!

—¡El amor no se compra! —lloré—. Me ayudaste, te estuve agradecida, pero eso no significa que tenga que quererte.

—Entonces no necesito tu amor. —sus ojos se volvieron fríos—. Si no puedo tener tu corazón, tendré tu cuerpo. Te voy a probar.

El miedo abrió algo en mí y le clavé la rodilla en la entrepierna.

Se dobló un instante y, con su peso, me tiró sobre el sofá. Me aplastó contra los cojines hasta que apenas podía respirar.

—¡Suelta! ¡Ayuda! ¿Alguien? —grité.

—Nadie oirá —susurró en mi oído, su voz como una serpiente—. Este piso está insonorizado. A estas horas los vecinos no están.

Una mano me sujetaba las muñecas. La otra empezó a meter mano.

—¡No me toques! —me revolví como una loca, pero cuanto más luchaba, más fuerte me apretaba.

—Eres una puta —escupió—. Todo este tiempo fingiste inocencia, fortaleza. Y llega ese ruso y te abres de piernas por él. ¿Por qué te haces la superior?

—¿De qué hablas? —las lágrimas me nublaban la vista—. ¿Cómo puedes decir eso?

El doctor amable en quien había confiado como a un hermano decía cosas que no tenía derecho a decir.

—Porque es verdad. —me agarró por la ropa y apretó mis pechos con dureza—. ¿Crees que no vi lo mojada que estabas aquella noche con él?

—Por favor, Marco —supliqué entre sollozos—. Por lo que pasamos de niños, no hagas esto.

No sirvió. Me tapó la boca.

—No —negé y apreté los labios, pero él me pellizcó la mandíbula con tal fuerza que tuve que abrir la boca. Metió la lengua en mi boca. Era sucia y violenta, nada que ver con los besos de Igor.

La mordí con todas mis fuerzas.

—¡Ah! —aulló y retrocedió, la boca sangrando.

Su mano me abofeteó con tal fuerza que la cabeza me dio un vuelco. El dolor explotó en la mejilla; un sabor metálico invadió mi boca.

—¡Zorra! —escupió, limpiándose—. ¿Guardando tu coño para ese ruso?

La mejilla me ardía; las lágrimas me cegaban. Seguí luchando.

—Marco, reacciona —sollozaba—. Esto no eres tú.

—No me conoces. —se calmó de forma escalofriante—. Nunca me conociste. Solo viste al doctor bueno, al amigo fiable. Pero, Elena, ¿nunca te preguntaste cuán oscuro puedo ser?

Empezó a desabrocharse el cinturón.

—Cuando tenía ocho años vi a mi padre golpeado hasta morir. —sus movimientos eran lentos, calculados—. Lo machacaron hasta matarlo delante de mí. Mi madre suplicó y la violaron delante de mí.

—Marco —mi voz tembló.

—Se casó con un tipo rico y me dejó con mi abuela. Nunca volvió. ¿Sabes lo que es que la persona que amas desaparezca? No lo acepté. No acepté que me dejaras… así que antes de que me dejes, me saciaré.

Me ató las manos con el cinturón: rápido, profesional, como si lo tuviera planeado.

—¡No! ¡Suéltame! —pateé con las piernas que aún podía mover.

Se sentó sobre ellas y me inmovilizó.

—Cuanto más luches, más me gusta —jadeó, los ojos enfermos de placer—. Como aquella noche, viéndote con Igor… casi me hace

estallar el miembro.

Sus dedos encontraron mis pezones y los pellizcaron por encima del sujetador.

—No mientas. —bajó la cara, triunfante y desquiciado—. Tus pezones están duros.

—No —temblaba, las lágrimas corriendo—. Es un reflejo. No siento nada por ti.

Era verdad. Aunque mi cuerpo se activara, lo único que sentía era humillación y náuseas. Ni rastro del éxtasis que me daba Igor, esa descarga que me electrizaba. En ese momento solo quería vomitar, desaparecer.

—No te creo. —arrasó mi camisa; los botones saltaron. El aire frío me golpeó el pecho al descubierto; solo quedaba el sostén.

Me retorcí, pero las manos atadas me dejaban indefensa. Me registró como si fuera presa y buscó debajo de mi falda.

—Sabes cuánto he querido esto —susurró—. Cada roce lo tuve que contener. Pero ahora—

Rasgó la falda. Mis bragas quedaron al descubierto.

—¡No! ¡Ayuda! ¡Por favor! —mis gritos me desgarraban la garganta.

—Grita —dijo—. Grita todo lo que quieras. Nadie vendrá.

Lo vi sacar su polla asquerosa hacia mí y una ola de náuseas me golpeó.

—Voy a entrar, Elena —jadeó, los ojos brillando con una excitación retorcida—. Te voy a hacer sentir bien también.

Su mano buscó mis bragas—

¡Pum!

La puerta voló abierta; el marco se astilló. Igor estaba en el umbral. Nunca estuve tan feliz de ver a nadie.

—¡Igor! —casi grité su nombre.

La expresión en su cara fue lo más aterrador que había visto: como si se hubieran abierto las puertas del infierno y el peor demonio hubiera entrado.

Saltó en dos zancadas, agarró a Marco por la nuca y me apartó de encima como si fuera basura. El cuerpo de Marco chocó contra la pared con un golpe sordo; juraría que oí huesos romperse. Se

desplomó en el suelo, la cabeza golpeando la esquina de la mesa; la sangre brotó de su frente al instante.

Igor se volvió hacia mí; la rabia helada en sus ojos se transformó en un maremoto de dolor y culpa.

—Lo siento, nena —dijo, con las manos temblando mientras deshacía el cinturón que me ataba.

Lloraba tanto que no pude hablar.

Cuando me soltó se quitó la chaqueta y me la echó encima con cuidado, cubriendo mi piel desnuda. Me abrazó con fuerza.

—Lo siento —susurró ronco junto a mi oído—. Llegué tarde.

—No —solté entre sollozos—. Llegaste a tiempo. —Temblaba en sus brazos—. Pero… ¿cómo supiste que estaba aquí?

—Te puse un rastreador en el teléfono —dijo sin rodeos, apoyando un beso en mi frente—. Cuando volé desde Nueva York vi que habías venido aquí. Era entre semana: deberías estar en el estudio. Supe que algo iba mal.

Ni siquiera le recriminé por el rastreador. Solo sentí alivio. Si no fuera por eso…

—Igor, he pasado un miedo… —gimí en su pecho—. Pensé… pensé—

—Shh, no —me calló—. Ya pasó. Estoy aquí. Nadie te va a hacer daño. No bajo mi vigilancia.

Entonces vi la mancha roja que florecía en la manga de su camisa.

—¿Tu brazo—sangra?

—No es nada. Solo un rasguño de anoche —restó importancia Igor, sin explicar más—. Ahora tenemos cosas más importantes.

Lo miré y sus ojos volvieron a ponerse fríos, mortales. Se aseguró de que la chaqueta me cubriera bien y se acercó a Marco, que intentaba ponerse en pie tambaleándose como un borracho. Marco se limpió la sangre de la frente, intentando recomponerse. Al ver a Igor venir, el miedo se asomó en su rostro, pero se torció en una sonrisa maníaca.

—Llegas tarde, ruso —escupió, vomitando sangre—. Un minuto más y ya—

Sus palabras se cortaron con un puñetazo brutal. El golpe de Igor estalló contra su cara; oí el crujido del hueso. Marco salió volando, pero Igor no paró. Le agarró la solapa, lo levantó y le metió otro puñetazo en la boca. El sonido me hizo vibrar los dientes.

—Te atreviste a tocar a mi mujer —gruñó Igor, cada palabra un martillazo que acompañaba el golpe.

Un puñetazo en el estómago: Marco se dobló, vomitando. Un golpe en las costillas: un alarido.

—¿Qué derecho tienes? —tosía Marco sangre, pero reía como un loco—. ¡Cobarde que la dejaste! ¡Estos cinco años fui yo quien estuvo con ella! La cuidé cuando estaba embarazada, estuve cuando dio a luz. ¡Eso fue por mí! ¡No por ti!

—¿Y qué? —la voz de Igor fue un golpe de hielo—. ¿Eso te da derecho a violarla?

—¡Es mía desde hace años! —rugió Marco, los ojos desbocados —. La cuidé tanto, le di tanto —¡esto es lo que me debe!

La mano de Igor cerró la garganta de Marco; lo levantó del suelo y lo clavó contra la pared.

—Es mía para siempre. Todo de ella me pertenece —dijo, como si hablara desde el mismo infierno—. Desde el principio hasta el final: solo mía.

La cara de Marco empezó a ponerse azul. Se retorcía, arañando las muñecas de Igor, intentando soltarse. Vi los dedos de Igor apretar; los ojos de Marco empezaron a enloquecer.

—¡No soy propiedad de nadie!

Mi grito los detuvo. Abracé la chaqueta alrededor de mí y me puse en pie, las piernas aún bambas, pero tenía que decirlo.

—No soy tuya, Igor —mi voz tembló, pero me mantuve firme—. Y no soy de Marco. Soy mía.

Igor se volvió hacia mí, la mano aún apretando la garganta de Marco.

—¡Igor, lo vas a matar! ¡Suéltalo ahora!

Lo grité porque la cara de Marco ya estaba morada, sin aire. Pero Igor no se movió.

—¡No! —me lancé y agarré su brazo—. ¡No puedes matarlo!

—¿Por qué no? ¡Acaba de intentar violarte! —sus ojos ardían de confusión y furia—. Veo que no lo amas. Tuviste un hijo con un tipo al que no amas —haré que pague por eso.

Me quedé helada. No esperaba esa razón. Sí… casi lo había olvidado: Igor seguía pensando que Stella era de Marco.

—No. No es así, Igor. —mi voz temblaba—. Stella no es hija de Marco. En estos cinco años no estuve con él. Ni una vez.

Su mano se quedó quieta. Sus ojos se abrieron, incrédulos.

—¿Qué?

Respiré hondo y solté el secreto. —Stella es tu hija.

—¿Qué has dicho? —su voz fue un susurro, como si no pudiera creérselo.

—Stella es tu hija —repetí, las lágrimas cayendo—. Es nuestra.

Su agarre aflojó y Marco cayó al suelo hecho un ovillo, jadeando como una bomba desinflada.

—¿Mi hija? —la voz de Igor se quebró—. ¿Stella es nuestra hija?

—Sí. —asentí, repitiéndolo para hacerlo real.

Su rostro atravesó un torbellino: sorpresa, confusión, incredulidad y luego una alegría salvaje.

—Estos cinco años Marco me ha ayudado a cuidar de Stella. —Me dirigí a Igor—. Como su padre, le debes la vida por eso. Es lo mínimo que puedes hacer. —Me volví hacia Marco—. Siempre te estuve agradecida, Marco. Pero eso no te da derecho a hacerme esto ni a pensar que te debo algo.

Me acerqué, mirando a ese hombre que antes había sido el doctor cariñoso y que ahora era un desconocido.

—No soy tu propiedad. Todos estos años, mientras tu abuela estaba enferma y en el hospital, fui yo quien la cuidó. La traté como a mi propia abuela: le cocinaba, hablaba con ella, me levantaba de noche para darle medicación. Después del primer año no acepté ni un céntimo tuyo. Cargué con lo mío, igual que tú ayudaste con Stella. Estamos a mano, Marco. No te debo nada.

Marco yacía en el suelo, la sangre goteando de la boca, los ojos vacíos.

Igor sacó el teléfono y marcó.

—Artyom, trae a dos tipos. Hay que ocuparse de una basura.

Diez minutos después Artyom apareció con su gente.

—Llevadlo al hospital —dijo Igor, frío como el hielo—. Aseguraos de que viva.

Se acercó a Marco, que apenas se sostenía, y se agachó. Vi que el miedo volvía a incendiar los ojos de Marco.

—Fíjate —dijo Igor—. Si vuelves a aparecer cerca de Elena, si respiras cerca de mi hija, la próxima vez no saldrás vivo.

Lo subieron y se lo llevaron. Al final quedamos solos Igor y yo en el apartamento. Se volvió hacia mí, los ojos llenos de emociones encontradas: excitación, culpa, dolor. Dio un paso como para abrazarme de nuevo. Retrocedí por instinto.

Se detuvo en seco, herido.

—Dijiste que todo de mí te pertenecía. Pero no es así, Elena. No eres mi propiedad —dijo, y su voz se rompió—. Tienes razón.

—Tienes razón. Lo siento, Elena. —su voz sonó rasgada—. Volví a caer en viejos hábitos. Me lo inculcaron desde pequeño: el jefe lo controla todo, lo posee todo. Pero tú eres una persona con derecho a elegir. No tengo derecho a decir que me perteneces. Cambiaré, Elena. Te lo prometo.

Lo miré: ese gran capo torpe pidiendo perdón, suplicando.

—Dame tiempo —rogó—. Dame la oportunidad de demostrar que puedo ser mejor. Déjame compensarte, conquistar de nuevo. ¿Por favor?

—Estoy rendida. Solo quiero ir a casa y hundirme en la cama —dije, agotada hasta los huesos.

Asintió, decepcionado pero comprensivo. —Claro. Te llevo.

En el coche no dijimos nada. Miré las luces de la ciudad borrosas; la cabeza hecha un nudo. La traición de Marco y ese lado loco de él me habían dejado en shock. Y las promesas de Igor removían algo dentro de mí: me aceleraban el pulso, pero también me mareaban.

Cuando aparcó frente a mi edificio, me cogió la mano.

—Elena. Gracias por decirme lo de Stella —dijo en voz baja—. Ahora quiero verla como su padre. Sé que no lo merezco. Me perdí mucho. Y no debí entrar así en tu piso antes—

—Mañana —lo corté—. Ven mañana por la noche. Dijiste que ibas a aprender a cocinar, ¿no? Puedes cuidar de ella.

Sus ojos se iluminaron como si hubiera ganado la lotería. —¿En serio?

—Sí —dije—. Pero Igor, si quieres formar parte de su vida tendrás que respetarla. Pasar tiempo de verdad con ella, no solo aparecer.

—Lo haré. Te lo juro, Elena —dijo atropellado—. Seré un buen padre. Aprenderé, cambiaré, seré el padre del que pueda presumir.

Lo miré y vi honestidad, fuego. Me calentó por dentro, aunque fuera un poco.

—Nos vemos mañana. —Abrí la puerta y bajé del coche.

—Espera. —me llamó.

Me giré y sacó una bolsita de la farmacia del asiento trasero.

—Tus cortes necesitan pomada; aplícala con regularidad —dijo.

Cogí la bolsa: antiinflamatorios, cremas para la hinchazón; seguramente lo que sus chicos habían parado a comprar por el camino.

—Gracias —murmuré.

En el apartamento, Stella acababa de despertarse de la siesta, frotándose los ojos mientras se subía a mi regazo.

—Mami, ¿dónde fuiste? ¿Por qué tienes la cara roja?

Toqué la mejilla: la marca de la bofetada de Marco seguía ahí.

—La mami se ha dado un golpe —mentí, abrazándola fuerte—. Cariño, mañana va a ser una noche especial. Viene alguien a cenar.

—¿Quién? —inclinó la cabecita.

—Tu papi —mi voz se quebró—. Igor… es tu verdadero papá.

Sus ojos se abrieron como platos y enseguida se le dibujó una sonrisa enorme. —¿De verdad? ¡Me cae bien Igor!

La miré, atónita de lo rápido que lo aceptó todo.

—¿Estás enfadada? —pregunté—. ¿Porque mamá no te lo dijo antes?

—No —respondió—. No estoy enfadada. Estoy feliz porque ahora tengo un papi. —Me rodeó el cuello, dulce y risueña—. Ahora somos una familia de verdad con Igor, ¿no?

La apreté con fuerza, llorando otra vez.

—Sí, pequeña —susurré—. Seremos una familia.

Si Igor realmente podía demostrar que había cambiado; si aprendía respeto en lugar de posesión; si se comprometía a ser un padre firme y una pareja en quien confiar —entonces tal vez… podríamos intentarlo.

Pero esta vez no me lanzaría a promesas. Me aseguraría de que Stella no saliera herida. Ella es la prioridad: todo mi mundo. Y quien quiera entrar en nuestra vida tendrá que ganarse su amor primero. Incluso si es su propio padre.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



Elena

—Señora Jensen, tenemos que hablar.

Al otro lado de la línea, la voz del señor Calovino era fría como la lluvia de un invierno milanés. Era la tercera llamada de la semana; todas empezaban igual y acababan con veinte minutos destrozando mis diseños.

—Por supuesto, señor Calovino. —Respiré hondo, esforzándome por mantener la voz profesional y serena—. ¿Sobre las correcciones de la nueva colección…?

—No hacen falta correcciones. —Me interrumpió, con impaciencia —. Señora Jensen, creo que nuestra colaboración no encaja.

Se me cayó el alma a los pies.

—Espere, señor Calovino, si me da solo una oportunidad más…

—Ya le di tres. —Su voz se volvió todavía más fría—. Sinceramente, empiezo a dudar del profesionalismo de la marca Stella. Quizá debería dedicarse a algo más sencillo en lugar de soñar con el mercado de lujo.

Sus palabras me sonaron como una bofetada.

—No es justo. —Mi voz tembló—. Mis diseños cumplían sus requisitos originales. Usted ha sido quien ha estado cambiando los criterios.

—El mercado cambia, señora Jensen. Adáptese o la dejarán atrás. —No mostró piedad—. Haré que mi abogado se ponga en

contacto para hablar de la rescisión del contrato. Adiós.

La llamada se cortó.

Me quedé mirando la pantalla del móvil, el mundo dando vueltas alrededor. Ese proyecto era vital para Stella: no solo un gran pedido, era nuestra entrada al mercado de lujo europeo. Si se frustraba, todos los posibles compradores y distribuidores se dispersarían.

—¿Qué pasó?

La voz de Igor vino desde el sofá. Había estado trabajando en el portátil, pero claramente había escuchado todo.

—Nada. —Me limpié rápido la comisura del ojo—. Solo un problema de trabajo menor.

Cerró el portátil y se acercó. —Elena.

—Te dije que no es nada.

—No me mientas. —Se plantó frente a mí; esos ojos verde oscuro lo veían todo—. ¿Qué ocurrió?

Mis defensas se desplomaron y me dejé caer en la silla.

—Un socio en Milán quiere retirarse. —Me quedé ronca—. Dice que no soy lo bastante profesional, que debería volver a hacer cosas sencillas. He reescrito los diseños varias veces y nunca está satisfecho. Ahora ni siquiera me da otra oportunidad.

—¿Qué cabrón dijo eso? —La voz de Igor se volvió helada. Sacó el móvil—. ¿Cómo se llama?

—Malco Calovino, —dije, agotada—. Pero no sirve de nada, Igor. Ya tomó su decisión.

—Dame cinco minutos.

Salió al balcón y marcó un número. Lo vi de espaldas, murmurando en ruso.

Debería haberlo detenido. Decirle que era asunto mío, que lo resolvería sola. Pero estaba demasiado exhausta, sin fuerzas para discutir.

Tres minutos después sonó mi teléfono. Era Calovino.

Miré a Igor en el balcón; él asintió. Respiré hondo y contesté.

—Señora Jensen. —La voz de Calovino había cambiado por completo—. Fui demasiado impulsivo antes. Revisé sus diseños otra vez: son extraordinarios.

Me quedé sin palabras. —¿Cómo?

—De hecho, no solo quiero seguir con la colección —su tono sonó casi servil—, quiero triplicar el pedido. ¿Le viene bien?

—Yo… —Se me nubló la mente—. Señor Calovino, hace diez minutos usted dijo—

—Me equivoqué —dijo con rapidez—. Fue totalmente mi error. Sus diseños son brillantes. Firmaremos el anexo mañana. ¿Qué le parece?

—Está bien. —Respondí en piloto automático.

Al colgar, me giré hacia Igor, que acababa de entrar.

—¿Qué le hiciste?

—Solo hice una llamada. —Contestó con naturalidad.

—¿Eso es todo?

—Eso fue todo. —Una leve sonrisa curvó sus labios—. Solo le recordé al propietario de la compañía.

Lo miré largo rato. —¿Lo amenazaste?

—No. —Igor negó con las manos—. Simplemente le sugerí que un hombre de negocios inteligente no dejaría pasar a un socio excelente.

—Igor.

—Tus diseños son excepcionales. —Lo dijo con sinceridad—. Solo le ayudé a ver la verdad.

—Pero—

—Elena. —Se acercó al escritorio, apoyó las manos y se inclinó sobre mí, casi encajonándome—. Puedes enfadarte conmigo. Llamarme controlador. Pero no dudes de tus capacidades. Tu trabajo merece el reconocimiento más alto.

Se me apretó la garganta. Maldita sea, siempre sabía exactamente dónde me dolía.

—Gracias —dije por fin, con la voz áspera—. Y acuérdate de lo que dijo Stella: mañana la llevas al parque de atracciones.

La noche anterior Igor había venido a cenar y cocinado. Cuando Stella lo llamó —papá—, le vi los ojos empañarse. Ella pidió que mamá y papá la llevaran al parque este fin de semana. Si era razonable, yo no me negaría. Igor aceptó al instante: estaría en el apartamento temprano por la mañana.

—Por supuesto que lo recuerdo. —Me miró—. La verdad, no esperaba que Stella me aceptara tan rápido, que me llamara papá.

—Será la conexión de sangre. —Lo admití—. Pero si la cagas, Stella y yo podemos mandarte a paseo en cualquier momento.

—Entonces tendré que portarme muy bien. —Se erguió; hubo un destello de ternura en sus ojos. Miró la hora—. Es hora de recoger a Stella del colegio. ¿Vienes?

—Claro. —Recogí mis cosas—. Pero prométeme que no vas a intimidar a los otros padres. La última vez la profesora me dijo que varias madres solteras preguntaron por ti.

—¿Celosas? —Alzó una ceja.

—Cierra la boca. —Cogí el bolso y salí, sin poder evitar sonreír.

A la mañana siguiente me despertaron los gritos de Stella.

—¡Mamá! ¡Papá me arruinó el pelo!

Me froté los ojos y salí tambaleándome al pasillo para ver la escena más divertida de mi vida.

Igor estaba detrás de Stella, peine y gomitas en mano, clavando la mirada en un tutorial en su teléfono. El pelo de mi hija —Dios— no tenía nada de trenza; parecía un nido de pájaros arrasado por un tornado.

—Este maldito tutorial no sirve —murmuró Igor en ruso y luego me vio—. Buenos días, Elena.

—Buenos días. —Contuve la risa mientras me acercaba—. ¿Qué ha pasado?

—Quise trenzarle el pelo a Stella. —Contestó sin dramatismos—. En el video parecía fácil.

El pelo de Stella brotaba en mechones como antenas; el labio en puchero. —No quedó como en el video, mami.

—Parece un monstruito. —Hice un inventario del desastre y terminé partiéndome de risa. Luego miré a Igor—. ¿Qué tutorial estabas siguiendo?

—Trenza francesa. —Me pasó el peine con expresión solemne—. Sonaba elegante.

Volví a reír. Ese hombre podía desarmar un arma en cinco minutos y, sin embargo, una melena infantil lo derrotaba.

—Vale, me ocupo yo. —Me arrodillé detrás de Stella y empecé a deshacer las pobres gomas—. Tú ve a preparar el desayuno.

—Quiero aprender —dijo Igor, agachándose a mi lado, con los ojos pegados a mis manos—. Para poder hacerlo yo la próxima vez.

—Igor, hace falta práctica.

—Practicaré. —Insistió—. Enséñame.

Así que, durante veinte minutos, mientras trenzaba el pelo de Stella, le daba lecciones a este jefe mafioso de casi dos metros. Absorbía cada indicación con la máxima seriedad.

—Mira, divide en tres mechones —le mostré—. Luego cruza uno sobre otro.

Con mi ayuda, Stella acabó con una bonita trenza francesa. Igor insistió en intentar el otro lado; salió mejor que antes, aunque todavía un poco asimétrico comparado con la mía.

—Olvídalo. —Me reí y lo aparté—. Yo la termino.

—La dominaré. —Se puso en pie y besó la coronilla de Stella—. La próxima, seguro.

—La próxima, mejor no toques su pelo. —Lo provoqué.

—No me rendiré. —Respondió con la intensidad de quien planea derrocar a una familia rival.

Maldita sea, lo tomaba en serio hasta para trenzar. Me quejé en voz alta, pero por dentro el corazón se me deshacía.

El parque de atracciones estaba a reventar.

Stella, excitada como un pajarillo, arrastraba a Igor de la mano por todas partes. Ese hombre, que normalmente caminaba con un aura de amenaza mortal, se dejaba llevar sin resistencia por su hija de cinco años.

—¡Papá, quiero montar en eso! —Señaló el carrusel.

Vi cómo se tensó un instante. Los caballitos eran todos rosas y llenos de brillantina, en total contradicción con su imagen de tipo duro.

—Vale. —Dijo al final.

Ver a su casi dos metros apretarse en aquel asiento diminuto, con las piernas sin sitio donde acomodarlas, casi me hace estallar de risa.

—No te rías. —Me lanzó una mirada.

—No lo hago. —Saqué el móvil—. Solo voy a hacer una foto para recordar esto.

—Elena—

—¡Papá, mírame! —Stella agitó la mano desde el caballo de al lado—. ¡Volamos!

La expresión de Igor se ablandó al instante. —Sí, pequeña. Volamos.

Sonó la música, el carrusel empezó a girar. Stella reía con una alegría pura; Igor —ese jefe implacable— intentaba lucir divertido. Sentí el pecho tan lleno que dolía.

Después del paseo, Stella vio un premio en la tómbola de puntería: un oso de peluche enorme.

—Tienes que acertar todos los blancos para ganarlo —dijo el dueño.

—¡Mi papá puede! —dijo Stella, segura.

Igor pagó la ronda. El vendedor sonrió con suficiencia, mirándolo como si fuera presa fácil. Igor cogió la pistola de aire de plástico, la pesó en la mano y apuntó.

Cinco disparos. Cinco blancos derribados. Puntuación perfecta. La sonrisa del vendedor se borró.

—Otra tanda de cinco. —Dijo Igor, dejando la pistola y cogiendo otra.

Otra ronda impecable. La gente empezó a reunirse, susurrando admirada por la puntería del hombre alto.

—¡Papá es increíble! —Stella dio saltos y aplaudió.

El vendedor, pálido, me entregó a regañadientes el oso gigante.

—Toma, cariño. —Igor se lo pasó. El oso le llegaba casi a la cintura.

—¡Gracias, papá! —Stella lo abrazó con fuerza, extasiada.

Seguimos paseando; Stella apretaba el premio y la mano de Igor buscaba la mía con naturalidad.

—Lo hiciste a propósito. —Susurré.

—¿Hice qué?

—Presumir delante de ella. —Dije—. Hacer que te idolatre.

—¿Funciona? —Alzó una ceja.

—De maravilla. —Suspiré—. Ahora piensa que eres un superhéroe.

—Perfecto. —Sonó satisfecho.

Ver la carita orgullosa de Stella con aquel oso me derretía.

Por la tarde, el móvil de Igor no dejó de sonar. Cada vez se apartaba para contestar en voz baja; yo pillaba fragmentos: —embarque—, —vigilarlo—.

A la quinta llamada ya no pude más. —¿Qué pasa?

—Nada. —Dijo, pero los ojos se le desviaron.

—Igor, no me ocultes cosas.

Echó un vistazo a Stella, que jugaba en los autos de choque, y me apartó a un lado. —Un problemilla en Nueva York.

—¿Qué clase de problemilla?

—Alguien tanteando mi territorio. —Lo dijo con ligereza—. Pero mi gente lo tiene controlado.

—Si lo tuviesen controlado no habrías cogido cinco llamadas esta tarde.

Se quedó en silencio unos segundos antes de contestar. —Algunas acciones contra la Bratva. Nada serio —apretó mi mano—. Mi equipo lo arregla.

—¿Estás seguro?

—Seguro. —Me apretó la mano—. Elena, no dejaré que nada estropeé nuestro tiempo en familia. Si esos desgraciados quieren probarme, que lo hagan. Cuando vuelva, lo arreglo.

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé aún. —Negó con la cabeza—. Pero no esta semana, al menos.

Quise seguir indagando, pero Stella vino corriendo.

—¡Mamá, papá, quiero helado!

—Vale. —Dijo Igor en seguida—. Vamos, que te lo compra papá.

Lo vi coger su mano y dirigirse al puesto de helados. Respiré hondo. Tal vez tenía razón: era solo un problema menor. Al fin y al cabo llevaba cinco años al frente de esa enorme organización; estas cosas eran parte del trabajo.

Quizá así debía ser la vida: pequeños momentos en familia, la risa de Stella, este hombre torpe aprendiendo a trenzar. Y que las

llamadas y los —problemas menores— se quedaran en Nueva York.

No debía preocuparme en exceso. Ahora lo único que quería era saborear aquella paz tan rara.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



Elena

—Maldita sea, ¿dónde demonios está ese modelo?

El rugido del fotógrafo hizo temblar todo el estudio. Yo estaba junto al soporte de luces, aferrando la camisa que acababa de sacar del vaporizador, con las sienes latiéndome con fuerza.

—Dice que tiene una intoxicación alimentaria —la voz de Anna era diminuta, como el zumbido de un mosquito—. Pero estaba subiendo fotos de fiestas en Instagram a las tres de la mañana, y ahora no puede levantarse de la cama.

—Ese cabrón —inspiré profundamente. El estudio estaba completamente armado: luces, fondos, accesorios, con cinco o seis empleados esperando, quemando dinero a cada minuto. Esta sesión era el eje central de la promoción de mi nueva línea, y el plazo de la revista vencía en solo tres días.

La espalda se me tensó, esa ansiedad familiar removiendo mis entrañas. Cuatro años atrás, cuando mi estudio recién despegaba, algo similar me había hecho casi romper en llanto. Pero ahora no. Mi mente ya estaba hilvanando planes alternativos.

—Llama al suplente —dije, manteniendo la voz firme—. Ofrécele una vez y media la tarifa.

—Lo haré yo.

La voz surgió desde la entrada, grave y segura, cargada de una autoridad inquebrantable.

Me volví. Igor estaba en el umbral, a contraluz, sin que pudiera distinguir su expresión, pero sentía su presencia poderosa irradiando por toda la sala. Vestía un traje gris oscuro a medida, con los bordes de sus tatuajes asomando por los puños.

—¿Qué? —me quedé paralizada.

Avanzó con paso firme, como si el aire mismo se desplazara a su ritmo. —Dije que seré tu modelo.

El fotógrafo lo escudriñó de arriba abajo, escéptico. —Tienes el físico, claro, pero ¿alguna experiencia en sesiones fotográficas?

—Ninguna —replicó Igor, cortante, casi rudo. Su mirada esquivó al fotógrafo y se clavó en mí—. Pero sé cómo realzar sus diseños.

El corazón me dio un vuelco violento.

—Igor, esto no es una broma —dije, con la voz estrangulada.

—No bromeo —me cortó, desprendiéndose de la chaqueta—. Menos aún sobre tu carrera.

La chaqueta cayó, seguida de la corbata.

Cuando comenzó a desabotonarse la camisa, un silencio espectral invadió el estudio. Sus movimientos eran deliberados y pausados, cada uno impregnado de una potencia cruda. La camisa se abrió, revelando pectorales esculpidos y abdominales definidos, surcados por tatuajes que relucían bajo las luces: relatos de violencia, poder y sangre.

Se me atoró el aliento en la garganta.

—Dios mío —susurró Anna a mi lado—. Jefa, tu novio es una obra de arte andante.

El fotógrafo estaba atónito. Lo rodeó con mirada profesional, su escepticismo transformándose en entusiasmo.

—El cuerpo es impresionante, mucho mejor que ese profesional de pacotilla. Los tatuajes encajan a la perfección con la vibe rebelde. ¡Joder, eres un maniquí viviente! —me miró—. Elena, ¿qué opinas?

Me acerqué a Igor, sosteniendo la camisa recién vaporizada, la pieza estelar de la nueva línea. Seda negra, corte impecable, con un tótem plateado bordado a mano en el cuello.

—Levanta los brazos —dije, con la voz más ronca de lo previsto.

Obedeció, esos ojos verde tormenta fijos en mi rostro.

Le enfundé la camisa, mis dedos rozando inevitablemente su piel. Ardía como fuego, capaz de quemarme. Sentí el ascenso y descenso de su pecho, inhalé esa mezcla embriagadora de cedro y peligro.

Mis dedos temblaron ligeramente al abotonarla.

—¿Nerviosa? —murmuró, solo para mis oídos.

—Cállate. El nervioso deberías ser tú —lo fulminé con la mirada —. No te muevas.

Pero cuando mis yemas graznaron la piel sobre su corazón, sintiendo ese latido potente, mi propio pulso se desbocó.

—Perfecto —la voz del fotógrafo rompió nuestra burbuja—. ¡Empecemos a disparar!

Durante las dos horas siguientes, presencié el talento innato de Igor ante la cámara.

Requería indicaciones mínimas: cada pose exudaba poder e intensidad. Inmóvil, parecía una estatua. En movimiento, se deslizaba como un leopardo al acecho.

—Gírate y mira a Elena —ordenó el fotógrafo.

Los ojos de Igor me encontraron.

El flash destelló, y el mundo se silenció. Su mirada era demasiado intensa, demasiado cruda, como si quisiera sumergirme en esas profundidades verdes. El corazón me martilleaba, las palmas se me humedecieron de sudor.

—¡Increíble! —exclamaba el fotógrafo, eufórico—. ¡Esa mirada! ¡Manténganla!

Pero yo lo sabía: no era fingida. Era hambre genuina.

En el cambio de atuendo, ajusté el cuello de un tank con escote profundo que exponía franjas de su pecho tatuado.

—Bájalo un poco más —dije, enganchando el borde con los dedos.

Su respiración se aceleró. Alcé la vista y lo sorprendí mirándome, sus ojos profundos como abismos.

—Elena —rasgó, con voz grave.

—Solo estoy arreglando tu ropa —me hice la desentendida, pero mi rostro ardía.

—Me estás provocando —dijo, capturando mi muñeca, su pulgar acariciando mi pulso—. Siento lo rápido que late tu corazón.

—Es hora de trabajar —me zafé, con voz más temblorosa de lo deseado—. Sé profesional, señor Vorontsov.

Soltó una risa grave que me aflojó las rodillas.

Para el set final, centrado en detalles de la ropa, me arrodillé para ajustar los dobladillos del pantalón. Desde esa perspectiva, mirando hacia arriba, vi su mandíbula tensa y el sutil movimiento de su nuez de Adán.

—No me mires así —dijo de pronto, con voz tensa como una cuerda a punto de romperse.

—¿Cómo?

—De rodillas, con esos ojos fijos en mí —sus dedos se enredaron en su cabello—. Sigue así, y te echo al hombro y te llevo al vestuario... delante de todo tu equipo.

Me incorporé de un salto, con el rostro en llamas.

El fotógrafo dio por terminada la sesión. —¡Corten! ¡Excelente trabajo, equipo!

El personal comenzó a desmontar. Anna se acercó sigilosamente. —Jefa, las fotos son alucinantes. Esta línea va a arrasar. ¿Y tu chico? Pura esencia. ¿Has considerado ficharlo como embajador de la marca?

Antes de que pudiera responder, una mano grande me ciñó la cintura por detrás.

—No —retumbó la voz de Igor en mi oído—. Solo modelo para ella.

Anna sonrió con complicidad y se escabulló. El estudio se vació, dejándonos a solas.

Me giró para enfrentarme. Esos ojos verdes ardían con algo peligroso.

—Gracias —dije, esforzándome por sonar normal—. Realmente salvaste el día.

Tomó mi mano y la presionó contra su pecho, justo sobre el corazón.

—Aquí —su voz era baja y sincera, su mirada tan intensa que me robaba el aliento—. Quiero tu nombre tatuado.

Parpadeé. —¿Qué?

—O —Propiedad de Elena— —su pulgar frotó mis nudillos—. Para que el mundo sepa que te pertenezco.

Mi cerebro se cortocircuitó por unos segundos.

—¿Estás loco? —intenté retirar la mano, pero me retuvo—. Los tatuajes son permanentes, no puedes solo...

—No es un capricho —me interrumpió, con ojos de seriedad mortal—. Llevo pensando en esto mucho tiempo. Desde que dijiste que no eras mi propiedad, lo entendí: yo puedo ser tuyo. Soy tuyo.

El corazón se me estrujó.

—Igor.

—Sé que suena descabellado —continuó, con una vulnerabilidad inusual en su voz—. Pero lo necesito.

Presionó mi mano con más fuerza, su latido potente resonando contra mi palma: bum, bum.

—Soy tuyo, Elena —se inclinó, apoyando su frente contra la mía —. Completamente tuyo.

Mi respiración se tornó entrecortada. Este hombre que dominaba el submundo de Nueva York, el don de la Bratva que hacía temblar a tantos, me miraba con una humildad casi suplicante, rogándome que lo marcara como mío.

—No necesitas hacer esto —mi voz tembló.

—Sí lo necesito —insistió—. Déjame, Elena. Por favor.

Ese —por favor— derrumbó mis últimas barreras. Asentí.

Observé cómo Igor abría el cajón de mi escritorio y extraía un kit de tatuaje profesional; no tenía idea de cuándo lo había escondido allí.

—Lo planeaste —lo acusé.

—Sí —admitió sin pudor, preparando las herramientas—. Hice que el mejor artista me enseñara los rudimentos.

—¿Lo harás tú mismo?

—No —alzó la vista, con mirada firme—. Lo harás tú.

—¿Qué? —retrocedí de un salto—. ¡No puedo! ¡Te arruinaré la piel!

—Mejor aún —dijo, quitándose la camisa—. Serán tus marcas en mí.

Desnudo de torso, se acercó y colocó la pistola de tatuaje en mi mano.

—Sostén mi mano —dijo—. Yo controlaré la presión y el ángulo. Tú solo sígueme.

Mi mano temblaba.

—Igor, esto es una locura.

—Lo sé —aferró mi mano con firmeza—. Pero quiero esta locura... contigo.

Al final, cedí.

Se sentó en el sofá, y yo me monté a horcajadas sobre su regazo. Su mano grande envolvió la mía sobre la pistola, guiándola para trazar las letras en su piel.

—P-r-o-p-i-e-d-a-d... —susurré.

Cada letra, cada trazo de tinta, llegaba con el zumbido de la aguja perforando la piel. No emitió ni un gemido de dolor, solo me observó el rostro con intensidad.

—¿Te duele? —pregunté, con voz tensa.

—No —dijo, aunque sentí sus músculos contraerse—. Continúa.

—d-e...

Estábamos tan cerca. Su aliento me calentaba la frente, su aroma me nublaba los sentidos. Una de sus manos estabilizaba mi cintura, su pulgar trazando círculos suaves.

—E-l-e-n-a.

Al finalizar la última letra, deposité la pistola, con las manos aún temblorosas.

——Propiedad de Elena— —leyó en voz alta, con voz cargada de una satisfacción reverente.

Las letras negras quedaron grabadas para siempre sobre su corazón, la piel circundante levemente enrojecida e hinchada.

Algo se abrió en mi pecho. Me incliné y lo besé. Se quedó inmóvil un instante, luego estalló en movimiento. Sus brazos me estrecharon, atrayéndome, su beso feroz y urgente, como si quisiera devorarme.

—Elena —jadeó contra mis labios, con voz ronca—. Te deseo.

Respondí con mi propio beso. Sus manos desabrocharon lentamente los botones de mi blusa, revelando piel que besaba con

ternura a cada paso.

—¿Sabes en qué pensaba mientras me tatuabas? —preguntó, con voz áspera.

Negué con la cabeza, la respiración ya desbocada.

—En que estas manos me marcaban para siempre.

Mis ropas se desvanecieron por completo. Me recostó en el sofá, el aire fresco erizándome la piel. Su mirada recorrió mi cuerpo con lentitud, tan intensa que me impulsaba a ocultarme, pero no podía apartar los ojos.

—Perfecta —murmuró, su pulgar delineando la piel bajo mis costillas—. Cada centímetro es perfecto.

—Igor —susurré su nombre por instinto.

—Aquí estoy —dijo Igor, desprendiéndose de los pantalones y los bóxers, su miembro enorme y erecto liberándose.

Ajustó mi posición en el sofá, jalándome hasta que mi cabeza colgara a medias del borde, dejándome expuesta y vulnerable. Yacía allí, desnuda y palpitante de deseo, el pulso desbocado mientras él se erguía sobre mí, su figura imponente dominándolo todo. Su miembro latía a centímetros de mi rostro, grueso y venoso, la punta ya reluciente de presemen.

—Chúpamela, Elena —gruñó con voz sexy y dominante, enviando un torrente de humedad a mi centro.

Ese tono autoritario me inflamó como un incendio forestal. Mi sexo se contrajo, volviéndose aún más resbaladizo. Obedecí, abriendo los labios ampliamente, mi lengua extendiéndose ansiosa.

Se posicionó al borde del sofá, guiando su miembro directo a mi boca expectante. El ángulo era novedoso: nunca había practicado oral así, con la cabeza echada atrás y la garganta totalmente expuesta. Empujó profundo desde el inicio, deslizándose hasta el fondo de mi garganta, estirándome al límite. El reflejo nauseoso golpeó con fuerza; sentí arcadas, lágrimas involuntarias brotando en las comisuras de mis ojos por la profundidad y presión abrumadoras.

Se inclinó con ternura, su pulgar enjugando las lágrimas. —Tranquila, nena —murmuró, su voz suavizándose un instante antes de comenzar a moverse despacio, meciendo las caderas con ritmo controlado.

Mi boca se inundó de saliva, recubriéndolo mientras entraba y salía, los sonidos húmedos y succionantes resonando de forma obscena y alimentando mi excitación. Su miembro se hundía más con cada embestida, llenando mi garganta por completo, su sabor salado y almizclado abrumando mis sentidos. Ahuequé las mejillas, succionando cuanto podía en esa posición, sintiéndolo palpitar contra mis labios y lengua.

Gimió, su control deshaciéndose. —Joder, Elena, tu boca... — Aceleró, las embestidas tornándose más urgentes, martillando mi garganta. El aire escaseaba; mis pulmones ardían, la visión se salpicaba de destellos blancos. La asfixia se fundía con la plenitud y su dominio, tejiendo un placer retorcido e intenso. Mi cuerpo se arqueó, mi sexo goteando sin control, y de pronto me quebré, culminando con fuerza solo por la falta de oxígeno, olas de éxtasis arrasándome mientras me ahogaba alrededor de su longitud.

Se retiró con un sonido húmedo, dejándome jadeante. Me alzó en brazos, aplastando su boca contra la mía en un beso profundo, su lengua invadiendo posesivamente. —Lo hiciste tan bien, nena. Tan jodidamente bien.

Jadeé contra sus labios, aún temblando de la intensidad. Pero no había terminado. Nos volteó, recostándose en el sofá y atrayéndome hacia arriba. —Siéntate en mi cara —ordenó, con ojos oscuros de lujuria pura.

Me coloqué a horcajadas sobre su cabeza, titubeando, pero me bajó con firmeza, mi sexo asentándose directamente sobre su boca. Su nariz frotó mi clítoris primero, provocadora, enviando chispas eléctricas por mi columna. Luego su lengua se sumergió: amplias lamidas a lo largo de mis pliegues, penetrando como un miembro en embestida. Succcionó mi humedad con voracidad, bebiéndosela entera, sus labios sellándome en un beso insaciable.

—Oh, Dios —gemí, mis caderas buckeando sin control. Mordisqueó mi clítoris, sus dientes rozando el botón hinchado: un pinchazo agudo de dolor entreverado con placer explosivo, arrancándome un grito y haciéndome presionar más fuerte. Dolía de la manera más exquisita, el mordisco impulsándome al abismo. Intenté alzarme, abrumada por las sensaciones, pero sus manos se

aferraron a mis muslos como grilletes, inmovilizándome. No había escapatoria. Cabalgué su rostro sin remedio, su lengua follándome más profundo, lamiendo y succionando cada gota de mi arousal.

La presión se enroscó más tensa, acumulándose implacable. Sus mordiscos se agudizaron, su lengua fustigando sin piedad. Me rompí nuevamente, gritando al culminar con fuerza en su boca, eyaculando sobre sus labios y barbilla. Se lo tragó todo con avidez, como el néctar más dulce, sin desperdiciar ni una gota.

Finalmente, me descendió con cuidado, limpiándose la humedad reluciente de la barbilla con el dorso de la mano, una sonrisa maliciosa extendiéndose en su rostro. —Sabes tan dulce cuando te corres así.

No me concedió tiempo para recobrar el aliento. Aún en el sofá, enganchó una de mis piernas sobre su hombro, abriéndome de par en par. Su miembro rozó mi entrada, lubricado con mi excitación. Con una embestida potente, se hundió hasta el fondo, dilatando mis paredes alrededor de su grosor.

—Joder, estás tan apretada —gruñó, iniciando el movimiento: lento al principio, saboreando la fricción estrecha, pero acelerando pronto a un ritmo implacable. Cada penetración era profunda, sus caderas chocando contra las mías, sus testículos golpeando rítmicamente contra mi trasero. Enredé mi pierna libre alrededor de su cintura, mis uñas hundiéndose en su espalda, instándolo a ir más adentro.

El ángulo era perfecto, golpeando ese punto sensible en mi interior que hacía estallar estrellas tras mis párpados. El sudor lubricaba nuestros cuerpos, el sofá crujiendo bajo la fuerza de nuestros envites. Su boca se adhirió a mi cuello, succionando marcas posesivas, sus dientes clavándose mientras embestía con más fiereza. —Mía —rasgó entre embestidas—. Toda jodidamente mía.

Esas palabras me catapultaron al vórtice. Me contraje alrededor de él, ordeñando su miembro, y él perdió el control: sus embestidas se volvieron salvajes e irregulares, hundiéndose aún más profundo hasta sepultarse por completo y eyacular con un rugido gutural, chorros calientes de semen colmándome, pulsando en mi interior mientras su cuerpo se convulsionaba en la liberación.

Nos derrumbamos juntos, sin aliento, su peso oprimiéndome de la forma más gratificante. Besó mi frente, aún enterrado profundo en mí. —Eres todo para mí, Elena.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Igor

—Desde Milán han vuelto a llamar —gritó Anna desde la puerta del estudio, con un montón de papeles en las manos, conteniendo a duras penas la emoción—. Esta vez es la editora de Vogue Italia. Quiere que asistas a una cena de moda la semana que viene. Y el director creativo de Gucci pide reunión —posible colaboración.

Yo estaba en el sofá observando a Elena. Estaba sentada ante su mesa de trabajo, el cabello rubio sujeto con un lápiz; unos mechones se le habían soltado y le caían sobre la mejilla. Estaba inclinada sobre los bocetos, el ceño fruncido, mordiéndose el labio inferior hasta palidecer.

Esa mirada me era demasiado familiar. Siempre hacía eso cuando pensaba, como una alumna concentrada.

—¿Algo más? —preguntó sin levantar la vista, el lápiz trazando con rapidez sobre el papel.

—Tres boutiques quieren vender tu nueva línea —fue desgranando Anna mientras hojeaba su cuaderno—. Dos inversores quieren reunirse: uno de Suiza y otro de Nueva York. Ah, y la Academia de Florencia te invitó como profesora invitada. El decano dice que tu trabajo es justo lo que necesitan sus alumnos.

Elena finalmente alzó la cabeza y dejó el lápiz. Se frotó las sienes; el gesto la hacía parecer cansada.

—Diles que necesito tiempo para pensar. Todo esto ha venido demasiado deprisa. Tengo que valorarlo con calma.

—Vale, jefa —asintió Anna.

—¿Y la celebración de esta noche? ¿Estamos listos?

El acuerdo con Milán había puesto sus diseños en el mapa. Ella había organizado una celebración —parte fiesta, parte escaparate profesional.

—Todo listo —dijo Anna, pasando una página—. La señora Rossini voló desde Milán y está en el hotel. El salón está preparado. El champán y el catering son tal como pediste. La mayoría de los invitados ya ha confirmado.

Miró el reloj. —Son las cinco. La fiesta empieza a las ocho. Tienes tres horas.

—Gracias. Buen trabajo —dijo Elena.

Anna se fue y el estudio quedó en silencio, solo el zumbido lejano del tráfico fuera de la ventana. Me levanté y me coloqué detrás de ella. Desde allí podía ver el vestido en el boceto: un maxi veraniego, líneas limpias, fluido, elegante.

Se reclinó y me miró. Desde ese ángulo su cuello parecía largo y delicado; podía ver el latido tenue en su garganta.

—¿Sientes la presión? —pregunté, mis dedos encontrando su sien.

—Un poco —cerró los ojos y se dejó hacer—. A veces todo parece irreal. Me da miedo despertarme y que todo haya sido un sueño.

Mis dedos se detuvieron. Algo se tensó en mi pecho. Aún no se sentía segura. Incluso ahora, con su carrera despegando y yo a su lado, temía perderlo todo. Ese miedo era culpa mía. Mi traición de hace cinco años había dejado una herida que no había sanado.

—Esto no es un sueño —me incliné y la besé en la frente—. Te has ganado cada cosa. Tu talento merecía ser visto. Tus diseños pertenecen a las mejores pasarelas del mundo.

Una sonrisa auténtica se dibujó en su rostro.

—Ve a arreglarte. Esta noche quiero verte con uno de tus propios vestidos. Que nadie pueda apartar la mirada.

—¿Todo el mundo? —alzó la vista, con una chispa traviesa en los ojos—. ¿Incluyéndote a ti?

—Especialmente yo —dije, rozándole la cintura con el pulgar—. Aunque preferiría esconderte para que nadie más te viera.

—¿Celoso? —bromeó.

—Nunca dejé de estarlo —admití—. Sobre todo sabiendo que habrá tantos hombres mirando esta noche.

Se puso de puntillas y dejó un beso suave en mis labios. —Entonces contrólate, Igor. Necesito un acompañante respetable esta noche, no un lunático celoso que espante a los clientes.

—Lo intentaré —dije; ambos sabíamos que era una broma.

A las siete, junto a la ventana de la suite, me ajustaba los gemelos. La Toscana se había tornado dorada al anochecer, el valle brillando en tonos naranja.

—Igor, ¿me subes la cremallera? —oyí desde el dormitorio.

Me giré. Maldición. Se me cortó la respiración.

Apareció en el umbral con un vestido azul profundo —un tono entre medianoche y océano, que cambiaba con la luz. Sin tirantes, diseñado para mostrar clavículas y hombros. Por delante realzaba sus curvas con gusto; la cintura ceñida y la falda caía desde las caderas, ajustándose hacia los tobillos para dejar asomar unas sandalias de tiras plateadas. El pelo recogido en un moño elegante dejaba a la vista ese cuello largo.

—¿Qué te parece? —giró; la falda se meció.

—Es una de las piezas principales de la nueva colección —añadió —. Dudé, pero Anna dijo que tenía que ponérmelo para que los invitados vieran el efecto.

Me acerqué. La espalda del vestido estaba descubierta, dejando una amplia y lisa extensión de piel. Mis ojos no podían apartarse.

—Perfecto —dije, la voz más áspera de lo que pretendía—. Pareces un acto ilícito.

Ella rió, sin percibir el hambre en mi mirada.

—Quiero secuestrarte —me coloqué detrás de ella, los dedos deslizándose por la piel descubierta de su espalda—. Llevarte a la habitación y evitar esa maldita fiesta.

—Igor —su voz tembló una fracción—. No, llegaremos tarde.

—Entonces déjame subir la cremallera —encontré el cierre oculto y empecé a tirar, deliberadamente despacio, mis yemas rozando su columna. Ella se estremeció.

—Lo haces a propósito.

—Sí —admití, besando donde el hombro se encuentra con el cuello—. Porque me gusta verte temblar por mí.

Cuando la cremallera llegó arriba la giré para mirarla. Mi pulgar acarició su mejilla sonrojada. —Esta noche te mirarán muchos hombres, Elena. Prométeme una cosa.

—¿Qué?

—No te pierdas de mi vista —dije en voz baja—. Si alguien intenta poner una mano encima, no sé si podré contenerme.

—Esto es una cena de negocios, no una discoteca —rodó los ojos.

—Los hombres de negocios son peores —dije—. Más máscaras pulidas y peor podredumbre por dentro.

—¿Eso eres tú? —replicó.

—Nunca lo fingí —le dije, rodeándola con el brazo y atrayéndola hacia mí—. Te lo diré claro: te deseo.

Su rostro se sonrojó. —Llegamos tarde.

Miré el reloj. 7:30. —Vale —la solté y cogí el abrigo—. Vamos, mi reina.

El trayecto hasta el Platinum Hotel duró quince minutos. El salón brillaba: candelabros de cristal, elegancia europea, cuadros en las paredes, flores en las esquinas. Los invitados se mezclaban, champán y perfume flotando en el aire.

Las cabezas se volvieron cuando entramos. Elena enlazó su brazo con el mío, la postura recta, la sonrisa medida. Se veía segura y perfecta.

—¡Sra. Jensen! —llamó una voz.

Se acercó una mujer de unos cincuenta años, traje negro, el pelo recogido en un moño gris tirante, afilada como una navaja.

—Sra. Rossini —Elena soltó mi brazo y la saludó con un beso en la mejilla—. Muchas gracias por venir.

—Por supuesto. No me lo perdería —sonrió la señora Rossini—. Trabajar contigo fue la decisión correcta.

Se apartó y la miró de arriba abajo. —Estás divina esta noche. ¿Ese vestido es una de las piezas nuevas?

—Sí —Elena giró para mostrar el bordado y la textura—. Cintura con patrón cosido a mano, cortes discretos en la espalda.

—Perfecto —brilló la señora Rossini—. Elegante sin ser anticuada, sexy sin caer en lo vulgar.

Luego se volvió hacia mí. —Debe de ser el señor Vorontsov. He oído hablar mucho de usted.

—Igor está bien —estreché su mano.

—Pues Igor —rió, volviendo a Elena—. Buenas noticias: tu última colección se agotó en tres días en nuestra tienda insignia.

Los ojos de Elena se iluminaron. —¿En serio?

—No miento —dijo la señora Rossini—. Los clientes preguntan cuándo vas a reponer. Ha subido el interés por la marca. He venido para hablar de algo a largo plazo.

—Me encantaría escuchar eso —dijo Elena.

—Excelente. Pero primero déjame presentarte a un amigo. ¡Paul, por aquí!

Apareció un hombre de unos cuarenta años con un traje azul marino impecable. Rasgos clásicos, pelo prolijo y barba recortada.

—Paul dirige varias boutiques de alta gama en París —dijo la señora Rossini—. Paul, esta es Elena, la diseñadora detrás de Stella.

Paul extendió la mano y sus ojos se demoraron un instante de más en Elena. —Rossini no para de hablar. Viéndote en persona, he de decir que eres aún más… comedida de lo que esperaba.

Ese segundo de más apretó mi mandíbula.

—Me halagas —Elena estrechó su mano con cortesía y luego me presentó—. Este es Igor Vorontsov, mi acompañante.

Apreté su mano un poco más de la cuenta. La sonrisa de Paul vaciló. —Encantado, señor Vorontsov.

No me separé; mantuve mi brazo en su cintura, guiándola cerca.

El resto de la velada se convirtió en negocios. La señora Rossini desplegó cifras de ventas; Paul habló de llevar Stella a París. Yo me quedé al lado de Elena, una mano apoyada ligeramente en su cadera.

Unos cuantos hombres miraron demasiado tiempo. Les advertí con la mirada. Uno de ellos se puso tan nervioso que hasta la mano le tembló al alzar la copa de champán.

—Igor —susurró Elena, lo bastante cerca para que solo nosotros oyéramos—. Das miedo. Estás asustando a la gente.

—Bien —susurré en su oído—. Mejor que tengan miedo a que se acerquen demasiado.

Ella sonrió y se resignó. Otro hombre se acercó.

—Sra. Jensen —dijo, de mediana edad, traje a medida y un Rolex en la muñeca—. Soy Michael Brown. Dirijo algunos hoteles boutique en Florencia. La señora Rossini mencionó su trabajo; estoy muy interesado.

—Hola, señor Brown —respondió Elena con cortesía.

—Llámame Michael —sonrió, y su mirada recorrió a Elena: rostro, cuello, hombro descubierto, luego la cintura. Fueron solo segundos, pero la intención quedó clara. Mi agarre en su cintura se tensó. Ella apretó mi mano para calmarme.

—En mis hoteles siempre buscamos arte y decoración única —continuó Michael—. Pensaba si podrías diseñar piezas a medida para nosotros. La compensación sería generosa.

—Suena interesante —dijo Elena—. Tendría que ver los detalles antes de aceptar.

—Por supuesto —hizo un gesto invitándola a bailar—. ¿Me haría el honor de un baile? Es más fácil hablar de negocios en la pista.

Extendió la mano con esperanza.

El peligro me ardió en el pecho como una brasa. El hombre actuó como si yo no existiera. Abrí la boca para responder, pero la palma de Elena detuvo la mía; apretó mi mano, calmándome con su toque.

—Lo siento, señor Brown —dijo, dulce pero firme—. Mi pareja está aquí.

Me miró y algo me golpeó con fuerza.

—Oh —la expresión de Michael pasó de sorpresa a decepción—. Qué pena.

—Si quiere hablar de negocios, mi asistente puede concertar una reunión —añadió Elena, educada pero distante—. Perdón, debo disculparme.

Enlazó su brazo en el mío y me condujo a la pista. La orquesta arrancó un vals lento y cálido.

—Eso se sintió bien, ¿no? —susurró, de puntillas, los brazos alrededor de mi cuello, sonriendo.

Mi mano encontró su cintura y nos movimos al compás. Era ligera, como una pluma.

—Sí —mi voz permaneció tensa—. Pero tenía ganas de partirle la mano a ese bastardo. ¿Lo viste? Te miró como si fueras un pastel que quisiera devorar.

—Era un hombre de negocios intentando hacer negocios —dijo, aunque la sonrisa le traicionó—. Disfruta mis celos.

La acerqué hasta sentir su aliento en mi barbilla. —Si no me hubieras parado, lo habría golpeado.

—Eres un salvaje —me provocó, las yemas de los dedos en la nuca—. Pero gracias por contenerte. No quería que nuestra noche terminara en un ring de boxeo.

—Entonces aléjate de los hombres que miran así —avisé—. Tengo poca paciencia, Elena —sobre todo cuando te ves así.

—Eres dramático —puso ojos inocentes.

—Sabes lo que haces —miré la curva de su hombro y clavícula—. Pareces peligro. Todos los hombres quieren poseerte.

—Pero pertenezco a una sola persona —su voz se volvió seria.

Me quedé helado. —¿Quién?

—Tú —se estiró y me besó—. Igor Vorontsov. Mi acompañante. Mi novio. El padre de mi hija.

La sostuve como si fuera todo y, por fin, tuve la confesión que quería.

Las voces murmuraban a nuestro alrededor; no me importó. La besé hasta dejarla sin aliento y seguimos bailando.

La música fue apagándose y la orquesta terminó. Aplausos recorrieron la sala. La señora Rossini aplaudió con una sonrisa luminosa. Paul aplaudió también, aunque su expresión era complicada. Michael ya se había girado y conversaba con otra persona: la realidad había calado.

—Vamos —dijo Elena—. Todavía tenemos gente a quien saludar.

Durante las siguientes dos horas recorrimos la multitud. Elena fue asombrosa: recordaba nombres, conocía el ángulo de cada empresa, encontraba el tema adecuado para cada persona.

A las diez y media la fiesta se apagaba. La señora Rossini apartó a Elena para concretar una reunión en Milán la semana que viene y hablar de cooperación a largo plazo. Después de que los últimos invitados se marcharan, por fin nos fuimos.

En el coche de vuelta, Elena apoyó la cabeza en mi hombro, los ojos cerrados.

—¿Cansada? —pregunté.

—Sí —exhaló—. Dos horas con tacones —me duelen las piernas.

Miré esos zapatos plateados: hermosos, tacones de diez centímetros que la habían torturado.

—Te daré un masaje cuando lleguemos —dije.

—¿En serio? —abrió un ojo.

—Claro —añadí—. Preferiría otras cosas, pero primero masaje.

Sonrió y cerró los ojos. —Has cambiado, Igor.

—¿Cómo?

—Antes... —su voz bajó—. No hacías estas cosas. Eras más posesión y control que cuidado.

Mis dedos se apretaron. Tenía razón. Hace cinco años había sido orgulloso, frío, egoísta. La traté como una posesión: para poseer, para mandar. No había aprendido a amarla de igual manera.

—Perderte me enseñó lo que importa —mi voz se quebró.

—Igor... —comenzó ella.

—Estoy intentando ser el hombre que pueda cuidarte, protegerte, amarte. No soy perfecto, pero lo intento.

Sus ojos brillaron. —Lo estás logrando.

La besé —suave, sincero.

El coche paró frente al hotel. En la suite, Elena fue directa al sofá y se quitó esos tacones asesinos, masajeándose los tobillos doloridos. Se quedó allí, con una mueca.

Me arrodillé frente a ella.

—¿Así me vas a masajear? —preguntó, sorprendida.

—Relájate. Yo me encargo —sostuve sus pies.

Ella calló mientras mi pulgar presionaba los puntos hinchados, aliviando sin hacerla que se quejase.

—¿Mejor? —pregunté.

—Sí —suspiró satisfecha—. ¿De dónde aprendiste?

—En internet —dije—. Hay tutoriales.

Se rió. —Lo aprendes todo.

Trabajé del tobillo al empeine, al talón. Sus pies eran lo bastante pequeños para caber en una mano. Justo cuando el calor empezó a recorrer sus músculos cansados, mi teléfono vibró. Quise ignorarlo, pero sonó de nuevo.

Elena me dio un empujón. —Contesta. Podría ser importante.

En la pantalla apareció el nombre de Artyom.

—¿Qué pasa? —contesté seco.

—Don, es urgente —la voz de Artyom sonaba tensa—. Natasha Ivanova ha desaparecido.

Mi cuerpo se quedó rígido. —¿Cuándo?

—Hace tres horas —dijo Artyom—. Nuestra fuente en Roma la vio salir con unos guardaespaldas y luego la perdieron. El GPS se cortó —parece planeado.

—¿Algo más? —me levanté y fui hacia la ventana.

—Sí. Algunos hombres de Salvatore desaparecieron a la vez —su tono se volvió más grave—. Nuestra inteligencia apunta a un movimiento coordinado. Podrían estar preparando algo grande.

Cerré los ojos y las piezas empezaron a girar. Alguien se estaba moviendo contra nosotros. Quizá contra mí.

—Refuerza la seguridad en la Toscana —ordené, la voz fría como hielo—. Cada lugar donde Elena y nuestra hija puedan estar —el piso, el estudio, la guardería—, duplica la guardia. Quiero vigilancia las veinticuatro horas. Cualquier acercamiento sospechoso, neutralizar.

—Entendido, Don.

Colgué y me giré para ver a Elena pálida como un papel.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, la voz temblando.

Le tomé la mano; estaba fría. —Natasha ha desaparecido. Y algunos hombres de Salvatore también.

Su rostro perdió aún más color. —¿Crees que se están moviendo?

Asentí y la atraje entre mis brazos. —Sí. Pero no tengas miedo. Te protegeré.

Me miró con total confianza. —Confío en ti.

—Perdona —mi voz se quebró—. Siento haberte arrastrado a esto.

—No pidas perdón —apoyó la palma en mi mejilla—. Yo elegí esto, Igor. Sabía que quererte significaba aceptar el peligro. No te culpes. Lo afrontamos juntos, ¿vale?

Le besé la palma y dejé una marca en el centro. —Vale. Juntos.

La noche en la Toscana era templada y estrellada, pero yo sabía que en la oscuridad merodeaba el peligro. La desaparición de Natasha junto a los hombres de Salvatore significaba que la sangre iba a correr. Se estaba poniendo en marcha una guerra —y yo tenía que estar listo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



Igor

No había pegado un puto segundo en dos días.

El café ya no me hacía nada. Al octavo espresso que me trajo Artyom, las manos me temblaban —no por la cafeína, sino por la rabia— esa rabia hueca y ardiente sin salida.

—Don, tiene que descansar—, dijo Artyom con cuidado.

—Cállate.— Miré el mapa extendido sobre la mesa: cada posible escondite de Natasha y Salvatore estaba marcado con letra apretada y fea. —¿Dónde está el informe de inteligencia?—

—Aquí.— Me pasó un fajo de carpetas.

Los hojeé deprisa, los ojos barrían números y ubicaciones. Llevaba días poniendo defensas, pero defender no bastaba. Tenía que contraatacar. Tenía que saber qué planeaban esos cabrones.

—Salvatore ha estado activo—, dijo Artyom, señalando una línea. —Nuestra fuente dice que mueve un cargamento de armas. Suficiente para armar a cincuenta hombres.—

Me latían las sienes. —¿Destino?—

—Desconocido.— Negó con la cabeza. —Se mueve con cautela —usa varias capas de intermediarios. Lo estamos rastreando.—

—Más rápido.— Tiré los papeles sobre la mesa. —Quiero saber a dónde va, cuándo se mueve, cómo lo transportan. Ahora.—

—Sí, Don.—

Di vueltas por la oficina provisional que Artyom había habilitado para mí. No quería que el lío de Natasha y Salvatore rozara a Elena y a Stella. Afuera, la Toscana dormía bajo las estrellas. Elena y Stella estarían en el apartamento, quizá preparándose para la cama.

Saqué el móvil y miré la foto que Elena me había enviado esa mañana: Stella en su vestido rosa favorito, abrazando el oso gigante que le había ganado, sonriendo hasta que los ojos le parecían dos lunas.

Joder. Tenía que acabar con esto, y rápido.

—¿Natasha?— Encendí un cigarro y di una calada. —¿Alguna señal de esa hija de puta?—

—Última vista en el centro de Florencia—, dijo Artyom, abriendo otro informe. —Fue a un despacho de abogados.—

—¿Un despacho?— Entrecerré los ojos. —¿Para qué?—

—Comprobamos. Estaba liquidando los últimos activos de la familia.—

Resoplé. —No tenía nada. ¿Qué iba a liquidar?—

—Quizá fue eso lo que la volvió peor—, dijo Artyom en voz baja. —Don, me preocupa. Es capaz de cualquier cosa.—

—Claro que sí.— Eché la ceniza. —Sigue siguiéndola.—

—Sí.—

A la mañana siguiente, terminaba un montón de papeleo y me preparaba para ir al apartamento a ver a Elena y a Stella cuando sonó mi teléfono. Era Elena.

—Igor.— Su voz sonaba tensa, con filo de pánico.

—¿Qué pasa?— me desperté en seco.

—La guardería ha llamado por Stella.— Las palabras salieron atropelladas. —Una mujer vino diciendo que era la tía de Stella y trató de llevársela.—

Se me heló la sangre. —¿Cómo?—

—La profesora se negó —yo no lo había autorizado. La mujer insistió; fue persistente, pero se fue.— Elena temblaba. —¿Quién podría ser? Por la descripción, no parecía Natasha.—

Me puse el abrigo. —Sea quien sea, la guardería está comprometida. ¿Dónde estáis?—

—Apartamento. Voy a buscar a Stella.—

—No os mováis.— Ordené. —Quedaos en el apartamento. Envío gente a por Stella. Llama a la guardería y diles que no la entreguen a nadie. Voy para allá.—

Colgué y le dije a Artyom: —Ve a la guardería. Trae a mi hija.—

—¡Sí, Don!—

Bajé corriendo y conduje como un poseído hasta el edificio de Elena. Entré hecho un torbellino y la encontré pálida en el salón. Se lanzó sobre mí en cuanto me vio.

—Stella——

—Mis hombres ya tienen a Stella y la están trayendo—, dije, abrazándola. Temblaba. —Está bien. Está bien. No dejaré que nadie haga daño a nuestra hija.—

Mi teléfono vibró. Artyom.

—Don, tenemos a Stella. Vamos de camino.—

Solté un aire que ni sabía que contenía. —Bien. Dadles prisa.—

Quince minutos después se abrió la puerta. Artyom entró con Stella en brazos; una carita pequeña y desconcertada asomaba.

—¡Mamá!— extendió la mano hacia Elena.

Elena la cogió y la apretó contra sí. —Cariño, ¿estás bien?—

—Estoy bien—, inclinó la cabeza. —¿Por qué vino una extraña por mí? ¿Mamá, estás llorando?—

—No, no.— Elena se secó los ojos y forzó una sonrisa. —La mamita te ha echado de menos.—

Las miré: el corazón me pesaba y se me partía. Luego me dirigí a Artyom en voz baja. —Sacad las cámaras de la guardería. Quiero la cara de esa mujer.—

—En ello, Don.—

Cuando Artyom salió, volví a Elena. Stella se aferraba a ella, los bracitos alrededor del cuello.

—Stella—, la llamé.

Me miró. —¿Papá?—

—Tengo que decirte algo.— Me preparé.

—¿Qué?— Sus ojos grandes eran pura curiosidad.

—Mañana no irás a la guardería—, solté sin rodeos.

Se le cayó la cara. —¿Por qué? Me gusta la guardería. Me gusta la señorita Ángela y mis amigos.—

—Lo sé.— Le acaricié el pelo. —Pero papá necesita que te quedes en casa un tiempo.—

—Pero—— las lágrimas asomaron, —mañana íbamos a jugar al escondite.—

Los ojos de Elena estaban llenos de dolor. Odiaba verla a mi hija sufrir más que a nada.

—Stella.— Tomé su manita. —¿Confías en papá?—

Asintió.

—Pues esto será un juego.— Forcé una sonrisa. —Una búsqueda del tesoro especial.—

Las lágrimas se le secaron. —¿Una búsqueda del tesoro?—

—Sí.— Sonreí de verdad. —Esconderé tesoros por todo el apartamento. Tú los encuentras y te llevas un premio.—

—¿De verdad?— Se le iluminó la cara. —¿Qué tipo de tesoros?—

—Tendrás que descubrirlo.— Dije. —Una regla: te quedas dentro. No sales hasta encontrarlos todos. ¿Entendido?—

—¡Entendido!— Cerró los ojos y se tapó la cara con las manos. —No mirar, papá.—

—Vale.— Sonreí. —Empieza por tu habitación. Mi primer tesoro estará allí.—

Se zafó de los brazos de Elena y salió disparada hacia su cuarto con las piernas cortas como pistones.

Elena se acercó más, en voz baja. —¿Qué vas a esconder?—

—Hice que Artyom comprara un montón de juguetes de niña. Los esconderemos por ahí.— Miré el móvil para dar órdenes. Ella se puso de puntillas y me besó.

—Gracias—, susurró contra mis labios. —Gracias por hacerla feliz.—

—Soy yo quien debería hacerlo—, dije. —No debería tener que soportar esto.—

Apretó mi mano. —No es tu culpa.—

No respondí. En el fondo sabía la verdad: los había arrastrado a esto. Si no fuera por mí, habrían llevado una vida tranquila.

—Lo arreglaré—, prometí. —Pronto.—

Pasamos las siguientes horas esparciendo juguetes por el apartamento. Stella los buscó, chilló de emoción y encontró tres

premios antes de dormir, prometiendo hallar más al día siguiente. Se quedó dormida con una sonrisa.

Me quedé en el salón, de vuelta al trabajo. El teléfono vibró. Artyom.

[Don, tenemos algo importante.]

Llamé. —Habla.—

—Hemos pillado a uno de los hombres de Salvatore.— La voz de Artyom estaba baja. —Lo cogieron vigilando una de nuestras casas seguras.—

—¿Interrogado?—

—Empezó a hablar.— Hizo una pausa. —Dijo que Salvatore planea un ataque grande. El objetivo——

—¿Qué?— Apreté el móvil.

—Elena y Stella.—

Se me encogió el estómago.

—¿Qué quieren?—

—Secuestrarlas—, dijo Artyom. —Planean moverlas en tres días. —

Di órdenes sin pensarlo. —Refuerza todo. Ahora. Cubre el perímetro del edificio con mis hombres. A cualquiera sospechoso —abatidlo en cuanto lo veáis.—

—Sí, Don.—

Colgué y me dejé caer en el sofá, cerrando los ojos. Tenía que neutralizar a Salvatore antes de que llegara a ellas.

Elena salió del baño y me encontró inmóvil. —¿Qué pasa?—

—Nada.— Abrí los ojos y la atraje. —Ven.—

Se sentó en mi regazo con el pijama. Enterré la cara en su cuello y respiré el olor de su gel de ducha.

—Igor—, dijo, los dedos en mi pelo, —dímelo.—

—Hemos atrapado a uno de los hombres de Salvatore—, expliqué. —Habló. Van a atacar el apartamento en tres días.—

Elena palideció. —¿Y qué—?—

—Te voy a proteger.— Sostuve su mano. —Te lo juro, Elena. No permitiré que nadie os haga daño a ti ni a Stella.—

Durante los tres días siguientes apenas salí del apartamento. Puse gente por todas partes, revisé cada punto débil. Artyom trajo

más guardias; tuvimos veinte alrededor del edificio. Elena y Stella se quedaron dentro, jugando a la búsqueda del tesoro. Ver a Stella encontrar las sorpresas me calmaba en la superficie. Ella no sabía que se acercaba la tormenta.

La tercera tarde me quedé en el balcón observando la calle. El sol caía, bañando las piedras antiguas de un oro triste.

—Vienen, ¿verdad?— Elena se plantó a mi lado.

—Sí.— Dije. —Salvatore no retrocede.—

Guardamos silencio un minuto. Le besé la frente. —Quédate con Stella. Si oís algo, atrincheráos en el dormitorio y no salgáis. ¿Entendido?—

Asintió y volvió a entrar.

La noche cayó. La mano no me abandonó la pistola en la cadera.

A las ocho empezó. Disparos abajo y luego una explosión. Todo el edificio tembló.

—¡Están aquí!— gritó Artyom por la radio. —¡Al menos treinta hombres! ¡Asalto frontal y por la parte trasera!—

—¡Cerrad todas las entradas!— rugí. —¡Nadie sube!—

Fuego y caos. Elena irrumpió con Stella, histérica. Stella lloraba. Sentí que el pecho se me desgarraba, pero tenía que mantener la cabeza fría.

—¡Don!— la voz de Dmitri crujió por la radio. —¡Han roto la línea del primer piso! ¡Suben!—

—¡Detenedlos!—

Corrí por la escalera y abrí fuego. Cayeron cuerpos —uno, dos, tres— pero eran demasiados. Mis hombres sangraban. Las paredes quedaron salpicadas de sangre. Las vainas tintineaban y rodaban. Media hora de infierno. Luego el fuego fue menguando. Y paró.

—¡Están todos abajo!— jadeó Artyom en el pasillo, con la cara manchada de sangre.

Me apoyé en la pared, sin aliento. —Contad bajas.—

—En ello.—

Fui al dormitorio y llamé. Elena abrió la puerta, pálida, con Stella en brazos, los ojos enrojecidos por el llanto.

—Se acabó.— Las abracé a las dos. —Estáis a salvo.—

Pero no había terminado. Sonó mi teléfono. Sergey, uno de mis hombres en Nueva York.

—Don, Nueva York ha sido atacada.—

Se me hundió el estómago. —¿Qué?—

—Salvatore golpeó tres de nuestras ubicaciones al mismo tiempo —, dijo Sergey rápido. —Nos está dividiendo, Don —quiere obligarte a quedarte aquí.—

—¡Joder!— Gruñí. —¿Qué daños?—

—Dos casas destruidas. Decenas de heridos, dos muertos. También abatimos a varios de sus hombres.—

Respiré despacio, con los ojos cerrados. Salvatore había jugado con cabeza: ataques repartidos para estirarnos.

—Tengo que ir a Nueva York—, le dije a Elena. —Han atacado nuestro territorio. Tengo que estar allí.—

—¿Y nosotras?— Su voz se hizo pequeña.

—Venid conmigo. No os dejaré aquí.—

Ella mordió el labio y miró a Stella. —Mi estudio——

—¡Al diablo con el estudio!— casi grité. —¿Viste lo que pasó?—

—¡Lo sé!— respondió ella alzando la voz. —Pero Igor, no puedo abandonar todo lo que he construido: mi trabajo, mis amigos, mi vida.—

—¿Y tu vida?— le solté. —¿Y la vida de Stella?—

—¡Para!— sollozó Stella entre los dos. —Papá, mamá, dejad de gritar.—

Nos quedamos paralizados. Era una niña con las mejillas empapadas de lágrimas.

—Lo siento, cariño.— Elena la apretó contra sí. —Lo siento.—

Inhalé y me recompuse. —Por favor. Venid a Nueva York conmigo.—

Ella negó con la cabeza y las lágrimas rodaron. —No puedo. Aquí me reconstruí. No puedo huir a Nueva York.—

No estaba equivocada. Tenía sentido su resistencia.

—Y además—, añadió, —estuvieron aquí hoy. No vendrán otra vez tan pronto. Tú puedes encargarte de Nueva York. Nos esperaremos hasta que vuelvas.—

—No puedes prometer eso—, la corté.

—Tampoco puedes prometer que Nueva York sea más seguro—, respondió ella. —Los hombres de Salvatore están por todas partes. Huir no cambiará eso.—

Nos miramos, agotados. Stella gimió en los brazos de Elena.

—¿Qué quieres hacer?— pregunté al final.

—Déjame quedarme—, dijo. —Yo y Stella nos quedamos en el apartamento. No saldremos. Tú ve a Nueva York y vuelve cuando termine.—

—¿Y si vuelven a atacar el apartamento?—

—Tus hombres nos protegerán—, dijo ella, asintiendo. —Como hoy.—

La miré, obstinada, y supe que no la iba a cambiar. No podía obligarla a arrancar de raíz todo lo que había luchado por levantar.

—Está bien.— cedí. —Aumentaré la seguridad. Vosotras dos os quedáis dentro. Nada de salir. ¿Entendido?—

Asintió. —Vale.—

—Stella.— Miré a mi hija. —Prométeme que no saldrás del apartamento. Quédate con mamá.—

Asintió con fuerza, las lágrimas aún en las pestañas. —Lo prometo.—

Le besé la frente, luego a Elena. —Me encargo de Nueva York y vuelvo rápido.—

—Ten cuidado—, dijo.

—Lo haré—, prometí. —Me voy a casar contigo. Voy a ver a Stella crecer. No se lo voy a regalar a nadie.—

Ella sonrió entre lágrimas. —Idiota.—

CAPÍTULO VEINTISIETE



Elena

Tras la marcha de Igor con Artyom, me quedé en el salón con Stella, dibujando. Los hombres de Igor lo habían dejado todo impecable: no quedaba ni una mancha de sangre en el suelo, el marco destrozado de la puerta había sido remendado a toda prisa. Solo flotaba un leve olor a desinfectante, un recordatorio amargo de que la pesadilla había sido real.

—¡Mamá, mira! —Stella alzó su dibujo, la pintura manchándole la carita—. Dibujé a papi, a mami y a mí.

Cogí la hoja. Tres palitos tomados de la mano; el más pequeño en el centro tenía el pelo rubio. Había pintado a papi de marrón, a mami de amarillo y había salpicado corazones rojos por todas partes.

—Buen trabajo, cariño. —La besé en la frente y algo dentro de mí se retorció. Después de todo lo ocurrido, ella ya había vuelto a ser la niña inocente de siempre.

—¿Mamá, tú dibujas también? —me ofreció un lápiz azul, los ojos brillantes.

—Vale. —Me senté junto a ella y dejé que las líneas salieran. Durante unos minutos respiré.

Unos diez minutos después fui a la cocina por un vaso de agua. Al volver, Stella seguía en el sofá, esa cabecita dorada inclinada sobre el dibujo. Un miedo sin nombre subió por mi estómago, una náusea rodante.

Me acerqué a la puerta y escuché. Debería haber guardias en el pasillo —Igor había reforzado la seguridad antes de irse y les ordenó bloquear todas las salidas—. Pero afuera reinaba un silencio inquietante. Ninguna conversación, ningún taconeo sobre el mármol. Solo mi respiración, apretándose.

El corazón me empezó a martillar.

—¿Hay alguien ahí? —llamé, la mano en el picaporte.

Silencio.

—¡Eh! ¿Alguien? —grité más alto.

Silencio. Maldita sea. Corrí la cortina y miré abajo. Unos sedanes negros estaban aparcados en la entrada del edificio —ventanas tintadas, motores apagados—. No eran los coches de Igor. No eran los de sus hombres.

El pulso se me disparó. Entonces llegó un golpe sordo por el pasillo, como algo pesado al chocar contra el suelo.

Luego—

¡Pum!

Un disparo desgarró el aire y se me heló la sangre.

—¿Mamá? —Stella levantó la vista, desconcertada—. ¿Qué es eso afuera?

—Tranquila, cariño. —Mi voz tembló, pero forcé la calma—. Ven aquí, rápido.

Dejó caer el lápiz y corrió hacia mí. La recogí en brazos.

Más disparos tronaron fuera: rápidos, desordenados.

—Tengo miedo. —Se acurrucó en mi cuello y apretó mi camiseta.

—Está bien, amor. —La besé en la frente, pero no aparté la vista de la puerta. Necesitaba un arma. Cualquier cosa.

Corrí a la cocina y saqué el cuchillo más grande del taco. La hoja destelló bajo la luz. Los disparos se acercaban. Oí voces en italiano, luego gritos. Grandes pasos retumbaron por el pasillo.

La cocina abierta me ofrecía una rendija de cobijo: había una despensa en la esquina con cajas amontonadas al lado. Me agaché y nos metí en el hueco entre las cajas y el mueble. Desde ahí podía asomarme por la barra al salón; un escondite que nadie imaginaría.

—Chisss —susurré en el oído de Stella—. No hagas ruido, ¿vale?

Ella asintió con fuerza y se tapó la boca con las manitas.

Los pasos se detuvieron fuera. Uno, dos, tres. El tiempo se dilató. Mi corazón golpeaba como un tambor de guerra. Las palmas me sudaban sobre el mango del cuchillo.

Entonces un estruendo: alguien irrumpió en la puerta, el marco astillándose.

Hombres entraron en avalancha. Trajes negros, armas alzadas. El líder debía medir casi metro noventa, con hombros como un muro. Sus zapatos dejaron marcas rojo oscuro en el suelo: sangre. Se me encogió el estómago.

Los guardias de Igor estaban muertos.

Por la rendija vi al líder escudriñar la habitación.

—Búsquenlas —gruñó en italiano.

Se dispersaron. Contuve la respiración, Stella pegada a mi costado. Los pasos se dirigieron hacia los dormitorios. Las puertas salieron volando. Los armarios fueron vaciados.

—¡Dormitorio limpio! —chilló una voz joven.

—¡Baño libre! —gritó otro.

Regresaron al salón. El líder miró por la ventana y luego hacia la cocina. La garganta se me cerró. Empezó a acercarse. Más y más. Apreté el cuchillo hasta que los nudillos me dolieron.

Abrió el mueble bajo el fregadero y se detuvo frente a la despensa. Su zapato lustrado estaba a menos de un metro. No respiré. Sentí a Stella temblar y le tapé la pequeña mano con la mía para que no hiciera ruido.

Empezó a mover las cajas. La primera se deslizó, luego la segunda.

Nos habían descubierto. Acerqué el cuchillo. Él lo esquivó. Sus ojos eran hielo.

—Suelte el cuchillo, señora. O no puedo garantizar que la niña salga ilesa.

No le creí. Empujé a Stella detrás de mí y apunté la hoja con manos temblorosas. —¡Aléjense! ¡No se acerquen!

—Suelte el cuchillo —repitió, apuntándonos con la pistola—. Última advertencia.

Miré el arma y luego a Stella. Si disparaba desde tan cerca... no había escondite.

—Por favor —mi voz se quebró—. Por favor, no le hagan daño. Es solo una niña.

—Bájelo —dijo, frío.

Apreté más. No podía soltarlo. Ese cuchillo era mi única esperanza.

Perdió la paciencia. Se lanzó, agarrándome del brazo. Le di al puño, pero fue más rápido. Cerró la otra mano sobre mi muñeca y torció. Un dolor agudo me atravesó y el cuchillo cayó al suelo con un chocar metálico.

—¡Mamá! —gritó Stella. Se soltó y se lanzó hacia él, sus puños diminutos golpeando el muslo del hombre—. ¡Suelta a mi mamá! ¡Hombre malo!

El matón la miró, la levantó del brazo como si fuera pluma y la arrojó a un lado. Cayó y golpeó el suelo con fuerza.

—¡Stella! —se me rompió el corazón.

Se incorporó con esfuerzo —la rodilla sangrando— pero no lloró. Mordió su labio, los ojos llenos de un miedo obstinado.

El líder hizo un gesto a un tipo joven para que sujetara a Stella.

—¡No la toquen! —pataleé, intentando liberarme, pero la presa en mi muñeca era una prensa de hierro. Un dolor vivo quemó mi brazo.

La cara de Stella se enrojeció; por fin las lágrimas rodaron. Intentó alcanzarme, pero el joven la sujetaba con fuerza. Pateó y chilló, pero su agarre era firme.

Dos hombres más me sacaron del rincón, uno a cada lado. Pisoteé y me lancé hacia mi hija, en vano.

—¡No! ¡Suéltame! —mi voz estaba destrozada.

Entonces resonaron tacones en el pasillo —nítidos, controlados—. Todos los matones se abrieron como ante una orden.

Entró Natasha.

Llevaba un vestido negro que ceñía cada curva peligrosa. Maquillaje perfecto; labios rojos curvados en una sonrisa satisfecha. Sus ojos marrones eran cuchillos cuando me miraron. Solo vi odio.

—Por fin nos conocemos —se detuvo a tres metros—. La ladrona que se llevó a mi prometido.

—¿Qué quieres? —mantube la voz firme a pesar de la necesidad ardiente de saber.

Natasha avanzó, taconeando. Alcanzó y apartó un mechón de mi cara —un gesto casi tierno que me erizó la piel.

—Por tu culpa, mi familia lo perdió todo. —Su voz se heló. Su dedo trazó mi mejilla como una cuchillada.

Apreté los dientes para no contestar.

—Cuando Igor rompió el compromiso, el FBI desmanteló nuestro negocio —dijo, con lágrimas brillando en el borde de los ojos—. Sin el apoyo de Vorontsov, pasamos del cielo al infierno de la noche a la mañana. Los acreedores vinieron como tiburones.

La voz le tembló. —Mi padre quedó acorralado —se pegó un tiro en la cabeza—. Mi madre lo vio y enloqueció.

Se me revolvió el estómago.

—Aún está en un manicomio, gritando cada día. —Natasha me agarró la barbilla y clavó las uñas en mi piel. Dolió—. Y tú estás aquí, viviendo feliz con una hija preciosa.

Miré a Stella; todavía la sujetaban contra el pecho del joven, los ojos húmedos. Me vio y estiró una manita hacia mí. —¡Mamá! ¡Quiero a mami!

—Cariño, no tengas miedo. —Me obligué a recomponerme entre los pedazos—. Mamá está aquí.

Natasha siguió mi mirada hasta Stella y una expresión cruel cruzó su rostro.

—¡Esto no es por ella! —grité—. Si buscas venganza, tómala conmigo.

Soltó mi barbilla y se acercó al que sujetaba a Stella.

—Déjame ver a la niña —pidió.

—¡No! —me abalancé, pero mis captores me retorcieron los brazos con más fuerza y me inmovilizaron.

Natasha se agachó frente a Stella y la observó con detenimiento. La barbilla de la niña estaba firme; los ojos azules, hinchados y desconfiados.

—No se parece en nada a Igor —murmuró, extendiendo la mano para tocar su cara.

Stella reaccionó: mordió el dedo de Natasha.

—¡Ay! —Natasha chilló y retiró la mano de un tirón.

—¡Pequeña...! —intentó Natasha, levantando la mano para abofetearla.

—¡No! —grité, sin voz—. ¡Natasha! ¡Tiene cinco años! ¡Por favor!

—El jefe ordenó no hacerles daño. Seguimos negociando con Vorontsov —intervino el líder, frenando a Natasha.

Su mano quedó en el aire. Respiró hondo y dejó que la ira subiera más caliente. Luego se enderezó y me miró. —Tranquila, Elena.

Hizo un gesto a los matones. —Llévenselas.

Nos sacaron. A Stella la llevaban entre sollozos por un pasillo salpicado de cuerpos: nuestros guardias yacían donde habían caído, la sangre extendiéndose por el suelo. Estuve a punto de vomitar.

—Los mataste —mi voz tembló—. Mataste a los hombres de Igor.

—No tomaron la decisión correcta. No merecen luto. —Natasha se alejó sin mirar atrás—. Hay quien sigue al que paga más.

Había un topo entre nosotros. Se me hundió el estómago.

Un viento frío nos golpeó mientras nos arrastraban afuera. La noche había caído por completo. Las farolas escupían charcos pálidos de luz. Los sedanes negros esperaban. Los hombres abrieron puertas y nos arrojaron a los asientos traseros.

—Métanse —gruñó el que me había sujetado del brazo.

Me lanzaron al fondo de un coche. A Stella la metieron en otro. Pegó las manos a la ventanilla y golpeó el cristal, formando con los labios la palabra: —Mamá—, una y otra vez.

—¡Stella! —me lancé, pero la puerta se cerró de golpe.

—Silencio. —El hombre a mi lado gruñó—. O te tapo la boca con un trapo.

Me mordí el labio y me obligué a callar.

Los coches cruzaron la ciudad a toda prisa. Intenté seguir la ruta, pero pronto abandonamos las calles pobladas y nos internamos en un polígono industrial.

Tras unos veinte minutos paramos en un muelle abandonado. No había luces; apenas unos faroles titilaban en barcos lejanos. Nos arrastraron sobre el hormigón helado. El viento me azotó la cara. Un

enorme carguero se alzaba en el muelle: docenas de hombres armados en la cubierta.

Un hombre estaba en la pasarela con un traje a medida, el pelo engominado hacia atrás. Nariz aguileña, cicatrices en la cara. Al verme, se dibujó en su boca una sonrisa satisfecha.

Aunque nunca lo había conocido, lo reconocí: Salvatore.

—Bienvenida, señorita Elena —dijo, con suficiencia.

Me empujaron por la pasarela. Las tablas crujieron bajo los pies. Los llantos de Stella me siguieron, pero no podía volver la cabeza.

En cubierta había un mástil pesado. Dos hombres me arrastraron hasta allí y me ataron las muñecas al poste con una cuerda áspera. Forcejeé, pero las fibras mordieron mi piel; cada nudo apretaba como una brasa.

—¡Mamá!

Miré hacia arriba y vi que traían una jaula de hierro. Era pequeña —unos tres metros cúbicos—. Metieron a Stella dentro. Ella agarró los barrotes y apoyó la frente en la malla, gritando: —¡Mamá! ¡Mamá!

Colocaron la jaula a unos cinco metros de donde yo estaba atada: lo bastante cerca para ver cada lágrima, lo bastante lejos para no poder tocarla.

—Cariño, escucha a mamá. —Forcé la voz aunque las lágrimas me nublaban—. No tengas miedo, ¿vale? Como cuando jugamos a escondidas. Papá vendrá por nosotras pronto.

—¿De verdad? —susurró, delgadita.

—De verdad. —Forcé una sonrisa entre los pedazos de mí—. Papá es el más fuerte, ¿verdad? Nos va a salvar. Sé valiente, como una princesita.

Ella asintió con fuerza y se aferró a los barrotes. Me dolía el corazón como un cuchillo, pero tenía que mantenerme en pie. No podía dejar que me viera desmoronarme.

Natasha observaba a un lado, disfrutando del espectáculo. Salvatore se acercó a la borda, encendió un puro y el humo se enroscó en la noche.

—Dile a Vorontsov —dijo—. Dile que su mujer y su hija están en nuestras manos.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



Igor

—Don, los hombres de Salvatore se retiraron —dijo Sergey por teléfono, la voz tensa de pánico.

Estaba sentado en el asiento de cuero del jet privado, frente a un Artyom ensangrentado. Acabábamos de pelear y dejar atrás un pueblo italiano; íbamos rumbo a Nueva York —Salvatore acababa de golpear la ciudad con fuerza y yo tenía que volver a tomar el control.

—¿Qué? —entrecerré los ojos—. Dilo otra vez.

—Hace cinco minutos. Se retiraron todos a la vez —soltó Sergey atropellado—. Íbamos a chocar en el muelle de Brooklyn, pero se echaron atrás.

Una sensación fría y nauseabunda me golpeó las sienes como agua helada. Salvatore no era de los que se retiraban sin motivo. Llevaba meses preparando ese golpe contra Nueva York, moviendo gente y recursos. No lo abandonaría por capricho.

A menos que —a menos que Nueva York fuera un señuelo. A menos que su verdadero objetivo no fuera Nueva York.

—Mierda. —Colgué y me levanté de un salto—. Artyom, da la vuelta al avión. ¡Ahora!

—¿Don? —Artyom se quedó paralizado.

—¡Llévanos de vuelta a Italia! —bramé—. Elena y Stella están en peligro. Maldita sea —Salvatore me atrajo con Nueva York para sacarme y golpear Italia mientras yo no estaba—

El teléfono vibró antes de que acabara de hablar. El nombre en la pantalla me heló: Natasha. Ella no llamaba salvo que viniera algo fatal.

La mano me tembló al contestar.

—Igor. —La voz de Natasha sonaba fría, satisfecha—. Cuánto tiempo.

Apreté el teléfono hasta que me dolieron los dedos. —¿Qué quieres?

—¿Yo? —rió, suave—. Te extrañé. Extrañé tu voz, tu mirada, esa maldita frialdad. Durante cinco años repasé tu cara en el banquete del compromiso —esa expresión cuando estabas dispuesto a tirarlo todo por otra mujer.

—Ve al grano. —Me latía la sien.

—No seas impaciente, cariño. —rió con una especie de canturreo —. Te traje un regalo. Revisa tu teléfono.

La línea se cortó.

Segundos después mi teléfono vibró. Llegaron dos fotos. Las abrí y el mundo se hundió.

La primera mostraba a Elena atada al mástil, su pelo rubio enmarañado y cayendo, el rostro pálido por el miedo. La segunda era peor: Stella encerrada en una jaula de hierro, sus manitas aferradas a los barrotes, la carita empapada en lágrimas.

Luego llegó un video tembloroso. La cámara se centró en Elena y se acercó despacio. Vi cada detalle: el enrojecimiento crudo en las comisuras de sus ojos, sus labios agrietados y pálidos. Una mano con las uñas pintadas de rojo entró en cuadro, agarró el pelo de Elena y tiró hacia atrás. Elena cerró los ojos por el dolor, mordiendo el labio sin hacer ruido.

—¿Lo ves, Igor? —la voz de Natasha sonó en el clip, afilada y desquiciada—. Mira a tu mujer ahora. Y—

La cámara giró hacia Stella. La nena gritó, desgarrada y desesperada: «¡Mamá! ¡Quiero a mamá! ¡Papá, sávanos!»

—Tu hija —dijo Natasha, fría—. Ha estado llorando, llamándote. Patético.

La voz de Elena, ronca y suplicante, pidió: «¡No toques a mi hija! ¡Natasha!»

Natasha se rió —un sonido agudo, loco—.

—Recuerda, Igor. Dos horas. Vienes solo al muelle 76. Un minuto tarde y te haré escuchar sus gritos.

El video se cortó. Me quedé mirando la pantalla negra. Los pulmones me ardían. Sentía la sangre hervir. Cada nervio gritaba correr a ese carguero y arrancarle la cabeza a Natasha.

Me obligué a respirar. Perder el control no las salvaría. Artyom ya notaba que algo iba mal y esperaba órdenes.

—Artyom —dije, frío y preciso, cada palabra medida—. Saca mapas detallados e imágenes satelitales del muelle 76. Quiero cada centímetro. Estamos planeando un rescate.

—¡Sí, Don! —Artyom arrebató la tableta y sus dedos volaron. En un minuto, imágenes satelitales en alta definición llenaron la pantalla.

Me incliné. Un muelle industrial abandonado, tres enormes naves-almacén, un carguero oxidado amarrado a un costado. Patios de contenedores a su alrededor. Al este, un bloque de oficinas en ruinas de diez pisos.

—Ahí —señalé el edificio de oficinas—. Posiciones de francotirador. Unos trescientos metros con vista directa a la cubierta.

Artyom lo marcó.

—Patios de contenedores —arrastré el dedo por la pantalla—. Este y oeste. Los equipos de asalto pueden ocultarse allí y dividirse para rodear.

—Entendido.

—El equipo acuático entra por aquí —señalé la rampa del otro lado—. Cortad cualquier escape por mar. Si intentan escapar en barco, hundidlo.

—Sí, Don.

—Seguid mis órdenes al pie de la letra.

Artyom asintió y avisó a los hombres que dejamos en Italia. Abrí el armero, comprobé una Glock 19 cargada y me la deslicé a la espalda baja. Una Beretta Nano nueva fue a una funda en el tobillo derecho, oculta bajo el dobladillo del pantalón. Un cuchillo ruso y una hoja de perfil bajo se deslizaron a las mangas, uno a cada lado.

Todo estaba listo. El avión inició el descenso. Cincuenta minutos en mi reloj. Artyom dijo que el coche esperaba en el aeródromo privado de Nueva York. Aterrizamos, taxamos, y la puerta de la cabina suspiró abierta en la noche fría.

Un Bentley negro esperaba en la pista. Mis hombres abrieron la puerta cuando puse el pie en tierra.

Conduje a toda prisa durante la noche. La ciudad se volvió rayas de luz. Mi cabeza repasaba escenarios: Natasha se había vuelto loca; Salvatore quería mis rutas de armas y los canales de blanqueo en la Costa Este. Dos depredadores se habían alineado: uno para arruinarme, el otro para quitarme territorio. Ambos tenían a mi familia.

Un mensaje de Artyom: [Gente en posición, esperando tu orden.]

Silencié el teléfono y lo guardé en el bolsillo.

Aparqué a unos quinientos metros del muelle 76 y caminé el resto. El viento olía a sal y óxido. Mis zapatos golpeaban el hormigón agrietado en un ritmo constante.

Cada paso me acercaba más a Elena y Stella —y a los cuchillos en mi garganta.

El carguero se alzaba como una bestia dormida bajo la luna, su casco salpicado de óxido. Sombras se movían en cubierta; el metal de los fusiles brillaba a la luz. Una pasarela subía. La tomé.

Cinco tipos grandes en cubierta empuñaron AK-47 en cuanto puse el pie.

—¡Alto! —gruñó uno—. Órdenes de cachearte antes de subir. ¡Coopera!

Me quedé quieto.

El mandamás me registró al amparo de su tripulación. Me dio una palmada en la chaqueta, sacó el teléfono de mi bolsillo y lo tiró a un lado. Me palpó las axilas, la cintura —y su mano dio con la Glock en mi riñón.

—¡Pistola! —gritó, la arrancó y la lanzó a un compinche.

Hurgó más y encontró la funda del tobillo. —¡Otra! ¡Lleva dos!

Se llevaron las dos armas. No mostré nada; todo era teatro.

—¿Basta? —pregunté, sereno.

Me dio una última palmadita, hizo una seña a los suyos y bajaron las armas. Avancé hasta el centro de la cubierta.

—Espera.

Una voz femenina, empalagosa y cortante, cortó la noche.

Los tacones resonaron sobre el metal cuando Natasha surgió de las sombras. La luna brilló en su abrigo de cuero negro. Mandó al grandote a un lado y vino hacia mí.

—Igor. —Cuchicheó y levantó una mano con uñas rojas hacia mi cara.

Aparté su mano con un gesto pequeño y controlado.

Sus dedos quedaron en el aire. Su sonrisa se rompió un instante y volvió a encajar. —Sigues tan orgulloso. Antes me mataba esa arrogancia. Esa mirada intocable. Ese hielo.

—Termina el registro y déjame pasar. —Mi voz era plana—. No perdamos el tiempo.

—Ay, ay. —Apoyó la palma en mi pecho—. Me aseguraré de que no escondas nada peligroso.

Desabrochó mi chaqueta con una lentitud deliberada, una provocación que olía a castigo. Observé con la expresión de piedra.

—¿Crees que eso me va a enfadar? —dije con una mueca burlona—. Te has vuelto patética, Natasha. Antes la hija dorada de los Ivanova, y ahora esto por un sorbo de poder.

Sus dedos se clavaron en el tatuaje de mi pecho —Property of Elena— y hundió una uña en él. —¿Tú, don de la Bratva, te marcas por una cualquiera de la calle? ¿Te lo pones sobre el corazón? Igor, nunca hiciste algo así por mí. ¡Nunca!

—Porque nunca te amé. —Intervine, cada palabra deliberada—. El compromiso fue política familiar. Tú lo sabes.

Su rostro se torció en rabia. Luego se rió, áspera y amarga.

—Claro. Nunca me amaste. Tu corazón pertenece a esa puta. Pues —añadió, con un hilo de triunfo— ahora ella es mía.

Continuó registrándome. Al agacharse para revisar mis pantorrillas lo hizo más despacio, frunciendo el ceño como si algo no cuadrara.

—¿De verdad no llevas nada más? —murmuró, desconcertada por la minuciosidad.

Se incorporó y me examinó, buscando una grieta.

—No puede ser —dijo de pronto—. No serías tan fácil —y hundió la mano en la manga derecha, donde la tela era apenas más gruesa. Sus dedos toparon con algo duro. Sus ojos brillaron. Arrancó el cuchillo ruso.

—Te lo dije —dijo, jugueteando con él con suficiencia—. Siempre te gusta estar preparado.

Una sonrisa se tensó en mi boca.

—¿Sí? —dije, con un deje de diversión.

Su triunfo se congeló un segundo, luego lanzó el cuchillo a un matón.

—Olvídalo —se enderezó, alisando el abrigo—. Aunque tuvieras más, contra decenas de nuestras armas no serviría.

—Entra —dijo, la voz cargada de veneno—. Aquí es donde desearías estar muerto.

Me abotoné la chaqueta despacio y caminé hasta el centro de la cubierta, anotando en la cabeza cada fusil y cada posición.

Entonces vi a Elena atada al palo mayor y a Stella en la jaula de hierro. Los ojos de Elena se iluminaron al encontrar los míos, y luego se llenaron de miedo. Negó con la cabeza frenéticamente, labios moviéndose sin sonido: Salte, es una trampa.

El pecho se me apretó.

—¡Papá! —la voz de Stella cortó el aire. Se aferró a los barrotes, los ojos hinchados pero brillando de fe—. ¡Papá, viniste! ¡Sabía que vendrías!

—Estoy aquí, pequeña. —Mantuve la voz firme aunque sentía que me rompía—. Papá está aquí para sacaros.

Quería correr, arrancarlas, matarlos a todos. En lugar de eso, mantuve la posición. Necesitaba control frío.

—Qué conmovedor. —Natasha se deslizó a mi lado, rezumando desprecio—. Qué bonita familia. Lástima—

Alzó la pistola y apuntó a la sien de Elena. —Esta imagen está a punto de estropearse.

Cada músculo de mi mano se tensó hasta que me dolieron las palmas.

—Natasha. —Las palabras salieron entre los dientes—. Esto es entre tú y yo. No con ellas.

—¿Con ellas? —se rió como quien ha perdido la razón—. ¡Ella arruinó mi vida! Por ella rompiste el compromiso. ¡Por ella, mi padre se pegó un tiro! ¡Por ella, mi madre enloqueció! ¡Soy el hazmerreír! ¿Y me dices que no es por ellas?

—Fueron mis decisiones. —Di un paso adelante y todas las armas se clavaron en mí—. Yo rompí el compromiso. Si quieres venganza, tómala conmigo.

La rabia brilló en sus ojos.

—¿Crees que no he querido matarte? —bajó la voz a un susurro hueco—. Igor, soñé con matarte. Pero matarte sería demasiado fácil. Quiero que lo pierdas todo. Que veas morir a los que amas. Que vivas los cinco años de dolor que yo viví.

El cañón rozó la sien de Elena. Ella cerró los ojos y articuló algo para mí.

Vi sus labios formar: Te amo.

—Ahora —dijo Natasha, con una perversa delectación—. Elige, Igor. Tu mujer o tu hija. Solo puedes salvar a una.

Stella gritó desde la jaula: «¡No! ¡No lastimen a mamá! ¡Papá, salva a mamá!»

—Te doy tres segundos. —Natasha sonaba como quien juega—. Si no eliges en tres segundos, las mato a las dos. Tres—

Cada músculo en mi cuerpo se tensó. La mente se me enfrió y se puso a funcionar como máquina, calculando distancias, ángulos, tiempos de reacción.

—Dos—

Su dedo apretó el gatillo y el cañón del arma quedó apoyado en la frente de Elena. El corazón me martillaba, pero una parte de mí estaba ferozmente tranquila. Había imaginado cada movimiento cientos de veces.

Mi pantorrilla se enroscó como un resorte. La mano izquierda flotó, lista para dar la señal a los equipos.

Entonces —«¡Basta!»

Una voz grave con marcado acento italiano cortó la noche. Salvatore apareció desde la cabina en un traje caro, con un puro

cubano humeando entre los dientes. El humo se enroscó a la luz de la luna. Su nariz aguileña proyectó sombra; sus ojos castaños eran afilados como halcones.

Se acercó a Natasha y la obligó a bajar la mano.

Por una fracción de segundo la presión en mi pecho aflojó.

—Basta, Natasha. —Su voz fue plana y absoluta—. Vas a arruinar la presa antes de cobrarla.

Natasha apretó la mandíbula y volvió a guardar el arma, apartándose.

Salvatore me miró de arriba abajo, soltó una bocanada de humo y me ofreció una sonrisa cargada de intención.

—El amor hace un lío de un hombre —dijo—. Pareces agotado.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Directo —sonrió—, me gusta. —Se acercó; era algo más bajo que yo—. Sabes lo que quiero, Igor.

Un matón presentó una carpeta con ambas manos. Salvatore la tomó y prosiguió.

—Aquí tienes una lista de tus operaciones en la Costa Este: rutas de armas, canales de blanqueo, almacenes en Brooklyn y en otros sitios. Transfieres todo a mí y tu mujer y tu hija viven. ¿Justo?

Me acercó los papeles y sacudió la ceniza del puro.

Miré el expediente. No lo cogí.

—Necesito tiempo —dije.

—¿Tiempo? —Salvatore alzó una ceja—. ¿Pretendes negociar?

—No puedo decidir esto solo. —Me mantuve frío—. Las reglas de la Bratva. Un movimiento así necesita una reunión familiar. Tengo que convencerlos.

Me miró, sopesando si estaba perdiendo el tiempo.

—Dame una semana. Llamaré la reunión y los haré entrar. Entonces firmo todo.

—Una semana es demasiado —negó Salvatore.

—Tres días —dije—. Tres es mi límite. Menos no puedo convencer a los viejos.

Él pensó, y al final asintió. —Tres días. Pero tu mujer y tu hija se quedan aquí como garantía. Dentro de tres días traes los papeles firmados y las entregas. Intentas algo—

—Morirán de formas horribles —remató Natasha, vibrando de emoción.

—¡No! —gritó Elena—. ¡Igor, no confíes en ellos—

Un guardia le tapó la boca con la mano. Stella gritó dentro de la jaula.

El pecho me pesó como hormigón. Tenía que mantenerlas vivas. Tenía que esperar el momento justo.

—Déjame hablar con ellas —exigí.

Salvatore sostuvo mi mirada un largo segundo.

—Si no me lo permites, se acaba el trato —dije.

Apagó el puro con la suela del zapato y exhaló humo. —Bien. No intentes nada. Mis hombres las tendrán apuntadas. Cualquier movimiento y mueren al instante.

No dije nada y me acerqué a Elena. Dos guardias alzaron rifles y nos apuntaron.

Me detuve frente a ella y miré sus ojos hinchados y enrojecidos.

—Igor. —Su voz sonó rasposa.

Rozé su mejilla con el pulgar y aparté un mechón de pelo tras la oreja.

—Lo siento. Tendría que haber dejado a Artyom en el apartamento.

Elena negó con la cabeza. —No es culpa tuya. Hay una fuga en tu seguridad. Por ahí entró la gente de Natasha.

Un traidor. Los dedos se me cerraron. Tragué la oleada de ira. El castigo vendría después. Ahora la prioridad era sacarlas con vida.

La atraje en un abrazo rápido y controlado. Tenían las armas apuntándonos, pero no avancé más. Puse la boca en su oído y susurré: —Escucha. Te dejaré una hoja en la mano cuando pueda. Úsala cuando llegue el momento. No te hagas daño.

Asintió con tal fuerza que pareció un estremecimiento.

Con un gesto pequeño y ensayado, deslicé la hoja desde la manga a su palma —rápido y casi imperceptible. Me aparté fingiendo apartarle un mechón de pelo, manteniendo el gesto público y tierno.

La mano de Elena cerró la pequeña hoja. Sus ojos se abrieron. Lo entendió.

—¡Basta! —estalló Salvatore—. Te has tardado demasiado.

La solté y me agaché ante la jaula de Stella. La nena estiró la mano hacia mí.

—¡Papá! ¡Papá, un abrazo!

Metí los dedos por los barrotes y tomé su manita fría. —Fuiste valiente, Stella. Papá está orgulloso.

—No tengo miedo —sollozó, tratando de mostrarse valiente—. Mamá dijo que vendrías. ¿Cuándo nos vamos a casa?

—Pronto, pequeña. Muy pronto. —Le besé los nudillos.

—Los negocios primero. —La paciencia de Salvatore se había agotado—. Tres días. Traes los papeles firmados aquí. Cualquier truco y mueren.

Me incorporé y les lancé a Elena y a Stella una última mirada. La mano de Elena ya trabajaba la hoja contra las cuerdas, haciendo cortes casi invisibles, pacientes en las fibras. Solo yo lo noté.

Bien. Todo se movía como debía.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



Elena

La cuchilla que Igor me había dado era diminuta, casi no pesaba en la palma de mi mano. Pero era nuestra única salida.

Me tembló la mano, pero me obligué a controlarla. La cuerda era gruesa y me cortaba la piel. Apoyé la cuchilla contra las fibras y empecé a trabajar, centímetro a centímetro. Despacio. Con cuidado. En silencio. No podía permitir que los dos hombres que me vigilaban lo notaran.

Vi a Igor sujetando la manita de Stella—Stella confiando en él, aferrada a él.

Se rompió la primera fibra. Seguí cortando. Salvatore gruñó a Igor que se diera prisa. El corazón me latía en la garganta; el tiempo se acababa. No me detuve. Se rompió la segunda fibra.

—¿Ver a tu hombre morir por ti… qué se siente? —siseó Natasha en mi oído. Salté, casi dejé caer la cuchilla. Cerré los dedos alrededor y la escondí en la palma.

—¿No vas a hablar? —se inclinó tanto que sus labios rojos rozaron mi mejilla—. ¿O estás demasiado asustada para decir nada?

Respiré hondo y me forcé a mirarla a los ojos.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que suplique?

—Suplicar no te va a salvar —sonrió—. Te voy a matar. Despacio. Con dolor. Voy a hacer que Igor te vea morir. Se volvería loco.

—Nunca lo tendrás —dije, con calma, sin dejar de cortar la cuerda—. Porque él nunca te quiso.

Su sonrisa se hizo rígida.

—No lo entiendo —dijo Natasha, de pronto casi sincera, confusa —. ¿En qué soy inferior a ti? Soy más guapa. Puedo hacer más. Soy la reina correcta de la Bratva. Dime, ¿qué tiene de malo en mí?

Se rompió la tercera fibra. Quedaba un hilo fino.

—¿Quieres saber? —dije—. Entonces inclínate.

Ella se inclinó—lo bastante como para ver los vellitos de su cara. En ese instante la última cuerda se rompió. Mis manos quedaron libres. No lo dudé. La agarré del cuello con todo lo que tenía, la tiré hacia mí y le clavé la rodilla con fuerza en el estómago.

—¡Ah! —se dobló; una pistola se le resbaló de la mano y cayó al suelo con un ruido sordo.

Antes de que pudiera recuperarse, la tenía del pelo con una mano y la cuchilla presionada contra su garganta con la otra.

—¡No te muevas! —ordené.

Natasha se quedó rígida. Podía sentir el acero; esa finísima lámina cortaría con la más mínima presión. Los dos hombres que me vigilaban alzaron sus armas al instante, fríos cañones apuntando.

—¡Soltadla! —gritó uno.

—¡Primero dejad caer las armas! —respondí, empujándola delante de mí como un escudo y clavando la hoja aún más en su pálido cuello.

Ella intentó forcejear, luego siseó y miró hacia abajo: una fina línea de sangre se filtraba bajo la hoja.

—¡No! —su voz tembló—. N-no me muevo.

Tembló como una hoja. Esa mujer arrogante y furiosa por fin tenía miedo.

—Diles que suelten las armas —ordené.

Lo hizo, pero los hombres dudaron, con las armas todavía apuntando.

—¡Dije que las soltéis! —gritó Natasha, el miedo volviéndole la voz aguda y áspera—. ¡Idiotas! ¡Me va a matar!

La cubierta quedó congelada un segundo. Salvatore se giró y nos vio: yo sujetaba a Natasha; su cara se volvió gris. Mis ojos pasaron

de él a Igor. Me miró, con orgullo brillando en su mirada. Luego, con una leve sonrisa en una comisura, hizo un gesto con la mano, bajándola.

Casual—pero detonó todo.

Disparos estallaron desde todas direcciones—desde los costados del barco, desde el mar oscuro, desde rincones que ni siquiera podía ver.

Puntos láser rojos aparecieron sobre los hombres de Salvatore y las balas comenzaron a llover.

Los dos que me custodiaban ni siquiera tuvieron tiempo de girarse. A ambos les estallaron las cabezas a la vez. No hubo tiempo para gritar. Me pegué a Natasha, usando su cuerpo para cubrirme de lo que pudiera venir volando.

Hombres vestidos de negro rapelaron desde la cubierta superior, treparon por la barandilla, hasta salieron del agua y se subieron a bordo. Se movían como profesionales: silenciosos, letales, sincronizados.

Algunos de los hombres de Salvatore intentaron devolver el fuego, pero cayeron antes de apretar el gatillo. Otros corrieron hacia la cabina y fueron abatidos en dos pasos, con balas en la espalda.

—¡Quítame de encima! —chilló Natasha entre patadas—. ¡Joder! ¡Moriréis! ¡Todos!

No la escuché. Mantube la cuchilla en su arteria.

Igor se movió como un depredador. Saltó sobre el matón más cercano, le arrancó la pistola, le torció la muñeca hasta que oyó un crujido. Giró el arma y disparó—tres tiros, tres hombres al suelo.

Sus movimientos eran secos y letales. No desperdició nada. La pelea continuó, pero la marea había cambiado.

Salvatore estaba en el centro de la cubierta, viendo caer a sus hombres, el rostro pálido como el hormigón. Sabía que estaba perdiendo. No iba a rendirse. Buscó torpemente una pistola plateada en la cintura y la apuntó a la espalda de Igor.

Igor forcejeaba con otro y no lo vio.

—¡Cuidado! —grité.

Se volvió. Una bala le atravesó el hombro, desgarrando la tela de su traje negro, pero apenas pestañeó.

Se lanzó contra Salvatore. Chocaron con brutal fuerza; la pistola salió volando de la mano de Salvatore y rodó por la cubierta. No era una pelea coreografiada de película: sin florituras, sin acrobacias—solo combate crudo y salvaje. Cada puñetazo buscaba acabar con aquello.

Salvatore, viejo pero feroz, le impactó en las costillas a Igor. Igor gimió—se me encogió el pecho—pero sus ojos siguieron duros, concentrados. Salvatore lanzó un cruzado a la cara; Igor se echó hacia un lado, lo esquivó y le clavó un codo en la nariz.

Crack. El crujido del hueso al romperse me revolvió el estómago.

Salvatore dio un paso tambaleante, sujetándose la nariz mientras la sangre brotaba entre sus dedos. No cayó. Gruñó y embistió. Igor lo recibió, lo torció, le bloqueó un brazo y lo volcó con un perfecto lanzamiento de hombro. Salvatore voló en un arco brutal y se estampó contra la cubierta. El impacto retumbó en las tablas.

El cráneo golpeó con fuerza. Quedó aturdido; levantarse no era opción. Igor se montó sobre él y llovieron puñetazos hasta que Salvatore dejó de moverse—la cara hecha un amasijo ensangrentado—y por fin se apartó. Su pecho subía y bajaba. Aún había rabia en sus ojos, pero cuando me miró, aquello se suavizó en algo casi tierno.

Los disparos fueron amainando. A nuestro alrededor, el enemigo yacía roto y en silencio. Los hombres de Igor controlaban la cubierta, con las armas barriendo la escena.

Habíamos ganado.

—¡Mamá! —la voz de Stella cortó la niebla. Seguía en la jaula, sus manitas aferrando los barrotes, la cara descolorida.

—¡Stella! —quise correr, pero Natasha seguía en mi agarre.

—No siempre ganarás —siseó Natasha de pronto—. ¿Crees que la próxima vez, si pasa algo así, Igor siempre te salvará como ahora?

—¡Cállate! —apreté la cuchilla más y le trazé otra línea roja en el cuello.

Igor vino andando, la cara salpicada de sangre, el traje rasgado en jirones.

—Átadla —ordenó a los dos hombres a su lado.

Dos tipos de negro nos separaron. La tiraron al suelo y le ataron las muñecas y los tobillos con cuerdas bastas.

—¡No, suéltame! —gritó, pero la trataron como un bulto y la arrastraron a un lado.

También habían inmovilizado a Salvatore. Estaba inconsciente, la cara hinchada hasta volverse irreconocible.

Solo entonces comprendí lo que aquello significaba: estábamos a salvo. La cuchilla se me deslizó de los dedos entumecidos y cayó a la cubierta.

Igor me envolvió con sus brazos. Su abrazo era cálido e increíblemente sólido. No pude contener las lágrimas. El miedo, la adrenalina y el agotamiento me golpearon de golpe. Lloré hasta que los hombros me temblaron y mis lágrimas empaparon su traje.

—Se acabó —susurró en mi cabello, su mano grande rozándome la cabeza—. Fuiste muy valiente, Elena. Lo hiciste genial.

—Tenía tanto miedo —sollozé—. Pensé... pensaba que...

Me besó la frente. —Estamos vivos. Nos salvaste a todos.

—¡Stella! —lo aparté y él no se resistió.

—Lo sé —dijo, suave.

Corrimos hacia la jaula juntos. Los hombres de Igor ya forzaban el candado, herramientas chocando contra el metal. Igor no esperó. Cogió una pistola que había caído en la cubierta y la apuntó al candado.

—¡Atrás! —ordenó.

Disparó. El candado voló en pedazos, fragmentos de metal saltando por todas partes.

La reja se abrió. Stella se lanzó a mis brazos.

—¡Mamá! ¡Mamá! —sollozó, sin aliento, aferrándose a mi camiseta como si le fuera la vida.

—Está bien, cariño. Está bien —la abracé hasta que dejó de temblar.

Igor nos envolvió a las dos por detrás, la barbilla apoyada en mi cabeza, su aliento cálido en mi pelo. Los tres acurrucados bajo la luna, la cubierta alrededor manchada de sangre y cuerpos. Pero estábamos vivos. Estábamos juntos.

—Nos vamos a casa —dijo Igor, la voz baja y ronca.

Alzó a Stella y ella se encaramó a su hombro, enterrando la cara en su cuello.

—Papá —susurró, tan pequeña—. Te he echado tanto de menos.

—Yo también te eché de menos, princesita —murmuró Igor, besando su cabello—. Perdona si te asusté.

—No estuve tan asustada —dijo Stella, mirando hacia arriba con una valentía solemne—. Porque sabía que mamá y papá me salvarían.

Los ojos de Igor se humedecieron. El hombre que no había pestañeado bajo una lluvia de balas tenía lágrimas por la simple verdad de una niña. Buscó mi mano. La tomé, sintiendo el calor y la fuerza en su palma.

Los tres caminamos por el campo de batalla arruinado, sorteando a los caídos, hacia la lancha rápida que esperaba no muy lejos.

La luz de la luna brillaba en el agua. La brisa cortaba el olor a sangre y pólvora. Por primera vez en mucho tiempo, podíamos volver a casa.

CAPÍTULO TREINTA



Elena

La luz de la mañana entraba a raudales por los ventanales, proyectando sombras suaves sobre las sábanas blancas. Abrí los ojos y lo primero que vi fue el rostro de Igor.

Seguía dormido, sus rasgos masculinos suavizados por la claridad matinal. Extendí la mano y le acaricié la mejilla, los dedos recorriendo su mandíbula marcada.

Sus párpados temblaron y se abrieron; esos ojos verde profundo se clavaron en los míos.

—Buenos días —dijo, la voz áspera, todavía con sueño.

—Buenos días —respondí con una sonrisa.

Me atrajo hacia sí y apoyó la barbilla sobre mi cabeza. Nos quedamos así, abrazados, saboreando ese raro momento de silencio.

Habían pasado dos semanas desde aquel rescate que nos dejó el corazón en un puño. Seguía teniendo pesadillas: Stella llorando en esa jaula, la risa maníaca de Natasha, la sangre, los disparos. Cada vez que despertaba sobresaltada, Igor me abrazaba y repetía que todo había terminado.

—¿En qué piensas? —preguntó, su voz retumbando sobre mí.

—En ti —contesté sinceramente—. En nosotros.

Guardó silencio un instante y suspiró.

—Elena —dijo con voz grave—, tengo que pedirte perdón otra vez.

Lo miré.

—¿Por qué?

—Por lo de antes —sus ojos se llenaron de culpa—. Por no haber tenido el valor de elegirte, por haberte hecho sufrir tanto, por…

Le apoyé un dedo en los labios.

—Para —susurré—. Eso ya quedó atrás.

—Pero yo…

—Igor —lo miré a los ojos—, ¿sabes lo que pensé cuando apareciste solo en ese barco?

Negó con la cabeza.

—Pensé que este hombre arriesga su vida por mí y por Stella. Podía haber entrado con sus hombres, pero fue solo porque no quería que nos hicieran daño —dije, sincera—. En ese momento supe que nos querías de verdad. Lo has demostrado con hechos. No nos vas a traicionar.

Los ojos de Igor se humedecieron.

—Creí que las iba a perder a las dos —dijo con la voz quebrada —. Verte atada, a Stella en esa jaula… nunca pasé tanto miedo. No le temo a morir, pero a perderos…

—No nos perdiste —le besé la comisura de la boca—. Estamos aquí. Una familia, juntas.

Me apretó contra su pecho como si quisiera fundirme en él.

—Te quiero, Elena —susurró en mi oído—. Esta vida, la próxima, nuestras almas siempre juntas. Te querré para siempre.

—Yo también te quiero —dije—. Igor.

Nos quedamos un rato más abrazados, hasta que sus manos comenzaron a recorrerme con impaciencia.

Me aparté riendo.

—Stella está a punto de despertarse.

—Déjala dormir un poco más —murmuró, besándome el cuello—. Te quiero ahora.

—Si ya lo hiciste anoche…

La puerta del dormitorio se abrió de golpe antes de que acabara la frase.

—¡Papi! ¡Mami! —entró Stella con su pijama rosa, subiendo a la cama y colocándose entre nosotros—. ¡Tengo hambre!

Igor suspiró y me soltó.

—Vale, princesita —dijo, pellizcándole la naricilla con cariño—. ¿Qué quieres?

—¡Tortitas! ¡Tortitas de chocolate!

—Hagámoslas juntos, ¿vale?

—¡Vale!

Al verlos bajar, el corazón se me llenó de calor. Esa era la vida que quería: sencilla, acogedora, llena de amor.

Esa tarde Igor recibió una llamada. Habló largo rato en el despacho y salió con el gesto sombrío.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se sentó en el sofá y me atrajo a su regazo.

—Es sobre Salvatore y Natasha —dijo—. ¿Quieres saber?

Vacilé un segundo y asentí.

—Salvatore está encerrado en una de nuestras casas seguras —me contó—. Esperando un juicio conjunto de ambas familias. Rompió las reglas de la familia italiana y dañó a la nuestra. Por tradición lo ejecutarán.

No dije nada. Salvatore casi nos mata a Stella y a mí; se lo merecía.

—Y Natasha —hizo una pausa— la hemos devuelto a Rusia.

—¿Devuelta a Rusia? —me sorprendí—. ¿La dejaste escapar?

—No exactamente —negó Igor—. Se volvió loca. Tras sacarla del barco empezó a delirar. La ingresé en un hospital psiquiátrico en Moscú. Los médicos dicen que su mente está hecha pedazos; no tiene arreglo.

No supe qué decir. Natasha había sido tan orgullosa, tan segura, tan bella. Ahora estaba trastornada.

—¿Te da pena? —preguntó Igor.

—No —respondí con franqueza—. Casi nos mata. No la perdono. ¿Y tú? ¿Qué sientes por su destino?

Se quedó callado largo rato.

—Intentó asesinarlas —dijo por fin—, así que ha recibido lo que merecía. Yo quería matarla, pero la locura la hará sufrir más. La muerte es demasiado fácil.

Su oscuridad me sorprendió, pero no me asustó. Lo abracé con más fuerza.

A la cena, los tres nos sentamos a la mesa. Era mi regla: pasara lo que pasara, cenábamos juntos.

Igor cortaba su filete mientras Stella parloteaba sobre el colegio.

—Hoy Luca dijo que su papá le compró una casita de muñecas enorme —contó Stella—. ¡Pero yo le dije que mi papi es mejor! ¡Mi papi es un superhéroe!

Igor rió. —¿Ah, sí? ¿Y qué hace papá de superhéroe?

—¡Que nos salvó a mamá y a mí! —dijo ella con seriedad—. ¡Como Superman en las películas!

—¿Y mamá? —pregunté—. ¿Qué es mamá?

—¡Mamá es una reina! —respondió sin dudar—. ¡La reina más bonita!

—¿Y tú? —le preguntó Igor.

—¡Yo soy la princesita! —declaró orgullosa—. Cuando sea grande seré bonita como mamá y valiente como papi.

Al verla sonreír inocente, Igor y yo nos miramos y reímos. Esto era lo que protegíamos: esa pureza, esa alegría.

—¿Quién es Luca? —preguntó Igor, como si se le acabara de ocurrir.

—Mi compañero de pupitre —dijo ella—. Siempre me trae unos caramelos riquísimos.

Igor detuvo el cuchillo a medias y siguió cortando.

—¿Te los comiste?

—Sí, estaban súper dulces.

Dejó el cuchillo y el tenedor y me miró.

—¿El colegio permite que los niños coman cosas que les traen de fuera? —Su tono era calmado, pero noté el filo.

—Igor —dije suave—. Son caramelos. Los niños comparten meriendas todo el tiempo.

—Lo sé —asintió—. Pero creo que deberíamos hablar con la profesora por la seguridad. Stella es alérgica a algunas cosas.

Era cierto. Los frutos secos le provocan reacción; siempre teníamos cuidado.

—Tienes razón —acepté—. Mañana lo comento.

—Iré al colegio uno de estos días —dijo Igor—. Hablaré con la profesora sobre Stella. A ver cómo va.

—¡Yay! —gritó Stella—. ¡Papá, puedes conocer a Luca! Es muy listo; la profesora siempre lo elogia.

—Ajá —dijo Igor, volviendo a su filete.

Parecía tranquilo, pero noté que cortaba con más fuerza.

Después de cenar le tocó a Igor pasar la tarde con Stella. Construyeron torres con los bloques en el salón, ella dándole órdenes y él dejándose llevar. Yo dibujaba unos diseños cerca y la escuché hablar otra vez de Luca.

—Papi, Luca dijo que tiene montones de juguetes y me invitó a su casa. ¿Puedo ir?

—Si vas, irán mamá y yo contigo —le dijo Igor—. No puedes ir a casa de desconocidos sola.

—Pero Luca no es desconocido; es mi compañero de pupitre.

—Aun así, tiene que haber adultos —dijo Igor, suave pero firme —. Esa es la regla, ¿de acuerdo?

—Vale —aceptó Stella—. ¿Cuándo me llevas, papi?

—Cuando conozca a sus padres y esté seguro de que es un sitio seguro.

Le miré y vi a Igor en el teléfono, tecleando rápido. Se lo cogí y vi que había mandado un mensaje para comprobar la familia de Luca.

—¡Igor!

—¿Qué? —puso una cara inocente—. Solo quiero saber el trasfondo del niño. Es sensato, ¿no? Elena, después del secuestro tengo que asegurarme de que todo lo que rodea a nuestra hija sea seguro.

Lo observé; sus ojos eran serios. Tenía razón. Como padres, sobre todo después de lo vivido, ser cautelosos tenía sentido.

—Está bien —cedí, devolviéndole el móvil—. Pero solo lo básico. No te pases.

—Solo protejo a nuestra niña —dijo, tomándolo.

Envió un par de mensajes más y lo dejó a un lado.

—¿Te quedaste más tranquilo? —pregunté.

—Como padre nunca voy a relajarme del todo —admitió, acercándome—. Pero puedo hacer lo necesario. Elena, sé que piensas que me paso, pero…

Se detuvo un instante, mirando a Stella jugar.

—Casi la pierdo. No quiero volver a sentir eso —su voz se hizo más baja—. Así que, aunque sea un niñito de cinco años, quiero saber quién es, cómo es su familia. No es desconfianza; es prevención.

Lo entendí. El secuestro nos había marcado a todos. Igor conoce los peligros de este mundo mejor que nadie; solo quería protegernos a su manera.

—Lo entiendo —dije—. Pero no te obsesiones. Ella necesita una infancia normal, amigos.

—Lo sé —me besó la frente—. Lo controlaré.

Antes de dormir me quedé allí mientras Igor revisaba el expediente de la familia de Luca.

—¿Y bien? —pregunté.

—La familia del niño es normal —dijo, dejando el papel—. Los padres tienen trabajos regulares, nada turbio.

—¿Estás tranquilo, entonces?

—Por ahora —dijo, metiéndose en la cama y acercándome.

Reí, acurrucándome en su pecho.

—¿Vas a ir al colegio?

—Sí —contestó—. Pero solo como padre normal. Nada raro.

—Bien.

En la oscuridad murmuró: —Crece demasiado rápido.

—¿Qué?

—Stella —dijo—. Ya recibe caramelos de los chiquillos. En unos años serán flores, notitas de amor...

Su voz llevaba un deje de impotencia, una pizca de tristeza.

Le tomé la mano.

—Eso vendrá después —dije—. Ahora sigue siendo nuestra princesita.

—Sí —murmuró—. Nuestra princesita.

Me estrechó más. Sabía que para Igor protegernos no era solo un deber, era su razón de ser. Y yo solo tenía que mostrarle que

estábamos aquí, seguras.

Lo besé, recorriendo sus ojos, su nariz, su boca. Él lo disfrutó y me atrapó en un beso profundo y ardiente.

Cuando nos separamos, el deseo ardía en su mirada.

Las manos de Igor me apresaron la cintura y me levantaron sin esfuerzo hasta que quedé montada sobre su pecho. Sus ojos se oscurecieron de hambre mientras se deslizaba por la cama, posicionándome justo sobre su cara.

—Necesito probarte, Elena —gruñó, la voz rasposa por el deseo —. Ahora mismo.

Antes de que pudiera responder, tiró de mí hacia arriba y se hundió bajo mi camisón. La tela se tensó sobre su cabeza y sentí su respiración caliente a través de mi ropa interior.

—Joder, hueles increíble —murmuró, frotando el tejido contra su cara.

Su lengua asomó, presionando la tela, lamiendo lenta y deliberadamente. Jadeé, agarrándome al cabecero mientras él dibujaba mis pliegues a través del algodón, rozando mi clítoris con movimientos firmes.

—Igor… Dios —susurré, las caderas moviéndose por reflejo.

No tuvo prisa. Me lamió con constancia, empapando las bragas hasta que se pegaron a mi piel. La fricción me volvía loca, intensísima.

—Ya estás empapada, nena —dijo, la voz contenida pero satisfecha—. Te voy a hacer correr fuerte.

Por fin enganchó los dedos en la cintura de la ropa interior y la deslizó por mis muslos, dejándome al descubierto. El aire fresco rozó mi centro enrojecido y su boca apareció: cálida, exigente. Su lengua se introdujo, girando alrededor de mi entrada antes de succionar mi clítoris. Gemí con fuerza, las piernas temblando mientras me devoraba como un hombre hambriento.

Me agarró las nalgas y tiró de mí hacia su boca, follándome con la lengua. Los sonidos húmedos llenaron la habitación, obscenos e intoxicantes. El placer se enroscó en mi vientre y subió rápido.

—Así, móntame la cara —me animó, los labios vibrando contra mí —. Ven para mí, Elena. Déjame beberte.

Me entregué al orgasmo, chillando mientras las ondas me atravesaban. Él no paró; me lamió durante todo el clímax hasta que me desplomé hacia adelante, jadeando.

Con delicadeza me apartó, quitándome el camisón para dejarme desnuda. Sus ojos me recorrieron con deseo y posesión.

—Jodidamente hermosa —dijo, desnudándose en segundos. Su miembro se liberó, duro y palpitante, ya humedecido por mí.

—Dame otro hijo, Elena —dijo con la voz rota por la emoción—. Stella necesita un hermanito o una hermanita con quien crecer.

Sonreí, trazando su pecho con la yema de los dedos.

—El embarazo es duro, pero… es nuestro bebé. Me hace feliz. Muy feliz.

Sonrió, oscuro y satisfecho. —Buena —murmuró. Me dio la vuelta y me puso a cuatro patas, colocó una almohada bajo mi vientre para apoyarme—. Esta postura es perfecta para que quedes embarazada —se situó detrás. Su miembro rozó mi entrada, brillante por el deseo.

—¿De verdad ayuda? —bromeé, mirando hacia atrás—. ¿Científicamente?

Se rió y penetró de una pasada profunda. Grité por la plenitud.

—¿Quién sabe? Pero lo comprobaremos. Joder, te siento increíble apretándome.

Empezó a moverse, lento al principio y luego marcando un ritmo. Sus manos sujetaban mis caderas y tiraban de mí con cada embestida.

—Tómatelo todo, nena. Voy a llenarte dentro —dijo. El ángulo daba justo en el punto que encendía cada empuje. Aceleró, golpeando con fuerza; el ruido de la piel contra la piel resonó—. Te voy a llenar, te voy a poner un bebé.

Gemí, empujando hacia atrás para recibirlo. La tensión subió de nuevo y cuando gruñó, oleadas calientes me inundaron por dentro.

—Sí, eso —jadeó—. Toma cada gota.

No se retiró; nos giró de lado y me besó el cuello, pero no había terminado.

—Una más —susurró—. Cambia de posición.

Colocó otra almohada bajo mis caderas y me giró sobre la espalda.

—Agárrate las piernas al pecho —me indicó. Lo hice, recogiéndolas y dejando mi interior expuesto. Mi sexo se abrió, reluciente y listo. Me sonrojé; me sentía vulnerable, cruda.

—Shh, eres perfecta —me calmó, acariciando mis muslos—. Mírate, toda mía. —Entró de nuevo, llenándome centímetro a centímetro—. Dios, Elena, estás tan apretada. Tan húmeda por mí.

Se inclinó y me robó un beso ardiente mientras sus manos amasaban mis pechos, los pulgares girando en los pezones.

—Estos pechos estarán aún más llenos cuando estés embarazada —murmuró contra mis labios—. No veo la hora de verte hinchada con mi hijo.

Sus embestidas subieron de ritmo, profundas y firmes. Una mano bajó y sus dedos encontraron el punto donde nos uníamos.

—Mira ese sexo tan voraz —dijo, la voz ronca—. Me succiona y no me suelta. Te estás comiendo mi miembro, nena. Jodidamente caliente.

Gemí; sus palabras avivaron el fuego. Entonces su pulgar presionó mi clítoris en círculos apretados mientras me follaba con más fuerza. Doble sensación: su grueso miembro estirándome, su dedo encendiendo electricidad.

—Vamos, apriétame —me urgió—. Muéstrame cuánto te gusta.

El placer estalló y mi cuerpo se arqueó; llegué otra vez, las paredes apretando a su alrededor.

Pero él siguió, aumentando la velocidad. Embestidas rápidas y contundentes que me llevaron al límite otra vez.

—Estoy cerca —jadeé—. Igor, no puedo aguantar.

—Juntos —gruñó, embistiéndome con furia—. Ven conmigo, Elena. Ahora.

Estallamos al mismo tiempo; su descarga llenándome mientras convulsionaba. Él se quedó dentro, nos giró y me envolvió con sus brazos, aún conectados.

El después se desvaneció despacio, dejando solo nuestras respiraciones entrecortadas.

—Te quiero —dijo Igor, abrazándome, besándome la frente húmeda de sudor.

—Lo sé —respondí, apoyándome en su pecho y escuchando su latido fuerte—. Yo también te quiero.

Allí afuera, las estrellas salpicaban el cielo nocturno. Me empapé de la paz y la felicidad del momento.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



Igor

La nieve caía contra la ventana, igual que aquella Navidad de hace cinco años. Pero esta vez todo era distinto. Me quedé en el umbral con la última bolsa de adornos en la mano, mirando el enorme árbol de Navidad que ya ocupaba la sala. Joder —nunca imaginé que sería yo el tipo que pone un árbol, y mucho menos que lo disfrutaría tanto.

—¡Papá! ¡Compraste un montón de cosas! —Stella saltó del sofá, la carita enrojecida de emoción.

—Claro, mi princesita. —Dejé la bolsa y la levanté en brazos, alzándola en alto—. Esta es nuestra primera Navidad de verdad en familia. Tiene que ser perfecta.

—¡Yo también quiero ayudar! —se revolvía entre mis brazos.

—Vale, tú cuelga esto. —Le pasé una caja de bolas de cristal de colores—. Con cuidado. Que no se te caigan.

Elena salió de la cocina con harina en el delantal. Llevaba un suéter sencillo y vaqueros, el pelo recogido en una cola, las mejillas sonrosadas por el calor del horno. Verla hizo que el corazón me diera un vuelco.

Miró el montón de adornos y soltó una risita resignada. —Igor, ¿estás intentando trasladar toda la tienda a la sala?

—Más o menos. —Le di un beso en la frente—. Huele bien. ¿Qué haces?

—Galletas de jengibre. —Se sonrojó—. Stella dijo que quería una casita de jengibre.

—Pues haremos la casita de jengibre más grande del mundo. —dije, muy serio.

Me dio un codazo. —Anda a ayudar a tu hija a decorar el árbol. No manches mi masa.

—¿Cuándo la he estropeado? —protesté.

—Ahora mismo. —Se puso de puntillas, me dio un beso rápido en los labios y volvió a la cocina—. Ni se te ocurra, Igor Vorontsov. La masa todavía no está lista.

Esa mujer siempre supo exactamente cómo acelerarme el pulso.

Vi a Stella ponerse de puntillas para alcanzar las ramas altas. —Cuidado, Stella. Deja que papá haga las cosas de arriba.

Durante las siguientes dos horas fuimos solo nosotros dos. Yo me ocupé de los adornos de la cima; ella puso los de las ramas bajas. Después de cada uno se apartaba, ladeaba la cabeza y decía: «Perfecto» o «Muévelo un poco a la izquierda».

—Papá, esta estrella va arriba, ¿verdad? —sostuvo una estrella dorada.

—Sí, cariño. —La cogí—. La estrella es la más importante. Representa la esperanza y la luz.

—¿Como mi nombre? —sus ojos azul cielo se dirigieron a Elena; se parecía tanto a su madre.

—Exacto. —Me agaché y la miré bien—. Eres la estrella de mamá y de papá. Iluminas nuestras vidas.

Se rió y se lanzó a mis brazos. —Papá, qué empalagoso.

—Te acostumbrarás. —La levanté para que colocara la estrella en la punta—. Seré aún más empalagoso.

Cuando la estrella quedó en su sitio, encendí las luces. El árbol se iluminó en colores y Stella chilló como si hubiera visto verdadera magia.

—¡Mamá! ¡Ven a ver!

Elena asomó la cabeza desde la cocina. Al ver el árbol iluminado su rostro se abrió en esa sonrisa suave que yo conocía tan bien. Una opresión familiar se instaló en el pecho: esto era lo que llamaban felicidad.

Dios, hace cinco años estuve a punto de destrozar todo esto.

—Es precioso. —Elena se colocó a mi lado—. Los dos habéis hecho un trabajo estupendo.

—Sin duda. —Le pasé el brazo por la cintura—. Mi hija y yo hacemos un gran equipo.

Se apoyó en mí, relajada. —Orgullosa —dijo, sonriendo.

La chimenea crepitaba, lanzando una luz acogedora por la habitación. Había apilado leña antes para que el fuego durara. El aire olía a jengibre y cacao caliente, a pino y madera —todo lo que debe oler una Navidad.

Después de cenar, los tres nos acurrucamos en el sofá para ver una película navideña. Stella se sentó entre nosotros; Elena y yo la flanqueábamos. Pusimos Solo en casa y se rió hasta soltar un pequeño resoplido.

—¡Ese niño es muy listo! —dijo.

—Lo es. —Sonreí—. Pero si vinieran los malos, no tendrías que colocar trampas por toda la casa como él. Llamarías a papá y yo me encargaría.

Asintió solemne. —Porque papá protegería a mamá y a mí.

—Siempre. —Apreté su manita—. Papá siempre te protegerá.

La mano de Elena cubrió la mía: cálida y suave. Nos miramos y en esa mirada estaba todo lo que no hacía falta decir.

Cuando terminó la película, llegó lo que Stella había estado esperando: los regalos. Corrió hacia el árbol con un vestido rojo que le había comprado —terciopelo con encaje blanco— y parecía la princesita que yo llamaba.

Cogió una caja mediana y rasgó el papel, chillando al ver una muñeca. —¡Es Lily! ¡Una Lily parlante!

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! —giró abrazando la muñeca—. ¡Gracias, papá!

Ver esa sonrisa me calentó algo dentro.

—Aquí hay otra. —Le pasé otra caja.

La abrió con cuidado. Un kit de bisutería infantil le sonrió desde dentro y sus ojos se iluminaron. —¡Ahora podré hacer cosas bonitas como mamá!

—Cuidado con las herramientas —advirtió Elena—. Algunas son afiladas.

—¡Tendré cuidado! —prometió Stella.

Entonces se lanzó sobre una caja gigante rosa, deshaciendo el lazo como si fuera una carrera. Levantó la tapa y chilló al ver un enorme oso de peluche. —¡Este oso dormirá conmigo todas las noches! ¡Es más grande que yo!

El oso era de pelo marrón suave y ojos de botón amables. Stella hundió la cara en su barriga y entonces —lo vi— parpadeó, con un atisbo de confusión en la cara.

—Mamá, hay algo dentro.

Mis manos empezaron a temblar. Nunca había estado así de nervioso —ni en un tiroteo, ni en una negociación. El pecho me golpeaba y las palmas sudaban.

—Déjame ver. —Elena metió la mano, encontró una cremallera en la barriga del oso y la abrió. Sacó una cajita de terciopelo y se quedó sin aliento. La habitación quedó en silencio salvo por el fuego.

—¡Ábrelo, mamá! —rogó Stella, dando saltitos de emoción.

Los dedos de Elena temblaron al levantar la tapa y respiró al ver el anillo.

Reposaba sobre una montura de platino: un diamante azul celeste, impecable, tallado a la perfección y rodeado por pequeñas piedras como estrellas alrededor de una luna. Captó la luz y llenó la habitación de brillo.

—¿Igor? —su voz tembló.

Se me cortó la respiración. Me arrodillé y apreté su mano. Había plantado cara a bocas de fusil y dirigido operaciones, pero en ese momento me sentía como un niño.

Stella nos miraba con los ojos abiertos como platos.

—Elena. —Sostuve su mano y miré sus ojos azules—. Hace cinco años, en Navidad, te hice daño con mentiras.

Sus ojos se llenaron.

—Tomé las decisiones más estúpidas y crueles. Casi te pierdo, casi pierdo a nuestra hija —lo perdí todo. —Mi voz sonó áspera—. Desde entonces he vivido con dolor y remordimiento. Me volví loco buscándote, usando todos los medios que tenía. Tenía que haber

estado a tu lado: durante el embarazo, en el nacimiento de Stella, viéndola crecer. Me lo perdí todo porque fui un cobarde.

—Igor —dijo ella, negando con la cabeza, la voz rota—. Has hecho bien ahora.

—Eso debía haber sido mi responsabilidad —dije—. Y te dejé cargar sola. Cuando por fin te encontré y vi lo fuerte y hermosa que te habías vuelto, me sentí orgulloso —y destrozado de que tuvieras que llevarlo todo.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Sé que te hice daño. Sé que fui un cabrón. Pero, Elena, tú eras mi única. Mi salvación. Mi mundo entero. Sin ti no era nada. Contigo, estoy vivo.

Las manos me temblaban al abrir la caja y sacar el anillo.

—Esta noche, cinco años después, delante de nuestra hija, quiero decirte que te amo, Elena Jensen. Amo tu bondad, tu fuerza, tu terquedad —todo. Te amo hasta los huesos, hasta el alma. Preferiría morir antes que perderte.

Las lágrimas caían como perlas.

—¿Te casarías conmigo? Déjame pasar el resto de mi vida amándote, arreglando lo que rompí. Déjame ser tu marido. Hagamos una familia de verdad. Elena, ¿te casarías conmigo?

Me miró —entre lágrimas, tierna, conmovida— y no dijo nada. El corazón me latía en la garganta.

—¡Mamá! —estalló Stella—. ¡Di que sí! ¡Di que sí!

Aplaudió con los ojos brillantes.

Elena miró a nuestra hija y luego a mí. Las lágrimas seguían cayendo, pero la comisura de sus labios se curvó en la sonrisa más suave.

Extendió la mano izquierda y, con la voz entrecortada pero firme, dijo: —Sí. Lo haré.

Mi mundo se detuvo. Después todo vino de golpe: alegría, alivio, gratitud, amor. Las manos me temblaron mientras le deslizaba el anillo en el dedo. Encajó como si siempre hubiera sido suyo.

—Joder, Elena. —Mi voz salió cruda—. No sabes lo que esto significa para mí.

—Lo sé. —Me acarició la cara—. A mí también me importa.

Me puse en pie y la abracé con fuerza. Ella correspondió; sentí nuestros corazones sincronizarse.

—Te amo —susurré en su oído—. Siempre te amaré, Elena.

—Yo también te amo —dijo—. Siempre.

—¡Yo quiero un abrazo también! —Stella se metió entre nosotros.

Nos separamos y la miramos. Abrió los brazos, la cara iluminada.

—Ven. —Me arrodillé.

Se lanzó a mis brazos y la rodeé con uno, y con el otro abracé a Elena. Tenía mi mundo entero entre los dos.

—Mi reina y mi princesa. —Besé la frente de Stella y luego los labios de Elena—. Feliz Navidad.

—¡Feliz Navidad, papi! —celebró Stella.

—Feliz Navidad —dijo Elena, sonriendo.

Nos sentamos bajo el árbol, las luces nos iluminaban, el fuego calentaba la habitación. Afuera empezó a nevar, cubriendo el mundo de blanco.

—Papá, ¿tendremos esto todas las Navidades? —preguntó Stella desde mi regazo.

—Por supuesto. —Le besé la frente—. Cada Navidad.

Ella inclinó la cabeza, pensativa. —¿El año que viene puedo tener un hermanito o hermanita?

Elena se sonrojó y yo solté una carcajada.

—¿Qué pasa? —preguntó Stella, extrañada—. La maestra dijo que Papá Noel puede hacer realidad los deseos.

—Eso depende de tu madre. —Le lancé a Elena una mirada pícara.

—¡Igor! —me fulminó.

—¿Qué? —fingí inocencia—. Es el deseo de nuestra hija. Deberíamos considerarlo.

Elena no discutió. Las mejillas le seguían sonrosadas y los ojos le brillaban.

—¿Entonces es un sí? —preguntó Stella, dando saltitos.

Elena y yo nos miramos llenos de esperanza.

—Quizá —dije—. Pero llevará tiempo.

—¡Vale, esta noche le escribiré a Papá Noel para que se dé prisa! —Stella se retorcía para bajar.

—Es tarde —dijo Elena—. Mañana: baño y a la cama, ¿vale?

—Vale. —Stella dejó de forcejear—. Papi, cuéntame un cuento antes de dormir.

—Un cuento —dije—. Y luego a apagar la luz.

—Trato.

Le di el baño, le puse el pijama y le conté el cuento de buenas noches como un profesional.

Cuando describí a la princesa y al príncipe viviendo felices para siempre, Stella preguntó en voz baja: —Papá, ¿tú y mamá vais a estar siempre juntos?

Se me apretó el pecho. —Sí, cariño. Papá nunca os dejaría ni a ti ni a mamá.

—Bien. —Cerró los ojos contenta—. Te quiero, papi.

—Yo también te quiero, mi Stella. —Besé su frente—. Dulces sueños.

Se durmió pronto, en paz bajo la luz tenue. Me quedé junto a su cama un buen rato, sintiendo una ola de ternura y culpa.

Si hubiera hecho lo correcto hace cinco años, no habría crecido sin su padre. Marco las cuidó, pero debía haber sido mi responsabilidad. Les debía todo.

Gracias a Dios me dieron una segunda oportunidad. Aquella noche de Navidad todo empezó de nuevo. Tenía amor, una familia y un futuro por el que valía la pena luchar.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



Elena

Me quedé junto a la ventana del estudio en la Toscana, mirando los adoquines familiares abajo y las colinas que ondulaban en la distancia, y sentí un nudo en el pecho.

Cinco años. Cinco largos años. Este pueblo había cobijado mi corazón hecho trizas. Había visto nacer a Stella. Había sido testigo de cómo convertí a Stella, desde la nada, en una marca. Cada calle, cada café, cada esquina guardaba un recuerdo mío y de mi hija.

—Mamá, ¿qué mirabas? —Stella corrió y me abrazó la pierna.

—El pueblo. —Me agaché y la puse en mi regazo—. Vivimos aquí cinco años. Me da un poco de pena irnos. Esta fue nuestra primera casa. Aquí naciste. Aquí aprendiste a andar. Aquí dijiste tus primeras palabras. Aquí monté mi estudio. Aquí hice amigas.

—Pero papi y mami nacieron en Nueva York, ¿verdad? —dijo Stella con seriedad—. Papi dice que en Nueva York hay edificios altísimos y la Estatua de la Libertad.

—Sí. —Un calor me subió al pecho—. Tu padre y yo nacimos en Nueva York. Allí nos conocimos.

—¿Cuándo vamos a Nueva York? ¡Quiero ir al sitio donde mamá y papá se conocieron! —chilló.

—Dentro de un mes —le dije.

Anna iba a seguir al frente del estudio mientras yo trasladaba la sede de Stella a Nueva York. No había sido una decisión fácil. Dejar

la Toscana significaba renunciar a la comodidad y al puerto seguro que había construido en cinco años. Pero quedarnos implicaría estar separados de Igor, que Stella echara de menos a su padre cada día, y una familia permanentemente a medio mundo de distancia.

Además, la Toscana se había quedado pequeña para la marca. Llegaban pedidos de Milán, París y Londres; quedarnos hubiera asfixiado su crecimiento. Nueva York era el verdadero centro: allí podía llegar a más gente, a mercados mayores y a mejores recursos.

—¡Genial! —vitoreó Stella—. Me llevo todos mis juguetes.

Ella salió dando saltos y yo miré la esquina del plano donde la diseñadora había reservado un pequeño hueco en la tercera planta con mobiliario infantil, juguetes y álbumes de cuentos —un rincón para Stella. Mis dedos se quedaron sobre el dibujo.

—Elena. —Anna entró con una pila de expedientes—. Estos son los planos del acondicionamiento para Nueva York. Necesitan tu firma.

—Déjamelos ver. —Tomé los papeles y me senté en el escritorio.

Igor había comprado un edificio de tres plantas en SoHo, perfecto para la marca: estilo industrial, minimalista, grandes ventanales para la luz, espacios abiertos para colaborar y una sala de exposición para compradores. Incluso había insistido en ese rincón infantil. Tenía que admitir que había prestado atención.

La voz de Anna se quebró. —Te voy a echar muchísimo de menos.

Había estado a mi lado cinco años. Tenía los ojos enrojecidos. Me puse en pie y la abracé.

—Yo también te voy a echar de menos. Pero esto no es un adiós. Volveremos mucho. Confío en que lleves el estudio: has sido mi mano derecha. Sin ti no habría Stella.

—¿En serio? —se secó las lágrimas.

—Claro. —Le apreté la mano—. Te necesito aquí tanto como necesito ir a Nueva York. Somos un equipo, ¿no?

Ella asintió con fuerza y por fin sonrió. —Somos un equipo. Ve a hacer lo tuyo. Yo me encargo de este lugar.

Nos abrazamos otra vez, y esta vez fue un abrazo fuerte, no triste.

Un mes después aterrizamos en Nueva York. Cuando el avión tocó tierra en el aeropuerto Kennedy, sentí el pecho oprimirse. Cinco años atrás había salido de la misma terminal con el corazón hecho trizas y lágrimas en los ojos. Ahora volvía con mi hija, un negocio próspero y un hombre que me quería.

—Bienvenida a casa, preciosa —dijo Igor, tomando mi mano.

—He vuelto. —Dejé que la frase se asimilara.

—¡Papi! ¡Mami! —Stella señalaba por la ventanilla con los ojos brillantes—. ¡Miren todos esos edificios tan altos! ¡Son muchísimo más altos que en la Toscana! ¿De verdad vamos a vivir aquí?

—Claro —dijo Igor, levantándola—. Esta será nuestra casa.

Acaricié el pelo de Stella. —Empezamos una nueva vida aquí.

Las semanas siguientes fueron intensas. Me adapté a la nueva oficina, supervisé las obras y coordiné el negocio en ambos lados del Atlántico. Stella empezó en una nueva guardería, hizo amigas y se adaptó a otro ritmo. Igor tomó más responsabilidades: llevarla al colegio, ayudarla a instalarse, preparar cenas cuando yo trabajaba hasta tarde. A esas alturas, su cocina ya se defendía sola.

Una tarde en la sede de Nueva York me sentí mareada. Mi oficina daba a SoHo y al skyline de Manhattan —familiar y extrañamente nuevo a la vez.

—Elena, han llegado las primeras muestras —dijo mi asistente, Sarah, al entrar. Joven, despierta y con buen ojo para la moda.

Revisé las piezas. Eran perfectas: la nueva temporada inspirada en la campiña toscana, tonos suaves y líneas limpias. Los compradores ya habían respondido.

—Les encantaron —dijo Sarah—. Tres grandes almacenes quieren hacer pedidos.

—Bien. —Solté el aire—. Es la prueba de que el traslado tenía sentido.

—No te ves bien —dudó Sarah—. ¿Quieres descansar?

—Estoy bien —mentí, aunque la náusea me había estado molestando desde por la mañana. Quizá estaba agotada.

—A lo mejor deberías irte a casa —insistió—. Yo me encargo del resto.

—Vale. —Miré el reloj—. Tengo que recoger a Stella.

En la guardería ella vino corriendo hacia mí, radiante y orgullosa. —¡Mamá! Hoy hicimos manualidades. ¡Hice una casita!

—Qué bien. —Le cogí la mano—. Vamos a enseñársela a papá.

—¿Vendrá papá pronto? —preguntó.

—Probablemente —respondí, aunque no estaba segura. Igor repartía su tiempo entre asuntos familiares y trabajo.

En el apartamento del Upper East Side, de repente me vino un vértigo. Stella me miró, asustada.

—¿Mamá? —preguntó—. ¿Estás bien?

—Sí —me apoyé en la pared—. Solo cansada. Me voy a tumbar un rato.

—Te traigo agua.

—No, ve a jugar. —Forcé una sonrisa—. Mamá solo necesita descansar un poco.

Cerré la puerta del dormitorio y me tumbé, pero la náusea aumentó y corrí al baño y vomité.

Maldita sea. ¿Qué me pasaba?

Tras lavarme la cara, me contemplé en el espejo: pálida, con ojeras. Me estaba exigiendo demasiado. Quizá debería ver a un médico. Entonces un pensamiento cruzó mi mente y el pulso se me aceleró. Conté hacia atrás: mi última regla había sido antes de Navidad, hacía más de un mes. Cogí el teléfono y llamé a mi médico privado.

—Señora Jensen, ¿en qué puedo ayudarla? —dijo la recepcionista.

—Quisiera pedir una cita —manteniendo la voz firme—. ¿Mañana?

—Claro. ¿A las diez?

—Perfecto.

Colgué y me senté al borde de la cama, la mano sobre el bajo vientre. ¿Podría ser? ¿Estoy embarazada?

Recordé aquella noche de Navidad, después de que Igor propusiera: habíamos dicho que le daríamos a Stella un hermano. ¿Lo habríamos conseguido?

—¡Mamá! —entró Stella —. ¡Papi ha llegado!

Me recompuse y salí. Igor estaba en la sala quitándose el abrigo. Se acercó a mí.

—Estabas pálida. ¿Estás bien?

—No —dije—, y entonces le conté: —Puede que vayamos a tener otro bebé.

Había estado preocupado un momento antes, pero al oírlo sus ojos se abrieron.

—¿En serio?

—Aún no lo sé —admití—. Pero creo que es posible.

—Joder. —Rió, una risa que le iluminó los ojos—. Elena, si es cierto, voy a estar encantadísimo.

—Mañana lo sabremos —dije sonriendo.

Aquella noche la casa vibraba. Stella lo notó.

—¿Por qué os reís? —preguntó—. Os habéis reído toda la noche.

—Porque estamos contentos —dijo Igor, abrazándola—. Igual vas a ser hermana mayor.

—¿De verdad? —Stella dio vueltas—. ¿Voy a tener un hermanito o una hermanita?

—Puede —contesté—. Mañana lo sabremos seguro.

—¡Voy a rezar esta noche! —dijo solemne—. ¡Rezaré para que me salga un hermanito o una hermanita!

Igor y yo nos miramos y sonreímos.

A la mañana siguiente la doctora lo confirmó.

—Felicidades, señora Jensen —dijo sonriendo—. Está embarazada, de unas cinco semanas.

Igor me miró, la felicidad dibujada en la cara.

—¿De verdad? —susurré.

—De verdad —dijo la doctora—. Todo parece sano, aunque ha estado trabajando demasiado. Necesita descansar.

—Lo haré —prometí.

—Haremos una ecografía para confirmarlo —añadió.

Me tumbé en la camilla, el gel frío en el vientre. Tenía las manos sudorosas. Igor me sujetó la mano.

—Ahí —dijo la doctora, señalando la pantalla—. Ahí está su bebé.

Un punto negro, casi imperceptible, en la pantalla. Nuestro hijo. Mi corazón se derretía. Ese punto era nuestro. Era el hermano de

Stella.

—¿Tiene latido? —la voz de Igor tembló.

—Es pronto para escuchar el latido —dijo la doctora—. Quizá dentro de dos semanas. Pero el desarrollo parece bueno.

—Gracias —murmuré.

Salir de la clínica se sintió irreal, como despertar de un sueño. Igor de pronto me alzó y me dio vueltas.

—¡Bájame! —reí y le di unas palmaditas—. ¡Estamos en la calle!

—Me da igual. —Sonrió—. ¡Voy a ser padre otra vez! Esta vez no me pierdo nada.

—Ya eras padre —dije, poniéndome de puntillas para besarlo.

—Esta vez es distinto —dijo, sujetándome la cara—. Estaré ahí todos los días, en cada revisión, en cada clase. Maldita sea, Elena: esta vez no me lo pierdo.

—Lo sé. —Lo besé. Él me devolvió el beso, profundo y tierno.

Stella también percibió la felicidad y dio vueltas por la sala. Juró que protegería al bebé, que le enseñaría a dibujar y a hacer manualidades.

Más tarde supimos que sería un niño. Stella lo llamó Nikolai —lo había visto en un libro— y a los dos nos encantó. Lo repetía cien veces al día.

Cuando yo tenía cinco meses de embarazo sucedió algo inesperado. El padre de Igor —el hombre que siempre había visto como egoísta y frío— quiso conocerme a mí, a Stella y al bebé. Había pensado en negarme, pero el viejo Don era el abuelo de Nikolai. Era el padre de Igor. Accedí a verlo.

Aquella noche llevé un vestido sencillo y elegante. Stella se puso un vestido rosa de princesa y parecía una niña de cuento. El viejo Don llegó puntual. Al sonar el timbre, el corazón me dio un vuelco. Igor abrió la puerta y lo saludó en ruso.

—Padre —dijo Igor—. Esta es Elena, mi prometida.

La mirada del viejo Don se posó en mí. Enderecé la espalda instintivamente y mantuve la mano cerca del vientre.

—Hola, Elena —dijo con voz baja y un marcado acento ruso—. He oído mucho sobre usted.

—Hola —respondí con voz contenida—. Encantada.

Se acercó y me examinó con la mirada; sus ojos se detuvieron en mi barriga.

—¿Cinco meses? —preguntó.

—Sí.

—¿Un niño?

Asentí.

Una pequeña sonrisa cruzó su rostro. —Un heredero Vorontsov. Bien.

Stella asomó tímida detrás de mí. El rostro del viejo Don se ablandó al verla.

—¿Esta es Stella? —preguntó en tono más suave.

—Sí —dijo Igor—. Stella, ven a conocer a tu abuelo.

Stella se aproximó con cautela. —Hola, abuelo.

El viejo Don se agachó hasta ponerse a su altura, lo que me sorprendió; esperaba distancia y severidad.

—Hola, pequeña —dijo, metiendo la mano en el bolsillo y sacando una cajita—. Esto es para ti.

Le hice un gesto a Stella. Ella abrió la caja y encontró un delicado collar con un diamante en forma de gatito rosa.

—Fue mi elección —dijo el viejo Don. Los ojos de Stella se iluminaron—. ¿Te gusta?

—¡Me encanta, gracias, abuelo! —exclamó.

Le alisó el pelo. Luego se volvió hacia mí.

—Elena —dijo—, sé que no tenía motivos para que usted me apreciara. Hace cinco años obligué a Igor a tomar una decisión que lo rompió todo, y lo siento.

Me quedé atónita. Nunca habría esperado una disculpa de aquel hombre orgulloso.

—Estaba obsesionado con el poder y con la familia —continuó—. Creía que un enlace arreglado fortalecería a los Vorontsov. Me equivoqué. Perdí la confianza de mi hijo. Casi arruino su felicidad.

Pausó, con el rostro abierto. —Durante cinco años viví solo en esa finca vacía y comprendí lo que de verdad importa: la familia.

—Padre —empezó Igor, conmovido.

—Déjame acabar. —El viejo Don alzó la mano—. El día que Igor asumió el poder estuve furioso. Pero luego me sentí aliviado. Él era

más fuerte que yo. Entendió lo que importa.

Sacó otra caja y me la entregó.

—Es para usted. Bienvenida a la familia Vorontsov.

Mis manos temblaron al abrirla. Dentro había un collar antiguo de diamantes y esmeraldas: elegante, de otro tiempo.

—Era de la madre de Igor —dijo el viejo Don—. Antes de morir me pidió que se lo diera a la esposa de Igor. Ahora se lo doy a usted. Le pertenece.

Se me llenaron los ojos. —Gracias.

Él restó importancia con un gesto. Aquella noche los cuatro comimos en silencio. El viejo Don habló poco, pero cada vez que miraba a Stella, sus ojos eran suaves.

Tras su partida, me acurruqué junto a Igor.

—Tu padre no fue lo que esperaba —dije.

—Ha cambiado mucho —contestó Igor—. Estos cinco años le han transformado. Perdió todo y, por fin, aprendió lo que es la familia.

—Me alegra que lo haya entendido —dije—. Stella y Nikolai necesitan un abuelo.

—Todos necesitábamos familia —murmuró, besándome—. Y tú eres la pieza más importante de la mía.